

**Nicolás Casariego**  
*Cazadores de luz*



Lectulandia

Mallick es un amoral vendedor de toda clase de productos, entre ellos, él mismo. Su vida ordenada y consagrada a las transacciones comerciales y a la simulación se ve alterada por el desconocido sentimiento amoroso hacia una mujer aparentemente inalcanzable. Además, en esta ocasión su empresa quiere de él algo más que su trabajo; algo que está en su poder y que ya no es sólo cuestión de riqueza o de posición social, sino de vida o muerte.

Nicolás Casariego urde una trama que parte de un mundo por venir para poner en tela de juicio el rumbo de nuestro presente y nos ofrece el retrato de una realidad imaginaria cuyos valores no distan demasiado de los que rigen en nuestros días. *Cazadores de luz* es una narración en torno al fingimiento y al poder en una sociedad obsesionada por la imagen y el consumo.

**Lectulandia**

Nicolás Casariego

# **Cazadores de luz**

ePub r1.0

Titivillus 18.10.15

Título original: *Cazadores de luz*

Nicolás Casariego, 2005

Ilustración de cubierta: *El señor de blanco* (detalle), de Verónica García Lao

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*A Marisa y Marcos*

# 1

Mallick está sentado frente a la ventana abierta, contemplando el paisaje. Junto a él hay una silla vacía. Oye a sus espaldas un taconeo proveniente del corredor exterior, se incorpora, abre la puerta y vuelve a acomodarse en la silla. Stork le besa y ocupa la silla vacía.

—Te lo perdiste —dice Mallick—. ¿Te ha ido bien?

—No me he perdido nada —asegura Stork, tras recoger su cabellera negra en una coleta—. ¿Ves? El cielo está casi negro, ahora viene lo interesante.

—La explosión de color —comenta Mallick, irónico.

—Tú lo has dicho: la explosión de color.

En el exterior, la ciudad está a oscuras. No hay luz alguna en las calles o en los edificios, cuyas formas apenas se vislumbran, y en el cielo, pavonado, se distinguen las primeras estrellas. Los vehículos se han detenido, los escasos transeúntes caminan a tientas o esperan inmóviles, en los comercios ha cesado durante unos instantes la actividad. Si no fuese por las voces que llegan desde los habitáculos de los vecinos, o por algún ruido lejano de procedencia desconocida, se diría que la ciudad está deshabitada. Pasan los minutos, y el único cambio perceptible es el progresivo oscurecimiento del cielo, que se cubre de estrellas. De repente la corriente eléctrica recorre cables y conductos a velocidad de vértigo y todo se ilumina. Los vehículos comienzan a circular con cierta pereza, las imágenes publicitarias aparecen por doquier y esparcen sus mensajes, los comercios recuperan su rutina frenética. Las personas retoman la andada, pero lentamente. Miran a derecha e izquierda, se detienen, conversan entre ellas cuando se cruzan, gesticulan. El motivo de su agitación es el cambio de colorido de las fachadas de los edificios o de las barreras de las viviendas unifamiliares. Ahora, tras el programado apagón, la ciudad, extendida sobre cuatro colinas y la planicie circundante, y formada por edificaciones de no más de tres plantas, ha vuelto a convertirse en un inmenso mosaico de variadas tonalidades, que, durante unos meses, representará el estado de ánimo de la población, o, al menos, el de aquellos a quienes les interesa mostrarlo. Hay blancos, púrpuras, pardos, dorados, ocre, grises, verdes, azules, amarillos, violetas, marrones, plateados... Los expertos dirán que escasean los colores locos, que priman los fríos sobre los cálidos, que la variación en conjunto ha sido reducida —tan sólo veinticinco tonos nuevos—, que los personajes influyentes mantienen la estabilidad de colores, y que se espera una estación seca, sosa, poco original y aburrida, porque nos hablan de emociones de difícil medida, y no de la temperatura del color.

—Sé que es una tontería —comenta Stork—, pero estas noches tienen algo especial, son las de mayor visualidad. Aquella calle parece un verdegal, y ese edificio, el del anuncio del hombre bailando, vuelve a ser turquesa. ¿Cuánto tiempo llevaba de color pardo?

—No lo sé, quizá un par de años —responde Mallick, distraído—. Habrán

cambiado los vecinos.

—O tendrán más crédito. Sé que soy pesada, pero es una pena que no lo veas como yo. ¿Has notado algún cambio?

Mallick extiende la vista por el entorno durante un largo minuto, concentrado. Sus ojos algo hundidos saltan por el amplio paisaje de construcciones bajas con forma de cubos o cajas, deteniéndose sólo un instante en cada emisor de color, sin pausa. Stork continúa observando el edificio turquesa, preguntándose qué habrá ocurrido en él.

—Ha aumentado el brillo, más o menos en la misma proporción que la vez anterior —asegura Mallick—. Los centros de crédito han bajado de intensidad, pero eso probablemente significa que esconden sus intenciones. Creo que dentro de no mucho se van a producir cambios, pero no me preguntes cuáles. Si lo supiera, apostararía.

—¿Apostar? ¿Para qué? Si vives a lo grande... —dice Stork, socarrona—. Espero que si ganas algún día, en lugar de robarme, transfieras una buena cantidad a mi cuenta.

Stork se levanta, cruza en cuatro zancadas el espacio que la separa de la despensa y la abre. Como de costumbre, sólo hay preparados, combinados de productos energéticos de diferentes características y latas. Ni un solo alimento natural. Comida de supervivencia, casi siempre insípida, o con unos sabores que ya nadie recuerda qué pretenden imitar, salvo que se consulte la etiqueta. Según Mallick, degustar productos alimenticios originales es un lujo como tantos otros, y no merece la pena obsesionarse con aquellas actividades a las que uno no está acostumbrado: exigen cierta inversión y reportan un placer limitado, dado que es necesario un aprendizaje. De vez en cuando, como en esta ocasión, hay algún dulce lujoso comprado para ella, que él no prueba.

—Creo que si aumentase mi crédito lo primero que haría sería comprarte comida de verdad, o recetas preparadas. Fruta, legumbres, verduras, carne que algún día fue calentada por el sol... Y te enseñaría a comer.

Elige un combinado y un refresco, y mientras cena bajo la atenta mirada de Mallick, no puede dejar de sentir cierta tristeza. No sabe si siente pena por Mallick, por los placeres que desconoce y quisiera compartir con él, o por ella, por alguna otra razón. Lo que tampoco sabe Stork es que Mallick, en ese preciso instante, la está matando. Se trata de otro hábito de Mallick, como el de alimentarse siempre a solas, el de lavarse al menos dos veces por día, o el de observar a Stork mientras come. Mallick mata imaginariamente a aquellos a quienes ama. Se recrea en cómo mueren y en cuáles serían sus reacciones ante la muerte del ser querido, así como las consecuencias. Si no está solo mientras construye y desarrolla la historia, se detiene cuando está cerca de exteriorizar sus emociones. Cuando practica en solitario su extraño hábito —las más de las veces—, si no es interrumpido por otros pensamientos, una llamada o cualquier otro imprevisto, prosigue hasta que se le

humedecen los ojos, e incluso ha llegado a llorar como un niño.

Pero hay que aclarar que Mallick, en toda su vida, sólo ha matado imaginariamente a dos personas: a Fazerhoff, el caimán de las ventas, su mentor; y a Stork. A sus compañeros de trabajo o clientes, a los proveedores, a quienes desprecia o admira por diferentes razones, a las mujeres con las que se ha mezclado, a los simples conocidos o a quienes se consideran amigos suyos, es decir, a todos los seres humanos a excepción de Fazerhoff y Stork, Mallick jamás los mata. Quizá, para Mallick ya estén muertos, o la importancia real de su existencia se reduzca a que forman parte del paisaje, o es coyuntural, y por lo tanto, no le afecta demasiado. Eso sí, Mallick jamás ha sido el brazo ejecutor de la muerte o verdugo virtual de los individuos amados. Fallecen por causa natural, accidente, enfermedad o asesinato. La causa del deceso nunca es el suicidio. Quizá Mallick, pese a sentirse culpable en diversas ocasiones y reconocer varios de sus muchos defectos, no se considera tan nefasto como para conducir a sus seres queridos hasta la muerte. Tampoco cree que se encuentren tan mal como para matarse.

Ahora, mientras Stork parte un pedazo de chocolate con las manos y se lo lleva a su boca color ciruela, Mallick la está viendo en el suelo, inmóvil, tras un ataque al corazón. Él acaba de llegar del trabajo y se la encuentra tumbada en la posición de alguien a quien han introducido en una caja estrecha. Tiene las piernas juntas y las manos unidas sobre el pecho. La piel ha perdido todo su brillo. Los ojos están cerrados. Sí, está muerta. Mallick se acerca hasta ella, se inclina, la besa en los labios y abre sus párpados. Quiere ver su última mirada para no olvidarse nunca de sus ojos pardos. Mallick está a punto de echarse a llorar, tanto en su historia imaginada como en la realidad, mientras Stork acaba el último pedazo de chocolate. Entonces, cuando Stork, saciada, le mira y le sonrío con esa boca ancha, la imagen rígida de Stork sobre el suelo desaparece y los ojos de él buscan los de ella. Para Mallick, el modo en que le está mirando Stork, con los ojos muy abiertos, aparentemente fijos sobre los suyos, y en realidad recorriéndolos con microsaltos para renovar la imagen —que si no se desvanecería en un segundo—, sabiéndose observada, el rostro ligeramente tenso, sin moverse, expectante, es un misterio, algo que no puede ni desea explicar, y que le hace sentir algo semejante al amor de un modo sólido, físico, espeso. Si Mallick hubiera visto alguna vez algún animal en libertad, quizá se hubiese dado cuenta de que la mirada de Stork tiene algo de animal que implora. Mientras se miran, los ojos de Mallick se secan, y los de Stork se enturbian, pierden esa fijeza aparente y se abandonan, voraces, cubiertos por un velo de lujuria. Entre ellos no queda distancia alguna, el habitáculo sólo está ocupado por sus cuerpos, las paredes son de carne. Mallick saca de un bolsillo un minúsculo buscador de enfermedades, una cajita transparente provista de una finísima aguja, que clava en su hombro. La caja se colorea de rojo: está limpio. Stork le ofrece su antebrazo desnudo, y Mallick, tras vaciar el rastreador, le pincha: ella también está limpia. Se besan y caen al suelo.

Por la ventana, corre la brisa nocturna.

Nunca antes Mallick se había encontrado tan perplejo, y, a la vez, tan seguro de lo que debía hacer. Miraba hacia atrás y veía una sucesión de recuerdos tristes y felices, ligados con cables de acero por una memoria que no reconocía como suya. Hubiese deseado regresar al pasado, no tanto para cambiarlo como para comprobar la veracidad de los hechos o sensaciones que lo conformaban. Toda imagen difusa, toda palabra susurrada a su oído infantil, se veían ahora revestidas de una importancia que le exasperaba, puesto que no le permitían ser libre. No deseaba olvidarse de todo, prefería vivir, pero tampoco aceptaba que su mente se ocupara de borrar lo que le viniera en gana, o de hacer aparecer nueva información para otorgar cierta lógica a su existencia presente. Cuando escuchaba a alguien referir su biografía reducida para la ocasión, con los momentos culminantes arropados por decisiones tomadas a partir de causas explicables, y continuados por efectos igualmente razonables, sentía por el orador algo similar a la compasión. Aunque el fabulador confesara haber actuado por amor, odio, o cualquier otro sentimiento incontrolable, al consignarlo como causa —o incluso efecto de un hecho «racional»— daba la falsa impresión de que todo había sido lógico, cuando sus acciones estaban rodeadas de misterio. Como si la memoria no fuera más que una hipótesis. Mallick sabía que era tan capaz como los otros de realizar aquel patético ejercicio de autoprotección, pero se lo ahorra.

Y más ahora. Ahora creía haber experimentado el amor —o, como él lo describía, «algo semejante al amor»— y su universo se había transformado. Desde que sus ojos negros se fijaron en ella, Stork entró en su vida como un torbellino. Fue Mach quien se la presentó tras un soporífero discurso de un teórico de las ventas. Llevaba la melena recogida en un moño y vestía de gris. Se enamoraron. Mallick vivía, por primera vez, la verdad. Si antes mantenía que las relaciones con las mujeres se reducían a mezclarse, una afición tan placentera como improductiva, ahora pensaba que el tiempo que le dedicaba a Stork era siempre poco. Si antes se veía como un esclavo que no se merecía nada especial, ni siquiera un bocado de futuro, ahora deseaba devorarlo todo. Él sabía que se movía sobre arenas movedizas y que había aprendido más bien poco de la experiencia, pero ahora, con el arma del amor, podía proyectarse en el futuro más como un insecto, que percibe propiedades por simpatía, que como un hombre, que utiliza el intelecto para actuar sobre la materia.

Por ello, haciéndose eco de una inquietud que le corroe y que no logra aplacar, Mallick ha decidido actuar. Quizá, paradójicamente, esa necesidad de evolucionar se debe a que Mallick intuye que está en uno de esos momentos culminantes de la vida, uno de esos hitos de los que desconfía cuando es otro quien se refiere a ellos. Ahora se encuentra en una diminuta sala de espera, a solas, sentado en una silla plegable. En su trabajo sin horario definido, la pérdida de tiempo es inadmisibles, lo que hace que no se sienta a gusto y cambie de postura cada dos o tres minutos. Aguarda a que la puerta del despacho de Fazerhoff, a quien ha solicitado una entrevista, cambie de

color y se le permita el acceso. De rojo a verde. Por lo tanto, Mallick ha deducido que en este momento la puerta es roja. Él no puede comprobarlo, ya que su cerebro sufre una lesión que le impide ver los colores, o, lo que es más exacto, sólo ve en una gama que comienza por el blanco, continúa por los grises y termina en el negro. Mallick vive en un universo acromático, fundamentalmente gris y unidimensional: los colores neutrales sólo varían en brillo, no en tono ni saturación. A cambio de esa reducción de su capacidad de percepción, ha desarrollado una sensibilidad especial hacia las formas, las texturas, los bordes, la perspectiva, la profundidad y los movimientos, que no se ven afectados por su ceguera al color.

De pronto nota un leve cambio de intensidad en la luz de la puerta, se levanta y entra en el despacho de Fazerhoff. Es una habitación amplia y diáfana, de planta semicircular, con una gran cristalera a través de la cual se domina una zona del parque empresarial, aunque ahora esté opaca. Techo y paredes son pantallas para proyectar imágenes. Una mesa amplia, un sillón y una silla presiden la habitación. Dependiendo del visitante, los muebles pueden estar más o menos elevados. En esta ocasión, la mesa y el sillón de Fazerhoff vuelan unos dos metros sobre el piso. La silla del visitante está hundida, con el asiento enrasado con el suelo.

Fazerhoff, el caimán de las ventas, recibe a Mallick con una sonrisa y le ofrece su propio sillón, en señal de aprecio. Su cabeza, calva y brillante, parece monopolizar la escasa luz de la habitación.

—¡Qué agradable visita, Mallick! —exclama con su voz de tenor—. Póngase cómodo.

Mallick se encarama en el sillón, y su diminuto superior se desliza en la silla. Visto desde arriba, piensa Mallick, Fazerhoff es exactamente igual de repelente que visto desde abajo. Los pequeños ojos bailan a derecha e izquierda, observándole, y la mueca de su cara se mantiene estable, con los mofletes hinchados y los labios forzados hasta el límite en su estiramiento. Fazerhoff se dirige a Mallick alternando el tratamiento de usted y el tuteo, usando un modo particular del habla de la ciudad, bastante extendido entre quienes están acostumbrados a dar órdenes, en la que el hablante, en el curso de una conversación, se acerca a su interlocutor o se aleja, le muestra apego o frialdad, a su gusto o conveniencia.

—¿Qué te trae por aquí? Hazte un favor a *mí* mismo, no me lo digas, déjalo estar —y gesticula con sus manos regordetas—: sospecho que viene a explicarme su preocupante estancamiento con las ventas. En los tres últimos meses sólo se han incrementado en un uno por ciento. ¿Me equivoco? —Mallick hace amago de contestar, pero se da cuenta de que la pregunta era retórica—. Es la primera vez en varios años que solicita una entrevista, y supongo que tendrá una razón de peso para hacerlo. Hasta ahora te habías comunicado conmigo casi exclusivamente mediante tu excelente trabajo, sin palabras.

—También le enviaba informes —aduce Mallick—. Y lo sigo haciendo.

—¡Ah, los informes! Me pregunto si hay algo de verdad en ellos.

Se produce un largo silencio. Aunque Mallick respete y admire al caimán, no le gusta que le hagan perder el tiempo, ni siquiera cuando es él quien ha solicitado la entrevista. Para el ingeniero en ventas Mallick no hacer nada consiste en no estar vendiendo. Así de sencillo. Pero Mallick no debe ponerse en evidencia, debe ser paciente. Todo rito es ordenado. Tampoco le gusta la prepotencia de su superior, que cree saberlo todo, aunque ha de reconocer que es casi infalible.

—¿Qué tal con Mortelli? Su ambición todavía me sorprende.

—Mortelli es el mejor ingeniero en ventas, el más astuto. Trabajar con él es un placer. Siempre se obtiene beneficio.

—¿Y Stork? ¿Sabes qué es de ella?

Mallick calibra qué puede saber Fazerhoff sobre ellos dos. Probablemente no sepa nada importante, aunque no existe una respuesta perfecta a esa pregunta.

—La veo de vez en cuando, como bien sabe —contesta al fin Mallick, con un deje impersonal no demasiado acusado—. Organiza reuniones de alto nivel; se relaciona con nombres del comienzo del alfabeto, para entendernos. Su potencial es superior. No tiene demasiado que ver con nosotros, aunque mantenga por esnobismo un nombre que empiece con una letra del final del abecedario.

—Me gusta oír eso, Mallick. Stork no ha nacido para mancharse, no sabe lo que es ser tan despreciado como necesario. Ella sólo estuvo aquí de visita, sabía perfectamente que nunca se convertiría en un ingeniero en ventas. De hecho no consintió respetar la tradición y cambiar su nombre por otro que comenzara con la M, aunque sólo fuese temporalmente. Hágase un favor a *mí* mismo: apártese de ella. Claro que, si se trata de aprovecharse, no veo ningún problema. Eso es siempre lícito.

Ambos interlocutores guardan otro prolongado silencio. Fazerhoff limpia meticulosamente los cristales de sus gafas con un pañuelo de seda. Mallick está empezando a ponerse nervioso, aunque no lo exteriorice. ¿Es que Fazerhoff se ha propuesto hacerle perder todo el día? ¿Por qué no le ha preguntado todavía la razón de su visita? ¿No es él quien defiende que el tiempo no se divide en segundos, sino en ventas realizadas? Y sus malditas gafas, ¿por qué las lleva si se rumorea que ve perfectamente?

—Veo que le escandaliza la montura que he elegido. ¿Un color demasiado atrevido?

—No. Es un color pueril que ya no sorprende a nadie.

—¡Mallick, es usted un tipo fascinante, por muy limitado que parezca! —ríe Fazerhoff—. ¡A nadie se le ocurriría decir que una montura naranja no está en el límite de lo admisible! —Fazerhoff se pone las gafas y recupera la compostura—. Aprovecho su visita para darle un pequeño regalo que tengo desde hace tiempo. Se trata de unas imágenes de su infancia que le han enviado desde el centro educativo en el que le domaron. ¿Quiere llevárselas sin verlas, o prefiere compartirlas conmigo?

—Adelante, proyéctelas —accede Mallick—. No tengo nada que esconder.

Fazerhoff, como accionado por un resorte, salta al suelo, gruñe una orden y la

mesa situada frente a Mallick desciende. El caimán se abalanza sobre la mesa y picotea con el dedo índice sobre la pantalla. La habitación queda completamente a oscuras, hasta que aparecen cuatro hologramas. Se trata de un hombre, una mujer, un niño y un pato pequeño. No hay nada más en la escena. La factura de la imagen es casera. El hombre y la mujer, jóvenes y de aspecto agradable, están sentados, suspendidos en el aire, y mantienen una conversación insustancial. El niño, de unos dos años, juega con el patito amarillo, que cada vez que cae, se levanta, meneando el trasero y le sigue. Mallick sabe que tiene los ojos de Fazerhoff clavados en él. De repente el niño balbucea algo semejante a «pato». El hombre y la mujer se levantan y se acercan al niño, sonrientes. La imagen se desvanece. Mallick se vuelve hacia Fazerhoff y comprueba que le ha estado espiando por encima del hombro.

—Ya lo ha oído, Mallick. Su primera palabra: «pato». Pato. Pato. ¡Vaya idiotez! ¿Qué le ha parecido?

—Triste. No me reconozco. Muchos consideran la primera palabra que uno pronuncia el inicio de una nueva etapa en la vida, pero no creo que decir «pato» tenga mayor importancia. Ni siquiera para el animal que lo escuchó.

Fazerhoff está a punto de soltar una carcajada sincera, pero se contiene. Sabe bien que hay que desconfiar de los gestos sinceros.

—¿Quiere llevarse el testimonio? Quizá desee enseñárselo a alguien.

—Sí, pero haga el favor de eliminar a los educadores de la escena.

—De acuerdo, lo comprendo. Los protagonistas son usted y el pato, está claro.

—No. Los protagonistas son los educadores, y precisamente por eso quiero que desaparezcan.

Fazerhoff lanza una mirada de reproche a su inferior y da unas órdenes en voz alta. A Mallick, poco amigo de las sorpresas, se le ha agotado la paciencia. En cuanto su superior se hunde en la silla saca a colación el asunto que le ha traído hasta los dominios del caimán.

—Ahora que ya estamos tranquilos, Fazerhoff, quisiera decirle por qué estoy aquí.

—Adelante. Le escucho.

—Necesito un cambio en el trabajo. Es una sensación nueva, desconocida para mí. Haré lo que usted me diga.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa. Siempre y cuando sea favorecido por el crédito.

El rostro de Fazerhoff, habitualmente en ebullición, se convierte en una máscara de cera. Los ojillos casi desaparecen tras los cristales, y la sensación de estudiada afabilidad que transmiten se evapora. Inclina el cuerpo hacia delante, extiende los brazos y coloca sus manos regordetas sobre la mesa. Mallick no se mueve, aunque se percata de que el sillón es ahora más ancho y profundo, de que su cuerpo se pierde dentro de él.

—Me pregunto hasta dónde llega su fidelidad hacia mí, Mallick. Y también si

sabe lo que me está pidiendo, y sus consecuencias.

—No lo sé, Fazerhoff. No tengo ni la menor idea de las consecuencias, pero me dan igual. En cuanto a la fidelidad, juzgue mi trayectoria a su lado. No le he fallado jamás.

—Precisamente eso es lo que le hace peligroso, Mallick. ¿Sabe usted de qué lado estoy yo?

Mallick no se inmuta, aunque da la sensación de que en cualquier momento su superior va a saltar y morderle.

—Del de la Corporación Xen —responde el ingeniero en ventas—, del de sus dueños o del suyo mismo. No lo sé. Yo no manejo la misma información que usted.

—¿Y sabe cuáles son los intereses de nuestro grupo? Quizá no se parezcan en nada a los suyos, Mallick. ¿Acaso desea cambiar de nombre? ¿Es eso?

—Yo sólo quiero moverme hacia adelante.

—Está bien, lo pensaré.

Fazerhoff se levanta. La entrevista ha terminado. Un hombre alto y extremadamente delgado entra en el despacho y lanza hacia Mallick una pastilla que éste coge al vuelo. Parish, el asistente de Fazerhoff, mira con sorna al ingeniero en ventas, que parece un enano en la cima de una montaña. Mallick baja del sillón, saluda con una leve inclinación de cabeza y se dirige a la puerta con paso firme, sin saber si puede pasar o no, puesto que desconoce su color. Cuando va a tratar de cruzarla, escucha un grito:

—¡Mallick!

—¿Sí, Fazerhoff?

Ahora Fazerhoff está sentado en el sillón, que se ajusta a su cuerpo y le arropa como si estuviera fabricado en algún material líquido. Sobre la frente del caimán han aparecido tres pliegues horizontales y dos verticales, a ambos lados. Se diría que duda o reflexiona. Mallick jamás ha visto a Fazerhoff dudar. No es su estilo. El brillo de los cristales de las gafas impide al ingeniero consultar la expresión de sus ojos. Al cabo de unos segundos el caimán alisa su frente y habla:

—Hágase un favor a *mí* mismo: domine las cifras de ventas. No quiero sorpresas.

Mallick asiente y desaparece tras la puerta. Fazerhoff se vuelve para dar la espalda a Parish, y los pliegues regresan a su frente. Para él, el único modo de sentirse tranquilo consiste en considerar la realidad como una cadena de sucesos relacionados entre sí, en negar lo desconocido e ignorar el peso del azar. Cuando Fazerhoff dispone de información sobre un asunto cualquiera relacionado con su labor de director de lanzamiento, actúa siempre, porque así convierte los hechos en hijos suyos. Pueden ser hijos pródigos, desagradecidos, descarriados o tontos, pero son siempre sus hijos. Es su deber actuar sin descanso, noche y día, concebir millones de hijos y observar cómo crecen, se reproducen o mueren. Dispone así de una prole organizada, sin fisuras. En cambio, los empleados de la Corporación son meros intermediarios entre la información recibida y analizada por Fazerhoff y los hechos.

No son sus hijos propiamente dichos, aunque él los haya modelado. Cuando actúan, deben ceñirse a lo que Fazerhoff desea que hagan, pese a que en general no sea necesario hacer un seguimiento diario. De eso se encarga la Corporación, con sus reglas sabidas y no escritas que flotan en el aire de las oficinas. Casi todos los empleados son predecibles. Tan sólo Mallick y un puñado de asalariados pueden sorprender a Fazerhoff. No tienen por qué ser los más eficientes —aunque de hecho dos de ellos, Mallick y Mortelli, lo sean—, pero se han convertido en sus preferidos desde su ingreso en la empresa. El peligro que representan, por ínfimo que sea, es para el caimán como una bocanada de aire fresco. Los sucesos relacionados con ellos son, en cierto modo, como huérfanos, ya que el caimán no puede atribuirse la paternidad. Sólo debe fijarse en su productividad, en el resultado, sin importarle el método que han elegido. Pero ahora, por una vez, Mallick le cuesta crédito a Fazerhoff. El caimán no dispone de tiempo para gastar en aquellos a los que permite actuar bajo su propia responsabilidad. Y está obligado a pensar en Mallick, a tratar de analizar su conducta. Por eso mantiene los ojos cerrados, la frente fruncida, y el mentón sujeto por su mano derecha. Por eso se escucha en su despacho una música enérgica, de batalla, que impide concentrarse a toda mente dispersa, pero que logra en Fazerhoff aislar el problema que desea atacar. Por eso da la espalda a Parish, para que su ayudante no infiera que está reflexionando, y crea que su superior simplemente trata de relajarse. Mallick le da más pena de lo habitual, y no desea que nadie lo sepa. Que alguien le produzca pena —un grado apreciable, susceptible de influir en su comportamiento con respecto a la persona que se la inspire— es inaceptable, porque detrás llega la piedad como única defensa para no seguir sufriendo pena.

Y Fazerhoff desconoce la piedad.

### 3

Mallick está sentado en un banco corrido en el que ya no cabe ni un alfiler, junto a cincuenta compañeros de trabajo. Enfrente, otro banco igual, volado, con un número similar de ocupantes. La sala, rectangular y sin decoración alguna, está intensamente iluminada. Cada cinco minutos las puertas se abren, salen los ingenieros y se oyen los gritos que llaman a los siguientes, que desaparecen cuando los accesos de las consultas se cierran tras ellos. La edad del centenar de ingenieros en ventas es variable, aunque la mayoría son jóvenes. Hablan entre ellos en susurros, y gesticulan sin parar. Sus rostros maquillados son colecciones de muecas, y las voces recuerdan el canto de un pájaro que se ha quedado ronco. Cualquiera que los viese allí reunidos no podría sentir más que asco, tal es el desprecio que producen sus conversaciones repletas de cifras y chismorreos. Hablan de lo que le interesa a todo el mundo sin ningún tipo de pudor, como si fueran animales a los que les acaban de regalar el lenguaje.

Mallick, que apenas habla ni exagera sus ademanes, parece un aristócrata, o el más soberbio de todos ellos, según se mire. Mientras que sus compañeros se dejan llevar cuando están en grupo y sólo simulan cuando salen a la calle, mientras trabajan, Mallick finge siempre, en todo momento. Todos respetan su condición de segundo en la lista de ventas, y muchos le odian, en parte por ese mismo motivo, y en parte porque se comporta como si no fuera uno de ellos. Imitarle es imposible, y pretender engañarle, una más que probable pérdida de tiempo. Para hacerle daño, deberían descubrir aquello que aprecia, y Mallick sólo parece apreciar el trabajo. Relacionarse con Mallick es salir perdiendo; eso lo saben bien algunas ingenieras que han pasado por sus manos y han visto cómo su crédito disminuía día a día, aunque él no fuera quien se lo hubiese arrebatado, al menos directamente.

Todos creen que la cuenta de Mallick ha engordado durante los últimos quince años lo suficiente como para comprar un trabajo más cómodo, una ocupación en la que no haga falta arrastrarse por sistema. Si no lo ha hecho, piensan, es por sufrir algún tipo de demencia. Su relación de igual a igual con Stork mientras ella fue visitante en el departamento demuestra que se siente superior. Que una mujer tan dinámica le aceptara es un misterio, sobre todo para los hombres. Algunas mujeres, muy a su pesar, lo comprenden. De todos modos, nadie parece llevarse mal con él, y algunos, incluso, se consideran amigos suyos, aunque Mallick no lo sepa ni sienta nada parecido. Uno de ellos es Velasco, un tipo de unos sesenta años, moreno, ancho de hombros, sin una cana en su melena lacia y brillante, que arruga la nariz al hablar. Velasco es un antiguo ingeniero que conoció tiempos mejores, y cuya ropa, debido al uso continuado, brilla en los codos y rodillas. Pero lo peor, lo más ridículo, son sus pies deformes, que le obligan a caminar casi arrastrándolos, y que recogen la suciedad del suelo como una escoba humana. Su aspecto se acerca cada día más al de un gallofero, y él sabe que, salvo milagro, ya no hay vuelta atrás, sobre todo por lo de

sus pies, que aunque no le impidan recorrer largas distancias, transmiten una imagen lamentable. Y la buena presencia es la primera obligación de un ingeniero comercial. Al salir de la consulta, Velasco, simulando una sonrisa, se acerca a Mallick, y le susurra unas palabras al oído.

—Rojo, granate, amarillo, hueso, opalino, argénteo, glauco, azul.

Velasco sobrevive vendiendo pequeños favores o información intrascendente a sus compañeros, siéndoles todo lo útil que puede llegar a ser un fracasado que ya casi ni aspira a dejar de serlo. Por eso Fazerhoff le mantiene, aunque no pertenezca propiamente a la plantilla: el infeliz es un incentivo en especie para el resto, un sirviente barato que funciona como nexo entre los competitivos empleados. Cada vez que se produce una revisión médica en la Corporación, Velasco apuesta una pequeña cantidad de crédito con Mallick a que es capaz de memorizar los colores seleccionados para la prueba cromática por el doctor. Así, Mallick se sirve de un inocente juego —que Velasco considera como una suerte de limosna— para esconder su enfermedad, de la que sólo habla libremente con Stork. Ocultarla le obliga a gastar parte de sus energías, y es un ejercicio diario que le mantiene en un estado de alerta constante.

—Rojo, granate, amarillo, hueso, opalino, argénteo, glauco, azul —repite Mallick para sus adentros, como prueba de que su mente continúa siendo una máquina casi perfecta de retención de colores que jamás ha visto.

Ya queda poco para que le llegue su turno, y acaba de rechazar la oferta de Mach, la rubia de ojos zarcos que le presentó a Stork, para acompañarle a su habitáculo. Mach sabe que tiene poco que ofrecer a Mallick —su cuerpo—, y por eso no le sorprende la negativa del ingeniero, que tampoco ha considerado necesario justificar la respuesta. Quizá el entrenamiento no le interese. O tal vez sean ciertos los rumores que indican que sigue viéndose con Stork y no desea arriesgar una operación tan jugosa. De todos modos, a Mach sólo le movía la curiosidad cuando se ofreció a Mallick, y su verdadero objetivo no era otro que conocer de primera mano el habitáculo de su compañero, algo al alcance de pocas personas. El sexo, como sabe Mach, sólo es experiencia compartida, y, por ello, se suele buscar algo más, algo que lo aderece, en este caso, conseguir información.

Lo que Mach envidia ahora que Mortelli sale de la consulta y avanza con paso firme hacia Mallick, es la relación de competitividad que une a sus dos destacados compañeros, los únicos cuyas revisiones médicas duran más de diez minutos, prueba indudable del interés de la empresa en preservar su salud. ¿De qué hablarán cuando se reúnen? Mach sospecha que no sólo conversan sobre asuntos de trabajo, sino que, dada su superioridad sobre el resto, se permiten jugar y bromear. Ahora Mallick, fibroso y delgado, el cuerpo siempre en actitud atenta y aparentemente relajada, le está susurrando algo a Mortelli, un hombre robusto y algo entrado en carnes que transmite una agresividad arrebatadora. Mortelli, a diferencia de Mallick, es un tipo sociable —¿qué hombre o mujer no ha visitado su habitáculo?—, querido por todos,

pero al fin, tan hermético como su competidor. Tal para cual. Cuando un enfermero grita el nombre de Mallick y los dos ingenieros se separan, Mach aprovecha para saludar a Mortelli. Mientras, Mallick se dirige con pasos elásticos hacia la consulta y entra en una habitación rectangular con una mesa pantalla, una única silla y varios aparatos cuyo aspecto de sencillas cajas no permite aventurar su función.

El doctor Ivanov, un hombre más maquillado de lo habitual, los pómulos rosáceos, el pelo canoso peinado hacia atrás, delgado, invita a Mallick con un gesto vago de su mano izquierda a colocarse sobre la cruz roja proyectada sobre el suelo, mientras su joven ayudante se escabulle hacia una de las esquinas y se pliega como una flor en la noche.

—Dichosos los ojos, Mallick —saluda Ivanov, inclinando levemente la cabeza en señal de falso respeto—. Hace ya un mes que deseo recibirte. ¿No prometiste visitarme antes?

Mallick se agacha y deja un paquete en el suelo como respuesta. El doctor, perdida la compostura, se abalanza sobre el envoltorio y lo abre. Sobre la palma de la mano de Ivanov bascula una esfera de cristal cuya superficie cambia de color gradualmente. El doctor se incorpora, lanza la bola de cristal hacia el enfermero y recupera la sonrisa y el porte distinguido.

—Quizá sea poco, ¿no crees?

—Si desea más, pague más —resuelve Mallick, frío—. Sus necesidades son peculiares, y para satisfacerlas hay que saber buscar.

—¡Serás perro! —ríe Ivanov, sin ninguna simpatía en los ojos rasgados—. No deseo más, deseo mucho más, y tú lo sabes. Pero sólo quiero lo que me has traído.

—Pague, doctor. No era un regalo.

—¿Sabe acaso lo que es un regalo, Mallick? —se burla Ivanov—. ¿Lo ha sabido alguna vez? Un regalo es algo que se ofrece entre amigos. Si no, es una compra encubierta. Por ejemplo, Rubén —y el doctor señala a su frágil enfermero—, es un regalo de alguien muy cercano...

—¿Fazerhoff? —ironiza Mallick.

—¿Es que no escucha, esclavo? Es un regalo, repito, de alguien muy querido para mí. Y cuando yo se lo entregue a un conocido mío, sólo será para obtener algo, es decir, hablaremos de un intercambio habitual y no de afecto.

—¿Qué le pasa hoy, doctor? ¿Necesita algún calmante? Se lo daría gratis, aunque mi reputación se viese perjudicada.

El doctor ríe quedamente, se sienta en la silla y palmea con fuerza sus muslos. Ahora parece más relajado, aunque sus diminutas pupilas negras siguen brillando.

—Nos conocemos desde hace tiempo, Mallick. Nuestras vidas, como sabes, han corrido en paralelo. Te ruego que dejes respirar al monstruo, que no le ahogues. Tú y yo somos...

—Acabe ya de una vez —le interrumpe Mallick, cortante pese a que ha advertido que Ivanov le ha tuteado para halagarle—. Todos somos monstruos, doctor. El

problema es que usted es un monstruo con deudas. Págueme.

—¿Podría entregarte hoy la mitad, y el resto más, digamos, un diez por ciento, la semana que viene?

—No se canse, doctor, sabe perfectamente que yo cobro al contado y sin intereses. Sólo le puedo ofrecer un negocio. Se trata de una mujer que desea tener un hijo a toda costa, pero no puede obtener la autorización por cauces legales porque sufre una enfermedad hereditaria. Ella sabe que sin un permiso es demasiado peligroso tratar de dar a luz en esta ciudad, y no desea arriesgarse a que alguien la denuncie por estar embarazada. Por eso quiere comprar uno falso. Como es natural, la mujer no desea revelar su identidad, por lo que en la autorización sus datos deberán estar en blanco para que ella misma los cumplimente. Una vez nacido el niño, no habría problema. Si se descubriera que ha utilizado un permiso falso y que el niño está enfermo, ella pagará la multa correspondiente, por elevada que sea, y la situación se normalizará. Lo importante es conocer a la persona indicada, a aquel que le pueda extender el permiso, y aquí es donde entra usted. Yo me ocuparía de la negociación. Iríamos a medias.

—¿Y el padre? Porque hay un padre, ¿no? No creo que desee tener un hijo a la carta.

—El padre no existe, en el permiso se incluiría una identidad falsa. Ella quedará embarazada y él desaparecerá. Una vez haya nacido el niño, con el tiempo, quizá vuelva. Pero eso a nosotros no nos incumbe.

El doctor Ivanov reflexiona durante unos instantes, y después habla.

—Estás loco, Mallick. Lo que me ofreces va contra todas las reglas. Si nos cogiesen, nos expulsarían de la ciudad. Quizá le interese a Fazerhoff conocer sus manejos, Mallick. Quizá cuando se entere lo envíen al agujero más repugnante de la ciudad más pobre, a un lugar en el que no puedas vender nada, porque nadie compre.

—Tal vez. Pero tenga en cuenta dos cosas. La primera, que a la Corporación le satisfacen mis manejos, porque se lleva la mejor parte. Y la segunda, que si habla, no volverá a verme. Se acabarían nuestras vidas paralelas.

El doctor Ivanov envejece por momentos. Ya no es el médico jefe del departamento de salud de la Corporación Xen, un hombre arrogante, seguro de sí mismo, que recibe en su despacho con una expresión de suficiencia pintada en el rostro. ¿Cuántas veces ha repetido con Mallick la misma discusión, sujeta a mínimas variaciones? Las batallas que libra con el ingeniero son agotadoras, sobre todo porque no tiene posibilidad alguna de vencer. Si supiese algo que cambiase las tornas, si descubriese alguna debilidad oculta de Mallick menos inofensiva que su condición de acromatóptico, algo con lo que destrozar su imagen... El doctor asume la derrota hasta el punto de comprender el hartazgo de su contrincante, que ya ni siquiera juega con él. Hubo un tiempo en el que Mallick no era más que otro perro que entraba con las orejas gachas en su despacho, implorando clemencia. Un perro al que no era difícil sacudir las pulgas a latigazos. Un informe suyo hubiera bastado para que le

despidiesen. Maldito el día en el que se le ocurrió al doctor pedirle al ingeniero que le ofreciese sus productos. Le habían llegado noticias de que Mallick buceaba en la basura sin mancharse apenas la piel, y le pudo la curiosidad. Entonces, leyó su ficha, vio las imágenes grabadas, y le sorprendió no haberse fijado antes en aquel ingeniero distante de ojos negros. Sin duda aquélla era una de las cualidades de Mallick, no hacerse notar a menos que él lo deseara, jugar a crisálida o mariposa a su gusto. Pero, de todos modos, era extraño que no le hubiera llamado la atención que, siendo un degenerado, un enfermo ciego al color, pasase sin problemas las pruebas rutinarias. ¿Por qué se obstinaría en ocultar su enfermedad? ¿No se daba cuenta de que aparecía en cualquier informe al alcance de sus superiores? Además, aquella enfermedad prehistórica no tenía por qué afectar a su relación con la gente, a menos que le impidiese desenvolverse en el trabajo. Era una enfermedad hereditaria erradicada hace ya tiempo, suficientemente estudiada, de imposible curación y cuya gravedad dependía sobre todo de la personalidad del paciente, de cómo le afectara vivir un mundo totalmente diferente al de los demás, un universo en tonos grises, menos rico. Probablemente, Mallick era el resultado de un estudio médico que jamás se llegó a realizar, para el que era necesario revisar o profundizar en los efectos del acromatismo. O fruto de una casualidad o de un error, quién sabe. Nadie le iba a perseguir por ser un degenerado. Incluso podría haber accedido a otras profesiones mucho menos despreciadas, algunas incluso atractivas, como la de técnico de imagen, dada su peculiar percepción visual. Aunque, si su objetivo era que nadie tomase en cuenta su defecto, lo lograba. ¿Quién se iba a preocupar por el acromatismo de un vendedor ambulante sin salario fijo? Y ahora, aquel esclavo que le miraba directamente a los ojos, sin inmutarse, esperando pacientemente a que le pagase, se aprovechaba de él. Dependía de Mallick como había dependido de otros hombres, aunque por motivos diferentes. Y de los otros era más fácil librarse, al fin y al cabo eran más débiles que el doctor. Se dejaban destruir, era parte del juego. Mallick compartía con sus conquistas esa mirada melancólica que Ivanov perseguía sin descanso; pero detrás de esa mirada había una fuerza que hacía aconsejable mantener su cuerpo a distancia, no caer en la tentación de comprarle un encuentro y quedar a su merced. Bastante tenía con pagar al contado la mercancía a esa basura de ojos negros. El enfermero le hace un gesto al doctor, indicándole que no queda demasiado tiempo: la visita dura ya más de siete minutos.

—Está bien, dejémonos de estupideces —acepta el doctor—. ¿Cómo quieres que satisfaga el precio?

—Entonces, ¿no quiere entrar en el negocio del niño?

—Es demasiado peligroso. Ya hablaremos.

—De acuerdo, pero piénselo, doctor. Deme la mitad en compras de productos de la Corporación, y la otra mitad en medicamentos. R16, Devirol y Brenton.

—Sírvale, Rubén —ordena Ivanov—. Algún día me contarás quiénes son tus clientes. Ten cuidado con el Devirol, Mallick. Nadie, sano o enfermo, lo aguanta

demasiado tiempo. Cinco años, quizá diez. Y eso con suerte. Aunque supongo que eso a ti te da igual.

El doctor inicia el reconocimiento médico de Mallick, y tras una sucesión de preguntas y respuestas impersonales, proyecta una serie de colores sobre un panel de la pared.

—¿Qué colores ve, Mallick?

—Rojo, granate, amarillo, hueso, opalino, argénteo, glauco, azul —responde Mallick, con voz cansina.

Y el doctor Ivanov sonrío al comprobar que la secuencia de colores es correcta, porque es un hombre ya viejo y sabe que los enemigos son necesarios, y que es bueno, para no adocenarse, que se mantengan en forma.

Mallick y Stork acostumbran citarse tras el trabajo en el Parque 17, situado al pie de la colina noroeste de la ciudad. El Parque 17, un verdegal con una superficie de veinte hectáreas de terreno suavemente ondulado y originalmente rectangular, ha sufrido los mordiscos de los barrios residenciales situados a sus orillas, y actualmente su forma recuerda la de la piel extendida de un cuadrúpedo, aunque nadie se pone de acuerdo sobre cuál en particular; por ello se le conoce popularmente como *La piel*. Alberga el más completo jardín botánico de la ciudad, el zoológico, un acuario y un centro de diversión, y se desarrolla mediante una trama de paseos, trochas para los más aventureros, canales, y dos ríos artificiales que nacen de dos lagos situados en los extremos norte y sur. Proyectado como un punto de encuentro con la naturaleza y de homenaje a su capacidad de creación —en su interior vive un buen número de especies animales y vegetales extinguidas en sus lugares de origen—, la mayor parte de sus visitantes son niños y ancianos, es decir, aquellos ciudadanos considerados improductivos, pero que, al formar una especie de reserva sentimental, sirven para mantener engrasada la sociedad. Los ancianos, en parejas o solitarios, se ven a todas horas, incluso de madrugada, y es sabido que aquel parque es uno de sus lugares preferidos para morir.

Si hay suerte Mallick y Stork se encuentran poco antes del atardecer, para disfrutar juntos de la hora preferida del ingeniero, cuando, suavizada la incidencia de los rayos solares, las siluetas y las texturas de las plantas y de los animales comienzan a difuminarse y llegan a componer una masa plácida y acogedora. Todavía podían cruzarse con nubes de niños felices y extenuados en compañía de sus educadores, a punto de regresar a los centros de formación, antes de que, tras la puesta de sol, las plantas y los animales se adueñen del parque hasta la mañana siguiente, vigilados sin demasiado interés ni dedicación por los guardas nocturnos.

Hoy es de noche, el viento mece las copas de los árboles, ha refrescado y de vez en cuando se oye el canto de algún pájaro o el grito de una bestia. Mallick y Stork caminan por el paseo principal que cruza el parque y comunica los dos lagos. A los lados se suceden cientos de especies de árboles debidamente clasificadas, y cada doscientos metros hay quioscos donde comprar toda suerte de productos relacionados con el parque.

Mallick y Stork han cenado en una barraca junto a la fachada trasera del Museo de la Biología, regentada por una pareja de ancianos que, a modo de parásitos, se han hecho un hueco en la maleza y han colocado una cocina de campaña y cuatro mesitas desvencijadas, sin que, hasta el momento, les haya molestado nadie, y a la que acuden con asiduidad algunos trabajadores del parque. Para Stork, aquel restorancito descubierto por el siempre vigilante Mallick es uno de los mejores de la ciudad. Lo llama «la barraca de los sabores». Mallick, en cambio, se refiere a él simplemente como «la barraca».

Cuando se sentaron, Mallick, a regañadientes, aceptó cenar una naranja en su compañía, que peló y comió con parsimonia y cierto disgusto ante el jugo y el aroma ácido que desprendía, mientras Stork, sin apetito alguno, trazaba dibujos sobre el plato metálico con los vegetales robados por los ancianos en los huertos adyacentes y el invernadero. En aquella cena Stork, agotada tras una jornada de reuniones y entrevistas encadenadas sin tiempo ni para respirar, supo hasta qué punto dependía del hombre que la observaba sin pestañear. Sus manos de dedos largos movían los pedazos carnosos de alcachofas, tomate, pimiento, brécol y lombarda, y hacía pequeños montones de brotes de soja. Daba igual lo que él pensase o hiciese. En cierto modo le necesitaba a pesar de él. Aun con escasa iluminación los colores se resistían a desaparecer, y Stork adivinaba el morado de la lombarda, el naranja de los pimientos y el verde oscuro de las alcachofas y el brécol. Y sabía que nunca iba a conocer a Mallick, aunque eso diera también igual. A Stork le bastaba con seguir sintiendo que, gracias a él, todo lo demás era un decorado del que no formaba parte, tan indiferente con respecto a ella como esas hortalizas salteadas que no pensaba comerse. La situación —una cena en la que apenas se ingieren alimentos ni se conversa, en medio del follaje, aislados de la ciudad— hubiese podido parecer extraña si no fuese porque Mallick, rompiendo el pacto que habían establecido de no hablar de sus respectivos empleos, comenzó a referirle a Stork su jornada de trabajo con una naturalidad que daba sentido a la escena. La voz de Mallick llegaba hasta los oídos de Stork como cae la lluvia en las primaveras de otras ciudades, suave y constante. El contenido del discurso de Mallick se perdía casi por completo, convertido en un sonido agradable que se superponía al del temblor de las hojas de los árboles, mecidas por la brisa nocturna, y que se fundía con los colores de las verduras y las imágenes de los labios en movimiento y los ojos entreabiertos del ingeniero. Stork jamás hubiera podido explicar con exactitud qué le contó Mallick. Habló de números, de cifras aplicadas a personas y objetos, de «la imperiosa necesidad que tenemos de obtener crédito», le describió «los nuevos productos en imagen y seguridad», habló de la facilidad con la que había retenido colores —¿de qué?, ¿dónde?—, y las frases saltaban y se esfumaban en la mente de Stork.

De improviso Mallick sacó algo del bolsillo y se lo entregó. La envoltura era verde esmeralda, rígida, y brillaba en la oscuridad. Stork abrió el paquete y se encontró con que contenía un libro en papel. Lo robé hoy, le dijo él. Es de K., vale una diminuta fortuna, aunque esté mal decirlo, según tus códigos. Stork lo olió, comprobó que era un título que le faltaba, fue pasando las páginas lentamente, y estalló en una carcajada que hizo sonreír a los ojos de Mallick. Él le recordó que seguía sin comprender cómo había gente —refiriéndose a ella— que prefería que otros pensasen por ellos, en lugar de hacerlo ellos solos. Quizá, dijo, es que vosotros os lo podéis permitir, es la cara lujosa del aburrimiento. Stork guardó con mimo el libro en la caja y apretó la mano derecha del ingeniero. Pagaron al anciano —Mallick regateó— y salieron al paseo principal, que descendía suavemente hacia una

hondonada y parecía una espada de luz cortando las tinieblas del bosque. No había caminantes, y las pocas personas que vieron estaban haciendo compras de última hora. Súbitamente un ocelote saltó desde la espesura y se agazapó frente a ellos, asustando a Stork. Mallick, impertérrito, le comentó que el bicho había adoptado una posición de defensa, y que quizá fuese cierto lo que se rumoreaba, que había dementes que molestaban a los animales a escondidas. Stork, ya calmada, acarició el animal, cuyo pelaje, limpio, matizado y amarillento, brillaba bajo la luz de las farolas. El ocelote les miraba sin verles, como si estuviera enfocando un punto situado por detrás de ellos, indiferente. Su destino era ser mirado y no mirar. Ignoraban de qué animal se trataba. Stork aseguraba que era un tigre pequeño y, al consultarlo, se alegró al saber que también se le conocía por la denominación de *titigre*. A Mallick, al acercar su rostro al del felino, no le gustó que su aliento apestase a pienso para animales.

Ahora Mallick y Stork están tumbados sobre la hierba, junto a la ribera de uno de los dos ríos. Es tarde. No hay luna. A unos cuantos pasos, un caimán de unos tres metros de longitud, bañado por la luz de una farola, parece una estatua de mármol con ojos de cristal. Mallick, abstraído, extiende el brazo en dirección al reptil y coloca la canica que sujetan sus dedos índice y pulgar interponiéndola entre él y el caimán, en sustitución de uno de sus ojos.

—¿Lo oyes? —pregunta Stork—. Cu-cu, cu-cu... ¿Lo oyes?

Mallick guarda la canica en el bolsillo y se incorpora, apoyándose con la mano extendida sobre el costado de Stork. Mientras escucha, observado por ella, introduce los dedos bajo su ropa y la acaricia.

—¿Qué es? —inquiere Mallick—. ¿Un águila?

—¡Tú estás loco! —ríe Stork—. ¿Cómo va a ser un águila? Seguro que no asististe de pequeño a ninguna lección de naturaleza. Es un cuco, bruto.

—¿Un cuco? ¿Y eso qué es? —bromea él, pellizcándola.

—Era un ave pequeña color ceniza y azulado, las alas pardas y la cola negra con pintas blancas. Ponía los huevos en los nidos de otras aves. Se parece a ti.

—¿Cobraba por todo?

—Por todo. Y engañaba. Y si le abrías el corazón, sólo encontrabas un hueco. Y era solitario. No se relacionaba con sus compañeros, y siempre lograba que los otros pájaros se acercasen a él para después desvalijarles sin compasión.

—Simpático, el cuco. Cu-cu. Parece triste, como si esperase a alguien.

—No espera a nadie, idiota —le insulta Stork, entre risueña y ofendida—. A quien esperaba ya ha llegado —continúa, ahora triste—. Aunque no van a estar juntos mucho tiempo. Ellos lo desean, pero es imposible. Por culpa de ella, que va a morir de una extraña enfermedad.

Mallick se levanta y se sacude la ropa. Las briznas vuelan hasta desaparecer entre la hierba. Su rostro, por un momento, ha vuelto a ser el del ingeniero en ventas llamado Mallick.

—Eso es lo que me enseñaron en casa —continúa Stork, con voz algo más animada—. Puede que se lo hayan inventado. Además, los cucos de aquí seguro que ni ponen huevos. Sólo comen y cantan. Tienen prohibido mezclarse. Nada que ver con los antiguos cucos.

Mallick se acerca al caimán y se pone a su lado, de rodillas. Stork se levanta, echa un vistazo a sus pechos, como si quisiera asegurarse de que siguen allí, y al recoger con la mano el pelo de la nuca comprueba que, al habérselo cortado, no es lo suficientemente largo como para hacerse una coleta. Mallick acaricia la piel rugosa de la espalda del reptil y le da unos golpecitos con el puño en los colmillos.

—Parece que sonrías —comenta.

—Yo no me fiaría de él. Ya sabes que a veces estos bichos fallan y se comen a alguien.

—Eso son cuentos de viejos.

Mallick se sienta encima del caimán, que sigue sin moverse. No es un asiento demasiado cómodo, y se levanta de un salto.

—Éste es todavía más feo que Fazerhoff, ¿no crees? Reconozco que siempre me había apetecido sentarme encima de él. Como suponía, no se ha atrevido a mordirme.

—No te equivoques, Mallick. Fazerhoff es mucho más peligroso que ese caimán castrado.

—Tú le conocías de hace tiempo, ¿no?

—Sí. Él me consiguió las prácticas. Es amigo de mis padres.

—A lo mejor, un día, le mato. Me acerco hasta él, y le abro la cabeza. Y después le meto sus gafas naranjas por el ano.

A Stork no le hacen gracia las palabras de Mallick, que no suele hablar por hablar. Le asustan, porque ignora si habla en serio. Pocas veces es capaz de leer en sus ojos lo que piensa realmente. Tampoco le gusta que esa sensación de incertidumbre le atraiga tanto. Que le recorra todo el cuerpo como una descarga eléctrica. Hasta que se detiene en la nuca, caliente, en ebullición. A punto de explotar, haciéndole cosquillas.

—¿Serías capaz de matarle?

—Le he visto morir muchas veces, durante años. El problema es que ya hace tiempo que no puedo imaginar su muerte.

—¿Y a mí, me matas? —pregunta Stork, en un hilo de voz.

—A todas horas. Hace un instante estabas muerta, flotando en el río desnuda, te llevaba la corriente y tenías los labios blancos.

Stork siente que las piernas no le sostienen y cae en los brazos de Mallick, que besa con fuerza sus labios color cereza. Su debilidad se transforma en comezón, y las manos van más lentas que su mente, que quiere palpar todo el cuerpo de Mallick. Le muerde en el pómulo. Caen al suelo. El caimán sigue inmóvil. Ni siquiera les mira. Y Mallick, mientras besa a Stork, piensa que nadie le va a arrebatar a esa mujer de ojos marrones que se está muriendo.

Las chimeneas de la fábrica de plástico escupen fuego. El humo asciende en una columna estrecha y oblicua que se expande a una altura de unos cincuenta metros formando una extensa nube. La masa informe destaca contra el cielo, todavía azul oscuro, sin estrellas, y refleja la luz de los miles de bombillas que iluminan la herrumbre de las instalaciones de la fábrica. Mallick camina junto al muro pantalla que protege el complejo de los visitantes no deseados. Esconde las manos en los bolsillos y va dirigiendo la canica azul con toques suaves del pie izquierdo. Así, con la canica pegada al pie, con cuidado de que no se perdiera, Mallick ha recorrido buena parte de la ciudad, de noche, con las calles vacías. Tras el muro comienza una zona de naves industriales. Algunas, iluminadas, lucen los anuncios de los productos que almacenan. Otras, oscuras, parecen misteriosas cajas que esconden tesoros o monstruos. Al llegar a una cancela de hierro por la que se accede a una de las naves apagadas, Mallick se detiene y guarda la canica. La verja está abierta. Mallick toma un camino de gravilla. Sus pisadas resuenan en el silencio de la noche, subrayado por el chillido lejano de una sirena. Mallick rodea la nave y busca una trampilla en el suelo. De cuclillas, en penumbra, tiente el terreno. Cuando sus dedos topan con una argolla, se yergue y tira de ella. De la escalera que se abre emana un débil resplandor. Mallick cierra la trampilla desde dentro y baja las escaleras. Recorre una húmeda galería a la que da luz una lámpara de pared situada al fondo, sobre una puerta de acero. Al abrir la puerta y entrar en una habitación inmensa, con las paredes de basto hormigón —excepto una de la que cuelga una gran pantalla—, el suelo de cemento y amueblada como oficina, un hombre sentado a una mesa de trabajo pega un respingo.

—¡Mierda, René! —exclama el hombre, asustado. Es un tipo de mediana edad, espigado, moreno y con las sienes plateadas, un rostro agradable, la nariz demasiado grande, aspecto concentrado y unas profundas arrugas en la frente que le hacen parecer mayor—. ¿Cuántas veces le tengo que decir que llame antes de entrar?

—Buenas noches, Cabrera —saluda Mallick, amable. Se diría que se encuentra a gusto con ese hombre—. Si tanto le preocupa su seguridad, debería cerrar la puerta. ¿Qué son esas imágenes tan sugerentes?

Cabrera apaga inmediatamente la pantalla de trabajo.

—Nada que le incumba. ¿Y bien?

—Le traigo lo que me encargó —responde Mallick, un tanto sorprendido por la sequedad de Cabrera, habitualmente afable y tranquilo.

Mallick se sube las perneras de los pantalones. Lleva varios paquetes pegados a las pantorrillas con cinta adhesiva. Se los entrega a Cabrera, que los abre con avidez. Unos contienen piezas de algún ingenio mecánico. Los otros, cápsulas. Mientras Cabrera examina la mercancía, Mallick se fija en un paquete sin abrir sobre la mesa: escrito con tinta, se lee el nombre de «Dr. Ackerman» en el papel.

—¿Surgió algún problema? ¿Ha notado algo extraño últimamente? —pregunta

Cabrera, todavía agitado.

—No. Pero lamento haber tardado algo más de lo habitual.

—Bien —comenta Cabrera—, ya le transferiré lo acordado. Cuando obtenga lo demás, avíseme. Muchas gracias, René. Adiós.

Cabrera le ofrece la mano. Mallick, cada vez más sorprendido ante la actitud de su cliente, no se la estrecha.

—¿Se puede saber qué le ocurre? ¿Acaso no me va a enseñar nada?

Cabrera se disculpa con una media sonrisa e invita a Mallick a sentarse en un viejo sofá.

—Tienes razón, ¿quién me impide mostrarte algunos trucos? —dice Cabrera, que ahora tutea a Mallick para mostrarse más cercano—. Así me relajaré. Eso sí, debo advertirte que no he traído nada nuevo.

Mallick sonrío, satisfecho.

—Es igual —dice Mallick—, ya sabe que me gusta repetir. Adelante.

Cabrera abre un cajón grande de un archivador y saca una linterna de bolsillo y un cristal rectangular, una de cuyas mitades es un espejo. Después, apaga todas las luces y se sienta junto a Mallick.

Cabrera enciende la linterna y la coloca mirando hacia arriba sujeta entre dos de los almohadones del sofá. El doctor y Mallick se sientan mirándose el uno al otro, de lado. Después Cabrera coge el vidrio, lo inclina hacia el ingeniero, y va probando hasta que la luz proveniente de la linterna, reflejada en el espejo, ilumina el interior de su propio ojo. Mientras, el doctor habla.

—La pupila no es más que un hueco circular a través del cual pasa la luz. Lo forma el iris, que es un músculo que se contrae y expande, haciéndola mayor o menor —Cabrera habla pausadamente, con el tono suave y persuasivo de un profesor que sabe que su alumno le está escuchando—. Siempre vemos la pupila negra, pero en realidad ése no es el color de lo que hay detrás. Vemos a través de ella, pero no podemos ver dentro de la de los demás. ¿Ya la ves?

—Sí —responde Mallick, concentrado en la imagen que observa.

—¿Y cómo es? —pregunta Cabrera, otra vez algo impaciente.

—Rosa amarillento. Las venas parecen las ramas de un árbol.

Cabrera le permite mirar durante un rato, y después se levanta y enciende la luz. Mallick se cubre los ojos con las manos.

—Gracias, doctor. Y ahora, ¿qué me propone?

—Esto es lo último, no puedo perder más tiempo. ¿Ha visto alguna vez las imágenes con líneas verticales y horizontales?

—No.

Cabrera coge una silla y le indica a Mallick que se siente. Apaga las luces y enciende la pantalla que hay en la pared.

—Quiero que mire atentamente la pantalla. Le voy a mostrar unas imágenes. Usted límitese a mirar. Si ocurre algo extraño, dígamelo.

Aparece una imagen con rayas verticales negras sobre fondo naranja, a la que sigue otra de rayas horizontales negras sobre fondo azul, y así sucesivamente.

Pero cuando han pasado más de cinco minutos y Mallick no ha abierto la boca, el doctor enciende la luz e interrumpe la proyección.

—¿Qué le ocurre? ¿No ha visto nada raro?

Mallick duda antes de contestar.

—Bueno, no lo sé. Quizá las líneas se han aclarado algo y bailan un poco.

—¡No me venga con idioteces! Tiene que haber visto que las líneas negras horizontales se han coloreado, convirtiéndose en líneas naranjas, y las verticales ahora son azules verdosas.

—Bueno, si usted lo dice...

—No es que yo lo diga. Es un fenómeno probado de adaptación al color.

A Cabrera le tiemblan ligeramente las manos, y al mirárselas, grita fuera de sí.

—¡Mierda! ¡No puedo seguir así!

Cabrera se levanta, camina a violentas zancadas hasta la mesa de trabajo, abre un cajón y se inyecta en el antebrazo una dosis de un líquido plateado. Un escalofrío agita su cuerpo. Después, los miembros se relajan y el espigado Cabrera parece un álamo tras una tormenta.

—¿Qué ha tomado? ¿Ganadium?

—Sí —responde Cabrera, los ojos entornados y una sonrisa blanda en sus finos labios—. Ganadium. Ya sabes: «Pruebe Ganadium y sepa lo que siente el morador del lago».

Mallick toma del brazo a Cabrera, lo acuesta en el sillón y lo cubre con una manta. Cabrera se deja hacer como un niño enfermo y desorientado. Mallick le trae un vaso de agua y Cabrera sacia su sed.

—Gracias, René —dice, avergonzado—. Debes disculparme. Me he portado como un demente, pero... —Cabrera estudia a Mallick con sus ojos verdes. Se diría que trata de calibrar la confianza que puede depositar en su proveedor ilegal—. Dime una cosa, René. ¿Cómo te llamas en realidad?

Mallick sonrío y menea la cabeza.

—Eso no se pregunta, Cabrera. Pero haré una excepción. Dígame usted su nombre y yo le diré el mío.

—Está bien. Yo me llamo Ackerman. Doctor Ackerman, para ser exactos.

El doctor le ofrece la mano como saludo, y Mallick no puede impedir un gesto de sorpresa. Efectivamente, ése era el nombre que Mallick había leído en el paquete sobre la mesa de trabajo. Es la primera vez en su vida que alguien juega limpio con él durante una transacción. O todavía más extraño. Por vez primera alguien se expone sin necesidad alguna, sin que sea una de las exigencias del contrato para salvaguardar la seguridad de quienes intervienen en el negocio. ¿Qué le ocurre a Ackerman, antes Cabrera? Ackerman era su mejor cliente fuera de la Corporación Xen, además de ser alguien que le trataba con educación, un profesor. Mallick ganaba una muy buena

cantidad de crédito, recibía interesantes lecciones sobre la visión, disfrutaba de sus entrevistas con él y a cambio le ofrecía un servicio irreprochable. Quizá el término respeto fuera el que mejor describía lo que el ingeniero sentía por Ackerman. Pero hasta ahora eso era todo. Lo más probable, se dice Mallick mientras le estrecha la mano al doctor, es que el Ganadium le haya hecho más comunicativo, hasta el punto de perder toda precaución.

—Encantado de conocerle, doctor Ackerman. Yo me llamo Wheatstone.

—¿Wheatstone? Bonito nombre. Yo sé más o menos a lo que te dedicas, pero tú desconoces cuál es mi profesión —Ackerman habla atropelladamente, como si estuviera confesándose y no le quedara demasiado tiempo—. Y aunque nos hayamos visto en contadas ocasiones, ya casi se puede decir que somos colegas, ¿no? Necesito hablar con alguien y quizá tú seas el indicado. Soy neurólogo. Me dedico a la investigación de la visión humana y sus aplicaciones en la industria farmacéutica, ¿comprendes? Soy una rata de biblioteca y de laboratorio, pero una rata que produce beneficios, muy rentable —Ackerman lanza una risita aguda—. Como bien sabes, la investigación en general ha sufrido un violento parón desde el asunto de la prohibición casi total de los inventos.

—Lo sé —corroborra Mallick, que afecta indiferencia y ha sacado su canica azul.

—Pues bien, ése es mi problema, o su fuente. Estoy investigando sobre ciertos productos que supondrán un gran avance y un gran negocio, y sufro presiones por todos lados. El riesgo es enorme, ¿comprendes? Esta fábrica está deshabitada, quedó obsoleta hace unos años, pero, ¿quién sabe?, cualquier día alguien entra, descubre el laboratorio y a mi equipo de ayudantes, y nos denuncia. Ya les gustaría a los chicos de Alisan pillar a un eminente científico saltándose la ley a lo grande. Además, aunque el proyecto esté prácticamente acabado y lleve ya un par de años en fase de experimentación con seres humanos, también me presiona la industria. Me amenazan con cortar la financiación, y ellos saben que yo he invertido gran parte de mis ahorros en este proyecto, ¿comprendes? Incluso colegas míos, como Davids, Baquerizo, Sing o Carson, me atosigan. Estoy agotado, Wheatstone, no sé hace cuánto no he dormido tres horas seguidas.

—¿Ha dicho Davids y Baquerizo? —pregunta Mallick, que ha detenido el juego con su canica al oír los nombres de los padres de Stork.

—Sí, Davids y Baquerizo, los científicos que acaparan todos los premios en esta época de sequía. ¿Es que no ve los noticiarios? Son unos hijos de puta, como todos los demás. No sé por qué le cuento todo esto.

—Yo tampoco —responde Mallick—. Será mejor que duerma un poco y no hable tanto. Usted no me conoce.

El doctor calla, cierra los ojos y se vuelve, dándole la espalda al ingeniero en ventas. Mallick ha decidido esperar a que se duerma, pero la respiración sigue siendo agitada. Por eso decide consultarle algo que le andaba rondando la cabeza desde hacía tiempo, cuando entró en contacto con el doctor por primera vez, algo que hasta

hace no mucho no se hubiera atrevido a preguntar. La voz de Mallick tiembla ligeramente, lo que indica el esfuerzo que le produce hablar de un tema tabú para él.

—Doctor, usted ha dicho que era neurólogo y yo sufro un problema de visión que quizá le interese. No veo ningún color. Ésa es la razón por la que le he decepcionado con su experimento de las rayas y los colores proyectados. Creo que el problema debe de ser genético, porque lo he sufrido desde mi nacimiento. Un médico, en cambio, me dijo que podía seguir un tratamiento, pero no me fié de él. Recuerdo sucesos de mi primera infancia relacionados con el defecto, y soy incapaz de imaginar siquiera cómo pueden ser los colores, aunque haya probado cerrando los ojos despierto durante largas horas, o con la ingesta de sustancias alucinógenas. No he conocido a nadie que sufra la misma enfermedad, pero eso no me ha hecho considerarme diferente a los demás. Dispongo de mi memoria y de innumerables tretas para que nadie lo note. Una amiga me suele decir que yo soy único en mi modo de percibir el mundo, y que por eso estoy más solo aún que los otros. Qué tontería, ¿verdad?

Mallick espera inquieto la respuesta. El doctor le da la espalda y Mallick no sabe si le ha escuchado o no. Pero al cabo de unos segundos Ackerman le responde con un hilo de voz.

—Usted sí ve un color: ve el gris neural. Y su amiga tiene razón en parte. Cualquier tara en los aparatos de la percepción cambia la realidad percibida, y por lo tanto, el universo conocido, por definición. Cuando era estudiante oí hablar de una enfermedad llamada acromatopsia, hoy erradicada. Se debía a un defecto en la zona V4 del cerebro, la de la visión, unido a problemas en los canales entre los conos y el nervio óptico. Pero no me haga demasiado caso, quizá todo sea erróneo. Hace unos meses habría sido capaz de recitarle el artículo en cuestión sin olvidar una coma.

—Doctor —le interpela Mallick—, ¿sabe usted si mi enfermedad tiene curación? ¿Hay alguna posibilidad de que acabe viendo los colores como usted y como mi amiga?

Ackerman no responde. Mallick aguarda unos minutos que se le hacen eternos. O bien se ha dormido, o su actitud es de un egoísmo inadmisibile. Mallick se levanta. Sí, Ackerman está dormido. Mallick aprovecha para curiosear en el laboratorio. Los archivadores y los armarios están cerrados con llave, incluido aquel en el que el doctor guarda sus trucos visuales. No hay nada interesante. Pero justo cuando Mallick se dispone a abandonar el laboratorio, se da cuenta de que el ordenador de Ackerman sigue encendido: el doctor sólo apagó la mesa pantalla. Se sienta en la silla del doctor y la enciende. Ha habido suerte: no hay claves de acceso, o lo que es más probable, ya han sido introducidas por el doctor. Mallick saca dos cápsulas y copia todas las carpetas de archivos que puede. Antes de irse, cubre con una manta a Ackerman y jura para sus adentros que la próxima vez que le vea le va a sacar la información sobre su enfermedad por las buenas o por las malas.

Mallick camina, aparentemente distraído. Para él pasear, además de una costumbre saludable, es una afición. Le permite reflexionar o coleccionar los rostros y las expresiones de aquellos con quienes se cruza, y hacer conjeturas acerca de su verdadera edad o condición. En general, la poca gente que camina por las calles va con prisa y cara de pocos amigos. O semblante triste. Para Mallick, encontrarse con alguien sonriente es como acariciar fugazmente un tesoro, el tiempo que transcurre desde el encaro hasta que se pierde de vista. Intenta clavar la vista en los ojos de los paseantes, observa las miradas de aquellos que no se aperciben de su vigilancia, y les roba unos segundos de su intimidad. Ahora, mientras dobla una esquina y toma una calle comercial en dirección hacia el edificio Centro, que alberga una exposición de productos de seguridad de gama media y alta, Mallick posa la vista en el rostro de una mujer rubia, de ojos claros y tez sonrosada. Los rasgos de los viandantes no dan muchas pistas sobre el origen geográfico de sus dueños —los bancos de espermatozoides y óvulos que surten a la ciudad ofrecen una amplia variedad genética—, pero le sirven en muchas ocasiones al ingeniero para conocer la edad. Como la moda hace estragos, si ve a alguien de rasgos caucásicos, sabe que probablemente tendrá unos cincuenta años. Si es afroasiático, que ronda los sesenta. La mujer de ojos grises, con la mirada baja, se cruza con él, y Mallick, cuando la pierde de vista, concluye que no debía de tener menos de cuarenta años y que, por la calidad de las operaciones —una nariz griega, con carácter, aparentemente natural; y unos labios finos, bien delineados—, estaba sin duda bien provista de crédito. Y las orejas de esa mujer, diminutas y arrugadas, únicas, no se le van a olvidar jamás. Porque las orejas son una de las debilidades de Mallick, quien se pregunta a menudo por qué se limpian, lamen y muerden, pero casi nunca se contemplan. El ingeniero las considera el órgano más sorprendente del ser humano, tan irregular, olvidado y condenado a no aspirar jamás a colaborar en la armonía de un rostro. Mallick se fija en los pabellones auditivos como truco para reconstruir, a partir del recuerdo de su forma, el retrato de aquellos a quienes ha visto. Además, las orejas no suelen cambiar, y son un medio perfecto para reconocer a sus dueños si han variado de aspecto y tomado otro nombre.

Tras cruzarse con otros diez ciudadanos, memorizar el aspecto de una veintena de orejas y recorrer unos cuatrocientos metros, Mallick entra en el vestíbulo del edificio Centro y levanta la vista al ver el espectacular lucernario acristalado y octogonal coincidente con la caja de escaleras. En las paredes se proyecta la publicidad de cada producto, y en el techo las consignas y excelencias de los servicios ofrecidos por la Corporación Xen. Hologramas de destacados clientes aparecen y desaparecen en distintos puntos de la sala. No hay vendedores, tan sólo un hombre y una mujer profusamente maquillados junto al discreto mostrador de confirmación y pago de las compras. Mallick, disfrazado de hombre provisto de crédito, ha accedido a la

exposición bajo el nombre de Leira, abogado del consorcio de fabricantes de plástico. Pese a ser hora laboral, hay numerosos visitantes.

Mallick recorre la sala observando las ventas semanales de cada servicio, que se muestran en un panel situado sobre las imágenes de apoyo a los productos. Efectivamente, las ventas de Superior 547 —gama media— e Íntimo 8889 —gama alta—, productos lanzados hace tres semanas con ciertos defectos de funcionamiento ya casi subsanados, dejan mucho que desear. Una vergüenza para la Corporación, como dijo Fazerhoff. Se trata de dos productos indiscutiblemente atractivos —aunque similares a otros de la competencia, todo hay que decirlo— cuya finalidad consiste en hurtar al viandante curioso la imagen de las casas en las que han sido instalados. Uno o varios muros de imagen protegen visualmente los terrenos o edificios tratados, y los muros pueden ser de diferentes tonalidades. El transparente, como es lógico, es el más costoso.

Aparentemente Mallick no realiza esfuerzo alguno para incrementar las ventas. Pasea con las manos en los bolsillos, deteniéndose frente a cada uno de los productos expuestos e informándose sobre sus características, precios y modos de financiación. Camina con la pelvis elevada y movimientos coordinados. Transmite superioridad e indiferencia, capacidad de compra y paciencia: es la viva imagen del comprador avezado. Los visitantes, poco a poco, se van fijando en él. Al principio, le lanzan miradas de reojo cargadas de curiosidad. No pueden comprender cómo, tras más de diez minutos en la exposición, aún no ha señalado ningún producto con su dedo índice. Todo espacio de venta ofrece a los clientes, para calmar momentáneamente y por unos pocos créditos su voracidad consumista, pequeñas fruslerías de diversa condición que apoyan el negocio principal de la firma. Pero Mallick ni siquiera ha parecido fijarse, por ejemplo, en la oferta de tres intimidades subidas de tono relatadas por famosos de cuatro en cuatro. ¿Acaso no compra nada? ¿Será el clásico esnob de la colina? Entonces, ¿a qué ha venido? Los visitantes, transcurridos otros cinco minutos en los que Mallick ha continuado comportándose del mismo modo, dudan entre admirarle o ultrajarle. De un modo casi imperceptible, en continua progresión, Mallick se ha convertido en el foco de atención de la exposición.

Mallick se detiene frente al panel del Íntimo 8889. Aparece el holograma de un famoso presentador del noticiario nocturno, que le explica con una simpatía un tanto empalagosa la razón por la cual ha instalado Intimo en su hogar de dos mil metros cuadrados, en la colina Flavour. El tipo acompaña sus palabras con ademanes suaves mientras enseña todos y cada uno de los rincones de su hogar. Huele a crédito, y Mallick, aparentemente embelesado, sonrío. Cuando el presentador le tiende la mano, Mallick saca la suya del bolsillo y se la estrecha. Después Mallick aparenta reflexionar, con el mentón sujeto por la mano derecha. La mano está fuera, al aire libre, y los compradores potenciales observan cada gesto del ingeniero en ventas disfrazado de hombre acaudalado. Al fin, Mallick, convencido por las prestaciones del Íntimo 8889, señala con su dedo índice el panel correspondiente, y el número de

unidades vendidas cambia del color rojo al azul y se incrementa en uno, a falta de confirmarse la transacción. Suenan los primeros acordes de la pieza *Íntimo*, instrumental. El rostro satisfecho de Mallick, que se dirige hacia el punto de cobro, es una invitación a la compra. Cunde el ejemplo, y varios favorecedores se animan a señalar el *Íntimo*. La sonrisa maquillada del cobrador, vestido con un uniforme Xen grana y oro, recibe al ingeniero tras el mostrador.

—El señor... ¿Leira?

—Sí.

—¿Amplia vivienda unifamiliar en la 60 con la 401?

—Así es.

El cobrador comprueba los datos de Mallick, y su sonrisa se congela al descubrir que la compra es aparente y que se trata de un simple ingeniero en ventas liberado de Xen. La máscara de agradecimiento se torna en mueca de desprecio. Mallick, a cuyas espaldas se ha formado una respetable cola de compradores, se inclina sobre el mostrador y susurra al oído del joven.

—Sonríe, imbécil —le dice—. Como alguien note que no me lames el culo, haré que te expulsen.

Mallick se separa del cobrador, que recupera su actitud servil. La asistente del cobrador le entrega dos regalos: un perfume y una barra de labios. Los clientes de la cola están inquietos, a nadie le gusta esperar. Mallick se lleva a un aparte a la asistente, sin perder de vista cuántos visitantes se llevan *íntimo*.

—¿Cuánto tiempo transcurre en cada rotación completa de visitantes?

—Unos veinticinco minutos —responde ella, displicente.

—Bien. Necesito un lugar *íntimo* donde pasar esos veinticinco minutos.

La asistente sonríe por primera vez. Tiene una bonita dentadura. Lástima de maquillaje, porque el uniforme le sienta muy bien. Mallick la sigue hasta un almacén repleto de cajas que pide a gritos una limpieza. Mallick sospecha que le han asignado como cuarto de espera la habitación más infecta del edificio. Pero, ¿a quién le gustan los vendedores, pese a que nadie, en último término, pueda alardear de no serlo? La asistente se dispone a regresar al trabajo.

—No salga de aquí. No se lleve nada. No ensucie. A Pillow no le gustaría.

—¿Pillow? ¿Es el imbécil de ahí afuera? Su gusto por el transformismo trasnochado me violenta. Descuide. Ni siquiera la voy a ensuciar a usted.

—No tenga tan claro quién de los dos se ensuciaría. Me llamo Pérez. Adiós.

—Espere, Pérez. Dígale a Pillow que las últimas trece ventas de *Íntimo* son mías. Ya sabe lo que ocurre con tanto trabajo. Uno se olvida, y...

Pérez vuelve a sonreír y se muerde los labios color turquesa. Mallick se sienta sobre una caja y dedica los veinticinco minutos restantes a reflexiones prácticas sobre el crédito. Sobre su crédito. Cuándo, cómo, cuánto. Para qué, ya lo tiene claro.

Mallick ha ahorrado algo de crédito en quince años de profesión. Empezó promocionando libros —un auténtico desafío—, y ahora vende toda clase de

productos y subproductos de la Corporación Xen, principalmente los que no aparecen en ningún catálogo. Para que a la Corporación le interese la mediación del ingeniero basta con que reciba una comisión jugosa, y que no surja problema alguno. Ojos que no ven + crédito = corazón exultante. Los ahorros de Mallick han ido aumentando, al principio poco a poco y después a saltos. Pero ahora, por primera vez, Mallick comparte la debilidad de sus conciudadanos: necesidad de aumentar el crédito. Ya no es diferente, o lo es de un modo distinto al anterior. Si los débiles corretean como insectos tras el crédito para poder gastar, él corretea como los insectos para poder comprar un pedazo de futuro. Necesita lo mismo que ellos, crédito, aunque sea para otros fines. Mallick, el vendedor, se ha transformado en comprador. Sabe que desde el momento en el que la necesidad se aposenta en la mirada, el verdugo se convierte en víctima, y a un ingeniero le pueden perder el respeto. Porque hasta un ingeniero en ventas puede ganárselo, siempre y cuando se mantenga incorruptible, protegido por cien cerrojos, imposible de abordar. A los otros les asquea, tuercen la boca al verle, escupen a sus espaldas, pero en el fondo admiran su capacidad para producir intercambios y limpiar cuentas corrientes. Pero ahora han cambiado las reglas y la situación de Mallick es otra: debe estar preparado para cada nueva inflexión, para cada nuevo matiz. Cuándo, cómo, cuánto.

Acaban de pasar los veinticinco minutos necesarios, según Pérez, para que se haya producido una rotación completa de la clientela. Mallick comprueba su aspecto en un espejo colgado de una pared —¿cuántos espejos cuelgan de esta ciudad? ¿Cientos de miles? ¿Millones?—, y regresa a la sala principal. Los personajes que la ocupan han variado, pero todo sigue igual. Como un autómata lleno de vida Mallick repite la misma serie de movimientos que realizó hace apenas una hora. Una señora diminuta le observa con interés y ningún disimulo. Por la expresión de su mirada, ligeramente despreciativa, se diría que es poderosa. Mallick distingue a la perfección las diferentes clases de miradas. Pillow, por ejemplo, le persigue con rencor. La clientela en general, con una mezcla de curiosidad y admiración. Pero aquella señora con ojos de pájaro y un círculo rojo tatuado en la barbilla le está espiando, y eso es algo que intranquiliza a Mallick, porque no es habitual y dificulta su concentración. Decide abordarla.

—¡Vaya aparato! —exclama el ingeniero—. ¿Se da usted cuenta de la cantidad de productos nuevos que nos quedan por disfrutar? Menos mal que se han prohibido los inventos...

—¿Usted es un vendedor, no? ¿Me equivoco? —le interrumpe ella.

Mallick sonríe. Ya estamos, piensa. La mujer de ojos de pájaro conoce las preguntas y las respuestas. Pero, de todos modos, Mallick debe continuar la farsa. Es cuestión de orgullo profesional y de supervivencia.

—¿Conoce a alguien que no venda en esta ciudad? —pregunta Mallick—. Me llamo Leira, y soy abogado del consorcio de...

—Mi nombre es Delclaux, con D. Yo no vendo. Yo compro —asegura la mujer

mientras se come con la vista al ingeniero.

—No sea pretenciosa, Delclaux. ¿Nadie le ha dicho nunca aquello de que nadie pertenece a nadie? Usted como mucho alquila.

—Aquí tiene mi dirección, Leira. Le invito a que me visite cuando lo desee. Hablaremos de leyes y de crédito.

—¿Cuándo lo desee... quién?

—No se haga el idiota, querido Leira: no lo soporto. Si me visita y no estoy en casa, espere. El tiempo que haga falta. Por cierto, ¿cuál de estos vulgares productos compraría en mi lugar?

—El Íntimo 8889. Está a su altura, Delclaux.

—Comprendo. Muy gracioso. Se lo regalaré a alguien. Adiós.

Delclaux se da media vuelta y se dirige al punto de cobro, donde compra un Íntimo. Su voz estridente cruza la sala y llega hasta los sensibles oídos de Mallick. El rostro de Pillow se ilumina como una bombilla de gran potencia ante clienta tan distinguida. Al cruzarse con Mallick, Delclaux le lanza una mirada húmeda que revuelve las tripas al ingeniero. En eso quizá haya cambiado algo Mallick. De un tiempo a esta parte, hay veces en las que el trabajo se convierte en un infierno, sobre todo cuando hay de por medio una mujer o un hombre maduros cuyos nombres pertenecen a la zona alta del abecedario. Si antes se mezclaba sin inmutarse ni forzarse, ahora le resulta desagradable incluso imaginarse sus cuerpos, por muy bien modelados y conservados que se encuentren. La mujer con ojos de pájaro ha roto el hielo y los clientes se han lanzado a gastar. Cómo, cuándo, cuánto. Pillow, el clásico individuo receptivo a los mensajes estatales y admirador de las imágenes de entretenimiento, no da abasto atendiendo a los consumidores. Eso sí, a Pillow le molesta sobremanera que aquel zángano de ojos negros se lleve una comisión tan alta por merodear por el local. A saber qué hará ese cerdo con tal de vender, piensa el dependiente. Cuán bajo caerá.

Mallick aprecia el habitáculo de Stork. No tanto por la ubicación privilegiada, el pequeño jardín, el tamaño o los materiales nobles con los que está construido, como por la iluminación interior. Mediante paneles móviles opacos y semitranslúcidos con cuyo tamaño juega a su antojo, Stork crea espacios y rincones en los que la luz se convierte en un tesoro y uno tiene la sensación de descansar en un lugar apartado del mundo.

En el periodo que Stork denominaba primera época —antes de la enfermedad—, solía variar los colores de las cuatro paredes, suelo y techo del habitáculo, siempre diáfano, creando gamas de tonos alegres o apagados que respondían a su estado de ánimo. Experimentaba con cientos de colores, y se entretenía durante horas observando la incidencia de los reflejos sobre los objetos que salpicaban la habitación. El secreto consistía en que no se produjese un desfase demasiado acusado entre la combinación e intensidad de los colores seleccionados y sus sentimientos. Una vez lograda la armonía entre ambas variables, Stork manipulaba sutilmente los tonos de los paños con el fin de atemperar su espíritu, habitualmente desbocado. Así, buscaba obtener efectos sedantes o estimulantes, alegrarse o afligirse, conmoverse o distanciarse, enrabiarse o serenarse, reír o llorar, para contrarrestar la situación en la que se encontrase. En ocasiones, a partir de sucesivos cambios realizados en una secuencia temporal de larga duración, era capaz de sentir exactamente lo opuesto a aquello sentido en el origen, al menos temporalmente.

Stork convirtió el variegado habitáculo en su refugio, en el lugar idóneo para encerrarse. Con el paso del tiempo, en su mente se fue formando una gramática del color a la que acudía según el día y la situación, y cuyas reglas raramente la decepcionaban. En cada estación del año, un color destacaba sobre los demás: el rojo en primavera, el amarillo en verano, el negro en otoño y el blanco en invierno. Para mantener un estado alegre, Stork acudía al verde esmeralda o al azul turquesa, combinados con el bermellón espeso como la sangre o el púrpura. Si deseaba relajarse o suavizar la tristeza que le visitaba algunas noches disfrazada de melancolía, recurría a los ocre, desde el sil hasta el tostado, pasando por el almagre, y añadía algún verde tierra. Los días de fiesta, aquellos en los que se sentía exultante y capaz de todo, se inclinaba por el verde lima y el amarillo limón, que parecían querer salirse de los lienzos de las paredes y lo inundaban todo, incluida su propia piel, que refulgía como si contuviese alguna sustancia radiactiva. El azul celeste y el pálido, con el rosa palo o un verde ceniza, le transmitían una tranquilidad quizá ya olvidada, la de aquellos años en los que vivía protegida por los adultos.

Pero en la segunda época —la actual, la de la enfermedad— desaparecieron casi todos los colores vivos y las mezclas en favor de tonos oscuros, apagados y uniformes que permitían jugar a gusto con la iluminación natural, la de las velas y las sombras.

Para Mallick, visitar el habitáculo de Stork se asemejaba a entrar en un santuario. Al principio, Stork le guiaba por el laberinto de tabiques luminosos y de papel hasta la habitación elegida, donde le invitaba a sentarse y esperar su vuelta, acompañado por un sencillo vaso de agua. Mallick, como si se tratara de un juego, aprendía de memoria el camino y se fijaba en la nueva distribución de espacios, preguntándose siempre cuál sería la razón que había llevado a Stork a cambiarlos desde la última vez. Mallick, por respeto, o por pudor, nunca indagó.

Sentado sobre un gran cojín, bebía a sorbos cortos y silenciosos, y sus ojos negros disfrutaban de la atmósfera creada por Stork. Una vez acostumbrados a la penumbra, los ojos enfermos de Mallick se encontraban en su medio preferido: una iluminación suave, sin contrastes. Lentamente buscaban los bordes de los módulos o se entretenían con la textura de los papeles, rugosa, suave o áspera. Los dibujos de los paneles, diminutas figuras en tinta china, brillaban cuando la llama de una vela encendida situada en otra habitación los alumbraba, y Mallick se permitía lo que para él era un pecado: fantasear con sus significados, imaginar historias de monstruos y mundos extraños, olvidarse de una realidad, la suya, que era la que le daba o quitaba todo en su vida. Allí, a solas, Mallick lograba relajarse de un modo antes desconocido para él, en un mundo de sombras espesas, sólidas, que cuando era atravesado por la luz descubría un dibujo diferente que se volatilizaba con la misma rapidez con la que había llegado. Lo mismo ocurría con los objetos, que podían mostrar su contorno o la textura de su superficie sin llegar a confesar en qué consistían o cuál era su verdadera utilidad. En los días oscuros, aquellos en los que Stork mantenía los tabiques apagados, la mirada de Mallick se detenía en un punto y no lograba progresar, permitiendo que volvieran a su mente imágenes liberadoras de un mundo tan fantástico como inofensivo. Cuando Stork encendía todos los paneles luminosos el misterio se reducía y el ingeniero se dedicaba a admirar la gama de grises que percibía, tratando de memorizar más tarde —al decírselo Stork— a qué colores correspondían para alguien sano, o reflexionaba sobre su existencia diaria, es decir, sobre el trabajo.

Ahora Mallick, aunque esté con Stork, espera su regreso, Ella está frente a él, tumbada de lado sobre el suelo, apoyada en un codo, con la cabeza sujeta por la mano y las piernas recogidas, con las leves rodillas adelantadas. Está desnuda, y debido a la tenue iluminación de una vela situada al otro lado de un panel de papel, su figura, amarilla y frágil, parece la de un espectro. La llama de la vela alumbraba el rostro discontinuamente. De la boca torcida fluye un hilo de saliva brillante. Las aletas de la nariz se abren y cierran al ritmo de la inquieta respiración. Los ojos abiertos miran a Mallick obviando su presencia. Las pupilas negras son como socavones en los globos oculares.

—¿Lo notas? —pregunta Mallick, inquieto.

—Déjame.

—Cada vez tarda un poquito más —dice Mallick, para sí—. Apenas unos

minutos, pero... Necesitas una dosis mayor.

—Déjame, hijo de puta.

Mallick no presta atención a las palabras de Stork. Se levanta, saca del bolsillo una ampolla con una dosis de Devirol diluido, la acopla a una jeringuilla mientras se acerca a Stork, la obliga a incorporarse, la toma el brazo y le inyecta el líquido azulino.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Qué me estás metiendo, cabrón?

—¿No lo sabes?

Al sacar la aguja aparece una gota de sangre. Mallick, con un gesto natural, casi indiferente, la limpia de una lenguarada, recibe un manotazo en pleno rostro y regresa a su asiento, sobre un cojín. Ya ha pasado la medianoche, y Mallick bosteza profundamente, sin cubrirse la boca con la mano, como si estuviera a solas.

—Eres un cochino. No tienes educación.

Mallick sonrío, se levanta y abre las contraventanas. La luz eléctrica de la ciudad traspasa el cristal y baña la habitación.

—¡Por fin! Esto parecía un entierro. Gracias.

Mallick vuelve la cabeza un instante hacia ella, inexpresivo, y continúa mirando el paisaje. Aquella parte de la casa, la trasera, está rodeada de pinos y cae sobre un barranco que impide ver las construcciones de la colina situadas a una cota más baja. Al pie de la colina se desarrolla una zona industrial y otra empresarial, y, después, la gran ciudad, una extensión brillante y caótica de luces de colores en la que todavía se distingue el plan inicial, trazado a partir de anillos que mueren en los cuatro alcores, y en la que destacan las zonas verdes, ahora solitarias manchas oscuras.

—¿Ya has vuelto? —pregunta Mallick.

Stork no responde. ¿Volver? ¿Volver de dónde? ¿A qué se refiere el tipo aquel de ojos hundidos? ¿Debería saberlo? ¿Le debe algo? ¿Qué hace ella en una habitación tan extraña? ¿Es la suya, o la de él? Por mucho que se esfuerza en hallar respuestas a sus preguntas, no las encuentra. ¡Qué situación tan rara! Por un lado se siente libre, sin el peso de los recuerdos, y por el otro desprotegida, como si acabara de aterrizar en el mundo. Pero tiene la certeza de que no ha llegado ayer, y que, por lo tanto, existe un pasado, una historia que le va a perseguir, un enjambre de situaciones, hechos, experiencias, relaciones y sentimientos que debería conocer. Porque los demás están al tanto de su historia, y por eso son peligrosos, poseen el control. Como ese tipo de la ventana que le da la espalda. Podría ser quien le viniese en gana. De todos modos, Stork sabe que algo está pasando en su cabeza, lo nota, hace un rato no hubiera podido reflexionar como lo está haciendo ahora. Piensa en los cinco sentidos: vista, oído, tacto, gusto, olfato. Se limpia la saliva de la barbilla con el dorso de la mano. Huele sus dedos, y se da cuenta de que ése es el olor de su propio sudor, su olor. Siente una aceleración en su mente, sólo sabe que todo va muy rápido, que algo se comprime y se expande. Cascadas de recuerdos se van ordenando en su cerebro, cada porción de información se coloca en el lugar que corresponde. O casi. Saber es

terriblemente doloroso. ¿Será igual nacer? Adquiere conciencia de quién es, trata de recordar algo concreto y lo logra, el tipo de la ventana es Mallick, el ingeniero Mallick, están en su casa, él la ha visitado porque están juntos y le ha traído la medicina. ¿Y los sentimientos? ¿Dónde están los sentimientos? Stork vomita y siente que se desvanece.

—¿Ya has vuelto? —pregunta Mallick, que limpia el suelo con un trapo.

—Sí —responde Stork, con un hilo de voz.

—¿Y qué tal te parece todo al regresar?

Stork sonrío, ahora con la boca recta.

—Una mierda. Pero contigo.

—Anda, vamos. Te he preparado el baño.

Mallick la agarra de las axilas, la incorpora sin esfuerzo y la arrastra. Tras un biombo hay una bañera antigua, esmaltada, llena de agua caliente. Mallick deja en el suelo a Stork, que se desploma como una marioneta, y comprueba la temperatura del agua. Toma a la mujer en brazos y la introduce lentamente en el líquido. En los bordes de la bañera hay unas velas sujetas con su propia cera: Mallick las prende, y la luz, vacilante, descubre el vapor que exhala el agua. Ahora Stork, hundida hasta la barbilla, con la melena echada hacia delante cubriéndole el rostro y los brazos extendidos —los codos apoyados, los antebrazos volando—, parece un fantasma a punto de despertarse de un sueño transmundano. Su voz suena ronca; las sílabas parecen caer y diluirse en el agua, víctimas de su propio peso.

—Me gustaría que nos fuéramos lejos, afuera, los dos solos.

—Eso es imposible.

Stork relaja los músculos de sus extremidades y se hunde en el agua. Mallick le agarra del pelo y saca su rostro a la superficie. Stork tiene los ojos abiertos, la mirada fija al frente.

—Al menos, por ahora. Yo no tengo ahorrado tanto como para abandonar la Corporación y disponer de un retiro decente. Además, ¿qué haríamos tú y yo en un lugar perdido de la jungla? Voy a prepararte algo para cenar.

Cuando Mallick desaparece de su campo de visión, Stork vuelve a hundirse bajo el agua. La melena negra ondula hasta que apenas se mueve y unas burbujas provenientes de su boca suben hasta la superficie y explotan en silencio, como palabras mudas.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

Mallick asiente y Mortelli le besa con pasión. Un gesto deliberadamente exagerado.

—¡Aparta, hipócrita!

Mortelli se ríe y alisa las arrugas que han aparecido en su vestimenta.

—¿Cuándo empezamos? —pregunta, impaciente.

—Ya hemos empezado. ¿Cuál es nuestra primera visita?

—Hering, P615, cerca de Aguas Calientes. Mantiene su nombre y cohabita con un tipo algo inferior a ella. Hay que ordeñarla lo justo.

—¿Te lo has aprendido de memoria?

—Ya me conoces, Mallick. Mi memoria no la puede leer nadie, y todo mensaje tiene la posibilidad y el peligro de llegar al menos a un destinatario. En la lista hay ocho personajes bien provistos de crédito. Están aquí dentro —Mortelli se golpea la sien con el dedo índice. Después, recuperado el tono optimista, continúa—: La última vez que cerré una transacción de este tipo tuve que mezclarme con un anciano con la carne llena de pliegues. El hombre estaba hecho una visión. Al menos hoy es una mujer; ya me apetecía volver a ensuciar al género poderoso.

—Si lo desean...

—Claro. Si lo desean.

Los dos compañeros ríen y se ponen en camino. Mortelli está exultante: por fin ha podido convencer a su competidor más cercano para que trabajen juntos sin la mediación de Fazerhoff. Mortelli se abandona por unos minutos a la nostalgia y recuerda su primer encuentro con Mallick. Se conocieron en la época de los lanzamientos de libros, hacía ya catorce años, cuando comenzaron a trabajar para la Corporación bajo la fusta del caimán. La compañía de ingenieros en ventas reunida al amanecer en aquel sótano poco iluminado, rodeados de aire estancado. Apenas hablaban entre ellos. Eran de todos los tamaños y colores, por decirlo de algún modo. Se distinguían dos pequeños grupos. En uno, Mallick, el último en incorporarse al ejército de ingenieros, ojos negros hundidos y mirada despierta, confesaba ante los falsamente indulgentes de sus colegas sentirse preocupado por haber sido llamado a aquella reunión, toda vez que siempre había trabajado por libre. En el otro, Mortelli, arrogante y perfectamente pálido, ojos de gato y facciones ora suaves, ora brutales, susurraba anécdotas a una colección de variadísimas orejas que temblaban de envidia y admiración. Tan sólo los monólogos de Mallick y Mortelli violaban el silencio que se imponía en la penumbra del sótano. Ambos ingenieros, que desde su entrada en la Corporación lideraban la clasificación de ventas de la sección, se vigilaban con disimulo. Cuando se abrió la puerta, un cañonazo de luz penetró por el vano, recortando la figura de Fazerhoff, recién estrenado su nuevo puesto de subdirector de lanzamiento. Mientras cada ingeniero se acomodaba sobre su marca, Fazerhoff se

dirigió como una exhalación hacia el lugar que le correspondía —un cubo excavado en el suelo— y saltó atléticamente a su interior. Únicamente asomaba la cabeza, calva y brillante, donde parecía concentrarse la escasa luz de la habitación. Fazerhoff apoyó sus manos sobre el borde del agujero, dispuesto a hablar. Los ingenieros, Mallick y Mortelli incluidos, dejaron de respirar. Entonces, el caimán habló.

—Estimados colegas, buenas tardes. Agradezco profundamente que hayan accedido voluntariamente a la supresión de su habitual almuerzo para acompañarme. Estamos aquí reunidos para dar un empujón al inmenso engranaje que mueve la rueda del bienestar emocional de los ciudadanos.

Fazerhoff hizo una pausa: sus labios estaban reseco, y lamió la piel con su lengua puntiaguda, lentamente. Podía percibir que su auditorio estaba entregado. Acomodó bien la montura de sus gafas contra su rostro redondo, y carraspeó.

—¡Zor! Quiero que se hagan un gran favor a *mí* mismo. Repitan incesantemente el nombre de ese escritorzuelo, golpeen sus cerebros con él. ¡Zor! ¡Zor! ¡Zor! Naturalmente, no estamos hablando de Zaplana, Zacatini o Zazie, y menos aún de Zac. No estamos hablando de un privilegiado. No les puedo mentir sobre él, no puedo alabar su incapacidad inmensa para hilvanar más de dos palabras seguidas sin remover la bilis de quien lo lee. Pero mientras Zor languidece, nuestra empresa protege y lanza, protege y lanza. Hoy, estimados colegas, comienza el lanzamiento de su última novela. Háganse otro favor a *mí* mismo: repitan sin cesar el título, un título que ni siquiera le pertenece, es gentileza de nuestra sección de lanzamiento. Repitan en sus cabecitas: *La escalada*. Como pueden apreciar, un título optimista, sencillo y humilde, digno de elogio. Pido un aplauso de una única palmada para nuestra sección de lanzamiento.

Todos aplaudieron, resonó el disparo en las cuatro paredes. Fazerhoff, satisfecho con el dinamismo de sus inferiores, carraspeó de placer y presionó un botón que propició la aparición en el techo de una imagen tridimensional del libro. Las cabezas de sus colegas se elevaron mecánicamente y sobre sus pupilas quedó impresa la imagen que coloreaba sus rostros. Después, cuando terminó la sesión informativa dirigida por aquel tipo que sería desde entonces su capataz, Mallick se acercó a Mortelli, que ya era su rival. Le miró fijamente con aquellos ojos que guardaban la hondura del vacío y le saludó tendiéndole la mano. Mortelli no recogió el saludo: se limitó a reírse.

Pero hoy es diferente. Han pasado catorce años y sus ingresos, aunque no sean elevados, pueden pagar un tren de vida decente y, ahorrando y manteniéndose en la Corporación, una subida en la escala social.

—Ya hemos llegado. ¿Hering? —pregunta Mallick.

—Afirmativo —responde una voz insegura.

—Somos del servicio de limpieza —bromea Mortelli, que guiña un ojo a su compañero y muerde sus insolentes labios—. ¿Podemos pasar?

—Debe de haber alguna confusión. Jamás he contratado ningún servicio de

limpieza por la sencilla razón de que en mi casa nadie mancha. ¿Quiénes son ustedes? ¿Vienen a regalar?

—Se equivoca, Hering. Venimos a vender, no a regalar. De parte de Remington. No tenemos nombre. Antes de dejarnos pasar, haga el favor de anular todo el sistema de seguridad. Estaremos más cómodos.

Mortelli llevaba tiempo proponiéndole a Mallick negocios directos, de aquellos tan incómodos para la Corporación como para que la firma no deseara entrar en el reparto de los beneficios. Transacciones realizadas en especie, sin rastro en las cuentas, que en caso de ser descubiertas aseguraban la condena de todos los participantes en la operación, ya fuera con multas o con la expulsión a zonas de comercio cero. La dueña de la casa abre la puerta y les permite pasar.

—Pónganse cómodos.

—Gracias, Hering. Tiene usted una mansión maravillosa. ¡Qué visualidad!

La habitación es amplia y está bien iluminada. No carece de ninguna de las comodidades al alcance de los ciudadanos de rango medio alto. Hering está frente a los dos ingenieros, tumbada boca abajo, con la barbilla apoyada en las manos, sobre un sofá ostro que realza la blancura de su piel. Es una mujer de edad indeterminada, y, por lo tanto, bien conservada. A su alrededor, una veintena de hologramas humanos de compañía conversa en voz baja. Algunos parecen juegos biológicos, otros destacan por la armonía de sus rasgos. Como dicta la última tendencia —lo feo merece luz—, sólo los experimentos están completamente desnudos. Hering chasquea los dedos y los hologramas se retiran a una esquina.

—Adelante. Llenen mis oídos de ofertas.

—¿Puede pagarlas? —pregunta Mallick.

Hering cambia de postura, nerviosa. Rueda sobre sí misma y se incorpora, dándoles la espalda, ligeramente ladeada. Al servirse un dulce de una caja que descansa sobre el sofá, el contorno de su pecho queda a la vista de Mortelli.

—A Jason no le haría ninguna gracia encontrarse con ustedes aquí. Apenas nos visita nadie. El dice que estoy muy enferma, ¿ustedes lo creen? —pregunta la mujer, que se da la vuelta y les muestra su cuerpo.

—Por supuesto que no —responde Mallick, inexpresivo. Mortelli sonrío con sorna mientras acaricia con la vista el torso y los muslos de Hering.

—Lo llama el síndrome de la mano suelta. ¡Qué idiotez! Tengo amigos que consumen cien veces más que yo. Y cosas encima mucho más baratas —y suelta una carcajada—. Pero Jason es incorruptible. Desde que me jubilé yo le puedo pedir lo que quiera, pero es él quien lo compra. Y, claro, no es lo mismo.

—Por supuesto que no —repite Mallick—. Además, ¿quién es él para decidir sobre sus necesidades? ¿No se da cuenta de que él es una J y usted una H?

—Tiene razón. Y como no todos los días veo a dos hombres tan atentos, podré apañármelas sola, sin el idiota de Jason. ¿Qué me ofrecen?

Mortelli se adelanta y deja en el suelo un pequeño plato transparente que atrapa el

tono gris del suelo de la habitación. Como si se tratase de una lámpara mágica, del plato surgen las imágenes tridimensionales de variados productos que van rodeando a Hering, que, coqueta, se alisa la melena como si estuviera ante un nutrido grupo de atractivos caballeros. La poderosa voz de Mortelli inunda la habitación; se diría que el ingeniero, que va describiendo minuciosamente cada uno de los inexistentes y selectos productos, emite desde diferentes puntos del espacio. Hering, ebria de gozo, señala casi todos los objetos de consumo, pregunta los precios, decide las cantidades y lanza alguna que otra risa histérica a Mortelli. Mallick, mientras, vigila desde un ventanal la posible llegada del compañero de Hering.

—Ya es suficiente, señora. El crédito está para ampliarlo, no para regalarlo.

Mortelli detiene el plato ante la desolación de la mujer, que mordisquea el dedo índice de la mano izquierda hasta que una gota de sangre brilla en la yema. Los objetos, animalillos obedientes, regresan al plato y desaparecen.

—Bueno, no ha sido la fiesta de mi vida, pero no ha estado mal.

—La semana próxima lo tendrá todo —dice Mortelli—. El servicio de entrega se demora un poco porque son productos fabricados expresamente para usted. Creo que ha elegido usted con gran sabiduría. Debería presentarse al *Consumidor del mes*.

—Esos programas son para zetas. ¿Cómo quieren que se lo abone?

—Supongo que tendrá su cuenta bloqueada por su compañero. ¿Me equivoco?

—No —responde Hering, algo avergonzada—. Pero puedo pagar en especie.

—Por supuesto, Hering. Yo estoy especialmente interesado en las imágenes de la celebración de su ascenso a directora de proyectos del Laboratorio Baum. ¿No fue allí mismo donde el doctor Ackerman hizo una encendida defensa de la liberalización de los inventos?

—Así es —responde Hering sin demasiada convicción—. Fue hace un par de años, la noche en la que coloreamos nuestra fachada en tonos dorados. ¡Todo un éxito! Ackerman es un buen tipo. Yo me perdí aquello por culpa de mi afición a la carne. Ackerman creía que si tratábamos de detener el tiempo, acabaríamos por destruirnos a nosotros mismos. Estaba borracho y no fue capaz de controlarse. Gritaba: «¡Liberalicemos lo desconocido!», y otras tonterías por el estilo. Sus gritos se escuchaban desde mi terraza. En realidad Ackerman estaba más interesado en la piel deo que en los inventos. Lo hizo para impresionarla, porque ella no quería mezclarse con él. Mi marido lo borró todo, pero se olvidó del sistema de seguridad personal. A saber por qué guardé todo aquello. Ackerman siempre ha defendido la moratoria de inventos, como yo... y todos.

Las orejas de Mallick, como si se tratara de un roedor, están alerta desde que ha escuchado el nombre del doctor Ackerman.

—El doctor Ivanov, encima, le jaleó. También estaba bebido y le dijo a una mujer que su mayor diversión era invertir en nuevos inventos. No lo sé. Sólo fue una broma para Jo.

Mortelli mira de reojo a Mallick, un tanto nervioso al oír el nombre del doctor

Ivanov, pero su compañero parece despistado, mirando por el ventanal.

—No hace falta que entre en detalles, Hering. ¿Y Jo? ¿Quién es?

—Jo no es nadie. Se educó en el Centro Ungar, en los arrabales, para que nos entendamos. Jo es un festival de curvas por el que Ackerman babeaba.

Mallick se ha dado la vuelta al enterarse de que la tal Jo fue al Centro Ungar, igual que él. Ahora no disimula que está atento a las palabras de Hering.

—Mire: ésa es Jo —continúa Hering, que señala a uno de los veinte hologramas que se hacían en la esquina más apartada de la habitación—. La compré a muy buen precio; pensaba regalársela a Ackerman, pero... ¡Jo! ¡Aquí!

Jo se separa de los demás hologramas y acude a la llamada. Se detiene en el centro de la habitación, y a una orden de Hering, una luz cálida ilumina la imagen, que se contonea mostrando cada centímetro de su cuerpo. Es alta, delgada y flexible. La cabeza está rapada, las axilas y piernas depiladas, el vello púbico rasurado. El cuello es interminable, las espaldas son anchas, los pechos altos, el talle fino.

—Comprendo al señor Ackerman —dice Mortelli—, pero la ciudad está llena de pedazos de carne como éste. Y de ambos sexos.

—Parece una mezcla de patrones orientales y europeos, ¿no creen? Si lo desean, pueden mezclarse con ella —ofrece Hering—. Pero sólo allí, donde está, en el centro de la habitación. Es imposible adaptar el mecanismo a otro lugar.

—Gracias, pero yo sólo me mezclo con vivos. ¿Y tú, Mallick?

En el rostro, ovalado, destacan unos pómulos pronunciados, una nariz enérgica, con el puente algo ancho, una boca de labios carnosos y un mentón partido. Una ligera asimetría de los ojos y las aletas de la nariz la dota del atractivo de lo imperfecto. Mallick tarda en responder a Mortelli porque ha clavado su vista en los ojos naranjas —grises para él— del holograma de Jo. Son ojos animales, tan rasgados que casi llegan hasta el nacimiento del pelo, fríos, pero, paradójicamente, con un poso de ternura inadmisibles.

—¿Mallick?

Mallick retira la vista del holograma y sonrío, quitando importancia a su ensimismamiento durante la contemplación de Jo. Pero a Mortelli no se le ha escapado el detalle.

—Yo tampoco —asegura Mallick—. Sólo es una imagen de mierda.

—Probablemente ya no se llame Jo —comenta Hering—. Tampoco sé si en la época en la que era asidua a las fiestas ése era su nombre asignado. Es verdaderamente bella. Jo, la destinataria de las bromas de Ackerman, la traviesa Jo.

—Lo que ocurre, Hering, es que a mí me encantan las bromas, como a Ackerman. ¿Me entrega la grabación, por favor?

La mujer cruza la habitación, desaparece tras una pared aparente, y regresa con una cápsula que entrega a Mortelli.

—¿Y tú, Mallick, qué le pides a nuestra anfitriona? —pregunta Mortelli, satisfecho, tras guardarse la cápsula en la cavidad del pabellón auditivo.

—Devírol, cien dosis —responde Mallick, quien ahora contempla el fantasmal jardín. Por efecto de una rebuscada bruma, parece que los árboles y los matorrales se disuelven en el aire, incapaces de aguantar la humedad del ambiente. Bajo un fresno hay una mesa metálica con un par de sillas. Parece un lugar agradable donde descansar y olvidarse de todo—. ¿Puede obtenerlo?

—¿Qué es, una droga? Por supuesto que puedo obtenerla —responde Hering tras echarse hacia atrás la melena en un gesto lánguido—. Soy experta en sustancias psicotrópicas —y ríe—. En un par de días tendrá las cien dosis. ¿Cómo se las entrego?

—El martes vendrá alguien a recogerlas.

La sonrisa de Mortelli, sorprendido por la petición de su compañero, queda en suspenso. ¿Acaso Mallick se está especializando en comerciar con enfermos?

—Es usted un ángel, Hering —dice Mortelli—. A cada cual, su dosis de efímero placer, como dice el anuncio. ¿Quiere sellar el negocio a la usanza de los bárbaros?

—¡Oh! ¡Me encantan los bárbaros!

Mortelli se acerca hasta el sofá y enciende el cigarrillo que la mujer acaba de prender entre los labios. Hering da una profunda calada y se tumba boca arriba, con las piernas flexionadas y echadas hacia un lado.

—Si desea hacérmelo, a mí no me importa. Yo ya he tenido mi pequeña dosis privada de placer. Ahora toca compartir, ¿no creen? Además, el cansancio físico está de moda —y añade, tras mirar con desdén a sus interlocutores—: Son ustedes tan repugnantes que hasta tienen gracia. Me gustaría saber dónde demonios los fabrican, a quién coño se le ocurre crear vendedores así de asquerosos.

Mortelli comienza a desnudarse. Hay algo misterioso en el atractivo de su corpachón pálido y lampiño. Mallick abre la puerta corredera que da al jardín, y antes de cerrarla tras de sí, se dirige a su compañero.

—Te espero fuera.

En el exterior hace un calor sofocante. Desde dentro de la casa parecía que en aquel jardín haría un frío nórdico, como si allí siempre fuera la hora del alba, cuando el rocío sigue empapando el terreno y el sol todavía no ha sido capaz de levantar la niebla. Pero no era así. Mallick rompe a sudar, y su camisa no tarda en empaparse. Descubre los cañones de aire húmedo que producen el efecto de bruma, escondidos tras plantas artificiales, y se sienta en una silla, bajo el fresno. Al menos la iluminación es perfecta. Gracias a la niebla, sus ojos disfrutan de un merecido descanso. Un velo cubre las plantas y mata los brillos. Recorre con la vista las vetas y rugosidades de la corteza del tronco del fresno, se detiene en el gancho de una rama. Se limpia el sudor de la cara con el antebrazo, saca del bolsillo la canica, extiende los brazos en cruz sobre la mesa, apoya la cara contra su superficie rugosa, y comienza a pasarse la canica de una mano a otra, haciéndola rodar. El ruido que produce el rozamiento del cristal contra el plástico y la cadencia del movimiento de las manos, lanzando y recogiendo, le relajan hasta el punto de que los párpados se le van

cerrando poco a poco. De repente la mano izquierda se queda muerta sobre la mesa y la canica pasa de largo y cae al suelo. Mallick pega un respingo y se incorpora. Tiene los ojos rojos y el aspecto de un hombre terriblemente cansado. Recoge la canica, mira hacia el ventanal y trasvé la figura de Jo, que baila abrazada a sí misma. El ritmo dulce y provocador de sus movimientos le atrapa. La puerta corredera se abre y Mortelli asoma la cabeza.

—¡Mallick! —grita Mortelli.

Mallick se levanta y se encamina hacia su compañero.

—¿Crees que Hering sabe que los productos no le llegarán jamás? —pregunta Mortelli, malicioso. Y sin esperar la respuesta de Mallick, añade—: Con el siguiente yo vigilo, y tú vendes.

—¿Quién es?

—Mao, R41, al sur. Se dice que pudo llamarse Carter, aquel experto en absorciones, ¿recuerdas? Al ritmo que desciende, como no nos demos prisa, se llamará Zivoski y no le quedará crédito —bromea Mortelli—. ¿A él también piensas sacarle Deviol?

Mallick no responde. Guarda la canica en el bolsillo y se limpia el sudor de la frente con el dorso de la mano. Ya han perdido demasiado tiempo.

—¿Un hijo? ¿Desde cuándo? ¿Deseas tener una especie de bicho sin pelo y diminuto que no deja de llorar y no sabe vivir su vida?

Están en la terraza del pequeño jardín, sentados a una mesa sobre la que se despliegan los restos de la cena de Stork. Más allá de la galería y la tarima de teca comienza la hierba, salvaje y descuidada, a la sombra de dos grandes abetos de color gris azulado. Al fondo hay una hilera de cipreses y tras ellos, el muro de luz. La luna, suspendida en el cielo, se muestra como una esfera liviana que ejerce un sereno dominio sobre la noche. Mallick, pese a estar escuchando a Stork con atención, ha enrollado la servilleta y mira a la luna a través del agujero.

—Además, está mal... Fuera de lugar —continúa Stork, vehemente—. ¿Te olvidas de que voy a morir? ¿Y de tu enfermedad? Jamás nos dejarían tener un hijo, y tú lo sabes. Es un delito. Me parece muy desagradable que llegues, te sientes en esa silla, y sueltes eso, como si fuera algo sin importancia. Es cruel de tu parte, Mallick.

A Mallick le incomodan los gritos de Stork, aunque se mantiene impertérrito ante la avalancha que se le ha venido encima.

—¿Cómo voy a tener un hijo si ni siquiera soy capaz de cuidar de mí misma? —continúa Stork, fuera de sí—. Además, sentiría envidia de él, que podría vivir su vida mientras yo esté muerta. No sería una prolongación de mí, como para la gente normal; él sería la constatación de que soy un muerto viviente. Él, lleno de vida y con la piel suave y la carne tierna y la mirada limpia y las uñas perfectas y una pelusa débil sobre el cráneo sin cerrar y los pies arrugados y la boca implorante y el llanto fácil y toda esa fragilidad...

Tras un breve silencio, Stork se echa a llorar y Mallick se levanta, se acucilla junto a ella y la abraza, rígido como una tabla, sin saber cómo comportarse. La explosión de sensibilidad de Stork le ha desconcertado por completo e ignora qué se exige de él. Jamás se ha encontrado en una situación así; como es natural, ha asistido a escenas que se podrían definir como trágicas, tensas, violentas o desesperadas, pero él siempre había sido un mero espectador. No era parte implicada en la historia, los que perdían los nervios eran siempre los otros, y si creían que él, aunque fuera quien había provocado la situación, sentía algo tan intenso como ellos, estaban equivocados. Había una distancia clara e insalvable, un abismo entre ellos, sus cuitas y él, que le impedía traspasar la línea de la curiosidad, el desdén, la piedad o la perplejidad. Él no era ellos.

—¿Qué quieres de mí, Mallick? —continúa Stork, entre sollozos, con su mano prendida a la de él como una garra—. Ya me tienes entera, toda. ¿Qué más deseas? ¿Quieres también lo que salga de mí? Un engendro sucio, como yo y como tú, no lo olvides. Marcado como una bestia, con la única certeza de una herida no visible en su cabeza inacabada. Dedicado durante toda su vida a enfrentarse a esa herida, a acostumbrarse a ella, a olvidarla para poder aspirar a una felicidad imposible. ¿Por

qué, Mallick? ¿Por qué?

Stork se va calmando y sus sollozos son cada vez más débiles. La presión con la que agarra la mano de Mallick disminuye hasta que, dándose cuenta de que le ha dejado marcado el dorso con las uñas, la suelta. Mallick, que guardaba en el puño su canica de vidrio, comienza a pasársela entre los dedos, en un gesto mecánico. Al final la paciencia siempre tiene premio. Stork, exhausta y avergonzada, se cubre el rostro con las manos.

—No lo sé, Stork. Quizá porque sólo merecemos respeto mientras somos niños.

—¿Y eso lo dices tú? —dice Stork, mientras ensaya una sonrisa débil e insegura.

Ambos se otorgan una tregua tácita. Mallick regresa a su asiento y juega con su canica, quizá para olvidar la sensación semejante al aislamiento y a la angustia que le embarga por la reacción de Stork ante su propuesta. Carecer de padres, como él, no le ha producido ningún trastorno —es lo normal, casi la mitad de la población vive sin excesivos traumas con ello—, pero tenía entendido que Stork consideraba la paternidad como algo saludable. Y en cierto modo sería natural —o así lo considera Mallick, una persona que muestra una falta de naturalidad extrema en casi todos los aspectos de su comportamiento— que Stork viera con buenos ojos prolongar su unión o confirmarla mediante un hijo. Un hijo *de los dos*, extraño y cercano a la vez. Lo demás, todo lo demás, le trae sin cuidado. Muerte, enfermedad, miedo, responsabilidad, prohibición, peligro. Incluso el hijo no importa, *sólo será por ellos*, por Stork y Mallick, por nada más y contra los demás. Uno dentro del otro, y de la unión de la carne, otra vida. La voz ronca de Stork le devuelve a la terraza, al presente de una noche fría.

—¿Sabes, Mallick? Me gustaría irme de aquí, lejos. Comenzar en otro lugar, o quién sabe, acabar. Da igual. Desaparecer y aparecer de nuevo, cambiar unos problemas por otros. Largarme.

—No te imagino en un lugar agreste. Y para mí no será tan fácil dejar la Corporación; quizá hasta fuera peligroso. Si nos fuésemos, sería para no regresar jamás.

—Deja de pensar por mí, Mallick. Las incomodidades no me asustan. No tengo nada que perder, y tú tampoco. A la mierda la Corporación, y a la mierda esta ciudad. ¿O es que quieres seguir siendo un esclavo toda tu vida?

—No, no quiero serlo toda mi vida. Pero la diferencia entre tú y yo es que yo soy un esclavo que dependo del crédito que me da mi amo, y tú, aunque no tengas demasiado crédito propio, siempre podrás contar con el de tu familia si las cosas se tuercen. No es lo mismo para mí mandar a la mierda la Corporación para siempre que para ti largarte de tu trabajo.

—¡Eso ya lo sé! ¡Pero el crédito es nuestro, de los dos!

—¿Y qué? No es suficiente, no estamos preparados, Stork. Y como tus padres no te van a dar más, tendré que ganarlo yo. Y yo ya me estoy arriesgando para obtener más, pero necesito tiempo.

—¿Tiempo? ¿Crédito? ¡Siempre el crédito! ¿Para qué?

—Ya te lo he dicho muchas veces. Para que no te mueras, por ejemplo. Tu enfermedad es muy cara.

Stork se revuelve inquieta en la silla hasta que digiere las palabras de Mallick, que actúan —al menos en apariencia— como un bálsamo. Con la mirada perdida, dibuja figuras abstractas en el plato con un tenedor y las sobras de la menestra. Reúne las verduras en montoncitos, las separa por colores, las aplasta y traza surcos con las púas. Los movimientos de la mano son deliberadamente lentos y precisos, propios de quien no está interesado en la acción que está realizando, sino en ordenar los pensamientos. Al cabo, como resultado de la manipulación, las hortalizas devienen una pasta indiferenciada de un verde maganto, sin fuerza. Entonces, Stork suelta el tenedor con un gesto de disgusto un tanto infantil y se levanta. Mallick camina hacia ella.

—Piénsate lo del hijo, Stork. Hablaba en serio.

—Preferiría no seguir con eso, creo que voy a acostarme. ¿Vienes?

—Ahora voy. Después de fumarme un cigarro.

Stork abre la puerta corredera del porche y desaparece. Mallick, pensativo, enciende un cigarrillo, da una larga bocanada y busca la luna con la vista. Ahora está ahí delante, inmensa sobre el horizonte, con manchas oscuras que indican lo accidentado de su superficie. Por su tamaño se diría que está mucho más cerca que hace una hora, apenas a unos cientos de metros de distancia, pero sólo es uno de los inocentes malentendidos que se producen por la imperfección de nuestro complicado sistema visual. La luna, en el mismo día, mantiene su tamaño relativo, pero el cerebro, que crea un espacio y lo marca con referencias —los abetos, los cipreses, las luces de la ciudad— que proporcionan profundidad a la escena para medir la distancia entre el observador y el objeto observado, y así calcular su tamaño relativo, se engaña. En el horizonte hay demasiadas señales entre el ojo y la luna, y el cerebro imagina que está más cerca que cuando está en el cénit, donde carece de hitos. Mallick coge la servilleta que ya tuvo en sus manos, hace un tubo y vuelve a mirar la luna, ahora a través del agujero. Como por ensalmo, ha disminuido de tamaño, y es igual que cuando estaba suspendida en lo alto del cielo. Mallick sonrío y piensa que deberíamos aprender de la luna, que engaña a la vista y se ríe de las debilidades del hombre. Mallick también ríe, pero su risa silenciosa se parece demasiado a la de un demente.

¿Por qué lo complicado resulta a veces tan fácil? ¿Por qué los deseos se cumplen cuando ya ni pretendemos satisfacerlos? A Mach se le da mejor contestar preguntas que formularlas, pero algunas cuestiones le resultan imposibles de responder.

Todos han asistido en el sótano a una presentación de nuevos productos de la Corporación, aderezada con una conferencia sobre tendencias de consumo. Con la cabeza gacha, de pie, en apretadas filas, los ingenieros en ventas han escuchado al conferenciante, un supervisor de cabello lacio y grasiento, ojos saltones, nariz ganchuda, tez color café y ademanes nerviosos. Mach se ha colocado en la segunda fila, detrás de Mallick y Mortelli, para espiar sus reacciones. La alocución ha comenzado con un aviso: no se debe minusvalorar el impacto social de la incapacidad por parte de los usuarios para asimilar y aprovechar los avances tecnológicos que ofrecen los nuevos productos.

Una vez dicho esto, el supervisor, ya ronco, se dispuso a mostrar las novedades, «de una originalidad insultante», como subrayó. Mach no había observado cambio alguno en la postura de Mallick ni en la de Mortelli: arrugados sobre sí mismos, con las cabezas hundidas en el pecho, era difícil aventurar si estarían dormidos o completamente concentrados en el valiente discurso del supervisor. Ni siquiera levantaron la vista cuando un ejército de imágenes desfiló sobre las cabezas de los ingenieros en ventas: consumibles encarnados, rosas, limonados, añiles y azafranados invadieron el lóbrego sótano, inundándolo de luz y de colores pastel. Bufidos de admiración resonaron entre las cuatro paredes ante la satisfacción del supervisor, quien, una vez cumplido su deber, ha emergido mediante un salto desde el cubo practicado en el suelo para recibir como premio un aplauso de una sola palmada. Mallick y Mortelli son los únicos que no se han dignado despedirle. Probablemente consideran que el supervisor es un charlatán y que la información que ha compartido con los ingenieros es inútil. Cuando Mach se aprestaba a salir del sótano a la carrera, Mallick la ha abordado y con inusitada naturalidad la ha invitado a su habitáculo. Mach, sorprendida, halagada y nerviosa, ha accedido. ¿Cuántas veces había intentado Mach mezclarse con Mallick ofreciéndose verbalmente sin éxito? ¿Tres, cuatro, cinco? ¿Cuántos roces aparentemente casuales había tenido con el ingeniero de ojos hundidos, aprovechando para restregar su cuerpo contra el suyo? ¿Diez, once, doce? Al subir Mach y Mallick las escaleras del sótano, un suave murmullo preñado de maledicencia y envidia les ha acompañado hasta el exterior.

Ahora Mach prepara un combinado en la cocina de Mallick, y sus ojos se pasean voraces por todo el habitáculo. La austeridad con la que vive su compañero es admirable. Un habitáculo reducido, grises, negros, blancos, muebles funcionales, ningún adorno. Sólo la cama se puede considerar como un lujo, aunque no superfluo. Mach se ha acostado un par de veces en una cama Watty, y recuerda mejor el colchón suave y envolvente, la estructura rígida y la gama de tonos aplicables por zonas que a

aquellos con quienes se mezcló. Esta vez será diferente. Mach saca cuatro pastillas doradas de una cajita, las coloca en la bandeja junto a los combinados y se dirige a la pieza principal. Mallick la espera tumbado en la cama, con aire ausente.

—Reconozco que me ha sorprendido tu invitación, Mallick.

Mach deposita la bandeja al pie de la cama y se tumba en el suelo. Sobre una mesa de plástico hay un pintalabios verde y unas cremas suavizantes de gama alta. ¿Stork? Quizá los rumores fueran ciertos, aunque el pintalabios y la crema podrían ser de cualquiera. Incluso del propio Mallick.

—Puedes hacer de mí lo que desees —Mach le ofrece un cóctel y Mallick lo vacía de un solo trago—. También tengo pesadillas doradas. ¿Quieres? —Mallick niega con la cabeza y Mach se toma dos pastillas—. Si gozas, multiplican el placer. Si penetras con ganas, doblan tu fuerza. Si sientes dolor, te martirizan. Se las cogí a un tipo muy extraño que conocí en una convención. Juraba que venían de fuera, como él, y después de tomarse tres, se desmayó. Llamé a Mortelli y le hicimos sufrir un poco. Cuando se despertó, nos fuimos. Estaba tan avergonzado que nos regaló su maleta con todo lo que contenía. Gorg, se llamaba.

Mach tiene las pupilas dilatadas y la respiración acelerada. Está inquieta, no sabe cómo comportarse. Se siente ridícula haciéndose la interesante con la historia de Gorg, las pastillas doradas, Mortelli y la maleta de regalo. ¿Para qué le ha traído Mallick? ¿Por qué no le habla? ¿Son imaginaciones tuyas o es cierto que la mira como a un objeto, con ojos distantes? ¿Tendrá razón Mé, el ingeniero guasón que se maquilla con grasas animales, cuando asegura que Mallick es un lunático? Mach intuye que ese pintalabios verde manzana pertenece a Stork, y que está siendo utilizada. Pero, ¿con qué fin? Súbitamente el rostro pétreo de Mallick cobra vida y una sonrisa amable precede a sus palabras.

—Discúlpeme, Mach. Sólo quería charlar con usted, distraerme. No se quede allí, suba a la cama. Estará más cómoda.

Los ojos de Mach chispean. No está simulando. Una onda de placer recorre su cuerpo. Como un felino, se encarama al lecho y se hace un ovillo en una esquina, de espaldas a Mallick.

—¿Cuántos años lleva con nosotros, Mach?

—Tres.

—Recuerdo cuando llegó, sucia y asustada. Vino con Mé. Fazerhoff les había recogido en uno de los suburbios que iban a dismantelar. Al caimán le encanta reclutar ingenieros cubiertos de chinches. El mismo suele encargarse de bañarlos la primera vez.

—Es cierto. Subimos a su mansión y allí no descansaba ninguna pared: en todas se proyectaba alguna imagen. El dormitorio era minúsculo, con un jergón transparente. Nos bañó en su piscina cúbica con las manos enguantadas y no quiso utilizar jabón. Decía que con el agua hacía falta paciencia. Después, nos invitó a pasar la noche con él.

—Fazerhoff...

—Nunca he conocido a nadie tan atractivo. Con él el dolor, ¿cómo explicarlo...? Transforma el dolor en un juego que te atrapa. Mé sólo estuvo con él una semana. Fazerhoff decía que su compañía le hacía estar demasiado alegre. Yo me quedé dos meses. ¿Y tú, como le conociste?

—Yo no recuerdo nada —le espeta Mallick, cortante. Después, como si hubiera notado que sus palabras han herido a Mach, su voz se dulcifica—. Mi primera venta sería se la hice a él. Después, me lo encontré una noche en un local del anillo industrial. Me propuso algo y no lo acepté. Al poco tiempo me expulsaron de la ciudad, y no volví a verle hasta mi regreso.

—¿Y fue allá afuera donde conociste a Mortelli?

—No. Mortelli nunca ha salido de aquí salvo por encargo, que yo sepa.

—¿Trabajaba en esa época para Fazerhoff?

—Pregúnteselo a él.

—Yo he visto sus cicatrices... ¿Es cierto que en una ocasión le pegaste una paliza hasta dejarle medio muerto?

—Tal vez, pero no tiene mayor importancia. Dejar medio muerto a Mortelli no tiene nada que ver con matarle.

—¿Le odias?

—No. Odiar a alguien es un signo de debilidad que no nos podemos permitir. ¿Acaso usted odia a los clientes con los que se mezcla?

—No, porque son blandos. Aunque tampoco les compadezco. A veces, cuando me hablan, no los escucho. Me limito a contar las palabras que me gritan o susurran, y a cada palabra le pongo un precio.

—Yo no les permito que me hablen. Ni que rían o lloren.

Mach mira a su compañero, después hacia la bandeja, y otra vez a su compañero. Falta una de las pesadillas doradas. A Mach le falta aire. El pecho sube y baja violentamente. Las manos le sudan. La boca está seca. En el techo descubre una pequeña grieta de la que asoman unas antenas de insecto. Mira el hombro del ingeniero y ve tres palabras tatuadas que no comprende. En una balda hay unas jeringuillas y un mechón de pelo negro. Es pelo de mujer, se dice Mach. Es cabello de mujer. Y esa mujer es Stork.

—¿Sabes, Mallick? Te tengo miedo. Más que a Fazerhoff, más que a Mortelli, más que a nadie.

—¡Qué tontería! —exclama Mallick, risueño—. Soy inofensivo. Además, no se preocupe: que me tenga miedo no significa que esté enamorada de mí. ¿Alguna vez no ha tenido miedo a nada ni a nadie?

—No.

—Pues ésa sí que es una sensación aterradora.

Mach se abraza al costado de Mallick. Está amaneciendo y acaban de apagar los focos de la calle.

—¿No oyes algo? —pregunta Mach.

—Vaya a ver.

Los pasos que se oían en la galería se han detenido. Mach se acerca hasta la puerta y la abre. Es Stork. La presencia de Mach no parece sorprenderla. Stork no lleva maquillaje. Los labios y las ojeras manchan su piel luminosa. Entre las manos sujeta un bolso minúsculo del mismo color que su boca. Lleva el cabello revuelto, pero en ella parece recién lavado. Los ojos marrones podrían transmitir desprecio, pero si despreciaran, no ofenderían. Sigue siendo una mujer inalcanzable, piensa Mach. Aunque la expresión del rostro no indique nada especial, está segura de que el mechón negro de la balda es suyo. Y el pintalabios. Y las cremas.

—¿Mach?

—Hola, Stork.

Las dos sonríen como dos amigas que llevan tiempo sin verse. Mach se hace a un lado, pero Stork la toma del brazo.

—Déjalo, Mach, no quiero entrar. Dile que haga el favor de darme lo que le pedí. Le pagaré mañana sin falta.

Mach entra en el habitáculo e interroga con la mirada al ingeniero. Mallick se levanta de la cama, abre el cajón de un archivador, saca un bote de vidrio azulino y se lo alarga a Mach.

—Déselo.

Mach sale a la galería. Stork está asomada a la barandilla, con la mirada perdida en algún punto del patio de corrala. Se ha quitado un zapato y balancea el pie descalzo de puntillas sobre el hormigón.

—¡Stork! Aquí tienes.

El bote no cabe en el bolsito y Stork lo guarda en su puño.

—¡Qué contrariedad! Nunca se me ha dado bien calcular el volumen de los objetos. Quizá por eso fui una vendedora mediocre. Gracias, Mach. Estás muy joven. No te dejes envejecer con esa panda de chiflados. Adiós.

—Adiós, Stork.

Mach sigue con la mirada su andar cansino hasta que se pierde al doblar la esquina de la galería. Mallick se ha sentado en una silla frente a la ventana, al otro lado de la puerta de entrada. Se diría que espera a que Stork aparezca por la calle.

—Esto no me gusta, me siento mal. ¿Puedo colorear la cama, Mallick? ¿Por qué todo es gris en tu habitáculo?

—Haga lo que guste, Mach. Yo debo irme.

Mallick se levanta, le sonrío y la besa en la boca. Es un beso hueco. O cariñoso. El ingeniero parece satisfecho. La abraza, la levanta en volandas, la tira sobre la cama y sale corriendo. Ha dejado la puerta abierta y a Mach confusa y excitada. ¿Por qué lo fácil resulta a veces tan complicado? ¿Por qué los deseos raras veces se cumplen? Mach sospecha que Mallick ha corrido tras Stork, que ya debe de estar a punto de alcanzarla y que el ingeniero la ha utilizado a ella para dar celos a la mujer de ojos

pardos. Una riña de enamorados, ése ha sido el motivo de la invitación de Mallick. Al menos, Mach no ha perdido demasiado: cuatro pesadillas doradas, unas cuantas horas y la ilusión de conocer su habitáculo. Según cuentan, otras han salido peor paradas.

Mallick está sentado en un sillón tan cómodo que se ha quedado dormido. Los párpados se mueven como si guardaran un inquieto animal en su interior. Una pesadilla le obliga a despertarse: si hubiera permitido que le mataran en el sueño, estaría loco, y Mallick es un hombre cuerdo. Se despereza y comprueba que sigue solo. Habitualmente, cuando Mallick visita el habitáculo de un hombre o de una mujer, aprovecha para recabar información. Los interiores de las casas permiten conocer aspectos sobre las personas que pueden no corresponderse con su imagen pública. Habitáculos bien ubicados y con fachadas aparentes resultan ser verdaderas pocilgas. Otros están tan vacíos que la voz retumba como en unas catacumbas. Mallick, por deformación profesional, analiza al detalle los cubículos y la relación que han establecido con ellos sus dueños. Los objetos elegidos suelen ser proyecciones de cómo quieren ser recordados. Muebles Kron para las rebeldes. Suelos transparentes para los sofisticados. Bañeras Rainey para los más atrevidos. Para conocer la personalidad de las mujeres a las que visita es tan importante observar el estilo de la casa como descubrir los detalles discordantes, porque lo extraño, salvo para los buenos manipuladores, suele ser natural. Si llega a conversar antes o después de mezclarse, no es extraño que le acusen de doble vista, fascinadas por la perfección de la radiografía que les hace. Pero hay lugares en los que no es recomendable curiosear, y ahora, Mallick, precavido, no se mueve del sillón. Se conforma con esperar.

Mallick hoy ha estado en la consulta del doctor Ivanov y ha sacado a relucir el asunto del permiso que necesitaría su hipotética cliente para engendrar. Naturalmente, aunque se lo haya ocultado al doctor Ivanov, la clienta enferma y el inseminador no son otros que Stork y Mallick. Pese a que Stork no parezca demasiado inclinada a tener un hijo, Mallick confía en que no tardará demasiado en ceder, y prefiere estar preparado por si acaso. La obtención del permiso sería una sorpresa para Stork, un regalo, y con él en la mano, no se verían obligados a abandonar la ciudad para procrear.

El doctor le ha proporcionado finalmente el precio y las condiciones para que Mallick negocie. El precio del permiso falso es muy elevado, aunque menos de lo que Mallick había previsto. Ivanov le ha explicado que la mujer debe quedarse embarazada y esperar al cuarto mes. Desde el momento en que ella decida comenzar el proceso, deberá satisfacer el precio por completo, sean cuales sean los resultados. Se expedirá una autorización para engendrar en la que, para no despertar sospechas, se especificará que el supuesto padre está en paradero desconocido. No es extraño que se expidan permisos para proteger a dos personas a la vez, madre e hijo, en caso de conducta antisocial del padre, y dicha conducta explicaría que la madre no se hubiera presentado antes al departamento sanitario sabiendo su situación ilegal al estar encinta. Por ello, según Ivanov, es fundamental que el padre no aparezca de

repente. Si surgiera cualquier problema, la responsabilidad sería sólo de la madre, y para que no se le pase por la cabeza denunciarles o investigar sobre la procedencia del permiso, Mallick deberá amenazarla con que en ese caso el hijo morirá.

Ivanov pretendía conocer la identidad de la madre, pero Mallick ha solventado el problema arguyendo que si se la revelaba, se arriesgaba a que él y sus socios le robaran su comisión. Pese a que el ingeniero aparentaba frialdad durante la conversación, los nervios nacidos del temor a que el doctor sospechara que él fuera el verdadero cliente le han dejado agotado.

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Se puede saber qué hace en mi salón?

Mallick sale de una pesadilla, y al abrir los ojos, cree haberse metido en otra. Los ojos de pájaro de Delclaux están muy cerca de su rostro, fijos en los suyos, llenos de ira.

—¿Cómo ha entrado? ¿Qué hace usted sentado en mi sillón Galcus? ¿Qué pretende?

Mallick enfoca la boca diminuta y crispada de Delclaux. Los labios gruesos esconden unos dientes demasiado grandes. Su aliento huele a lluvia, pero, como suele ocurrir con los aromas sintéticos, se percibe el husmo que aguarda detrás, agazapado. El círculo tatuado en la barbilla sube y baja al ritmo de sus gritos.

—¡Conteste! ¡Le ordeno que conteste!

—La estaba esperando. Íntimo 8889, barrera transparente, la que tiene instalada, ¿recuerda? Lo compré en los almacenes Centro y me mintió al decirme que era para regalo. No hacía falta que hiciera una escena, Delclaux. Si lo desea, me voy.

La voz suave y distante de Mallick calla las voces de Delclaux, que, más calmada, se sienta en una silla, a su lado.

—Comprenda que no me guste encontrarme mi casa invadida por un maleante.

—Soy abogado.

—Un maleante sentado en mi sillón Galcus.

—Usted me invitó.

—Los sillones Galcus son los más cómodos que existen. Hasta los insomnes duermen entre sus brazos.

—Sé tanto de sillones como usted. ¿Qué desea de mí, Delclaux?

Delclaux le muestra una pitillera transparente con un gesto exageradamente coqueto. En su interior hay cigarrillos de varios tonos.

—Sírvase. ¿Qué color elige? Tenga en cuenta que su vida depende de la elección —bromea Delclaux.

Mallick no lo duda y coge un cigarrillo rojo. Delclaux vuelve a sonreír. Es una sonrisa bonita que la rejuvenece más que todas las operaciones a las que se ha sometido.

—Lo sabía: rojo cinabrio. Sur, fuego, verano, nueve, corazón, amargo, benevolencia, gozo. Usted jamás dice la verdad, ¿no? El rojo cinabrio no puede ser su color.

Delclaux da lumbre a Mallick, que aspira el humo y siente cómo su mente se expande. Se diría que ahora ocupa todo el salón. Y se va más lejos, por las puertas, por las ventanas, hasta el cielo.

—Hábleme de usted: ¿tiene algún buen negocio entre manos?

Mallick ha bajado la vista, y su rostro está aún más pálido que de costumbre. Delclaux enciende un pitillo blanco, se recuesta y exhala el humo por la nariz.

—Mi cabeza... —susurra el ingeniero, como sonámbulo.

—No sea ridículo: responda. ¿Conoce al doctor Ackerman?

—Tengo que ver claro...

—¿Se ha reunido alguna vez con el doctor Ackerman? ¿Han mantenido tratos?

—Yo no...

—¿Y Stork? ¿Por qué está con ella? ¿Le saca crédito?

—Mi cabeza...

Pero Mallick sigue divagando y tampoco responde ninguna de las siguientes preguntas de Delclaux, que acaba por abandonar.

—Me aburre usted —dice Delclaux—. Está claro que con este cigarro no vamos a ningún sitio. Tome.

Delclaux alcanza a Mallick un cigarro negro. Mallick lo sujeta con los labios y sonríe, aparentemente ido.

—Enciéndalo, fume, y regrese. El negro mata al rojo.

Mallick obedece a Delclaux y su mente regresa por el mismo camino por el que se fue. Está sentado en un sillón demasiado cómodo y cerca de él está una mujer que le estudia con ojos perspicaces. ¿Qué quiere de él? ¿Jugar? ¿Mezclarse? ¿Humillarle? ¿Contratarle?

—Todos los abogados tienen una amiguita. ¿Tiene usted una amiguita sofisticada, Leira? ¿La hace sufrir? ¿La ha pegado alguna vez? ¿Disfruta marcando su cuerpo? ¿Usted le saca el crédito?

—El placer jamás ha sido gratis, salvo cuando media el amor. Y a veces, con amor, tampoco es gratis. Al menos cuesta una caricia, unas palabras amables o un buen disgusto. ¿Qué desea de mí? ¿Por qué fue a la exposición a buscarme?

—Usted no es abogado, ni se llama Leira. Es una de esas ratas que se arrastra por un crédito. Se hacen llamar ingenieros en ventas, ¿no? Un modo agradable de referirse a las ratas.

—No sé de qué me habla, Delclaux. Adiós.

Mallick se levanta del sillón. Ya no se siente tan cómodo. Está cansado y desorientado.

—¡Oh, Leira! ¿O debería llamarle Mallick? ¡No se enfade, por favor! Sólo era una broma. ¿Sabe? Los hombres aseguran que soy una bruja, que no tengo corazón. Debe de ser culpa de mi trabajo. ¿Le cuento un secreto? Yo hace algunos años no me llamaba Delclaux. Estaba por la K, ya me entiende. Kindelán, me llamaba. Y le aseguro que mi vida era menos complicada.

Delclaux ríe y Mallick la imita. Mallick se vuelve a sentar. Intuye que algo no va bien, pero sabe que no puede irse. ¿Por qué sabe su verdadero nombre? Sospecha que se le escapa algo, pero eso no impide sacarle el crédito, como a tantas otras.

—Soy una gran lectora, Mallick —dice Delclaux—. ¿Ve? Las paredes de mi salón están forradas de libros de papel. No he leído ni una cuarta parte, pero eso no quiere decir que no sea una gran lectora. Me divierte fantasear, jugar a que un abogado es un ingeniero en ventas que estafa a una mujer sofisticada y la hace sufrir... Como no tengo capacidad imaginativa, fantaseo, que es más sencillo. Pero es igual. Dígame: ¿está a favor o en contra de la moratoria de inventos?

Mallick se revuelve inquieto en su asiento. ¿Qué pretende esa loca?

—Yo sólo estoy a favor del crédito. Y si usted no desea nada...

—Es usted un ser curioso.

—... y al que no le sobra el tiempo. ¿Desea enseñarme su habitación, o qué?

La mujer apaga el cigarrillo aplastándolo contra el brazo de la silla. Ya no sonrío, aunque en su rostro haya quedado una mueca que recuerda vagamente una sonrisa. No es la mujer decidida y arrogante que se encontró en la exposición, sino una mujer ansiosa e insatisfecha.

—No. Sólo deseaba charlar un rato con usted. ¿Acaso le extraña?

Mallick y Delclaux se levantan al mismo tiempo.

—No es que me extrañe; más bien, no la creo. Buenas tardes, Delclaux. Si alguna vez necesita de mis servicios... Gracias por los cigarrillos. Aburrirme con usted ha sido un placer.

Mallick se despide con una inclinación de cabeza. Delclaux le acompaña hasta la puerta. El recibidor, como el salón, está demasiado iluminado. Huele a papel viejo y a productos nuevos. El servicio debe de ser de primera calidad, porque Mallick no ha visto a nadie desde que llegó, aparte de la mujer. Cuando se dispone a entrar en el ascensor, la voz de Delclaux, implorante, le detiene.

—Disculpa, Mallick. Creo que me encantaría invitarte a mi habitación.

Mallick se ha metido en su bañera, que apenas deja espacio libre en la cocina. El agua le llega hasta la barbilla. Hace calor y el vaho inunda la habitación. Mallick mantiene los ojos cerrados y cada cierto tiempo los abre durante un rato. Es muy agradable comprobar que no se distinguen las formas de los muebles ni los límites del espacio, que sólo queda la certeza de que la cocina no está vacía. Ya no le duelen los ojos, no siente la cuenca ni los párpados. La temperatura del agua es perfecta: basta con mover un brazo levemente para que una corriente de calor lo recorra desde la punta de los dedos hasta el hombro. Es como si estuviera cayéndose todo el cuerpo, como si la carne se desprendiese de los huesos y saliese por el desagüe. Con la mano vierte agua en la coronilla, y el líquido resbala en caprichosos hilos por su cabeza. Oye el sonido de la puerta abriéndose y el ruido que hace alguien al manipular bolsas y otros objetos.

—¿Qué hay en la cápsula, Mallick? —oye decir a Stork.

Mallick tarda en responder. Necesita hacerse a la idea de que el baño ha acabado, de que el cuerpo debe regresar desde el desagüe.

—¡Ah, eso! Olvidé mostrártelo. Un recuerdo de infancia.

A Mallick le ha costado hablar, como si hubiera tenido que acompañar a su voz hasta donde está Stork.

—Eras todavía más guapo de niño. ¡Qué ojazos! ¿Cómo es que no me lo habías enseñado? ¡Eres más raro! ¿Y el pato? ¿Tenía un nombre? No sé, parece una prueba de interacción, y en esas pruebas siempre hay un educador. ¿Por qué estás solo?

—Porque eliminé a los educadores de la grabación. Recuerdo que me querían mucho, aunque sólo babeaban en presencia de las cámaras, como si fuera un reflejo condicionado. Y de lo del pato no me acuerdo. Ni siquiera sé si ocurrió.

Mallick se incorpora. Se siente blando, pero una vez que ha salido de la bañera, se ha secado, ha ido al salón y ha bebido el vaso de agua que le ha ofrecido Stork, la pesadez del cuerpo se ha convertido en una sensación placentera. El suelo está salpicado de minúsculas lucecitas titilantes de muy baja intensidad, y la contraventana está cerrada. Se diría que una corriente de paz se ha aposentado esta noche en su habitáculo.

—¿Y dónde me siento?

Stork limpia de lucecitas un área lo suficientemente extensa como para que quepan los dos tumbados sobre el suelo y deja una botella de agua en medio.

—Eras la cosa más tierna que he visto en mi vida. ¿Me haces una copia?

—Es para ti.

—¿Dónde se grabó?

—En el Centro Ungar, donde viví durante unos años.

—¿No es ese lugar horrible que salía en los noticiarios un día sí y otro también?

Mallick no responde y Stork prefiere no insistir: a Mallick no le gusta

especialmente airear su pasado. Hace un calor húmedo y Mallick y Stork rompen a sudar. Sus cuerpos blancos destacan en la atmósfera oscura de la habitación.

—Es extraño, Mallick; en tu habitáculo no hay nada que dé una pista sobre su dueño; ninguna imagen, ningún objeto que no sea puramente funcional... La única información que recibes es que no hay información. El habitáculo parece vacío de ti. Me gustó desde el principio, porque cuando entras no esperas nada de su inquilino, salvo lo que él mismo te ofrezca. Es un espacio virgen en el que no te sientes una intrusa. ¿No te gusta guardar recuerdos? —pregunta Stork, tumbada boca abajo.

—Sí, pero me aguanto. Casi todos los objetos que conservas sólo son recipientes que vas llenando de recuerdos que no paras de transformar hasta quedarte satisfecho.

Mallick se interrumpe, bebe un trago de la botella y derrama la mitad sobre la espalda de Stork.

—Transmites a los objetos lo que deseas —continúa Mallick—, ya sea nostalgia, tristeza o alegría, y te sirves de ellos para que te devuelvan lo que les has transmitido. El círculo se cierra cuando ya no recuerdas que aquello que les transmitiste no es exacto. Los objetos que guardas no son más que muletas trucadas de la memoria.

—¡Vaya, Mallick! Jamás me habías dado una respuesta tan larga a una pregunta inocente. Debe de ser el calor. Pues yo, hasta hace poco, necesitaba un juego completo de muletas. Me daba igual que fueran trucadas o no. Bastaba con que fuesen viejas. Me recordaban que no todo ha sido siempre igual. Guardaba juguetes, imágenes de mi familia, tesoros. Hace dos años, cuando me dijeron que me quedaba uno de vida, lo tiré todo. Me hacían daño y no quería que me sobreviviesen. Sentía como si me hubieran traicionado. Ahora me arrepiento de haberme desprendido de mi pasado. ¿Quieres agua?

Mallick coge la botella de agua, bebe y se la pasa a Stork. Mientras ella bebe, le acaricia un lado del rostro. Está húmedo y caliente.

—También te traicionan los recuerdos adormecidos que regresan de improviso a partir de un olor, una situación determinada, una conversación o un paisaje —prosigue Mallick, en susurros—. Siempre son peligrosos, porque no contabas con ellos. Entonces, los domas acomodándolos a aquello en lo que te has convertido. Si no lo haces, te quedas perplejo, porque no sabes quién eres, ponen en tela de juicio tu presente. La mentira es uno de los grandes inventos de la razón.

—Pero hay un pasado que es cierto, que ocurrió de veras, y es el que llevas encima, no podemos escapar de él. Somos pasado, Mallick.

Mallick reptaba hasta situarse muy cerca de Stork. La mano de Mallick roza su frente, salta a los pechos y baja hasta los muslos.

—Sí, tienes razón. Somos pasado, y por eso a mí me cuesta tanto cambiar. Porque tú me obligas a cambiar, Stork.

Mallick se ha olvidado del habitáculo, de las lucecitas titilantes, de que su voz suena ronca y esconde algo salvaje.

—Yo te amo y tú me devoras, me roes las entrañas y me despedazas.

Los dedos de Mallick resbalan sobre la pálida piel de Stork, presionando la carne. Recorren los brazos, las axilas, las costillas, los pezones, las nalgas, el ano, los muslos, las rodillas, la pantorrilla, cada dedo del pie...

—Un mapa... —gime Stork.

Se introducen en la boca, la abren por completo, agarran la lengua, suben al paladar, salen, acarician los labios y los cubren de saliva, hurgan en la nariz...

—Estás dibujando un mapa...

Se hunden en la melena y aran el cuero cabelludo, se detienen en la nuca, corren por la columna vertebral sobre un hilo de sudor...

—... de mi cuerpo...

Agarran la carne del costado, presionan el vientre, se detienen en el ombligo, bajan a la entrepierna, separan las piernas...

—... y me haces daño...

En la nave de Li se amontonan tantos productos de desecho que la oficina, un cubo de cristal situado en el centro y al que se accede por un camino irregular e invadido por cachivaches, parece más bien un refugio. Li no está. Mallick y Mortelli llevan un par de días esperando a que regrese para continuar la negociación. En el departamento de Li, amueblado con extrema sencillez, unos biombos separan la cocinita del despacho propiamente dicho, donde cierra los acuerdos. Sobre una mesa de madera Tuang, una de sus empleadas, se entretiene maquillándose; la otra, Valle, dormita. Mallick y Mortelli permanecen en la otra habitación, vacía si no hubieran traído un par de sillas plegables, un bidón de agua, un saco de comida deshidratada y unas colchonetas. Mortelli fuma un cigarrillo tumbado en una colchoneta, con aire ausente. No le importa la prolongada ausencia de Li, porque era previsible. Quiere ponerles nerviosos, les presiona para que pongan precio al millón de vacunas no contrastadas. Fumar y espiar a las ayudantes de Li a través del cristal forma parte de su trabajo. Para Mortelli, aquello son unas vacaciones, sobre todo si se tiene en cuenta que jamás ha disfrutado de un asueto prolongado. A Mallick, en cambio, se le ve inquieto. Pasea de un lado a otro de la habitación, no mira a las ayudantes de Li, y aunque el rostro no transmita ninguna emoción, su comportamiento es raro. Además, le molesta el olor del cigarrillo ¿verde?, ¿verde azulado?, que está fumando Mortelli.

—¿De dónde has sacado ese cigarrillo verde, Mortelli? Huele fatal.

Mortelli sonríe con sus ojos claros y da una calada.

—¿Estás nervioso, Mallick? ¿Habías quedado con alguna mujer y te has perdido la cita? No es exactamente verde. Es verde esmeralda, y te vendría bien uno. Hacen correr el tiempo.

Mallick lo prueba y se lo devuelve.

—Espero que haga efecto. ¿Quién te lo dio?

—Un viejo. ¿A qué viene tanta curiosidad, Mallick? En cualquier fiesta de la colina se fuman a cientos. Hay de todos los colores.

—Ten cuidado. Me han dicho que los rojos te hacen hablar demasiado, con los violetas obtienes placer con la violencia y con los amarillos te vuelves generoso.

—Entonces sólo probaré los violetas.

Mallick se sienta y apoya la cabeza contra la pared de cristal, tan sucia que es casi opaca. Saca su canica del bolsillo y comienza a jugar con ella.

—Esta noche el hijo de puta de Li no viene —comenta Mortelli—. Es tan ceremonioso, que aunque le interese cerrar el trato, se atiene a la tradición. «Conejo nervioso, conejo sin calzones».

—Si fuera de día, iría a echar un vistazo a la basura de ahí afuera.

—Iremos mañana. Puede que podamos llevarnos algunos buenos recuerdos para nuestros clientes, como siempre. El muy ladino tiene de todo —Mortelli mira a las dos mujeres. Valle, entrada en carnes, de piel cobriza y larga melena negra sigue

dormida; Tuang, más delgada, pinta con un pincel una figura irreconocible en su cráneo rapado—. ¿Hacemos una visita a esas dos? Ya va siendo hora, aunque me gustaría saber desde hace cuánto no se lavan.

—Ve tú. Yo no tengo ganas.

Mortelli se incorpora, aparentemente sorprendido.

—¿Cómo que no tienes ganas? ¿Estás chiflado?

—Me siento algo débil. Valle y Tuang pueden pasar una noche sin mí.

Mortelli se levanta de un salto.

—¿Me tomas por idiota? Tú nunca has estado débil, y sabes muy bien que a Li no le gustará que no tomemos lo poco que nos ha dejado. Si no nos mezclamos cada noche con ellas, se ofenderá. Cada juego tiene sus reglas. Si quieres no te esfuerces, haz lo mínimo, ya se ocuparan ellas de gritar de placer. Pero no me perjudiques. No deseo pasarme aquí una semana más negociando con ese gordo asqueroso por tu culpa. ¿Qué van a pensar todos de ti?

Mallick esboza una sonrisa y lanza la canica de una mano a la otra.

—Cada juego tiene sus reglas, Mortelli. En el mío, la canica no se te puede escapar.

—A la mierda tu canica, perro.

Mortelli, que jamás deja de sonreír de medio lado, abre la puerta que da al despacho de Li y entra. Tuang interrumpe la pintura y se traga al ingeniero con su mirada vidriosa. Unos ruidos guturales salen de su garganta. Valle se despierta y limpia de legañas sus ojos hinchados. Las dos ríen como imbéciles y se contonean sobre la mesa. Mortelli sube a la mesa y las dos mujeres le desnudan y pellizcan su boca insolente.

—Cuando el gato se va de viaje —dice Valle con voz pastosa—, bailan los ratones. ¿Y tu amigo?

—Mi amigo está harto de vuestro coño. ¿No soy suficiente?

Valle y Tuang no contestan. Actúan. Sobre el tablero, una montaña de carne blanca, cobriza y amarilla emite jadeos ahogados. La lengua de Mortelli brilla mientras lambisca. Mallick, con gesto de disgusto, espía la escena con el rabillo del ojo. Es espectador de su propia vida, que se desarrolla en la otra habitación, entre gritos exagerados, suciedad y abandono. Guarda la canica, se echa en la colchoneta y se dispone a dormir. Conciliar el sueño le resulta imposible. No es fácil vivir en dos lugares a la vez. Al cabo de veinte minutos la oficina queda en silencio. Mortelli se despide ceremonioso de las dos mujeres y se tumba a su lado.

—Ni siquiera han comprobado si están limpias —comenta Mortelli mientras se aplica el buscador de enfermedades—. Con tantos aparatos rodeándolas no se les ha ocurrido buscar el adecuado. El gordo de Li debe de estar lleno de mierda. ¡Aaaaah, que gusto! ¡Mira, increíble, rojo sangre, estoy limpio! No sé para qué sirve si casi siempre lo uso después de mezclarme. A éstas no se lo presto porque me lo funden. ¿Mallick?

Mallick respira con regularidad y apenas mueve un músculo. Mortelli sospecha que está despierto, pero no merece la pena comprobarlo. La negativa de Mallick a mezclarse con las ayudantes de Li ha sido un error, aunque en realidad no ha sorprendido a Mortelli, que ha simulado lo contrario. Mortelli deberá informar a Fazerhoff sobre el extraño comportamiento de su compañero, que, si se diera el caso, también le delataría a él. En la Corporación Xen las denuncias por falta de profesionalidad ensombrecen cualquier expediente, por perfecto que haya sido hasta entonces. Para Mortelli lo interesante no es el efecto del informe que ya está redactando mentalmente, sino la causa de la actitud de Mallick. Mientras se desmaquilla el rostro ayudándose de una crema, agua y un espejo, Mortelli piensa en su compañero. Por un lado, Mallick ha empezado en los últimos tiempos a colaborar con Mortelli en los negocios más arriesgados y sabrosos. Por el otro, se le nota poco concentrado y motivado en el desempeño de sus funciones.

Para Mortelli, sólo hay tres posibles explicaciones, muy diferentes, pero decepcionantes por igual. Se mira en el espejo, y ve la cara de un hombre joven, cínico y despreocupado, una máscara que ya es imposible de cambiar porque de tanto ensayarla, es su propio rostro. La primera de las tres explicaciones, prosigue Mortelli en silencio mientras se acuesta desnudo, es que Mallick quiera volar demasiado alto, que esté tratando de engañar a la Corporación y realizar demasiadas operaciones de espaldas a ella. Es disparatado arriesgarse de ese modo, pero la codicia es moralmente aceptable, muy preferible a la estupidez. Los nervios le estarían traicionando, y mezclarse con dos pijoas sólo le produciría más cansancio. La segunda, que esté ordeñando a Stork y a su exquisita familia, y que el trabajo sea tan complicado y absorbente que esté descuidando sus tareas habituales. En este caso, puede estar compartiendo el premio con la Corporación Xen —un detalle siempre bien recibido—, o quedárselo para él solo. Exprimir las relaciones sentimentales con hombres y mujeres es coto privado de los ingenieros en ventas por graciosa concesión de la Corporación. Eso lo han aprovechado Mallick y Mortelli en muchas ocasiones.

Y la tercera posibilidad es la más ridícula de todas, por triste: el amor. Aquí vuelve a aparecer Stork, y ya es curioso que dos de las tres posibilidades la tengan como protagonista. A Mortelli le consta que llevan más de nueve meses viéndose. Si Mallick roba a la Corporación Xen o a la propia Stork, no es cosa suya, a no ser que influya en los negocios que realizan a dúo. Pero si Mallick se ha enamorado de Stork, es una verdadera desgracia. Para Mortelli, el amor es un accidente no deseable, porque sus efectos son impredecibles. El amor no es inmoral, desde luego, pero sus consecuencias pueden serlo. Induce al enamorado a creer que todo es lícito para conservarlo, que tiene derecho a disfrutar por encima de otras consideraciones. Coloca una venda de luz sobre sus ojos. Le proporciona una ilusión, una verdad irrefutable, la única. La carne devora a la razón, y la razón se convierte en carne. Crea un hombre nuevo que no comprende la vida del anterior, del obsoleto, cuya estructura de reglas y obligaciones desaparece en el olvido. Quizá el amor sea la prueba más

complicada a la que puede verse sometida una persona. Mortelli sufrió esa prueba y salió indemne. Ella no. Mortelli tuvo que deshacerse de aquella mujer de piel color chocolate cuya risa era blanca. Una mueca de amargura se dibuja en su boca insaciable. Todavía le aflige recordarlo, pero más le dolería estar acabado. Y más aún olvidarla. Mortelli ha abierto los ojos y no se quita la imagen que le perseguirá siempre, la de ella con él, o sin él, o con otros. Placer y dolor, dolor y placer.

—¡Mallick! —susurra Mortelli al oído de su colega—. ¡Mallick! Es Stork, ¿no? Valle o Tuang, una de las dos, ronca. Li no aparece. Mallick no responde.

Al ingeniero de ojos hundidos simular que duerme se le da especialmente bien.

A Mallick le intriga Delclaux. ¿Por qué sabía que la identidad del abogado Leira era falsa y que su verdadero nombre era Mallick? ¿Fue a la exposición de productos de seguridad en su busca? ¿Por qué le acribilló a preguntas en su habitáculo? ¿Qué sabía de su relación con Stork, y por qué? Delclaux le había dicho la clave para entrar en el *U*, su local favorito, y ya iba siendo hora de utilizarla. El *U* según le dijo, se encontraba en una zona poco explotada del sector industrial, al pie de la colina más suave de la ciudad, cubierta casi en su totalidad por una vegetación exuberante. Mallick ha oído que es un local de moda para gente con recursos y gustos extraños. Quizá descubra algo, y si se encuentra con Delclaux nada le impide seguir ordeñándola.

Mallick encuentra el solar en el que según Delclaux se levanta una fábrica abandonada de aspecto anticuado y pasa a través del muro de tres metros de altura que la protege. Sólo es el primer decorado. Mallick mira hacia el lado por el que llegó: ve la calle en pendiente, el gato pardo que jugueteaba con su canica y la vegetación podrida por efecto del calor. Frente a él se levanta otro muro, esta vez real. Recorre toda la longitud de la pared y no descubre ninguna entrada. Los extremos del pasillo están cerrados por muros pintados de rojo perpendiculares a la calle. Mallick se refugia del sol sentándose a la sombra y decide esperar. Pasa una hora. Si el aburrimiento no fuera un lujo sólo al alcance de una minoría, se diría que Mallick está aburrido. Echa una cabezada. Cuando se despierta comparte la sombra con tres hombres y dos mujeres vestidos con ropa un tanto estafalaria. Mallick no tiene ningún interés en interrogarles. Si están ahí sentados es que no ejercen ningún control sobre lo que pueda ocurrir. Por lo tanto, no le sirven para nada.

Cada cierto tiempo aparece algún caminante por la calle que, sin disimulo alguno, cruza el muro de imagen y se une al grupo. Mallick se pregunta si esos tipos han acudido por un anuncio. No hay nada destacable en ellos a primera vista, nada que indique una posible selección. De pronto a unos cincuenta metros se abre una puerta en el muro y una mujer joven con el pelo recogido en un moño que fuma en boquilla sale al exterior. La espera ha finalizado. El grupo se levanta, y sus integrantes se sacuden el polvo y corren en tropel hacia la mujer de facciones orientales. Mallick es el único que se lo toma con calma. Cuando llega hasta la puerta, la mujer les ha separado en dos grupos. Al ver a Mallick, levanta una ceja.

—¿Y usted? ¿De dónde sale? Póngase con éstos.

Mallick se une al grupo más reducido.

—Ustedes, adentro —ordena la mujer, señalando al grupo de Mallick con la boquilla—. El resto puede irse.

La mujer empuja a los elegidos y cierra la puerta tras de sí. Están en otro pasillo igual al anterior. La mujer chasquea los dedos y cada uno de los acompañantes de Mallick le entrega una fruslería. La mujer interroga a Mallick con la mirada, pero el

ingeniero le indica con un gesto que no tiene nada para ella. La mujer amaga darle una bofetada, y Mallick la agarra de la muñeca y se la retuerce. Conoce la palabra clave de entrada y no está dispuesto a que le humillen como a la canalla que le acompaña. Se levanta un murmullo de sorpresa. La mujer, confundida y con la muñeca dolorida, se da media vuelta y desaparece a través del muro. Mientras el grupo de elegidos continúa esperando, anochece. Al cabo de un rato llega una joven con una porra, busca con la mirada al agresor de su compañera, y cuando lo encuentra trata de golpear a Mallick con la porra. Mallick detiene el golpe, le arrebató el arma y la lanza lejos de sí.

—Eres idiota —le dice la mujer, que ha recogido la porra—. No vas a entrar en tu vida, perro.

—Aguarda —le ruega Mallick, que se acerca a ella y le susurra al oído—: «Berrendo».

—Afirmativo.

La mujer de la porra se echa a reír. Mallick la mira impertérrito.

—¿Y qué hace aquí? —le pregunta, divertida—. ¿Por qué no ha entrado por la puerta principal?

Mallick no responde.

—Yo soy Lara. Tchi-huan se va morir de risa. Acompáñeme.

—¿Y los otros? —pregunta Mallick—. ¿No van a entrar?

—Esos entrarán cuando necesitemos carnaza.

Mallick y la mujer cruzan el último muro. Ya están en el *U*. La habitación, rectangular, amplia y diáfana, está en silencio. Sentados a la única mesa, un anciano con una horrible cicatriz en la nuca y Tchi-huan beben una copa. Al ver a Mallick, Tchi-huan enarca una ceja. Con su mano izquierda acaricia la muñeca lastimada. Mallick cruza la sala y se da cuenta de que, según camina, van apareciendo aberturas en la pared por las que se accede a otras estancias o que permiten ver lo que ocurre en ellas, a menudo tan sólo durante un instante. Como dijo Delclaux, es difícil saber cómo es el *U*, sobre todo si se tiene en cuenta que la distribución varía continuamente. Mallick se aventura por uno de los vanos y recorre las estancias. La decoración principal es luminosa. El mobiliario es sencillo y escaso o barroco y abigarrado, sin término medio. Los colores conforman un lenguaje propio. Mallick no se cruza con muchos clientes, y nadie se dirige a él. Los empleados se distinguen de los clientes porque su actividad se reduce a esperar a que les soliciten algo, y rara vez hablan entre ellos. La música es suave. Mallick no ve por ningún sitio a Delclaux, aunque es posible que en su errática trayectoria se haya dejado atrás numerosas habitaciones. De todos modos Mallick logra regresar al punto de partida.

Cuando vuelve a entrar en la gran habitación rectangular, vislumbra una figura grande que sale al exterior por el muro transparente, y antes de desaparecer del campo de visión deja en su retina el chispazo de una cabeza dorada. ¿Mortelli? Mallick no podría asegurarlo, pero tiene un presentimiento. El *U* es la clase de local

donde Mortelli se movería como pez en el agua. Sin que lo haya notado, Tchi-huan se ha colocado junto a él. Su cabeza le llega por debajo del hombro. Sujeta la boquilla negra entre los dientes y se arregla el cabello recogido en un moño introduciendo dos agujas finas, largas y de color naranja.

—Tiene usted el aire de haber visto un fantasma.

—Ojalá hubiese visto un fantasma. Las personas de carne y hueso son mucho más inquietantes. ¿Le hice daño?

—No. Pero como se me hinche la muñeca, deberá indemnizarme. ¿Por qué entró por la puerta de atrás en lugar de por la principal?

—Si hubiera entrado por la otra puerta no sabría a qué se dedica usted.

—¡Qué tontería! Me dedico a muchas más cosas.

—Puedo imaginarlas —replica Mallick, insolente.

—¿Sí? Eso está bien, permite que todo sea más sencillo para mí. Imagínelas y yo las haré. Lo que dudo es que tenga crédito para pagarlas.

—Puede cargarlas a la cuenta de Delclaux.

—No sé quién es.

—Una mujer blanca y arrogante, mide uno cincuenta, tiene tatuado un círculo en la barbilla, está operada hasta el copete y cuando sonrío no es desagradable.

—Se hace llamar la *emperatriz dorada* —dice Tchi-huan—, acude de vez en cuando y es poderosa. Es amiga del dueño. Le consultaré su propuesta, aunque le aconsejo que recapacite. Puede hacerle sudar sangre. ¿Por qué la busca?

—Ya me hizo sudar sangre en una ocasión. Yo sudo sangre y ella crédito.

—Así que usted... —Tchi-huan congela la sonrisa que empezaba a dibujarse en su rostro—. Debí suponerlo. Normalmente reconozco a las ratas de un solo vistazo. Le felicito: usted sabe convertirse en una rata distinguida. ¿Por qué me lo ha dicho?

—Aquí los clientes necesitarán todo tipo de caprichos. Yo puedo proporcionarle objetos.

—¿Objetos?

—Todo lo que no son sujetos. Iríamos a medias.

—¿Cree que estoy loca? Berger nos mataría.

—¿Quién es Berger?

—Un poderoso hombre de negocios, además de nuestro dueño —Tchi-huan señala al anciano de la cicatriz en el cráneo, que dormita sobre la única mesa—. Y si sigue comportándose como un idiota, dentro de poco también será el suyo.

—Los ancianos son peligrosos, pero a veces también miopes.

Tchi-huan ríe. Es una risa amarga.

—No en su caso, se lo aseguro. Él no le confundirá con un cliente, descubrirá sus bigotes...

—... de un solo vistazo.

Tchi-huan sonrío con los ojos hasta casi hacerlos desaparecer.

—Así es. ¿Quiere que se lo presente?

—Sí. ¿Y de lo nuestro? Puedo adelantarle una buena suma. Yo me encargaría de tratar con los clientes que usted busque.

—Lo nuestro no tiene futuro. Pero quizá... Ya veremos. Si algún día deseo suicidarme, contaré con usted. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Leira.

Tchi-huan levanta la cabeza y mira a Mallick de frente. Hasta ahora, mientras conversaban, dirigía la vista hacia un punto indefinido a la derecha del rostro del ingeniero. Sus pupilas negras son más grandes y brillantes de lo que parecían.

—¿Leira? Me encantan los nombres falsos. Yo me llamo Tchi-huan. Al menos ése es mi nombre *artístico*.

—Que significa...

—No significa nada. Bueno, para usted, *la que quiere enriquecerse sin que la maten*.

—Pura poesía.

—O si lo prefiere, *la que confunde a una rata con alguien que vale la pena*. Vamos, Leira.

Tchi-huan toma del brazo a Mallick y lo conduce hasta la mesa de Berger. Es un hombre esbelto, de engañosa apariencia frágil. Cuando se incorpora y abre los ojos, vivos y de un profundo azul claro, nadie diría que acaba de despertarse.

—Siento molestarle, Berger —se disculpa Tchi-huan, con la cabeza inclinada—. Le presento a Leira.

Berger clava sus ojos en los de Mallick, que sostiene la mirada. Pero al cabo de unos segundos, el ingeniero, incapaz de aguantar más, baja la vista. Berger invita a Tchi-huan y a Mallick a sentarse con un gesto displicente. Saca una pitillera antigua y humilde de latón de la que toma un cigarrillo y Mallick se lo enciende.

—¿Es un recuerdo? —pregunta Mallick, señalando la pitillera.

—Sí, de cuando era necio, hace ya mucho tiempo. Según me han informado, la venta de recuerdos es un negocio incipiente. Curioso, ¿no cree?

—Es lógico —responde Mallick—. La gente necesita agarraderas, y no es fácil obtenerlas de modo natural.

—Yo, en cambio, no lo veo como algo lógico, sino como un síntoma más de la enfermedad que nos aqueja. La nostalgia no se compra ni se vende. ¿Vende usted muchos recuerdos, Mallick? —pregunta Berger. Se hace el silencio. Tchi-huan mira de reojo al ingeniero, que ha encajado el golpe con aparente tranquilidad: al fin y al cabo, Mallick es otro disfraz, y bastante más sofisticado que el de Leira.

—Sí, vendo una máquina de recuerdos —responde Mallick, con su recurrente tono inexpresivo—. Pitilleras antiguas de latón como la suya he colocado unas docenas. ¿Se la facilitó Mortelli, Berger?

Berger sonríe por primera vez. Es una sonrisa franca, bien estudiada. Tchi-huan, en cambio, no se atreve a pronunciarse. Permanece encerrada en sí misma, inaccesible.

—¿Mortelli? No sé de quién me habla, Mallick. En cuanto a las pitilleras, no me sorprende que tengan éxito: hace muchos años se veían por doquier. ¿Encontró usted lo que buscaba?

—No, pero no importa. A cambio he conocido a Tchi-huan.

—¡Oh! —exclama Berger, fingiendo haber sido sorprendido agradablemente—. Tiene usted buen gusto, Mallick, aunque me temo que no la conoce en absoluto. No es como la mujer que usted ama, pero podría serlo.

Tchi-huan asiste a la conversación como si se tratara de un silencio. Aunque Mallick por su lado parece disfrutar, la da por concluida y se levanta.

—¿Ya se marcha? —pregunta Berger, sinceramente contrariado—. Aunque no me crea, llevaba tiempo deseando conocerle. He oído hablar sobre usted.

—Parece ser que en esta ciudad el único que no sabe nada sobre mí soy yo mismo —bromea Mallick.

—Usted se toma demasiado en serio —Berger acompaña sus palabras con movimientos pausados de la mano derecha, la que sujeta el pitillo, que se ha consumido hasta el filtro—. La gente como yo raramente se ocupa de las personas; preferimos los asuntos.

—¿Le debo algo, Berger?

—Tan sólo una conversación más larga y relajada. Pero tenga esto en cuenta: una de las muchas cosas que diferencia a los ricos de los pobres y hace a estos últimos especialmente molestos es que siempre tienen en la cabeza pedir algo.

—No se preocupe, Berger. Yo jamás le pediré nada.

Berger apaga el cigarrillo contra el tablero de la mesa. Mallick se despide con una inclinación de cabeza.

—Eso ya lo veremos, Mallick. Espero verle a menudo por aquí —dice Berger—. Le ayudaremos a encontrar lo que busca.

Mallick se retira, acompañado de Tchi-huan. Salen al exterior por la puerta principal. Hace una noche sin luna, huérfana de colores. La mujer ofrece un cigarrillo a Mallick, que lo acepta. La calle está solitaria, ni siquiera está el gato que Mallick vio al llegar. Fuman en silencio, absortos en sus pensamientos. Se diría que están cómodos el uno con el otro, como si fueran hermanos que se han encontrado después de mucho tiempo. Al cabo, Mallick aplasta la colilla con la suela del zapato y echa a andar. Tchi-huan despierta de su agradable letargo y sigue con la mirada al ingeniero mientras baja la pendiente hasta que desaparece engullido por la oscuridad. Se da una palmada en el costado, suspira y regresa al trabajo.

Mallick espera en una esquina del cruce entre la 45 y Camorritos, dos grandes avenidas de una zona de oficinas con discreta presencia comercial. Las calles están casi vacías, pues los empleados no han salido todavía del trabajo. Algunos transeúntes solitarios o en pareja pasan a su lado cabizbajos y apresurados, preocupados por algún asunto laboral sin resolver. Mallick está inquieto. Había quedado con Ackerman y el doctor se está demorando. Además, no es lógico que le haya citado en ese lugar para realizar la transacción, a la vista de todo el mundo. Mira una vez más el reloj: ya han pasado diez minutos. Decide hacer algo para pasar el rato. Al otro lado de la acera hay un puesto ambulante con un niño. Mallick se acerca. El arrapiezo, sucio y malcarado, de unos once o doce años, vende unos muñecos de goma. Hay tigres, leones, perros y gatos.

—¿Cuánto valen?

El niño responde sin demasiado entusiasmo.

—Diez.

—Son muy feos. ¿Qué hacen?

—Si no piensa comprar, déjeme en paz —responde el niño, molesto.

—¡Bonita manera de vender! Te he preguntado qué hacen, chaval.

El niño se restriega la nariz antes de hablar.

—No hacen nada. ¿Qué quiere que hagan? Sirven para jugar. Hay niños a los que les gustan los juguetes sencillos. ¿Va a comprar?

—No. ¿Para qué quiero yo un muñeco espantoso que no hace nada? Sólo pretendía ayudarte.

—¿Ayudarme? —Un chispazo de desconfianza recorre los ojos del niño, que reordena los muñecos con movimientos rápidos—. Déjeme en paz.

—No pienso irme —responde Mallick—, dispongo de todo el tiempo del mundo. Y tú te vas a ir a casa de vacío.

—Te crees muy listo, ¿eh? Pues tienes pinta de muerto de hambre. Nada más verte, me dije: «Este imbécil no se lleva nada».

—Muy bien. Pero el muerto de hambre ha vendido de todo, muñequitos incluidos.

—Me alegro. Adiós.

Mallick sonrío. El niño le recuerda a él de pequeño, y le mira con una mezcla de pena, orgullo y aprensión. Él no era tan mal vendedor.

—Te propongo un trato. Yo hago de gancho, los vendes al doble y yo me llevo la mitad. Ya verás cómo vendes alguno.

—¡Ya! ¿Y si se lleva los muñecos?

—No hay peligro. Toma —Mallick le da una moneda—. Esto te lo dejo como fianza. ¿De acuerdo?

—Con tal de que se calle... —dice el niño, que ha hecho desaparecer la moneda

entre sus ropas—. ¡Mire! Allí vienen otras dos. ¡Tiene trabajo, abuelo!

Mallick hace como si examinara concienzudamente un tigre descolorido. Cuando las mujeres llegan al puesto, Mallick sonríe con toda la cara.

—¡Me lo llevo! ¡Los tigres nunca fallan!

La mujer más joven se para, y la otra la espera a cierta distancia. El niño le entrega a Mallick el muñeco en una bolsa de plástico barata. Mallick se va caminando despacio, admirando el muñeco como embobado. La mujer ha manoseado rápidamente un perro y un león, estirando la goma para comprobar la calidad.

—¿Cuánto vale?

—Diez.

—¡Qué caro! ¿Y si me llevo dos?

—Pues quince.

La otra mujer la llama, impaciente. La joven duda un instante, y luego echa a andar para reunirse con su compañera. Mallick regresa junto al chico.

—¿No te dije que los vendieses a veinte? —le espeta Mallick—. A veces un precio bajo impide que el cliente desee un producto.

—Yo hago lo que me da la gana.

Mallick consulta la hora. No tiene sentido seguir esperando.

—Me voy —anuncia—. Puedes quedarte con la moneda. Usala para lavarte, porque esta ciudad odia a los niños sucios.

—Lárguese, abuelo.

Mallick sale corriendo para tomar un tranvía. Al final el maldito niño le ha hecho perder tiempo. ¿Qué le habrá ocurrido a Ackerman? Es la primera vez que no acude a una cita. Mientras toma varios tranvías en dirección al laboratorio, Mallick discurre qué hacer en caso de no encontrar al doctor. Las piezas podría encajárselas a Sing, el comerciante de objetos robados, por un tercio de lo que él había pagado. Los programas, siendo específicos, iban a ser más difíciles de revender. Lo más probable, salvo milagro, es que perdiera más de la mitad en la operación, sin contar con el tiempo invertido. Y lo que era peor, intuía que se había quedado sin su mejor cliente para siempre. Mallick desciende del tranvía y corre por las solitarias calles de la zona industrial donde se encuentra el laboratorio. Esta vez no juega con su inseparable canica de cristal azul. Al llegar a la cancela, ve que está cerrada. La nave está completamente a oscuras. Unos restos de cajas de cartón indican que ha habido actividad. Mallick salta la cancela, rodea la nave y busca la trampilla. Por suerte lleva una linterna. La portezuela está protegida por una cadena con candado. Mallick saca una pequeña herramienta multiusos y en un par de minutos logra abrir el cierre. Hay ciertas cosas que no se olvidan. Guiado por la luz de la linterna, baja las escaleras y recorre la galería. La puerta del laboratorio está abierta. Mallick ilumina el sótano: vacío. Las paredes están limpias y se han llevado todo el mobiliario y el equipo. Sólo quedan algunas cajas, objetos y papeles dispersos. Mallick curioseas. Allí están parte de las láminas de cartón con ilusiones ópticas que le había mostrado Ackerman en sus

encuentros previos. Ve las de figuras geométricas tridimensionales que cambian según cómo se miren; las de figuras ambiguas; las que muestran la percepción de la transparencia o el contraste, y otras. Algunas están rotas, rasgadas por la mitad. Mallick agrupa y limpia de polvo las que siguen intactas, y continúa buscando. Encuentra el cristal cuya mitad es un espejo con el que Ackerman le mostraba el verdadero color de la pupila, y algún otro utensilio de los que se valía el doctor para sus trucos visuales. No hay nada más.

A Mallick le parece muy extraño que hayan dejado exclusivamente objetos de los que se valía Ackerman para mostrarle juegos visuales. ¿Será un mensaje dirigido exclusivamente hacia él, Mallick, o se trata simplemente de una casualidad? Lo que parece fuera de toda duda es que el doctor se ha esfumado. ¿Le habrá ocurrido algo? Desde luego, la última vez que se vieron parecía muy alterado, aunque Mallick no concedió demasiada importancia a su estado anímico. El ingeniero está profundamente contrariado. Con la desaparición del doctor ha perdido la oportunidad de obtener información sobre su enfermedad, se han acabado también los divertidos experimentos visuales que probaban que nadie percibe fielmente la realidad, y se ha cortado una fuente de ingresos considerable. Más que un simple contratiempo es un aviso, venga de donde venga, ya sea fruto del azar o de alguien en particular. ¿Tendrá algo que ver con Stork? ¿O con Fazerhoff? Todo se complica, piensa Mallick. Pero desde el momento en que decidió avanzar y abandonar la rutina, ya no sirve lamentarse. Mallick guarda las estampas y el cristal, echa un último vistazo a la habitación y sale al exterior. Llueve intensamente. Mallick se sube el cuello de la gabardina y se pone en movimiento. Las gotas de lluvia empapan su cabeza y resbalan por el cuello. Es una lluvia caliente, pegajosa. Mallick aprieta el paso y meneas la cabeza. Quizá haya sido siempre un perdedor, y antes no lo sabía porque jamás se había atrevido a abrir los ojos. Mallick mete las manos en los bolsillos y acaricia la canica.

Al menos todavía conserva su talismán.

El estadio está lleno y el público ruge y agita las banderitas de colores cuando los organizadores lo solicitan. Sobre el escenario se suceden las apariciones de hologramas de políticos, estrellas del entretenimiento y otros personajes célebres, que ríen, cuentan chistes y bromean con el presentador, Ari, el actual presidente de la Corporación Xen, un hombre atractivo, con la melena roja echada hacia atrás, pálido y espigado. Mientras, los componentes del grupo de culto Triple A calientan sus instrumentos subrayando o criticando los discursos de los oradores y provocan el jolgorio y la admiración del público por su actitud gamberra y libertaria. Los costosos efectos lumínicos producidos expresamente para la convención convierten el viejo estadio de la ciudad en una orgía de colores y sombras. Mallick y Mortelli no están entre el vociferante gentío. Se encuentran en uno de los solitarios pasillos por los que se accede a las gradas, cerrando un negocio con tres mujeres de aspecto dulce. Una de ellas, Lidia, grande y vestida con una larga cabellera oscura, se dirige a Mortelli con voz de seda.

—Todo está conforme. Como habéis podido comprobar, ayer efectuamos la transferencia. Un buen pellizco, me atrevo a decir —ríe sus propias palabras—. Será mejor que rematemos el asunto: ¡No deseamos perdernos el espectáculo! ¿Habéis traído la lista?

—¡Por supuesto! —aclara Mortelli, con una expresión juguetona en su rostro lleno y sonrosado. Mientras, Mallick entrega a Lidia una cajita—. Ahora ellas son vuestras. Tratadlas bien, no se vayan a quedar desnudas.

Las tres ríen quedamente, inclinando las cabezas y tapándose la boca con el dorso de la mano.

—¡Es usted terrible, Rukin! —exclama Lidia—. Nosotras simplemente vamos a ofrecerles nuestros servicios, y estoy segura de que quedarán muy satisfechas. Si van desnudas a partir de ahora será por decisión suya, se lo aseguro.

—Me alegro de oír eso —interviene Mallick—, pero no olvide que si los limpiadores nos relacionan con ellas o con ustedes tomaremos medidas.

Lidia intercambia unas miradas de alerta con sus compañeras y responde al ingeniero con voz persuasiva.

—¡Es usted incorregible! ¡Ni siquiera sé su nombre, ojitos negros! Por nosotras no se preocupe. Desde que éramos así —indica con una mano la altura de una niña pequeña—, sabíamos exprimir una naranja al máximo sin dañar la corteza ni dejar marcas en la piel.

—¡Quién fuera una naranja! —dice Mortelli, burlón—. Ojitos Negros y yo siempre tenemos algo que vender, ya sean juguetes o almas perdidas. Seguiremos en contacto.

Mallick y Mortelli estrechan las manos firmes de las tres mujeres. Los dos ingenieros se encaminan hacia sus localidades, situadas en una zona menos noble del

estadio, en lo más alto del graderío.

—¿Viste, Mallick? Te lo dije: cincuenta dementes rentan más que un habitáculo en la colina. La clave del asunto está en saber cuándo hay que traspasar el negocio.

—Calla y reflexiona, Rukin —dice Mallick, pronunciando con retintín el nombre falso de su colega—. Ahora tenemos que encontrar otra fuente de ingresos. ¿Qué era aquello que me comentaste de los ancianos?

Mortelli hace una cabriola y aplaude. Nadie diría que su corpachón le pudiera permitir movimientos tan elegantes y sincronizados.

—¡Bravo, Ojitos Negros! ¡Ahora, que tiemblen los ancianos! Tú trataste hace un par de años con los viejos de No-hi. Estoy seguro de que tienes los informes aún frescos.

—Como si los hubiera redactado ayer.

—Bien. Casi todos eran propietarios de habitáculos, ¿no?

—Así es.

—Pues van a dejar de serlo. ¡Porque el gran Mortelli dispone de un plan para que se muden!

Mortelli baila un agarrado consigo mismo en el corredor vacío y en pendiente. Besa a su pareja figurada, la manosea y ríe. Cuando se detiene, interpela a Mallick:

—¡Eh! ¡Mallick, amigo! ¿Y los niños? ¿Qué me dices de los niños?

Mallick se detiene. Una veladura triste cubre sus ojos.

—No. Los niños, no. Déjales que se pierdan ellos solos.

—¿Por qué? —dice Mortelli, excitado—. Hay tutores muy comprensivos y muy pobres que venderían a sus pupilos por un puñado de crédito. La educación está en crisis, a punto del colapso. ¡Si hasta lo dicen en los noticiarios!

—Ya te he dicho que no.

—Está bien —acepta el rollizo ingeniero—. Seamos cobardes: nada de infantes. Siempre tiene que haber un límite, ¿no? Situémoslo en las carnes tiernas y los ojos grandes. Anda, date prisa, que llegamos tarde a la fiesta.

Los dos ingenieros aprietan el paso. Mortelli se permite taconear de vez en cuando, eufórico. No es fácil encontrar un socio tan eficaz, duro y avaricioso como Mallick. Las oportunidades de negocio se han ampliado mucho en los últimos tiempos, y si todo sigue igual, en un par de años podría comenzar su ansiada ascensión. Sólo hay un problema, se dice Mortelli: es posible que a corto o medio plazo no disponga de Mallick. Porque, ¿cuáles son sus objetivos? Por desgracia no desea lo mismo que él. Según los informes que ha recibido, el ingeniero de ojos oscuros continúa con Stork y sigue sin compartir con la Corporación los beneficios de sus asuntos paralelos. Ha descuidado las ventas de productos clásicos Xen, y lo que es más grave, ha caído al tercer puesto en la lista de ingenieros en ventas liberados. La situación de Mallick puede dar un vuelco en cualquier momento. Según le aseguró el zarrapastroso Velasco el otro día —previamente drogado por Mortelli con un buen cigarro—, Mallick, por algún motivo que Velasco no quiso precisar, se encuentra en

sus manos. ¡Mallick en manos de Velasco! ¡Quién lo hubiera sospechado! Se trata sin duda de una exageración, pero de todos modos es inquietante que el ingeniero de los pies enfermos se atreva a airear algo así sobre Mallick en voz alta. Cuando por fin los dos ingenieros se sientan, Mortelli observa inquieto a su mejor enemigo. Verle flaquear es verdaderamente patético.

—¡Ya estamos aquí! —comenta Mortelli—. ¡Seguimos siendo los más grandes!

Mallick no parece demasiado de acuerdo con esa aseveración. Desde su posición, muy alejada del escenario, los protagonistas de la fiesta parecen miniaturas de plástico. Si no fuera por las grandes pantallas situadas en varios puntos del estadio, apenas sabrían qué ocurre allí abajo. Las entradas son de una calidad ínfima, de las peores. Antes Mallick no se fijaba en esos detalles, pero ahora sí lo hace. La Corporación no regala a sus perros los mejores huesos. Y tampoco es cierto lo que ha dicho Mortelli, aquello de que, entre sus compañeros, ellos dos siguen siendo los más grandes. Al menos en el caso de Mallick, que es, naturalmente, quien le importa al propio Mallick. El ingeniero siente que le están perdiendo el respeto poco a poco. Los besos que ha recibido mientras se dirigía hacia el asiento en el que está ahora sentado eran mucho más falsos de lo habitual. Las sonrisas, demasiado abiertas, casi no incluían deferencia hacia él. Apenas nadie —¿quizá Mach y Mé?— ha bajado la cabeza a su paso. Si no fuera por el férreo control que ejerce sobre sus sentimientos, Mallick habría contraído el rostro en una mueca y habría gritado. Un grito que se hubiera perdido entre los aplausos y los vítores del enfervorizado público, que responde con entusiasmo a las inesperadas volteretas que está realizando sobre el escenario Ari, el conductor de la velada. Mallick trata de calmarse y se concentra en el espectáculo. Quizá sus impresiones con respecto a sus colegas sean erróneas. La melena roja de Ari centellea a la luz de los focos. ¿Cómo es posible que ese hombre, cumplidos los setenta años de edad, sea capaz de mantener esa agilidad casi felina? ¿Será realmente Ari el mayor accionista de la Corporación, o es un simple figurón? Ari aterriza sobre el suelo de cristal, se yergue, saluda al público y reclama su atención. Una eminente científica, asesora de calidad en la Corporación Xen, va a decir unas palabras sobre los nuevos productos. Ari pide un aplauso para Fedora. Mortelli bosteza y algunos de sus colegas le imitan. Mallick cierra los ojos y se masajea las sienes con la yema de los dedos. Siente un dolor agudo en la cuenca de los ojos. Por un instante, logra evadirse del estadio, del gentío, de Mortelli que le susurra algo ininteligible al oído. Mallick y su dolor quedan solos. Pero una voz cálida se abre paso hasta su interior, y, poco a poco, le va envolviendo. Es la voz de Fedora.

Mallick abre los ojos y regresa al estadio. Busca a la mujer en el escenario. Está junto a Ari, allí a lo lejos. Una figura diminuta con la cabeza plateada. El cuerpo está rígido y los brazos pegados a los costados, con los antebrazos en alto. Sólo mueve las manos, dos pájaros de color azul que aletean sin descanso. Mallick se fija en una de las pantallas y ve su rostro. Le resulta familiar, aunque al principio no es capaz de

sitarlo. ¡Qué extraño!, se dice Mallick, confundido por el inusual agujero en su memoria. ¿Dónde ha visto a esa mujer? Los ojos claros y levemente asimétricos, el mentón partido, los pómulos prominentes... Mallick emite un suspiro prolongado que no pasa inadvertido a Mortelli. ¡Por supuesto! Es igual que aquel holograma que vieron en casa de la manirrota Hering, el de la mujer que había conocido como él los fantasmales pasillos y aulas del Centro Ungar, que exhalaban un permanente olor a lejía. El mismo olor que se quedaba pegado al uniforme de los alumnos, y que se intuía en el aliento de sus distantes educadores.

Ahora Jo lleva el cabello corto y plateado, pero es ella. Los labios de Fedora, o Jo, brillan en la pantalla. Su seriedad es inadmisibile. ¿Qué le ocurre, por qué apenas mueve el rostro? ¿Estará drogada? Mallick queda atrapado. Al terminar su alocución, Fedora sonrío y, en un destello, una lengua puntiaguda sale de la cueva y toca el labio superior. Hay un cambio de plano y el rostro de Ari, siempre alegre, retoma el protagonismo. Mallick se vuelve y sigue con la vista la figura de Fedora mientras se encamina hacia la salida del escenario. Se diría que flota. Los brazos rozan alternativamente las caderas a cada paso. Antes de desaparecer, saluda con una de sus manos. Un breve revoloteo azul, y después, nada. La mirada de Mallick se detiene en el lugar exacto en el que estuvo la presunta científica antes de retirarse. Mortelli, sorprendido, le propina un codazo. Mallick pega un respingo.

—¿Mallick? ¡Vuelve, amigo, vuelve! Tienes que contarme qué tiempo hacía allí, en tu lejano hogar. ¿Llovía? ¿Nevaba? ¿Lucía el sol?

—Oh, allí... —responde Mallick, todavía aturdido, con una sonrisa insegura en los labios—. Nada agradable, te lo aseguro —y después, añade—: Esto es insufrible, Mortelli. Adiós.

Mallick se levanta y se va. Sus colegas se despiden de él, algo extrañados por su comportamiento irregular. Mortelli, indiferente —hoy Mallick ha estado lo suficientemente aburrido como para no echarle de menos—, otea el horizonte en busca de nueva compañía. Unas filas más abajo se encuentra Mach. Mortelli recuerda que Mach huele a mermelada de arándanos. ¡Qué ridículo! ¡Mermelada de arándanos! ¿Y qué? La llama. Mach no tarda en sentarse a su lado. Mortelli saca dos cigarros dorados y le ofrece uno a su colega. Entre Mortelli y Mach es fundamental practicar el olvido cada vez que se mezclan, ya que hasta ellos se horrorizarían de lo que llegan a hacer durante sus encuentros, ya sea en pareja o con terceros. Mach acepta el pitillo y le echa a Mortelli la primera bocanada de humo en el rostro. Ríen y olvidan.

Abajo, en el escenario, la fiesta continúa.

El habitáculo de Stork está completamente a oscuras. Lo que se ve no es exactamente negro. Para ver algo negro, hace falta luz. Se tiene la sensación de que el aire es sólido, de que el sonido de las palabras chocaría contra él. Pero no es así. Las voces invaden el espacio oscuro, se adueñan de él, cuelgan de no se sabe dónde. Para combatir esa sensación irreal, vertiginosa, se necesita mover un miembro, tocarse. Hablar.

—No me prometas nada que no puedas cumplir —dice Stork—. Además, ni siquiera sé si estoy enamorada de ti.

—Mientes.

Stork busca a tientas la pitillera y el mechero. Es fumadora circunstancial desde hace dos años, cuando aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad, aunque ella asegura que no hay conexión entre una cosa y la otra. La brasa del pitillo fija la posición donde se encuentra, a unos dos metros de Mallick. Cuando da una calada, se ilumina su rostro. Para Stork la luz es naranja, cálida. Para Mallick, blanquecina, sin más.

—¿Por qué me mientes, Stork?

—Y tú, ¿estás seguro de amarme *ahora*?

Mallick ve que la mano de Stork tiembla. La pregunta de Stork pertenece a la categoría de las cuestiones aparentemente concretas, innecesarias, y con cuya obligada respuesta es imposible acertar.

—Sí. Y ahora. Y ahora. Y ahora. Y ahora. Y ahora. Y ahora. Y ahora...

—Cállate, por favor.

Stork apaga el cigarro y su mano desaparece. Le pone nerviosa la actitud de Mallick. Y sus palabras. ¿Acaso no se da cuenta de que el amor es otra mentira más? ¿Ignora que su fuerza radica en que se disfraza de verdad y lo impregna todo? ¿No sabe que es necesario porque basta con haberlo sentido una vez para justificar toda una existencia? ¿Jamás ha pensado que es injusto por naturaleza? ¿Y que como todo lo que nace, muere? Stork no soporta oír por boca de Mallick exactamente lo que desea escuchar. Esa entrega ilimitada, suicida. ¿Falsa? ¿Simulada? Quienes de un modo u otro han sido informados sobre la existencia de una relación entre ella y el ingeniero en ventas desconfían de él. Creen que sólo quiere aprovecharse de ella. ¿Y sus padres? Sí, porque Stork es una privilegiada, o una víctima, según se mire: tiene padres. Los doctores Davids y Baquerizo, científicos de sonrisa fácil e inteligencia superior. A ellos les encanta su piel alabastrina, sus labios rojos, sus tobillos de cristal. La madre disfruta viéndola caminar. Piensa que su postura, cuando se sienta con las piernas cruzadas y muy juntas, es perfecta. Él prefiere observarla mientras nada, y se lamenta de que desde hace más de un año ya no lo haga. Stork es su trofeo, la herencia que dejan a la ciudad. Lo que ella haga con su cuerpo, según aseguran, no les incumbe. Eso sí, la ven desmejorada. Ojerosa. Feliz por momentos. Inconstante.

Les sorprende esa risa salvaje que no proviene de ellos. Por eso le han rogado que se separe cuanto antes de ese tal Mallick. Podría ser peligroso, dicen.

—Stork. ¿Duermes?

Pero, volviendo a Mallick, ¿cómo confiar en las palabras y en los gestos de un simulador? No hay duda de que Mallick es un buen profesional. Sobrevive mediante la farsa, el ardid, la hipocresía. Se ha educado en la humillación, en la desvergüenza, en la insinceridad, en el autocontrol. Apenas necesita cubrir su cara con una máscara de maquillaje, como los demás, quizá porque ha convertido su propio rostro en una máscara polivalente, versátil. Incluso los arrebatos de amor, las zalamerías y la mirada a veces soñadora, aunque no sean sistemáticos, podrían ser premeditados. A un manipulador se le exige que no ponga a la vista su doblez, y Stork sabe que el ingeniero cumple esa regla sin dificultad cuando, según sus palabras, trata con *los otros* en lugar de con ella. ¿Y quién dice que Stork no forme parte de *los otros*? También podría ocurrir algo todavía más peligroso. Que el propio simulador se creyera la actuación hasta asimilarla como algo no forzado, que olvidase que el origen de aquel sentimiento no fue natural; en ese caso el terreno se volvería aún más resbaladizo, buscar la verdad no tendría sentido. Aun así, piensa Stork, debe de haber algún modo de abrirse camino hacia el interior de Mallick, hacia el refugio en el que esconde los sentimientos. Stork necesita saberlo, porque, ¿y si realmente acabara por tener un hijo con él? Stork se incorpora y enciende una vela. La oscuridad se repliega.

—¡Acércate, Mallick! Quiero ver tus ojos. Quiero ver tus cazadores de luz.

—¿Estás loca? Mis ojos no han cambiado.

—Quiero verlos.

Mallick repta hacia ella. Stork coloca la vela frente a su rostro. Hay una nariz aguileña, una boca que huye, una frente despejada. Y dos ojos. Color carbón. Clavados en los suyos. Expectantes. Sigue sin haber distancia cuando las miradas se cruzan. Desaparecen los ojos, la cara, la luz de las velas, la oscuridad circundante, el habitáculo, la calle desierta, la ciudad multicolor, las colinas y el horizonte. Mallick y Stork son uno. Esto que veo en sus cazadores de luz debe de ser amor, piensa Stork.

Y si no, qué más da. Vale la pena creérselo.

Fazerhoff y Mallick corren por una calle desierta. A la altura de un anuncio de refrescos doblan por una bocacalle. Cuadrillas de operarios subidos en andamios y al volante de pesadas máquinas desmontan los edificios.

—¡Mierda! —masculla Fazerhoff, que ha estado a punto de caer en un agujero practicado en la acera—. ¡Esta ciudad está plagada de hijos de perra!

Fazerhoff, rechoncho y rabioso, acelera el ritmo y reparte improperios a diestra y siniestra. El sudor resbala por su frente y empapa la camisa.

—¡Haraganes! ¡Malnacidos! ¿Ha visto, Mallick? ¡Están desmontando el puto barrio!

Sus zancadas, cortas y rápidas, contrastan con las de Mallick, amplias y elegantes. Los brazos de Fazerhoff, que cuelgan de los hombros como muñones, rasgan el aire sofocante del mediodía. De improviso hace un quiebro que confunde a Mallick, gira por un callejón, llega hasta el muro, lo toca, vuelve a la calle principal y continúa la carrera.

—¿Se rinde, Mallick? —ruge el caimán—. Le noto cansado.

Mallick no responde, concentrado en mantener la cadencia de su respiración. Ahora Fazerhoff, que acostumbra señalar los anuncios que considera ingeniosos o efectivos, no pierde de vista el terreno, como si temiera que fuera a hundirse bajo sus pies. Se ahoga, escupe y aumenta la velocidad.

—Estás... a punto... de... de-rrum-barte, piojoso.

El caimán toma la calle de la izquierda y esquiva con dificultad a hombres y mujeres que portan bolsas repletas. Mallick le sigue de cerca. Fazerhoff, por el rabillo del ojo, vigila dónde se encuentra el ingeniero. Se lanza hacia atrás sin avisar, choca con él y ambos ruedan sobre la calzada.

—¡Mierda! —grita Fazerhoff, furioso—. ¡Me ha lesionado! ¡Usted no sabe perder, Mallick!

Mallick, tumbado en el suelo, sonrío. A su alrededor, todo son piernas y zapatos que pasan de largo.

—Lo siento, Fazerhoff —se disculpa el ingeniero—. Se abalanzó sobre mí.

Fazerhoff se levanta y se pone las gafas.

—¡Mentiroso! ¿Quiere continuar? ¿Te atreves? ¿Eh?

—No. Otro día.

Fazerhoff queda contento con la respuesta de su empleado y le ayuda a levantarse. Están en una calle peatonal. La música de los comercios atruena. Los ciudadanos apuran la hora del almuerzo y caminan deprisa. Un grupo ruidoso de niños uniformados sale de una tienda. Cada niño recibe una linterna de regalo de manos de un animador disfrazado de león. La mayoría la tira al cubo de basura más cercano antes de probar si enciende. Un empleado de la tienda las recupera disimuladamente y se las devuelve al león, que las guarda en su panza.

—¿Por qué no corremos más a menudo, Mallick? Es usted incorregible.

—Porque es la primera vez que me llama para correr. Y si le soy sincero, no comprendo por qué me ha llamado.

—¡No diga memeces, Mallick! ¡Y hágase un favor a *mí* mismo: no sea demasiado sincero! ¡Vamos! —ordena Fazerhoff—. El que pierde, paga. Invíteme a beber algo.

Entran en un bar. Un centenar de hologramas de Mallick y Fazerhoff llenan las mesas y la barra. Un holograma de Fazerhoff levanta una jarra de cerveza y les saluda, risueño y sonriente.

—¡Hola, amigos! Hace calor, ¿eh? Os estábamos esperando.

El camarero, con el rostro asimétrico, les guiña un ojo.

—Muy gracioso, joven —ironiza Fazerhoff<sup>1</sup>—. Apague de una puta vez el artefacto y sírvanos dos cervezas rubias heladas.

El camarero, ofendido por los malos modos de Fazerhoff, elimina los hologramas y tira un par de cervezas.

—Ya no saben qué hacer para incomodarte —comenta el caimán, despectivo, tras beberse media jarra de un trago—. No me extraña que no venga nadie aquí. Si quieren mejorar la imagen, que operen al camarero.

El camarero, que está leyendo en la pantalla de la barra, no se da por aludido. Fazerhoff y Mallick se dirigen con las cervezas hacia las mesas.

—¿Has visto, Mallick? Ese imbécil lee. ¿A quién se le ocurre reducir su mundo a una pantallita de trescientos centímetros cuadrados infestada de hormiguitas negras que ni se mueven? Ese tipo me revuelve las tripas.

Mallick y el caimán se sientan a una mesa apartada. Fazerhoff quita los muñequitos de las diferentes marcas de cerveza, las servilletas y el aperitivo, y los deja en la mesa contigua. Después, apaga la pantalla del tablero.

—¡Mierda! ¡Yo sólo quiero ver cristal y cerveza! ¿Es que en esta ciudad todos se han vuelto locos?

Mallick bebe un trago y observa a su superior. A saber qué pretende conseguir con la pantomima. Parece haber perdido el control, pero no hay que fiarse.

—Quería hablar contigo, Mallick. Me han llegado algunos informes preocupantes. Como bien sabe, la imagen que proyectamos ha de ser clara y contundente, sin fisuras. Hágase un favor a *mí* mismo: analíceme. Soy un hombre dinámico, luchador, humilde, sacrificado. Mis vicios privados son exactamente vicios privados, no influyen en mis obligaciones como ciudadano —Fazerhoff apoya sus palabras con movimientos amplios y firmes de brazos y manos, enarcando las cejas e inclinando el cuerpo hacia adelante y hacia atrás. Es un gran actor. En ocasiones, Mallick se ve tentado a no escuchar lo que dice, a concentrarse en el rico lenguaje corporal—. Pero usted se ha desviado. Me da igual el motivo o la naturaleza de su vicio. No me interesa por qué no compartes todas tus ganancias con la Corporación, por qué mantienes una relación a todas luces inconveniente con una ramera de clase muy superior a la tuya, tanto como para permitirse por capricho un nombre con «S»,

por qué cambias de estilo interesándote por operaciones comerciales demasiado arriesgadas, por qué ofendes a tus compañeros de trabajo asegurándoles que no tienes miedo a nada o por qué compras libros de papel. El origen de una desviación carece de importancia: sólo son graves sus repercusiones. Y yo, Fazerhoff, tu mentor, a día de hoy ya no sé quién eres. ¿Repercusión? He perdido mi confianza en usted. Y no sabes cómo me duele.

Parece que Fazerhoff va a echarse a llorar. Monta el labio inferior sobre el superior, y una ola de espasmos le recorre el cuerpo. Cuando se da cuenta de que la jarra de cerveza está vacía, olvida la actuación y llama al camarero.

—¡Eh, tú! ¡Una cerveza helada! —El camarero, sin darse por aludido, sigue concentrado en la lectura; Fazerhoff enrojece de ira—. ¡Haragán! ¡Hijo de puta! —masculla entre dientes.

Mallick se levanta y pide una cerveza. El camarero, burlón le habla mientras la tira:

—Su amigo es un tipo muy agradable. Mírele: viéndole, cualquiera diría que se está bebiendo la cerveza de su acompañante.

Efectivamente, Fazerhoff ha acabado con la cerveza de Mallick.

—Observe con disimulo: ahora la tirará al suelo —continúa el camarero.

Fazerhoff echa un vistazo para comprobar si le están observando y empuja la jarra hacia el borde de la mesa hasta que cae y se hace añicos contra el suelo.

Mallick abona las consumiciones y la jarra rota, y regresa con el caimán, que le recibe compungido.

—Lo siento Mallick, pero se me cayó su jarra, la mesa es muy resbaladiza. En este antro no se pueden discutir asuntos serios. ¿Ha reflexionado sobre mi discurso?

Mallick se toma su tiempo para responder. Por un lado, le gustaría sincerarse con Fazerhoff. Por el otro, sabe que eso no es lo que se espera de él. Beben en silencio. Fazerhoff hurga en su dentadura con un palillo. Mallick juega con la canica sobre el tablero transparente. Al cabo, Mallick se levanta, rodea la mesa, besa a Fazerhoff en la frente y vuelve a ocupar su asiento.

—Está bien —dice Fazerhoff—. Lo comprendo. Acepto sus disculpas. Pero hay algo más. Usted me solicitó un ascenso, y para ello he de pedirle algo. Como bien sabe, tengo amigos y socios influyentes. Y entre ellos están Davids y Baquerizo, los afamados científicos. Están preocupados con su relación con Stork, su hija, y yo les he prometido que usted la va a abandonar. ¿Qué me dice?

Mallick se revuelve inquieto en su asiento antes de hablar.

—No le entiendo, Fazerhoff. Usted sabe perfectamente que los ingenieros en ventas tenemos derecho a expresar cualquier relación sentimental, y eso es precisamente lo que yo estoy haciendo con Stork.

—¡Bien! ¡Bravo! Entonces, ya que sabe que dentro de no demasiado tiempo le cubriré de crédito y trabajará para un grupo anónimo y poderoso, hágase un favor a *mí* mismo: deje de ordeñarla y retírese.

—De acuerdo, Fazerhoff. Pero déjeme un margen de tiempo. Prefiero no ser demasiado brusco con ella. Así usted tendrá tiempo para decidir qué es lo que me ofrece la Corporación, en qué consiste mi ascenso. Porque hasta ahora no hemos avanzado demasiado, ¿no?

—¡Oh, Mallick! —suspira Fazerhoff—. ¡Tenga paciencia! No sueñe con avanzar demasiado, no vaya a ser que se estrelle. Aunque no lo note, ya se ha convertido en una pieza más del engranaje que mueve la ciudad.

—Y Delclaux y Berger, ¿forman también parte de ese engranaje, Fazerhoff?

—No sé de qué me habla, Mallick —responde Fazerhoff secamente—. No conozco a ninguna Delclaux, ni a ningún Berger.

—Es extraño. A mí, mientras nos mezclábamos, Delclaux me confió que ustedes tres compartían intereses y objetivos. Según dijo pertenecen a una especie de secta. Supongo que se trata de ese grupo anónimo y poderoso del que me ha hablado.

—Está delirando, Mallick —ruge el caimán—. Hágase un favor a *mí* mismo: no se ponga en evidencia.

—Delclaux, Ivanov, Mortelli, Mach, López, Li... Últimamente todos le pasan informes sobre mí, ¿no es cierto? Pero no se preocupe, a mí todo esto me da completamente igual. Ustedes jueguen, diviértanse, planeen complicadas estrategias. Yo me conformo con ascender y llenarme los bolsillos de crédito.

—¡Memeces! ¡Usted se está volviendo egoísta, Mallick! ¡Parece haber olvidado que yo le saqué de las cloacas!

—No es cierto. Cuando entré a su servicio ya vivía bajo techo y ya había pasado mucha mercancía por mis manos. Es más, durante años, bajo su sombra, obtuve bastantes menos ganancias que cuando volaba en solitario.

—¡Tonterías! ¡Yo le he modelado, yo le he convertido en el ingeniero que es usted hoy! —Fazerhoff, fuera de sí, se limpia con el pañuelo la saliva de la comisura de los labios, y luego, parece calmarse—. ¡Está bien! ¡No nos pongamos nerviosos! Usted ha aceptado abandonar a esa perra, y tenemos un trato. Por cierto, ¿tiene usted algo para mí?

—¿Para usted? No le entiendo.

—Si no me comprende, es su problema —grita Fazerhoff—. Le estoy exigiendo que si tiene alguna información que me pueda interesar, me la entregue.

—No sé de qué me está hablando, Fazerhoff, se lo juro. Y si se refiere a mis transacciones privadas, usted mismo me aseguró que podía compartir o no las comisiones con la Corporación según mi criterio.

Los ojillos de Fazerhoff estudian el rostro impenetrable de Mallick. Una sonrisa estira su boca, y los colmillos superiores se montan sobre el labio.

—Va usted a volverme loco, Mallick —susurra Fazerhoff—. Todavía no sé si es imbécil, o si sólo lo parece. Es dueño de su vida, tiene un buen empleo, sus compañeros le estiman, su cuenta corriente no está en números rojos y usted se empecina en echarlo todo por la borda. Hágase un favor a *mí* mismo: recupere la

cordura, vuelva a su vida ordenada y moralmente intachable de antaño. Y, sobre todo, no se le ocurra traicionarme.

Fazerhoff ha dado por finalizado el discurso. Probablemente de modo inconsciente ha permitido que su rostro se desconecte, como ocurre cuando uno se encuentra a solas. Mallick se da cuenta de lo cansado que está el caimán. Parece un hombre que está despidiéndose de la madurez para abrazar la senectud. Las bolsas bajo los ojos cuelgan flácidas, el labio inferior tiembla, las orejas parecen inmensas, la tez es gris ceniza. Mallick siente algo semejante a la compasión. Pero Fazerhoff chasquea la lengua y la expresión de su rostro vuelve a transmitir la fiereza y energía habituales. Se pone las gafas y ruge de nuevo:

—Corramos de vuelta a la oficina. Y esta vez, como no te dejes ganar, hago que te expulsen de la ciudad.

Mallick mira por el vidrio que da a la calle 58, poco animada a esa hora de la tarde. Justo enfrente se abre Jarama, que sube perpendicular a la anterior, y cuyos edificios, peor iluminados y de altura mediana, dan una idea de su categoría inferior. En la esquina entre la 58 y Jarama hay un luminoso gigante con un mensaje del municipio. Sobre un retrato edulcorado del presidente electo, Ali-san, en letras azules de aspecto anticuado, se lee: LOS NIÑOS SON NUESTROS OJOS: NO LOS MALTRATES. Las pulidas aceras de la calle 58 reflejan la luz dorada del atardecer de un modo tan natural, tan acorde con la elegancia de sus tiendas y la alegre belleza de los edificios, que se diría que allí el crepúsculo es eterno, de su propiedad.

—¿Sólo has traído estas cuatro cajas? —pregunta Tchi-huan, con la ceja levantada en un gesto de incredulidad.

Mallick, ensimismado en la contemplación de la calle, no la escucha.

—¿No es alucinante? —dice—. A veces me parece que son capaces de comprar hasta la luz del sol.

—¿Quiénes?

—Los que llenan de mensajes idiotas la ciudad.

Tchi-huan guarda silencio, un tanto sorprendida por el comentario del ingeniero. Da una calada al cigarro naranja y, como si con ella hubiera tomado fuerzas, se acerca a Mallick por detrás y le aparta del muro con un movimiento enérgico.

—No tengo toda la tarde, Mallick. Dejemos las reflexiones para mejor ocasión.

Mallick le arrebató el cigarro de la boca y fuma. El sabor es dulce, empalagoso. Suavemente se lo restituye, separándole los labios con la propia boquilla.

—¿Cuántos vienen?

—Sólo dos —responde Tchi-huan—. Con los otros no he podido fijar una cita.

—¿Los conoces? ¿Tienen crédito?

—Por supuesto, si no, no los hubiera invitado. Son clientes del *U*, aunque eso no quiera decir demasiado, sobre todo desde que entra gente como tú —Tchi-huan, de cuclillas, abre las cajas y las vacía según habla—. Mercancía selecta y variada, ¿no?

—Como tú me sugeriste. Es preferible que falten objetos a que sobren. Se trata de venderlos caros.

—¿Y por qué tanto envoltorio?

—Por la misma razón: el precio. Algo que se tarda en ver, se hace valer. Los nostálgicos adoran la puesta en escena. Supongo que a ti te ocurrirá lo mismo cuando les entregas tu cuerpo.

—No. En mi caso se trata de que olviden por un rato su asquerosa nostalgia. De inundarles su débil cerebro con carne, olores y pavor. O algo así.

Tchi-huan ha dicho las últimas palabras sin acritud, casi con alegría. Mientras observa cómo Tchi-huan monta un sencillo trenecito de madera, con una locomotora

negra y seis vagones pintados de colores, Mallick piensa en el pavor de la carne. Él nunca lo ha sentido. La putrefacción de los otros sí, pero el pavor no.

—¿Cómo has conseguido este piso? —pregunta, con deliberada naturalidad.

En realidad es un estudio. Aparentemente tiene una única habitación, rectangular y alargada, con un muro de vidrio que da a la calle, en el lado opuesto a la entrada. Pero en las paredes laterales hay dos aberturas sólo visibles de frente; por una se accede a la cocina, y por la otra al baño. El estudio está limpio de mobiliario, aunque por unos embalajes amontonados en una esquina, un perchero tirado en el suelo y una muñeca de plástico con la cabeza colgando de un cable, se puede deducir que su dueño o inquilino lo ha dejado con cierta prisa.

—Me lo ha prestado un amigo de una amiga de un amigo de una amiga — responde Tchi-huan, que ya ha montado los cinco trenecitos de una caja y juega con uno de ellos tumbada sobre el suelo, como si fuera una niña malcriada y demasiado desarrollada.

—Pues tiene toda la pinta de que se ha ido sin pagar el alquiler. Podemos vender la muñeca.

—¿La muñeca?

Mallick recoge la muñeca del suelo y prueba a colocar la cabeza, desproporcionada con respecto al cuerpo, forzándola contra el agujero del cuello. En cuanto está en su sitio, la muñeca abre los ojos y Mallick le sonríe. Tiene la pupila inmensa, como si estuviera dilatada, lo que le da aspecto de perturbada. Las orejas son diferentes; en la derecha el lóbulo está pegado al inicio de la mandíbula, y en la izquierda, más grande, completamente separado. El cuerpo, desnudo aunque de color azul, es el de una anciana.

—Esta muñeca va a ser nuestra primera venta. Es una joya.

—¿Habías visto antes alguna como ella?

—¿Viejas o muñecas?

—Muñecas.

—No, pero había oído hablar. Son de la época en la que se pusieron de moda los cuerpos de varias edades.

—Es repulsiva —dice Tchi-huan—. ¿Y esa mesa?

—Es para las muestras. Ayúdame.

Mallick despliega las patas de una pequeña mesa circular, y Tchi-huan la cubre con una tela de terciopelo bermellón. Mallick se sube a la mesa y fija al techo un foco diminuto que llevaba en el bolsillo; después, apaga todas las luces y aumenta la opacidad del gran ventanal. La habitación queda en tinieblas. Mallick enciende la pequeña bombilla del techo, y una luz cálida ilumina la mesa. Coloca sobre ella uno de los trenecitos, una peonza, un maniquí articulado de un hombre, un ajedrez, una máscara de guerrero y otra de princesa. Todos los objetos son de madera. Saca del bolsillo de su pantalón varios pañuelos de seda de colores, y esconde cada una de las muestras bajo su respectivo pañuelo.

—Pareces un prestidigitador —comenta Tchi-huan, divertida—. Si lo vendemos todo, me quedo con los pañuelos.

—Ahora ya sólo queda esperar.

Mallick apaga la luz, y con la oscuridad llega el silencio. Ambos se sientan en el suelo. Poco a poco los ojos se van acostumbrando a la noche, y los embalajes parecen espectros azulados que destacan contra las paredes grises. Tchi-huan repta hasta donde se encuentra Mallick y se tumba apoyando la cabeza en su regazo. Durante un rato se oye el llanto de un niño; al cabo, el ruido se va debilitando hasta extinguirse por completo. Entonces surgen otros sonidos que, agazapados, esperaban su oportunidad para ser oídos: la conversación de dos hombres en voz baja, el agua de una ducha, el parloteo de los personajes de los anuncios... Tchi-huan saca dos cigarrillos y le ofrece uno a Mallick, que lo acepta. El mutismo los ha ido venciendo y Tchi-huan, incómoda, rompe a hablar.

—¿Sabes, Mallick? Varias personas me han prevenido contra ti. Me dijeron que entre las ratas, tú eres la más repugnante. Uno de mis informantes asegura que nadas en aguas tempestuosas y que no tardarás en ahogarte.

—¿Y...? ¿Qué quieres que te diga?

—Nada. Quizá la razón por la que estoy aquí es para comprobar hasta qué punto son ciertas las críticas que te hacen.

—Quizá. Pero permite que te diga una cosa: cuando a alguien le critican, siempre se quedan cortos. Y en lo que respecta a ti —continúa Mallick, con un tono de voz suave que contrasta con sus palabras—, la única razón por la que estamos juntos es que vamos a iniciar un negocio. Lo demás no me interesa.

Mallick se levanta de un salto y, tal vez llevado por un presentimiento, va a la cocina. Derrama la vista por la habitación, abre los armarios, busca en los cajones, sale, cruza el salón, entra en el baño, enciende la luz y baja la vista hasta el suelo. Ha encontrado algo en el pavimento. Es una pequeña mancha granate. Se agacha, rasca con la uña, se lleva el dedo a la boca y lo chupa: sangre.

—¿A quién pertenece este apartamento?

—Ya te lo dije —responde Tchi-huan, desde el salón—. Al amigo de una amiga de un amigo de un amigo.

—Antes no me dijiste lo mismo. Responde. ¿De quién es?

Mallick está otra vez en el salón. Tchi-huan, desde el suelo, ve cómo su cuerpo se inclina sobre ella, amenazador.

—Es de un tal Ackerman, un científico chiflado, o algo así.

Mallick no puede evitar dar un respingo. ¡Ackerman! Quizá la sangre sea suya. Por eso no ha acudido a la última cita. Pero, ¿por qué desean que sepa que le ha ocurrido algo?

—Ackerman... Ese tipo adora los problemas, según tengo entendido —Mallick reflexiona en voz alta—. Va por ahí explayándose sobre la moratoria de inventos. Es de los que opinan que sólo sirve para que un grupo de farsantes se enriquezca a costa

de los ciudadanos.

—¿No es lo que piensas tú, Mallick?

—No. Yo creo que todo lo que sea bueno para el comercio es bueno para la sociedad. Y yo no soy quién para decir qué es bueno para el comercio.

—¡Qué modesto!

—¿Cuándo murió Ackerman?

Tchi-huan parece sorprendida por la pregunta. Se incorpora, se apoya sobre el codo derecho y descansa la cabeza sobre la mano.

—No ha muerto, que yo sepa, aunque hace tiempo que no se pasa por el local. Habrán variado sus gustos.

—¿Por qué deseabais que descubriera la sangre?

—¿Quiénes? No sé de qué me estás hablando, Mallick.

—Vosotros. Tú y Berger.

—¿Berger? Desde el día en que te lo presenté, no ha vuelto a mencionarte. Bueno, miento —añade Tchi-huan, tras reflexionar—. Una vez comentó algo extraño: que al verte pensó por un momento que eras él mismo hace cincuenta años. Después añadió que, naturalmente, sólo había sido durante un instante, porque tú eras mucho más idiota que él de joven. En tu descargo he de decir que el intelecto de Berger es singularmente elevado. Pero no creo que le intereses nada, aparte de esos comentarios.

—Para no interesarse nadie por mí, se interesan demasiado.

—Eres completamente miope, Mallick. ¿Por qué no te tumbas a mi lado y hacemos la espera más llevadera?

—Porque no hay nada más triste que una puta tratando de dar placer a otra puta sin lograrlo, ni cobrar.

Pero Mallick no ha podido impedir que su vista se introduzca por el hueco de la blusa de Tchi-huan y sus ojos se posen en sus pechos menudos y tiernos, con las areolas y los pezones oscuros.

—Qué pena. Yo pensaba que era más fácil obtener placer cuando te acostabas con una puta. Me habrán informado mal.

Alguien se acerca a la puerta. Mallick coge la mano de Tchi-huan, y sus rostros quedan a la misma altura, separados apenas por un par de centímetros. Tchi-huan huele a sándalo y a sudor. Mallick se aparta y enciende el foco. La mesa y los pañuelos se colorean de verde, rosa, naranja y amarillo, la habitación parece haber aumentado de tamaño y alguien llama a la puerta.

—Aquí están tus clientes —dice Mallick, en un susurro—. Por cierto: yo me llamo Tyndall.

La tarde es calurosa, sin una brizna de viento. Hasta los idiotizados animales del Parque 17 parecen más desorientados que nunca. Yacen inmóviles, jadeantes, mostrando sus dentaduras limadas y sus lenguas ásperas. Esta vez, Mallick y Stork se han citado antes de lo habitual, lo cual, para ellos, es motivo de regocijo. Se encuentran a la orilla de uno de los dos lagos artificiales del parque, una lámina plateada y brillante. Mallick está sentado de espaldas al lago para que sus frágiles ojos no sufran el ataque del brillo de la superficie. Se oye el bordoneo de los insectos, y el suelo, cubierto de hojarasca, todavía está húmedo por la tormenta caída por la mañana. A Stork, adormilada, ya no le preocupa que sus ropas se estén empapando. El tiempo, una vez más, se ha detenido. Ni siquiera se dan cuenta de que las sombras crecen y se alargan con la inquietud de quien sabe que su reino es efímero, porque cuando todo lo cubren, en su momento de mayor esplendor, ya pertenecen a la noche y todos se olvidan de ellas. Stork entreabre los párpados y ve un pájaro subido a una rama cercana. Es un pájaro con un pico desproporcionado, ridículo, casi tan grande como su cuerpo. Intenta olvidarlo, pero por alguna razón ese pájaro inmóvil y antiguo le devuelve a esa tarde concreta, a ese lugar y a esa hora. Se incorpora, saca un botecito y una jeringuilla de su bolso diminuto y, con toda naturalidad, se inyecta una dosis de Devirol en el antebrazo. A Mallick, en cambio, es la visión de la jeringuilla lo que le aparta del silencio plácido en el que descansaba su mente.

—¿Has visto? —pregunta Stork, que ya ha guardado los utensilios y se ha vuelto a echar sobre la hojarasca.

—¿El qué?

—El tucán. Está encima de mí. Es risible, anticuado y severo. Por eso me parece simpático. A ver si eres capaz de adivinar sus colores.

Stork sabe que no hace falta provocar a Mallick para que se ejercite en el reconocimiento de los colores. Eso sí, desea compartirlo con él, convertirlo en un juego que sólo les pertenezca a ellos dos. Tras una pausa expectante en la que no ha movido ni un músculo de la cara, absorto en la contemplación del ave, el ingeniero habla:

—El plumaje es negro, salvo en el pecho y en el cuello, donde es rojo y amarillo.

Stork no dice nada. Una súbita tristeza invade su cuerpo, la recorre desde el cráneo hasta los dedos de los pies. Mira al tucán y después a Mallick, se ríe y se tapa la boca con el puño.

—¡Eliminado! No hay amarillo: es naranja, un naranja intenso que tira a rojo más que a amarillo.

—Claro, tienes razón —concede Mallick. Después, se disculpa—: Es que brilla tanto que me cuesta distinguir los tonos. Si estuviera a la sombra sería más fácil. ¿Naranja o dorado?

—Bueno, podría ser oro por lo que brilla, pero no. Es naranja.

Stork cierra los ojos y la idea de que la droga está recorriendo sus venas le hace olvidar su tristeza por el error de Mallick. Una sensación placentera la invade y se queda dormida. Mallick la observa en silencio, inquieto: está dudando si romper uno de los pactos no escritos que han establecido él y Stork para preservar su relación, consistente en no hablar de sus respectivos trabajos.

Por un lado, Stork consideraba su trabajo como un sueño plácido y vacío, innecesario, pueril. Aquello no era la vida real; lo cierto era Mallick, la rapiña, el ahogo, la enfermedad, la pasión, la iluminación tenue, el sabor ácido y salado del sudor, la risa franca, el gusto dulce y amargo de la ausencia del tiempo, el abismo del amor. La historia de Mallick estaba escrita en sus ojos hundidos, en su cuerpo fibroso, en sus venas azuladas. A Stork le bastaba con verla, no necesitaba escucharla, y además ya conocía el terreno resbaladizo y áspero por el que se movía Mallick porque ella misma había sido ingeniera en ventas durante un corto periodo de tiempo, cuando se conocieron.

Por el otro, Mallick, orgulloso en su fuero interno, no deseaba compartir las humillaciones sufridas y provocadas, la soledad impuesta y sólo aceptada por el adormecimiento de la rutina, la ruindad de una existencia que no aportaba nada a los demás y muy poco a sí mismo; al menos, así era cómo veía el ingeniero su trabajo desde que estaba con Stork. No es que sus actuaciones o su profesión le hicieran sentirse culpable. Lo que ocurría, más bien, es que se había abierto una grieta en la rígida estructura de valores sobre la que se había apoyado hasta hacía no demasiado tiempo. Mallick, observador de los demás por naturaleza y necesidad, trataba ahora de observarse a sí mismo como si se tratara de un tercero, y la imagen que se proyectaba en su retina le producía cierto rechazo. En cambio, Stork le comunicaba limpieza, la sensación de tocar carne inocente por primera vez. Un cuerpo sin segundas intenciones: aquello era Stork. A Mallick no le importaba a qué dedicaba su jornada laboral en la firma Fianarantsoa: ella estaba *por encima de eso*. Si ella prefería callar sobre lo que hacía allí, no era asunto suyo.

Pero ahora Mallick duda, porque la extraña petición de Fazerhoff, que le ha ordenado que abandone a Stork, ha dado un vuelco a la situación. Obviamente, ya es imposible mantener su vida profesional separada de su relación con Stork. ¿Por qué le habrá exigido Fazerhoff algo así? ¿Tendrá algo que ver con la desaparición de Ackerman y con la mancha de sangre del doctor que descubrió en aquel apartamento con Tchi-huan? ¿O con el interés en conocerle de Delclaux y Berger? ¿O será simplemente una prueba de fidelidad de Fazerhoff, que aprovecha para hacerles un favor a sus socios Davids y Baquerizo, que preferirían que Stork no estuviera con él? Mallick se acerca a Stork y toca uno de sus brazos. Parece profundamente dormida. Le gustaría despertarla y compartir con ella sus dudas, preguntarle cuál es la relación entre sus padres, Fazerhoff y los demás. Mallick saca un cigarrillo y lo enciende. Ha caído la noche y corre una brisa ligera, suficiente como para que sienta frío en la espalda. Se está haciendo tarde. Mallick decide despertar a Stork, pero por ahora

prefiere no contarle nada. No merece la pena preocuparla sin que ello aporte ninguna solución, y quizá, si continúa ajena a todo, esté mejor protegida. Mallick se agacha y la sacude con delicadeza. Stork abre un ojo, luego el otro y ve a Mallick de pie, observándola con un visaje extraño.

Stork le sonrío y mientras se levanta, se pregunta si esa expresión de inquietud será por ella, o por él mismo.

Es tarde. Mallick está repasando algunos planes de venta sobre el pequeño escritorio. Bosteza y se permite un descanso. Mira por la ventana y disfruta de los sutiles brillos de la noche, que acarician sus ojos. El negro se descompone en una gama que un observador cuya visión fuera sana no podría percibir. Negro profundo en el cielo. Negro simpático en las ventanas del edificio de enfrente. Negro muerto en las fábricas del anillo industrial. Negro lúculo en la alcantarilla. Negro matizado en el cabello de la mujer que pasa bajo la ventana. Mallick puede pasarse horas descubriendo y nominando negros, colores que no puede compartir con nadie. A lo único siempre lo acompaña un sentimiento de pérdida, un lastre que impide a su dueño beneficiarse de su singularidad. Ahora, cuando Mallick mira los planes de ventas, carecen de sentido. Los negros le han hecho viajar demasiado lejos.

Mallick oye que alguien se acerca por la galería y por un instante desea que se dirija hacia su habitáculo y le hable, no importa de qué. Pero ahora que llaman a la puerta, se pone en guardia. Se puede desear compañía, pero no una compañía determinada, con su carne, sus venas hinchadas, su piel sudorosa y sus problemas no resueltos. Mallick se levanta y pega la oreja a la puerta. Al otro lado se agita la respiración de alguien que conoce, alguien lo suficientemente cobarde como para necesitar coger aliento antes de llamar a su puerta. Con un movimiento brusco, abre y se encuentra con una figura encogida que da un respingo.

—¡Mallick! ¡Por todas las ventas, qué susto me has dado!

Es Velasco, el hazmerreír de los ingenieros en ventas. Mallick se hace a un lado y le invita a pasar. Velasco no le quita ojo, como si temiera que le fuera a golpear a traición.

—¿Tienes algo fuerte?

Mallick trae dos vasos y una botella de la cocina y le sirve ginebra a Velasco.

—Gracias, amigo. Si no te importa... —Velasco se sienta en la silla giratoria y Mallick frente a él, en otra silla.

—¿Y bien? ¿Qué problemas me traes?

Velasco acaricia el vaso con brusquedad, desgastando el vidrio. No importa a lo que haya venido, piensa Mallick: no lo va a hacer bien. La silueta de Velasco se recorta contra la ventana: negro derrota. ¿O negro avaricia?

—Problemas, problemas —canturrea Velasco con voz aguardentosa, tratando de mostrar una imagen relajada—, ¿adónde me lleváis? / Problemas, problemas; / ¿por qué me acompañáis...? ¿Sabes, Mallick? Yo solía cantar en mis visitas. A veces cantaba deliberadamente mal, para hacer reír a mis clientes potenciales. Ya comprendes, la táctica de la humillación medida. Y cuando notaba que en sus ojos asomaba el desprecio, daba un alarido. Ellos se asustaban y después me miraban ofendidos. Pero antes de que les diera tiempo a echarme, comenzaba a cantar de verdad: Ruines y diabólicos —desafina Velasco—: / fantasmales y rotundos, / así son

tus ojos ciegos / maldita hija del dolor... Claro que, entonces, todavía no se había derrumbado mi voz. Cada visita era una venta segura, incluso a veces me invitaban a comer. Y si las mujeres estaban solas... entonces... Claro, que no cobraba, como vosotros, ni me mezclaba con hombres. Otros tiempos, Mallick. Tiempos que están dentro de estos tiempos.

Velasco se retrepa. Su pantalón luce un tono gris perla casi transparente en las gastadas rodilleras, por las que se vislumbran dos rodillas huesudas.

—¿Sabes cuál es el mejor cliente, Mallick? —Mallick niega con la cabeza—. El cliente —Velasco suelta una carcajada acompañada de toses—. ¿Lo coges, amigo? ¡El cliente!

Pasan unos segundos, Velasco se inclina hacia adelante, el rostro anguloso absorbe la iluminación que entra por la ventana y clava sus ojos en los de Mallick: llegó la hora de vender. Toda buena venta se fundamenta en contar una buena historia. ¿Será Velasco capaz de urdirla?

—La proposición que voy a hacerte ahora tiene que ver con algo que me ocurrió hace tiempo, en el periodo de las mal llamadas *revueltas*. No sé si sabes que, por miedo a que los de afuera entrasen en oleadas, se constituyó una leva para garantizar la impermeabilidad de nuestras fronteras. La movilización fue un éxito, pero siempre hay gente a la que no se engaña tan fácilmente con discursos altisonantes. En apenas dos días, surgió un dinámico mercado de enfermedades molestas de sobrellevar, espectaculares. Enfermedades diluidas, envasadas en pequeños recipientes de vidrio rojo, prestas para ser inyectadas en los cuerpos de aquellos que deseaban eludir sus obligaciones para con la ciudad. Algunas sociedades farmacéuticas se hicieron de oro —se dice que la Corporación obtuvo un buen pellizco—, y un grupo selecto de vendedores monopolizó el mercado. Yo estaba entre ellos. En principio, era un trabajo agradable. A los sanos les esperaba el horror de la guerra, mientras que nuestros enfermos iban a saborear los placeres de la retaguardia. Mis clientes me recibían ansiosos; por un lado les preocupaba no disponer de información contrastada sobre la enfermedad que les iba a inocular; por el otro, yo era su salvador. Fue una de esas raras ocasiones en las que el vendedor era recibido con cariño desde el primer momento, cuando cruzaba el umbral de los habitáculos. Pero los acontecimientos se burlaron de las expectativas de aquellos tipos.

Velasco calla para provocar la curiosidad de Mallick, que no se deja impresionar. A Mallick, más que las historias, le interesan los hechos.

—Sí, el destino se burló de ellos —repite Velasco con demasiado énfasis—. En teoría, las enfermedades estaban diseñadas para durar dos años y desaparecer después, salvo que se les inyectase a los enfermos un recuerdo, en caso de que la guerra se alargara. Pero apenas un mes más tarde, cuando habíamos vendido miles de frascos rojos, la ciudad volvió a la normalidad, regresaron los contingentes de soldados desde las fronteras y de la revuelta sólo quedó una cierta sensación de intranquilidad que no tardó en disiparse: las mercancías volvían a pasar de mano en

mano. Los llamados falsos enfermos sufrían dolencias reales que en principio se achacaron a la guerra y que, tras las investigaciones pertinentes que concluyeron dos años más tarde, se descubrieron como fraudulentas. Sus delitos eran de los más graves: atentado contra la salud individual y contra la sociedad. Fueron expulsados, pero eso no fue lo peor. Resultó que las enfermedades no tenían curación, eran crónicas. Todavía queda alguno de ellos, aunque la mayoría se quitó la vida. Entonces, surgieron algunas preguntas. ¿Fue un error de diseño el que las enfermedades resultaran ser incurables, o aquello fue premeditado? ¿Se trataba de un aviso?

Velasco se revuelve en la silla, agitado. Hace rato que Mallick le hace ver que no le está escuchando. El ingeniero de ojos hundidos ha sacado su canica de cristal, la ha encerrado dentro de su puño y observa los reflejos azules —grises para él— que se escapan por el hueco y tiñen la piel del costado de la mano. La paciencia de Mallick se ha agotado. No le preocupa que las preguntas de Velasco se queden sin respuesta. No hay historia sin oyente.

—¿Y bien, Velasco? ¿Qué problemas me traes?

—¡Pero si no me has dejado acabar! —protesta Velasco, sin demasiada convicción—. Está bien. Seré directo —acomoda el cuerpo a la postura que considera que refleja mejor su intención de ser directo: inclinado hacia delante, con los codos apoyados en los muslos y las manos entrelazadas, el mentón alto—. Me han informado de que tienes un amigo que sufre una extraña y antigua enfermedad: acromatopsia. Sé de un médico que puede curarla, aunque el tratamiento es costoso, y se requiere una intervención quirúrgica. Quizá te interese entrar en el negocio.

Mallick oculta su estupor con una sonrisa. Guarda lentamente la canica en el bolsillo y transforma la sonrisa en una mueca de desagrado.

—Lárgate, Velasco —ordena Mallick—. Os habéis equivocado de puerta.

Velasco, ofendido, o aparentando estarlo, se levanta de la silla y deja el vaso sobre la mesa.

—No sé por qué te pones así, Mallick —dice Velasco—. Tienes fama de ser quien mejor controla los impulsos, pero veo que no es cierto. De todos modos, ése no era el único negocio que deseaba compartir contigo.

—Lárgate.

—Me han hablado también de una amiga tuya, que sufre una enfermedad terrible. Y mis socios...

Mallick no permite que Velasco acabe la frase. Le asesta un puñetazo en pleno rostro y el veterano exingeniero se desploma. Parece que el golpe ha hecho recuperar a Mallick el porte sereno. Se agacha y comprueba que ha dejado inconsciente a Velasco. Abre un armario y saca del fondo una barra de hierro. Vierte dos dedos de ginebra en el vaso de Velasco, para cuando se despierte. Toma asiento en el sillón y se acaricia el cráneo. Le hieren los grises y negros, el blanco sucio del rectángulo iluminado de la pared. Añora la rutina, los días que se sucedían sin que nada

imprevisto perturbara su existencia. Recuerda la contestación de Stork cuando le preguntó a quién envidiaba. Al agua, le dijo. ¿Por qué?, la interpeló él. Porque siempre encuentra su camino, y si es necesario, sabe evaporarse sin dejar rastro, dispuesta a regresar en otro lugar, siempre distinto. Él le respondió que el agua era tan peligrosa como el deseo: acaba por horadar cualquier material y aflora por cualquier resquicio. Pero no hay lugar ni tiempo para lamentarse. Velasco muestra signos de recuperación. Ha abierto los ojos y gimotea lastimero mientras acaricia el chichón que le ha producido en la nuca la caída. Mallick le señala el vaso de ginebra.

—Bébetelo eso, idiota. Todavía no hemos terminado.

Velasco toma el vaso y bebe con ansiedad. Mallick le coge de las axilas con un movimiento enérgico, le sienta en la silla giratoria y se sitúa enfrente, de pie. Velasco advierte que hay una barra de hierro al alcance de Mallick y un escalofrío recorre su espina dorsal.

—¿Quién te ha enviado?

Velasco sonríe, inseguro, y no responde. Mallick hace girar a Velasco en la silla, la detiene y le abofetea.

—¿Quién te ha enviado?

—No te esfuerces, Mallick —responde Velasco mientras se acaricia la mejilla golpeada—. Como podrás comprender, lo ignoro. Alguien me llamó, me dijo lo que debía hacer y me pagó por adelantado. No sabía que te ibas a enfurecer de este modo. Recuerda que somos colegas. ¿Desde hace cuánto dispones de mis servicios?

—¿Qué te dijeron que debías hacer? —Mallick le sirve otro vaso de ginebra a Velasco, que lo mata de un solo trago.

—Lo que he hecho. Ofrecerte la curación de las enfermedades.

—¿A cambio de qué?

—Eso no lo especificaron. Me dijeron que como el precio de la curación era elevado, ya se te ocurriría a ti algo.

—Supongo que no te dirían lo que quieren porque no saben si yo lo tengo. Además, desconfían de ti: saben que eres un cobarde y que hablas casi antes de que te pregunten. ¿Y en caso de que se me ocurriera ese «algo» para satisfacer el precio?

—Ellos cumplirían su promesa.

—Ya.

Mallick reflexiona durante unos minutos. Trata de deducir qué es lo que desean quienes han enviado a Velasco. Puede ser sencillamente que abandone a Stork, como le ordenó Fazerhoff. O algo relacionado con la desaparición de Ackerman, o con los archivos que se llevó de su laboratorio. A Velasco el silencio se le hace interminable, y se hace oír para relajar el ambiente.

—Bueno, ¡ya está! Siento de veras haberte contrariado, Mallick. Si lo deseas, te invito a tomar algo en algún garito con clase.

Mallick le mira y le sonríe sin acritud.

—¿Nos vamos? —pregunta Velasco.

—¿Me vas a invitar con el crédito que te han pagado para presionarme? Sería gracioso —Mallick coge la barra de hierro y Velasco se encoge en la silla, agarrándose a los brazos—. Sabías a lo que te exponías, ¿no? Espero que te hayan pagado bien.

Mallick golpea violentamente con la barra la rodilla de Velasco y no atiende a sus gritos de dolor. Le saca a rastras fuera del habitáculo y se desentiende de él.

Ahora tiene otras cosas en las que pensar.

—¿Y tus padres?

—Se han ido fuera un mes —responde Stork—. Es la primera vez que se ausentan de la ciudad durante tanto tiempo.

Mallick y Stork están en casa de los padres de ella, Davids y Baquerizo. Mientras Stork prepara un aperitivo, Mallick curiosa. No ha estado muchas veces en una casa familiar, y en ésta en particular es la primera vez. Hay algunas imágenes de Stork con sus padres en diferentes lugares. En una de ellas Stork es todavía una niña. Los ojos grandes e implorantes. El cabello recogido en una coleta. Los miembros alargados y frágiles. La piel tan blanca que parece transparente. Mallick toca la imagen y la voz de Stork a los doce años, aguda y cantarina, resuena en la sala de estar.

—¿Qué haces, Mallick? —pregunta la Stork adulta, afectando que no le gusta que el ingeniero vea aquello.

Stork con doce años muestra a sus padres orgullosa una concha. Están en la playa. El padre le pregunta dónde la ha encontrado, y Stork se da la vuelta y corre. La cámara la sigue a duras penas. Los pies de Stork levantan la arena y dejan unas huellas profundas. La niña corre con los brazos pegados al cuerpo y balanceando los antebrazos hacia fuera, sin estilo. Lleva un bañador azul y la coleta salta de un lado al otro, como si tuviera vida propia. El mar es verde azulado y la playa de arena marrón oscuro, casi negra. Cuando Stork llega a un punto de la orilla, se planta y se deja caer al suelo de rodillas. Junto a ella hay un montoncito de conchas pequeñas de color blanco brillante. Stork las coge, levanta los brazos y las conchas caen sobre su cabeza. Stork ríe con toda la boca y la imagen se detiene.

—¿Te gusta? —pregunta la Stork adulta.

Mallick no responde. Ahora mira una imagen reciente de los padres de Stork. La expresión de sus rostros, algo cohibidos, amables, con un brillo inteligente en la mirada, levemente sonrientes, es perfecta. Saben posar. Davids abraza a su mujer, pero se nota que ella no necesita que nadie la proteja. Los ojos de Baquerizo son grises y no sonrían; el mentón, firme y alto, transmite sensación de superioridad. Los ojos de él, muy abiertos, son los de alguien que se esfuerza por no mostrar la perplejidad o el horror que asoma en su mirada. Mallick pasea la vista por el salón deteniéndose un instante en cada objeto que suscita su interés. La casa le parece agradable, aunque se esperaba algo más lujoso. Algunos de los aparatos son antiguos, las alfombras están desgastadas y reina el desorden. Hay un buen número de galardones científicos diseminados por aquí y por allá. Los objetos y los muebles son de diferentes estilos, como si los hubieran comprado sin pensar en el conjunto. Pero al observar con mayor atención, Mallick duda. ¿Y si lo que pretenden sus dueños es que la casa parezca la de unas personas despistadas que no se preocupan demasiado por la imagen? Mallick coge una figurilla de una mujer que soporta el peso de un globo terráqueo, y la coloca en otro lugar haciendo un ruido ostensible. Stork lo ve.

—¡Oh, Mallick! Deja eso donde estaba, haz el favor. Si no, aunque haya apagado todo el sistema de seguridad, mis padres se darán cuenta de que he estado aquí. ¿Vamos afuera?

Así que, efectivamente, el desorden está estudiado. Stork sale al jardín y Mallick la sigue. Cruzan una terraza cubierta en la que hay unas sillas y una mesa de mimbre, bajan unas escaleras y caminan por un sendero de piedras hasta la piscina, protegida de la vista desde la casa por unos árboles y una vegetación tupida de dos metros de altura.

—¿Ves? ¡Te lo dije! Ésta es la maravillosa piscina en la que el doctor llora de emoción cuando ve a su hija nadar. ¿No te parece de mal gusto?

Al contrario. Es lo primero que Mallick ve en la casa de los padres de Stork que le impresiona. Lo considera, si no de un gusto exquisito —¿quién es él para opinar de ese modo?—, sí al menos interesante. Stork se refiere a que, desde la piscina rectangular en la que ya están bañándose se ven imágenes proyectadas en los muros que la rodean por tres de los cuatro lados, acompañadas por sus correspondientes sonidos. Ahora, desde el agua, se diría que están en una de esas villas colgadas de un acantilado, con el mar a sus pies, un cielo despejado semejante al que realmente hay sobre sus cabezas y un paisaje de litoral rocoso y abrupto a ambos costados. De hecho, a Mallick le gustaría jugar con el rico banco de imágenes del que disponen Baquerizo y Davids, aunque el comentario de Stork no le anime precisamente a ello.

—¿Es nuevo?

—Sí. Y algo hortera —continúa Stork, que ahora hace el muerto tras haber nadado unos largos—, aunque reconozco que relaja bastante. ¡Mira! Allí a lo lejos se ven dos minúsculos veleros. Quizá estén echando una carrera. No estaría mal estar allí, ¿eh?

Mallick ya ha visto los barcos, aunque no tenga tan claro que desee navegar en ellos. También se ha fijado en las cabrillas que han comenzado a cubrir la superficie del mar, en las aves que juegan con las corrientes de aire en las escarpaduras y en el antiguo faro de piedra que domina un risco. Cansado de estar en el agua, sale de la piscina y se queda en el borde, observando con curiosidad los escalones que bajan hasta el fondo. Quiere comprobar por sí mismo una particularidad del aparato visual humano que le comentó el profesor Ackerman. Los escalones están pintados de azul claro —Mallick los ve grises—, y, dado que la distancia entre ellos es constante, a mayor profundidad, se debería añadir una cantidad igual de azul. Pero no es así: por saturación, la intensidad del azul no aumenta tanto como debiera, y a partir de un escalón ya no aumenta nada: la máquina visual humana se ha cansado de añadir azul. Mallick sonríe.

—Éste es el tipo de productos nuevos —sigue Stork— que pasan sin problemas la comisión de inventos.

—Hecha la ley, hecha la trampa —comenta Mallick, lacónico.

Stork también ha salido del agua, aunque ella se ha tumbado sobre el entablado de

madera que la rodea, a la sombra para preservar el tono alabastrino de su piel.

—No te creas. Según mis padres, cada vez es más difícil hacer entender a los burócratas que hay innovaciones que aumentan la capacidad de asimilación de los usuarios. La cadena novedad-superación-estrés-embotamiento-baja productividad de la que tanto hablan no siempre se cumple. Lo importante no es sólo el invento en sí, sino también las ideas y los sentimientos que puede generar, la nueva dirección que señala. ¡Mira, Mallick! —Stork le muestra los dedos y las palmas de las manos, arrugadas por el contacto prolongado con el agua—. ¡Te lo dije! ¡Ya se me empieza a notar que estoy vieja!

Mallick se tumba junto a ella, satisfecho de sus investigaciones visuales de aficionado.

—Lo que ocurre es que tus padres son científicos, y a ellos no les conviene la moratoria. Pero la gente vota, y punto. Pueden votar a todas horas, en cualquier momento, acerca de múltiples asuntos. Y prescindiendo de las votaciones, con un poco de astucia se puede seguir como antes.

—Ya te digo que no. Al final se paga el agarrotamiento, y ya está llegando a un punto que no tardará en estallar. Los sistemas estables no evolucionan, aunque al hombre le tranquilice la estabilidad. Y la estabilidad definitiva es inalcanzable, salvo para el individuo, cuando muere. Eso me lo decía siempre el pobre Ackerman, naturalmente antes de alcanzarla por sorpresa.

Mallick da un respingo. Por primera vez parece modestamente interesado en la conversación.

—¿Ackerman?

—¿Le conociste? —pregunta Stork, sorprendida por la transformación del ingeniero.

—No, pero he oído hablar de él.

—Murió hace un par de semanas en un accidente. ¿Es que no ves los noticiarios? Era íntimo amigo de mis padres, aunque sólo se veían por trabajo y excepcionalmente en alguna cena o reunión. Últimamente estaba obsesionado con la moratoria de inventos. No hablaba de otra cosa. Como decía mi madre, ya ni leía.

—¿Cómo murió?

—Una caída estúpida. Se resbaló y se rompió la cabeza.

—¿Solo?

—No, iba con Bermúdez, un industrial, y con Kawatami, su secretario. Parece ser que también les acompañaba un doctor. No pudieron hacer nada. ¿Por qué te interesa tanto?

—Por nada. Mera curiosidad. ¿Quién te lo contó?

—Mis padres. Aunque también salió en los noticiarios. Según gritaba mi padre, le dieron demasiada poca cobertura. Dice que Ackerman era un genio y que su pérdida es irreparable, que merecía un millón de segundos de imágenes como homenaje. Pero no hay que tomarse a mi padre demasiado en serio. A veces pienso que ya no es

capaz de dejar de actuar ni siquiera conmigo.

Mallick se levanta, inquieto. Coge el mando de la piscina y cambia el programa.

—¡Vamos, al agua! —grita.

—¿Qué has puesto? —pregunta Stork, divertida.

Stork y él se meten en el agua. En cuestión de segundos, se forma una tormenta. Nubes negras se acercan por el mar, súbitamente en ebullición. Los gritos de las gaviotas se pierden entre la ventolera. En la propia piscina se levantan olas que van aumentando de tamaño. Mallick observa la transformación con espíritu científico, muy serio, escudriñando de vez en cuando el cielo real, que también se ha cubierto de nubes, menos amenazadoras, pero que al tapar el sol colaboran en crear una atmósfera más inquietante. Stork se ha metido tanto en la simulación, que está comenzando a pasarlo mal. Resuenan los truenos y los relámpagos centellean en el horizonte. Rompe a llover torrencialmente, también en la piscina, y las olas empiezan a ser lo suficientemente violentas como para que Stork busque a Mallick, agobiada. El ingeniero, por su parte, parece satisfecho, como si la tormenta respondiera, más que a un simple programa, a sus propias cavilaciones. El mar, embravecido, ruge. Un rayo pega en el faro, que queda envuelto en llamas. Stork, histérica, incapaz de ver a Mallick a través de la cortina de agua que está cayendo, empieza a gritar. Pero Mallick no la escucha. Stork comienza a tragar agua y se hunde. Entonces, mientras se debate tratando de volver a la superficie, sus pies tocan el fondo, se pone de pie y se da cuenta de que está en una piscina. Ahora la tormenta sólo le parece un juego idiota, tan idiota como Mallick, que observa el espectáculo con los ojos chispeantes, enloquecido. Stork llega a las escaleras, y no sin cierta dificultad, sale. Coge el mando, apaga el programa y se sienta en el suelo, agotada. La lluvia cesa, las imágenes desaparecen y todo queda en silencio.

—¿Qué haces, Stork?

—Apagar esa mierda. ¿Pero no te has dado cuenta...? —y no acaba la frase, sin fuerzas ni para discutir.

—Estaba en su mejor momento —dice Mallick, disgustado—. Este aparato es genial.

Por primera vez, Stork siente a Mallick lejos, demasiado lejos. ¿Cómo ha podido? ¿Cómo? Le mira a los ojos y ya no los ve misteriosos y profundos, sino bovinos y planos. Tiene ganas de echarse a llorar, pero se aguanta. Ahora sí que se siente sola, ahora sí que necesitaría creer en un dios. Es como si el tiempo, más que haberse detenido, no existiera. Mallick ha dejado de ser el mago que lo dominaba. Stork se levanta, quiere cambiar de escenario. La visión de la piscina le revuelve el estómago.

—Anda, vamos adentro —dice Stork.

Luego calla, baja la cabeza y parece meditar.

—¿Te ocurre algo? —pregunta Mallick, molesto por la actitud de Stork.

—¿No te has dado cuenta de que me estaba ahogando?

—¿Qué? ¡Pero si era un juego! En esa piscina es casi imposible perder pie.

—Pues yo me estaba ahogando. Y tú no te has preocupado por mí.

Mallick coge una toalla, envuelve a Stork en ella y se seca con la otra.

—Vamos adentro. Necesito una dosis.

—¿Para qué? —pregunta Mallick.

Stork hace un mohín y echa a andar hacia la casa. Mallick la detiene.

—Necesito preguntarte algo. ¿Te han dicho algo últimamente tus padres sobre mí?

—¿A qué viene ahora esto, Mallick? —pregunta Stork, cada vez más enfadada.

—Respóndeme, por favor.

Stork duda, pero ante la expresión grave de Mallick, decide responder.

—Mi madre me dijo que te abandonara, que podía ser peligroso estar contigo. Y como yo la mandé a la mierda, me pidió que al menos le jurase que no pensaba participar en tus negocios. ¿Es suficiente?

Mallick lleva un rato esperando. Está en la terminal 10 de tranvías, situada en una amplia plaza cuya iluminación exagerada hiere su vista. Aquí están las primeras y últimas paradas de una veintena de los tranvías que recorren la ciudad. Mallick se levanta del banco en el que está sentado y se encamina, como otros diez ciudadanos, hasta el tranvía 51 que acaba de llegar. Sube, paga y se sienta pegado a la ventana. Justo antes de que se ponga en marcha, corre hacia la puerta de entrada, sale y toma el 84, que también estaba a punto de salir. Tras pagar, se cerciora de que nadie más ha bajado del 51, que ya está abandonando la plaza. Mallick lleva unos días con la sensación de que alguien le sigue —¿será Velasco, pese a la rodilla rota?—, y hoy desea asegurarse de que nadie le va a acompañar allá adonde va. Por si acaso, vuelve a cambiar un par de veces de tranvía, y finalmente se baja en un barrio de pequeñas viviendas unifamiliares y comercios dispersos. Es de noche y las calles, limpias y con parterres de flores y árboles, están muy tranquilas. Mallick llega hasta lo que a cierta distancia parecía una parcela desocupada. Ahora, desde cerca, se nota que el habitáculo dispone de un muro pantalla para proteger a su dueño de las miradas no deseadas. Lo del muro pantalla comienza a ser una plaga, observa Mallick mientras presiona el timbre, allí donde aparece en la imagen del muro un árbol talado al fondo del terreno.

—¿Sí? —interroga una voz.

—Soy Mallick.

La cancela se abre y Mallick entra. Hay un reducido jardín sin cuidar, invadido por la maleza. Unas escaleras de chapa ondulada suben hasta la primera planta de la casa, una pequeña torre elevada de tres alturas formada por cubos superpuestos de hormigón y cristal, cada uno levemente girado con respecto al anterior. Un hombre de algo más de treinta años, alto y gordo, recibe a Mallick con una sonrisa afable y le invita a pasar.

—Dichosos los ojos, Mallick. ¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza.

El anfitrión indica a Mallick un sillón y desaparece. El salón es diáfano y los muebles, de cuero negro o madera del mismo color, son de calidad. De las paredes blancas cuelga algún cuadro abstracto de cierto valor. Por los grandes ventanales entra una brisa suave que trae el aroma intenso de las flores de algún vecino. El anfitrión llega con un par de cervezas y se sienta frente a Mallick.

—Veo que no te va mal, Ian —comenta el ingeniero—. Si no me equivoco, la última vez que te vi comenzabas otra vez de cero.

—Sí. Pero es que hace tiempo que no nos veíamos, Mallick. ¿Tú sigues dedicado a facilitar las transacciones? —pregunta Ian, que ha pronunciado las últimas palabras con retintín.

—Por supuesto. Pero me temo que no he avanzado tanto como tú. ¿A qué te

dedicas exactamente?

—Trabajo para Renton en el desarrollo de proyectos. Simuladores, RACS, ya sabes. Aunque tengo un pequeño paquete de acciones y mi trabajo es sobre todo de despacho.

—Enhorabuena, Ian. ¿Y has olvidado cómo se usa un ordenador?

Ian sonríe un tanto forzado.

—¿A qué has venido, Mallick? ¿Te puedo ayudar en algo?

—Sí, me puedes ayudar en algo. Y no te preocupes, no vengo a desenterrar el asunto aquel de los programas Max. Sé que lo pasaste muy mal.

—Y yo te sigo agradeciendo que me echaras una mano.

—Perfecto —Mallick sonríe—. Entonces estamos de acuerdo. He venido para que eches un vistazo a unos archivos. Sería de gran ayuda que me dijeras qué contienen.

—¿Los has traído?

—Sí.

Mallick deja la cerveza y le entrega dos cápsulas a Ian, quien enciende una pantalla de pared. Da unas órdenes incomprensibles para Mallick, la pantalla se llena de números y letras blancas sobre fondo azul.

—Creo que están encriptados.

—¡Bravo! —exclama Mallick, irónico—. Eso también lo sé yo.

—¿Sabes de dónde provienen? Quizá los que los han grabado sepan cómo leerlos.

—Eso dalo por seguro. No te hagas el inocente, Ian. La última vez que te vi eras más listo. Si he venido a visitarte es porque quiero que seas tú quien los lea y me los entregue. Sólo sé que se trata de algo relacionado con una investigación de un producto farmacéutico. Y no sé si todos los archivos son interesantes. Puede haber mucha paja. De hecho, los copié por pura rutina.

Ian, preocupado, apaga la pantalla, recupera la cerveza y vuelve a sentarse en el sillón que ocupaba. Mallick se sienta enfrente y mira su enorme panza: el crédito engorda, no hay duda.

—¿Es peligroso? ¿Los has robado? Ahora mi vida es muy relajada, Mallick, y no deseo que se acelere otra vez.

—Me importa una mierda lo que desees o dejes de desear. Ahora se trata de mí. Dime cuánto quieres.

—No se trata de crédito, Mallick.

—Sí se trata de crédito, Ian. Quiero que leas estos archivos y quiero que me cuentes qué contienen. Y después quiero que te olvides de mí y de los archivos. Y como me digas que no hay nada interesante o recurras a otra persona para descryptarlos, o se te ocurra la peregrina idea de que puedes hacer negocio con esto, o tardes demasiado, te mato. ¿Recuerdas lo que les ocurrió a esos dos tipos en el asunto Max, no?

Ian se retrepa en el sillón y meneas la cabeza.

—Estás loco, Mallick —dice Ian, y en su voz hay cierta vacilación—. No hacía falta que me amenazaras.

—No estoy loco: estoy desesperado, que es bastante más peligroso. ¿Cuánto puedes tardar?

—No lo sé. Quien lo haya encriptado sabía lo que hacía. Es difícil decirlo. Quizá un mes, quizá más. No puedo dejar mi trabajo.

—Pero puedes trabajar de noche. Y te aseguro que lo quiero antes de un mes. ¿Cuánto quieres?

—Ya te lo he dicho: nada.

—No, Ian. Todos queremos ganar crédito, y tú no eres diferente. Dime cuánto. Te lo pagaré y así todo quedará claro.

Ian coge un papel, escribe una cifra y se lo pasa a Mallick, que enarca las cejas sorprendido.

—¡Precio de amigo! Gracias, Ian. Te lo traeré en metálico —Mallick acaba de un trago la cerveza y se levanta—. Entonces, ¿para cuándo lo tendrás?

—Tres semanas, un mes. Ni yo lo sé.

—Me voy, estaremos en contacto. Y no me decepciones: un mes es demasiado.

Mallick sale a la calle y suspira. El riesgo de entregar los archivos a Ian es grande, pero es el único modo que se le ha ocurrido al ingeniero de descubrir su contenido. Puede que esté tirando el crédito, y puede que no. Y Mallick tiene la corazonada de que Ian le va a mostrar algo que vale la pena. Mallick no duda que ha asustado al informático, y supone que se pondrá a trabajar en ello inmediatamente. El problema puede llegar cuando Ian desencripte los archivos y vea qué esconden. Todo depende de si son simplemente interesantes, si son verdaderamente interesantes, o si son extraordinariamente interesantes. En caso de que sean extraordinariamente interesantes, el quid estará en el miedo que le tenga Ian. Cuando ocurrió el enrevesado asunto de los programas Max, dos de sus protagonistas aparecieron muertos en contenedores de basura, y Ian sospecha que Mallick tuvo algo que ver con ello. Mallick camina hacia la parada de tranvía más próxima. Al pasar al lado del jardín de un habitáculo, el olor a jazmín es tan intenso que el ingeniero tuerce el gesto y cruza de acera. Una y otra vez repasa los pros y los contras de la jugada que acaba de realizar. Hasta ahora le han estado presionando, pinchándole sin llegar a acabar con él de una vez por todas. Pero quizá antes de un mes sea él quien les muerda. Al cabo de un rato, cuando ya está esperando el tranvía, cansado de sí mismo, decide olvidarse y pensar en otra cosa. Stork se apodera de sus pensamientos.

Mallick se relaja mientras la mata.

Tchi-huan duerme en una *chaise longue* antigua de formas onduladas, con la estructura y los brazos de abedul y tapizada en negro. Está tumbada desnuda, boca arriba. La habitación es la sala de descanso individual de Berger; está en penumbra, y la piel de Tchi-huan, tersa y amarfilada, capta la escasa luz. Tchi-huan duerme plácidamente, pero en ocasiones una descarga recorre su cuerpo menudo —como de muñeca, con los hombros estrechos, los pechos pequeños, las asentaderas firmes, las piernas algo cortas y los pies diminutos—, da una cabezada violenta y emite un débil gemido. Alguien entra en la sala con sigilo. La figura —robusta y atlética— se inclina sobre Tchi-huan. Una mano se acerca dubitativa a la cabeza, queda inmóvil a unos centímetros del cabello lacio y brillante, y por fin desciende y acaricia el nacimiento del pecho. Tchi-huan se encoge. La mano, que pende en forma de campana, baja por el vientre, y las yemas de los dedos apenas rozan el vello púbico de Tchi-huan; intuyendo la presencia de la vulva, escondida entre los muslos, la mano se detiene, se balancea, dudando si zambullirse y hurgar, y después desciende hasta tocar la piel y continúa el recorrido. Cuando está a punto de alcanzar la rodilla y despedirse de la suavidad de los muslos, la mano busca el interior de la pierna, las uñas se hunden en la carne y Tchi-huan pega un alarido.

—¡Lara! ¡Me has asustado! ¿Qué ocurre?

Lara se retira, algo avergonzada, aunque no puede dejar de olisquear la mano que ha estado en contacto con la piel de Tchi-huan.

—Berger quiere verte.

—¿Qué querrá ahora? Ya no respeta ni mis siestas.

Tchi-huan, de mal humor, pone un cigarrillo blanco en la boquilla y lo enciende. El humo penetra en sus pulmones, tose y escupe para quitarse el mal sabor de boca. Lara la observa divertida.

—¿Y tú qué miras, bollera? Seguro que estás toda empapada.

—No hay quien te aguante, Tchi-huan. Vístete deprisa: a Berger no le gusta esperar.

Lara sale de la habitación y Tchi-huan se viste despacio, sin atender al consejo de su compañera. Entra en el baño, se lava la cara en el lavabo y se mira en el espejo. Aunque no descubra ningún signo de deterioro por la edad —las arrugas de expresión, la tez mortecina, la flaccidez de la piel—, Tchi-huan se deprime al pensar que el tiempo ya está agazapado tras su rostro de porcelana, esperando el momento de salir al exterior y comenzar a devastarlo. Basta una intuición o un pensamiento gris para que alguien camine con una sensación de extrañeza con respecto al universo. Así, gris ceniza, se siente Tchi-huan mientras acude a la llamada de Berger a través de los pasillos. Se pregunta qué razón habrá para que un tipo como Mallick se haya introducido en su vida hasta el punto de significar algo para ella.

Mallick. En un principio fue el propio Berger, siempre dispuesto a aumentar la ya

ingente cantidad de información que atesora sobre los habitantes de la ciudad, quien le ordenó que aceptara la proposición del ingeniero de poner en marcha un pequeño negocio de venta de recuerdos, y que le mantuviera al tanto. A Tchi-huan no le hizo demasiada ilusión ocuparse de un asunto secundario, aunque cuando Berger le permitió quedarse con tres cuartos de las ganancias, no pudo por menos de sentirse agradecida. Pero lo extraño fue que Mallick, a quien consideraba un revientaterrones, le produjo una grata impresión desde el principio. Éste es un hombre de una pieza, se dijo. Tchi-huan pensó que era algo puramente sexual, otro capricho de la carne que se olvida tras el primer roce, pero más tarde se dio cuenta de que sentía hacia él algo nuevo, plácido y desasosegante al mismo tiempo, una suerte de cariño incondicional. Era un sentimiento básico, aparentemente natural, como si ella y Mallick habitasen un mismo escenario sin necesidad de comunicarse con palabras. Tal vez sus cuatro ojos mirasen con la misma intensidad, aunque a diferente altura, y pese a que lo visto no fuera lo mismo, coincidieran en lo esencial, el modo de mirar. Cuando Tchi-huan se lo comentó a Lara, ésta le dijo con sorna que quizá fueran hermanos o algo peor. Entonces Tchi-huan lo comprendió. Sí, eran como hermanos, como si hubieran compartido todo antes de nacer, incluso el sexo de otros, para después vivir unas vidas diferentes, atadas mediante gestos simétricos y sostenidas a base de silencios preñados de significado. Unidos por la sangre, que no por la carne.

Ahora Tchi-huan mete la mano en el bolsillo de su pantalón y acaricia el regalo que le entregó Mallick sin ningún tipo de ceremonia. Claro, Mallick se burló de ella cuando se lo comentó. Es una flor seca de pétalos naranjas, descoloridos, y tallo rugoso verde pálido. Aunque parezca frágil, la flor es difícil de quebrar y Tchi-huan la guarda en una cajita lacada en azul marino. Cuando Tchi-huan avista a Berger, sentado a su mesa habitual, saca la mano del bolsillo, comprueba que el moño sigue en su sitio con una caricia leve y rápida, y se sienta junto a Berger.

—¿Me habías llamado?

Berger bebe un cóctel amarillento a pequeños sorbos. Le tiembla algo la mano y su rostro es como un pedazo de papel arrugado con dos gemas azul hielo que hacen las veces de ojos.

—Sí, aunque te has demorado tanto que casi he olvidado el motivo.

—Dormía. Ya sabes que mi sueño es profundo. Hubo una época en la que eso, en lugar de molestarte, te proporcionaba mucho placer. *Sueño y placer / placer y sueño / hermanos que se acarician / sin tocarse jamás...*

—No seas insolente, Tchi-huan. No recuerdo haber compartido contigo ninguna... época. Como mucho *me serviste mejor durante un tiempo*. Ve al cuarto azabache y tráeme a la rata. Debe de pensar que somos retrasados. Está lamiéndole las orejas a Delclaux en mi propio local. Esa vieja puta está demenciada. Me dijo que estaba investigando a Mallick por su cuenta, sacándole información, y lo que hace es derrochar crédito para que le mordisquee sus tetas caídas.

Tchi-huan disimula su disgusto por el tono soez de su dueño y regresa al cabo de

unos minutos acompañada del ingeniero. Efectivamente, Mallick se encontraba en el cuarto azabache; su piel blanca en contacto con la piel rosada de Delclaux; una masa informe de carne pálida entre sábanas y paredes negras, brillantes, agresivas. Tchi-huan sintió que algo lloraba en su interior, un dolor indescriptible e inefable. Porque también ella formaba parte de esa masa de carne, de esos jugos ácidos. Cuando entró en el cuarto y le dijo a Mallick que Berger le buscaba, la mirada con la que Delclaux la recibió, húmeda y lánguida, la devolvió a la realidad. Vio a un hombre desnudo que se vestía con calma y a una mujer madura satisfecha y sudorosa. No había más. Un negocio como tantos otros.

Mallick caminó en silencio mientras se dirigían hacia el salón privado de Berger, con el aspecto de un hombre que regresa a su habitáculo después de una jornada rutinaria. Tchi-huan, antes de echarle a las garras de Berger, le previno contra su jefe. No era normal ese interés por él, esa mezcla de trato de favor y vigilancia. Ahora, mientras Mallick toma asiento, Tchi-huan se coloca detrás de Berger, de pie, con las manos apoyadas en sus hombros.

—Tchi-huan, dos ginfizz.

—Gracias, Berger, pero no bebo cuando estoy de servicio.

Berger se ríe: la dentadura es perfecta. Tchi-huan duda si traer una o dos copas, pero Berger no está acostumbrado a que sus deseos —que a veces incluyen lo que se supone que deben desear los demás— no se cumplan.

—Dos ginfizz, rápido. Mi amigo está sediento, como todos los sementales. Así que ya se ha quitado la máscara del abogado Leira...

Tchi-huan desaparece. Mallick saca una pitillera lacada en rojo y se la entrega a Berger.

—Es de Sing, original —expone Mallick—. Caben cinco cigarrillos largos. Se usaban para las fiestas. La elección de los colores de los cinco cigarros era de suma importancia para el desarrollo de la noche. Habitualmente el anfitrión sólo permitía a los invitados elegir uno. Así controlaba la diversión, y según fuera su pericia a la hora de elegir los otros cuatro pitillos, su prestigio aumentaba o disminuía. En aquellos tiempos se estilaba usar rojos, blancos, turquesas y azafranes, y dice la leyenda que los verdes hacían furor, hasta el punto de que varios habitáculos acabaron en llamas.

—Muchas gracias, Mallick, es un ejemplar magnífico —agradece Berger, complacido—. Esto anula el motivo por el que le he hecho llamar. Me parece bien que nos honre con su presencia, pero me desagrada que piense que puede hacer lo que le venga en gana en mi local. Aquí también seguimos unas reglas, aunque no lo parezca. ¿Se la regaló Delclaux?

—¿La pitillera? No. Ella paga mis servicios en efectivo.

—¿Cuántas veces la ha visto?

—Como bien sabe, cuatro —dice Mallick, con aplomo—. Se ha encaprichado conmigo.

—¿Y paga bien?

—Muy bien.

—Y ella, ¿qué le parece?

—Una mujer interesante, supongo.

—¿De qué hablan?

—De deseos. Ella es ambiciosa. Y con los ambiciosos ocurre algo curioso: les gusta que aquellos con los que se cruzan también medren. Así se sienten todavía mejor. Por lo menos, al principio.

—¿Y qué le gustaría a Delclaux que obtuviera usted?

—Que cambiara de trabajo. Que cambiara de nombre. Que trabajase para ella. Que no me mezclara con otras mujeres —enumera Mallick, con aire aburrido—. Que evitara las transacciones peligrosas. Se resume en dos palabras: mi salvación.

—¿Y usted, qué piensa acerca de sus deseos?

Tchi-huan llega con los cócteles y los sirve. Berger, sin dejar de observar a Mallick, pasa el brazo por detrás de la espalda de Tchi-huan y con la mano aprieta uno de los glúteos. Tchi-huan sonrío como una gata y sus ojos rasgados se reducen a una línea oscura.

—No pienso nada. Ella es un saco de crédito, y yo quien lo estruja. Lo demás no me interesa.

—¿Y conversan sobre algo más?

—¡Oh, sí! Ella no para de parlotear. Le gusta contarme las extravagancias de sus amigos, aunque no diga sus nombres. Creo que a usted hace tiempo le pirraban las enanas.

Berger ríe con ganas y mata el cóctel de un solo trago. Cuando se vuelve para pedirle a Tchi-huan que traiga otros dos —aunque Mallick todavía no ha probado el suyo—, Mallick se fija en la cicatriz que tiene en la nuca, apenas disimulada por los cabellos.

—A partir de ahora, si se ve con Delclaux en mi local —exige Berger—, quiero un treinta por ciento de lo que obtenga. ¿Le parece justo?

—Muy justo, Berger. Es usted muy generoso.

—Bien. Estamos de acuerdo.

—¿Y esa cicatriz? —inquire el ingeniero—. Es extraña, y más en usted. ¿Cómo es que no la esconde?

Berger vuelve a sonreír. Se diría que esta noche está de un humor excelente.

—Es usted muy directo, Mallick, casi tanto como los cócteles que prepara Tchi-huan. Hagamos un trato. Yo le explico lo de mi cicatriz, y usted me cuenta lo de las suyas.

—Adelante.

—Mi cicatriz son en realidad dos. Dos regalos de una mujer del exterior, bruta y preciosa, que fue incapaz de aceptar mis reglas y echarse a un lado cuando yo se lo ordené —Mallick ha observado la media sonrisa irónica de Tchi-huan al oír las palabras de Berger mientras dejaba la segunda ronda de cócteles sobre la mesa—.

Una noche, mientras dormía, agarró un cuchillo y escribió sobre mi nuca su nombre para que lo recordara siempre. Fui débil y le permití dormir conmigo de nuevo. Al cabo de un tiempo, una noche estrellada, ella cogió otro cuchillo y borró su nombre. Después desapareció. No la he vuelto a ver.

Berger busca la reacción de Mallick, pero no la encuentra.

—Mi historia es menos interesante —dice Mallick, lacónico—. Sencillamente, no tengo cicatrices en el cuerpo.

A Berger se le congela la sonrisa. Tchi-huan, en cambio, entorna los ojos de placer.

—¿Qué quiere, Berger? Somos hijos de nuestro tiempo: los dos sabemos mentir.

El anciano mata su cóctel y se levanta. Con un gesto indica a Mallick que acabe los suyos, y el ingeniero obedece.

—Es tarde, Mallick, me voy a descansar un rato —anuncia Berger, que le tiende la mano en señal de despedida—. Cuando le apetezca hablar sin tapujos, venga a verme. Le dejo en manos de Tchi-huan.

—Déjeme hacerle una pregunta, Berger —dice Mallick mientras se despide de él—. ¿Por qué me vigila?

Una sombra de duda recorre los ojos azules de Berger, que se marcha sin responder. Tchi-huan, alegre, trae otras copas y se sienta con Mallick.

—¡Por fin solos! —bromea—. ¿Te imaginas que fuéramos los dueños de esto, tú y yo? Hasta los cócteles me sabrían mejor. Aquí el alcohol no suele ser de primera calidad, ya me entiendes. Pagan una fortuna por las copas y les dan queroseno.

Mallick mira su cóctel afectando haber recibido una sorpresa desagradable.

—No te preocupes, Mallick. Los de Berger y sus invitados son aceptables. Le horrorizaría que alguien muriese mientras le suelta sus frases lapidarias.

—¿Y su cicatriz? Vi tu mueca.

—Bueno, ya sabes. A Berger le gustan las historias y se da cierta maña inventándoselas. La suya era falsa, pero yo tengo otra.

—Adelante.

—Dicen que tuvo tres ojos.

Mallick se ríe.

—Ríe, ríe —se burla Tchi-huan, ofendida—. Te hablo completamente en serio. Las cicatrices son de la operación.

—¿Y el tercer ojo? No lo he visto.

—¡Vete a la mierda, Mallick! ¡Yo qué sé dónde está su tercer ojo! El caso es que me lo ha contado alguien muy cercano a él. Ocurrió cuando era joven, y a partir de que lo tuvo, dicen que comenzó a subir como la espuma.

—No me extraña. Si yo tuviera tres ojos nadaría en la abundancia. Como atracción de feria no tendría rival.

Tchi-huan, todavía molesta, bebe su cóctel a pequeños sorbos. Mallick se ha quedado pensativo, pero no tarda en mostrarse alerta de nuevo.

—¿Qué haces esta noche? ¿Te apetece dar una vuelta?

—Yo trabajo, Mallick. Y tú deberías hacer lo mismo. ¿No decías que necesitabas crédito a toda costa?

—Tienes razón Tchi-huan —Mallick acaba el cóctel y se levanta—. Te dejo: llegan clientes.

Mallick se marcha y Tchi-huan atiende a los clientes. ¡Será imbécil!, se dice la mujer menuda. ¿Qué se ha creído esa rata? Se burla de la información que le proporciona y se hace el gracioso proponiéndole que den una vuelta. No obstante, mientras acompaña a dos parejas de jovencitos arrogantes hasta una de las salas de baile privadas, Tchi-huan ya echa de menos a Mallick. Quizá debiera haber aceptado su invitación, darse un paseo con él y conversar. Pero ya es demasiado tarde: el ingeniero se dirige hacia su habitáculo y Tchi-huan, sonriente, baila lo mejor que sabe para ocho ojos que no se apartan de su cuerpo menudo y flexible.

Hacía un par de días que Mallick no lograba comunicarse con Stork. Aunque aquello ocurría a menudo, le preocupaba que hubiera sufrido otro ataque. Imaginaba su cuerpo lánguido tendido sobre el parqué de su habitáculo, iluminado por una vela a punto de consumirse. Sí, Stork estaba muerta. Nunca más acariciaría sus labios mientras sonreía, ni los pechos menudos, *orgullosos*, como los describía él. Muerta. Mallick contiene las lágrimas abriendo y cerrando los párpados repetidamente. Afecta que algo le ha entrado en el ojo del que ya asoma una lágrima rebelde, y la limpia con el dorso de la mano. Se dice que no desea la muerte de Stork, que todo es un juego, que ella vive y está, por ejemplo, sentada leyendo uno de aquellos libros incomprensibles que tanto le gustan. Desea verla y hacerle el amor, darle placer.

Pero ahora está con Mortelli, reunido con tres tipos que gesticulan más de lo normal. Sus rostros cambiantes expresan hilaridad, fiereza, enfado o arrobo con extrema habilidad. Son buenos negociadores. Apenas hablan.

—Llevamos dos días —ruge Mortelli, sin perder la sonrisa meliflua— y ni siquiera sé cómo suenan sus voces. Por sus caras deformes supongo que serán aflautadas, como las de las furcias caras de Xan-ho —y elevando las manos al cielo con un gesto enérgico, concluye—: Así no vamos a ninguna parte.

Los tres rostros detienen durante unos segundos las muecas compulsivas, presas del estupor. Después, tres risas cantarinas invaden la sala de reuniones. Es una habitación decorada para rememorar un estilo exótico que realmente nunca existió. Hay muebles tapizados de terciopelo, candelabros, máscaras, una bola de cristal, plumas de ave tornasoladas, relojes dorados, tapices con escenas imposibles, una colección de narguiles, algunas porcelanas con motivos chinos, una maqueta de barco, dos monos con la minúscula cabecita cubierta por un fez, vestidos con bombachos y chaquetilla de marinero con jarreteras, una armadura, una cobra disecada y otros objetos de valor. Entre todas las obras de arte —o al menos así las considera Mallick—, al ingeniero le ha llamado la atención una pecera esférica de cristal en la que nada a duras penas un pequeño pez —¿amarillo?, ¿naranja?— moteado —¿de gris oscuro?, ¿de azul?—, boca pequeña de labios carnosos y cuerpo regordete y ovalado. Aunque parezca estúpido, le mira como si le conociese y le pidiera ayuda. Quizá no le guste este ambiente tan recargado, se dice Mallick. Es un pez un tanto ridículo, con esa mirada expectante, nerviosa. De vez en cuando, sin dejar de observarle, choca contra el cristal y cambia de dirección con cierta rapidez y habilidad, como si no quisiera que nadie notara que está atrapado.

—¿Tú qué opinas, Mallick?

La pregunta de Mortelli le ha cogido por sorpresa. El pez se da otro golpe contra el cristal. Mallick mira sucesivamente a cada uno de los tres negociadores antes de hablar.

—Opino que nos larguemos. No se puede vender cuando no hay comprador.

Mortelli da un respingo. Mallick se levanta de la *chaise longue* y se encamina hacia la puerta. Siente en su nuca el impacto de la mirada acusadora de su compañero. Ya lo dijo Fazerhoff: obtenían la cantidad requerida o estaban acabados. La cantinela de siempre. Y por ahora no habían escuchado ni una simple oferta, por mísera que fuera. Pero ya está bien, piensa Mallick mientras la suela de cuero negro de sus zapatos acaricia la alfombra persa. El pez ya tiene suficiente, los tres negociadores ya han demostrado su fidelidad para con su patrón, todos han estirado su papel más allá de lo exigible. A la mierda Fazerhoff, a la mierda Mortelli y a la mierda la venta. Aunque sólo fuera por respeto a ese bicho inmundo que brilla detrás de un cristal, en la jaula. Porque, ¿y si fuera cierto que Stork ya no es más que un pedazo de carne helada sobre el suelo de su habitáculo? Justo antes de que su mano izquierda toque el pomo de la puerta, Mallick oye cómo Mortelli le sigue con paso inseguro. Qué raro, piensa Mallick. Es extraño que no haya disculpado mi conducta, que no haya dicho que soy un demente, que no me haya detenido. Mallick abre la puerta y se hace a un lado para que pase Mortelli, pero una vocecita aguda vuela hasta sus oídos.

—¡Caballeros! ¡Caballeros, hagan el favor!

Mortelli le toma del brazo y susurra:

—Lo sabía: no son más que perdidos, como nosotros.

En breves instantes Mallick está otra vez recostado sobre la *chaise longue*. Por lo visto, los tres mimos estaban conteniéndose para no romper a hablar. Quién sabe; quizá a ellos también les habían amenazado en caso de no cerrar el negocio. Como muestra de buena voluntad han igualado sus posturas corporales con la de Mortelli: ahora Mallick es el único que no está sentado con las piernas cruzadas y una mano sujetando la barbilla. En cinco minutos todo queda claro. Según dicen, es costumbre en su ciudad intercambiarse un presente tras una transacción importante. Mortelli les entrega su reloj, naturalmente falso, y toma a cambio el de uno de ellos, otra baratija. Mallick les asegura que si le regalan el pez, él proporcionará algo maravilloso a cada uno. Los tres farsantes se consultan con sus ojillos oblicuos.

—De acuerdo —acepta el más joven—. Me fío de un caballero tan...

Mallick coge la pecera e introduce la mano libre en el agua. Está tibia.

—¿Sabe usted? —continúa el más gordo—. Ése es el pez Garibaldi. Es muy sabroso, ya no quedan muchos. Es atractiva la intensidad de su naranja, ¿no le parece? Cuando madura, desaparecen las motas azules y pierde sus colores vistosos; se desconoce la razón. Curioso, ¿no cree? Se diría que al hacerse mayor desearía ser invisible, gris, uno más. O que odia el color, justo lo contrario que todos nosotros. ¿O no?

Mallick ha escuchado atentamente las palabras del gordo. Persigue al pez en círculos concéntricos, cada vez más rápido, se detiene en seco y logra rozarlo. El pez se queda rígido, indefenso. Será imbécil, piensa el ingeniero. Es tan cobarde que no es capaz de saltar afuera. Los tres mimos, impacientes, esperan su presente. Mallick

posa la pecera en el suelo y se ajusta el chubasquero. Mortelli, satisfecho por el acuerdo, sonríe de medio lado.  Qu  se trae entre manos Mallick? Súbitamente el ingeniero de ojos hundidos se abalanza sobre el negociador más menudo y le suelta un sonoro beso en los morros. Después le toca al menos hablador, y por último al que parece ser el jefe, que se había quedado paralizado por el exceso de cariño con que Mallick había tratado a sus colegas. Mortelli se encorva para aguantarse la risa. Los tres tipos parecen tan estupefactos como el pez cuando fue rozado por Mallick.

—Disculpe, caballero —protesta uno de ellos—. No le entiendo.

Mallick recoge la pecera y se despide, muy envarado.

—Les he regalado algo que ustedes no habían experimentado jamás: un poco de pasión.

Mortelli se lleva a su colega tomándolo del brazo, casi en volandas, y cierra la puerta tras de sí. La calle est  desierta, como casi siempre a esas horas. Apenas una pareja pasea sus miserias sobre el pavimento azulado. El viento levanta hojas secas en remolinos, y sólo los anuncios luminosos parecen no haberse dado cuenta de que se acerca una tormenta.

—También les has regalado un litro de babas —ironiza Mortelli, que no ha olvidado vigilar la salida, por si les siguen—.  C mo sabías que nos llamarían antes de abandonar la habitación?  Acaso viste que se les dilataba la pupila?

—No lo sabía; y no, no descub i interés en sus pupilas.

— Magn fico!  Otro adorador del instinto!

El comentario de Mortelli, sin pretensión alguna de seriedad, deja a éste pensativo. Mortelli camina a su vera y escruta el rostro crispado del ingeniero. Quizá, se dice, esto explique en parte los últimos movimientos de Mallick. Cualquiera sabe que el instinto debe subordinarse a la razón y a la experiencia. Es una adenda, algo indefinible que marca la diferencia entre unos y otros, pero que, por su propia naturaleza, no sirve como estructura del pensamiento para cualquier fin. Nadie, continúa Mortelli reflexionando —ahora él y Mallick se abren paso entre los habitantes cabizbajos y desconfiados de las callejuelas, que murmuran ofreciendo sus mercancías, sonríen despectivamente al ver la pecera que transporta Mallick, o les invitan a entrar en los bazares y comercios situados en las traseras de las pequeñas edificaciones de no más de dos plantas—, nadie en su sano juicio se f a del instinto más de lo *razonable*. Escuchar solamente al instinto, que además ni siquiera habla, puesto que su reino no forma parte del lenguaje, es tan peligroso como pretender regirse exclusivamente por la razón. Lo uno es suicida, lo otro imposible.  Qu  pretende Mallick?, se pregunta Mortelli, perdida ahora la estela de su compañero, que se ha adelantado unos metros y ha desaparecido. Al doblar la esquina le descubre apoyado en una pared, esperándole con un cigarro en la mano y el brillante pez naranja a sus pies.

— Ad nde vas? —rezonga Mortelli, al que le falla el resuello, un tanto molesto por las prisas de su compañero.

—¿Sabes, Mortelli? A veces es divertido hacer lo que a uno le da la gana.

—Pues será mejor que nos orientemos si ahora lo que te da la gana es que lleguemos al bazar —replica Mortelli, mordaz—. Más de uno se ha perdido para siempre en este laberinto.

¿De qué habla este idiota ahora?, se pregunta Mortelli mientras toman una calle que le resulta vagamente familiar. No hay nada más patético que alguien que no se da cuenta de que vive en el filo de la navaja. Ya desaparecerán en Mallick esos aires de grandeza aprendidos de sus clientes más adinerados, esa poesía suicida. Y además está aquello que le contaron en el barrio de los irrecuperables. Un tipo bien informado le vendió un rumor muy sabroso. Mejor dicho: dos por el precio de uno. Se trataba del asunto Ackerman, la muerte de aquel agitador social que aún coleaba en las noticias. Según Shikibu —así se hacía llamar la sabandija propagadora de rumores—, el arrogante Ackerman no había fallecido en un accidente. Shikibu guardaba en su poder una copia del primer informe de la autopsia, realizado a toda prisa y después corregido con calma para su posterior publicación, en el que se precisaba que la causa del deceso del ambicioso científico era una parada cardiorrespiratoria provocada por una descarga eléctrica. El golpe en el cráneo se produjo después de muerto. Por lo tanto, sus dos acompañantes oficiales —había un tercero sin precisar, un doctor—, el afamado industrial Bermúdez y el melindroso secretario Kawatami, mintieron. Shikibu, con las mejillas manchadas de colorete y los ojos pintados de verde, le susurró a Mortelli la palabra «asesinato». Por desgracia para Mortelli el precio del borrador de la primera autopsia estaba por encima de sus posibilidades, y no lo compró, al menos a título personal. Quizá le interesara a la Corporación, y por ello informó de su existencia. Pero, a lo que íbamos: lo realmente interesante fue que Shikibu le ofreció por un precio razonable la lista de aquellos que se habían interesado por el asunto Ackerman. Mortelli satisfizo la cantidad exigida por el escurridizo Shikibu, y cuál sería su sorpresa al ver el nombre de Mallick en letra gótica acompañando a los de otros curiosos o aventureros. ¡Ay, Mallick! Así que el ingeniero de ojos negros, que ahora ha retomado la marcha y antecede a Mortelli esquivando los puestos ambulantes, está investigando la muerte de Ackerman por alguna ignota razón. Shikibu se negó a confesar si Mallick le había comprado el informe de la autopsia y Mortelli le dejó una señal para que le llamara si descubría algo nuevo sobre el caso Ackerman o sobre el propio Mallick. ¡Pobre idiota!, se lamenta Mortelli, que ahora toma un puñado de cacahuets de una tinaja y sonrío al comerciante. ¿A quién se le ocurre entrometerse en un asunto tan oscuro como ése? A Fazerhoff la noticia no le ha hecho ninguna gracia. Ahora el caimán no sólo lee y relee con avidez los informes que le envía sobre Mallick, sino que le ha ordenado que mande una copia directamente a Berger y que no quite ojo a su compañero.

Al doblar la esquina, los dos compañeros llegan a su destino: el bazar de Ravalona. Les recibe uno de los hijos, Terkan, delgado y aéreo, con los ojos despiertos y la boca ofensiva. De todos modos, se dice Mortelli, qué más da si es

Ravalona, Terkan, Steilman o Li: todos harán su negocio y se repartirán las sobras como perros hambrientos. Ellos recogen objetos estropeados, obsoletos o inservibles para venderlos afuera, y Mallick y él se los compran para revenderlos a tipos necesitados de recuerdos que llegan a pagar pequeñas fortunas por material de deshecho. Para los desheredados, las migajas del mundo. Mientras Mallick escoge objetos con aire experto en el patio trasero, regateando con el socarrón Ravalona, Mortelli se entretiene desnudando con la vista a un adolescente que le observa idiotizado. Mortelli le ofrece los cacahuets y el adolescente se acerca y toma uno de su mano directamente con la boca, asomando la punta de la lengua. Que Mallick siga la discusión interminable del precio, se dice, que yo ya tengo algo que hacer. Hasta del cuerpo parece haberse olvidado su compañero. Y esto, piensa Mortelli mientras repasa mentalmente sus miembros fuertes pero ya visitados por la edad y los compara con los flexibles e inmaculados del chico, esto es lo único que nos queda.

Mallick camina por el paseo de un concurrido bulevar de la zona comercial más cara. Hay un trasiego continuo de gente que entra y sale de las galerías comerciales y las tiendas. Bolsas y paquetes de todos los tamaños, materiales y colores brillan bajo la luz de las farolas. De tanto en tanto hay recoletos quioscos que ofrecen comida de variada procedencia. Se respira un ambiente festivo, alegre. Mallick es uno de los pocos paseantes —aparte de los mendigos y los desocupados— que se fija en los rostros de los demás, aturridos por el reclamo incesante de los escaparates. Mientras camina, el ingeniero colecciona ojos, orejas, narices y expresiones de abatimiento, ilusión, fugaz plenitud, euforia o arrogancia. Resulta muy cómodo observar sin ser visto, mirar sin ningún rubor a los ojos de la gente corriente sin que se entere. Es como si Mallick fuera un fantasma. Pero unos treinta metros por detrás hay alguien que sigue al ingeniero y no le considera precisamente un habitante del más allá. Velasco arrastra los pies enfermos y la cojera mal curada. Por suerte la lesión que le produjo Mallick no es grave, aunque le obliga a llevar una férula de plástico. El trote vulgar y antiestético de Velasco, así como su aspecto dejado, no pasan desapercibidos entre la gente. Velasco rechaza alguna que otra limosna —tras dudarlo, pero el deber es el deber— y reparte sonrisas e inclinaciones de cabeza entre los viandantes para no asustarles. Le duele la rodilla y a duras penas logra no perder de vista a Mallick, y si no fuera porque confía en que tanto esfuerzo le va a suponer una ganancia sustancial, le dejaría marchar. ¿Cómo es posible que camine tan deprisa, sin detenerse para mirar nada? Hasta Velasco empieza a pensar que el ingeniero de ojos oscuros no es humano. Cuando ve que su presa se dirige hacia una tienda, no puede evitar un suspiro de alivio. ¡Por fin! Mallick entra en una librería y Velasco espera al otro lado de la acera, dando la cara a la puerta mientras aprovecha para comprar un tentempié y engañar el hambre.

No es la primera vez que Mallick acude a la librería Zénit, una de las más prestigiosas de la ciudad. El espacio es amplio y diáfano. Al fondo, alrededor del sencillo mostrador del transmisor de deuda, lugar donde también se recogen los libros comprados, cuatro atendientes debidamente uniformados responden a las consultas de los clientes y entregan los paquetes. Mallick conoce la librería por Stork. Es aquí donde le compra de vez en cuando algún libro de regalo. Pero, además, lo que fascina a Mallick es la batalla silenciosa que se desarrolla ante los ojos de los clientes.

Las paredes están tapizadas con las imágenes de las cubiertas de los libros en almacén. Bajo cada cubierta se pueden leer dos cifras que cambian casi constantemente. La primera es la de las ventas; la segunda responde a los ejemplares en almacén. Si un libro supera a otro en el número de ejemplares vendidos durante la última semana, adelanta la posición que le corresponde en el panel, hacia arriba y hacia el centro de la habitación, hasta llegar, en su caso, a la posición estrella, en medio de la fila superior de la pared enfrentada a la puerta de acceso. A Mallick le

gusta mirar durante un buen rato los paneles con las llamativas portadas y ver la transformación que sufren, a veces frenética. Los únicos libros que no están sujetos a dicha ley son las novedades, protegidas durante dos semanas en las que no pueden desaparecer del panel interactivo ni perder la posición asignada según la jerarquía de su lanzamiento. Mallick ha tenido el honor de visitar los almacenes situados en la parte trasera de las librerías. Era un espectáculo maravilloso observar cómo las cubiertas de los superventas sustituyen a las de los fracasados e intuir cómo la tinta varía de lugar sobre las páginas, amoldándose al texto escrito por el triunfador.

Ahora Mallick se acerca al mostrador para que le atiendan. La librería está bien surtida de clientes, y el ingeniero guarda cola. Frente a los paneles hay un buen número de ciudadanos de aspecto solitario señalando portadas. Delante de Mallick, a menos de un metro de distancia, se encuentra una mujer tan alta como él, ancha de espaldas y de talle estrecho. Mallick, distraído y ya un poco impaciente, se fija en su nuca. El cabello plateado, corto, fino y revuelto, parece el plumaje de un pajarillo. Dan ganas de acariciarla. Mientras atienden su pedido, la mujer se vuelve y mira hacia los paneles de novedades. Por un instante el corazón de Mallick se detiene, para después bombear con violencia. La ha reconocido: es Jo. Parece como si le persiguiera. La mirada de Mallick queda presa en los ojos de la mujer, decorados con unas pestañas oscuras y largas. Mallick sabe que el gris claro y luminoso de sus ojos debe de corresponder a un color poco usual. ¿Naranja? ¿Rojo violín, quizá? El dibujo del iris, con círculos concéntricos de distintos matices y suaves radios de un tono oscuro que nacen desde la pupila como rayos de sol, es sencillamente maravilloso. Pero la curiosidad por abarcarlo todo le vence: Mallick recorre con la vista el rostro y el cuerpo, y ella se da cuenta. Por un instante los cuatro ojos se encuentran. Mallick no desvía la mirada. Aparentemente molesta por la desfachatez de Mallick —y en el fondo algo complacida—, Jo se vuelve hacia el mostrador y le da la espalda. Llega la atendente, una mujer mayor de aspecto dulce.

—Aquí tiene. El gran crítico Farowski opina que es uno de los grandes autores de todos los tiempos, y que sus versos son como dardos que unas veces hieren, y otras acarician o hacen cosquillas.

—No me diga —corta Jo—. ¿Ése es el precio? ¿No es demasiado caro?

—Bueno —responde la atendente un tanto sorprendida—, ya sabe, es un clásico en papel con encuadernación en piel. Se lleva una pequeña joya.

La mujer de los ojos naranjas paga, recoge el libro debidamente envuelto y metido en una caja de lujo, mira a Mallick un instante con una sonrisa irónica y se marcha. Mallick hace ademán de seguirla, pero algo le detiene. La atendente suspira: hoy debe de ser el día de los clientes raros.

—Buenas tardes. ¿Desea usted algo?

Mallick no responde. Los demás integrantes de la cola comienzan a impacientarse.

—¿Oiga? Disculpe, señor. ¿Desea usted algo?

—Sí —responde Mallick, al fin—. Quiero algún libro de K. en papel —y después añade, con voz insegura, casi en un susurro—: Y deme el mismo título que le acaba de vender a la señora.

—¿Se refiere al de C.? Iré a ver —comenta la atendida, que se permite una breve sonrisa socarrona—. Es la primera vez que me piden dos seguidos en toda mi vida.

Mallick espera cabizbajo. Sólo cuando la atendida posa con sumo cuidado sobre el mostrador los dos costosos ejemplares solicitados, Mallick parece recuperar algo de la energía que le ha abandonado momentáneamente. Cuando sale a la calle, Velasco, siempre atento, le sigue. Mallick camina más despacio que antes. Ahora Velasco no necesita esforzarse tanto para seguir su estela. Mallick deja el bulevar comercial y se interna por una zona de calles menos concurridas. Velasco, para no ser descubierto, espera a que Mallick doble una esquina para seguir tras él. Velasco se asoma: Mallick ha tomado una calle peatonal solitaria. Desde el otro extremo se acerca un tigre. Es un ejemplar magnífico: mide tres metros de longitud incluyendo la cola, su altura es de un metro hasta la cruz y pesa doscientos cincuenta kilos. Su pelaje pardo amarillento, con rayas negras y manchas blancas en la panza y el rostro, brilla a la luz de las farolas. Los ojos, dos faros en el triángulo de su cara, lanzan destellos verdes. Ruge. Camina con paso firme, sin desviarse de su trayectoria. Mallick se dirige hacia él a paso vivo, como si le hubieran inyectado una dosis de adrenalina. Cuando el tigre y Mallick se van a cruzar, el ingeniero se abalanza sobre el felino con un movimiento atlético y le pega una serie de patadas y puñetazos. El tigre se mantiene quieto, ni le mira, parece una mole imponente de carne muerta. Confundido y espantado, Mallick deja de atacarle y continúa su andadura.

Velasco ha quedado estupefacto. ¿Por qué Mallick, al que considera un hombre cabal, ha actuado de ese modo inmoral y casi histérico? ¿Qué le ha llevado a ensañarse con el pobre bicho? Los animales del zoo, sedados para anular su agresividad, pasean por la ciudad para mostrar a los niños y a los ancianos cómo eran las especies ahora extintas. Sólo un demente les atacaría. Este tipo, se dice Velasco, es más impredecible que la trayectoria que describe el humo de un cigarro. Velasco se acerca al tigre, curioso. Wand-da, el Gran Príncipe, como le denominan los niños porque dicho título está impreso en un ideograma chino dibujado por las rayas negras sobre su propia piel, sigue quieto. Velasco le acaricia los bigotes con cierta precaución. Wand-da le mira con ojos velados, ausente. Velasco mira a un lado y a otro. Sólo él ha visto la actuación reprobable del ingeniero Mallick. Velasco deja al tigre y aviva el paso con el fin de recuperar el contacto visual con Mallick, a quien ya no ve. Sonríe. ¡Quién lo diría! Ni siquiera se va a tomar la molestia de denunciar a Mallick por medio de una persona interpuesta para cobrar la recompensa. Está de suerte: hoy sí que tiene algo interesante que contar a Mortelli, que le ha contratado para seguir a Mallick a cambio de ayudarlo a que Fazerhoff le vuelva a incluir en la plantilla. Pero Velasco ha perdido el rastro de Mallick. Mira en las bocacalles, pero

nada. Una vez más, le ha dado esquinazo. Velasco se sienta en un banco, se quita los zapatos y acaricia sus pies deformes. Tiempo al tiempo. Paciencia.

Al final nadie logra guardar sus secretos, ni siquiera un especialista como Mallick.

Mortelli y Mallick hacen cola con los demás ingenieros. Mortelli está satisfecho con las últimas operaciones que ha cerrado en colaboración con su colega. Su cifra de ventas actual —y los pequeños ahorros; más la información de que dispone, no olvidemos la información—, la más alta de un ingeniero en toda la historia de la Corporación, le permitirá en breve, con un pequeño empujón, dar un nuevo salto hacia adelante. Vender. Saltar. Porfiar. Vender. Saltar. Porfiar. ¿Cómo se llamaba aquel bicho repugnante que parece un gusano con patas robustas y alas membranosas y se dedica a viajar volando y saltando? Langosta. Pues así se ve Mortelli, como una langosta viajando hacia el triunfo. Con un poco más de paciencia podrá exigir otro puesto, cambiarse de nombre y jugar a otros juegos más excitantes. ¡Adiós al ingeniero en ventas Mortelli, el as de la Corporación! Mortelli repasa con la vista la fila de ingenieros. Muertos de hambre que saben disfrazarse de opulentos diablillos. Aunque parezca mentira, Mortelli es capaz de nombrarlos a todos y de recitar sus patéticas biografías. Mach está junto a Mé y Malena. ¡Vaya trío! Por ahora la apetitosa Mach está cumpliendo el acuerdo y ya le ha enviado tres copias de los informes especiales que redacta para Fazerhoff. Habrá que hacerle una visita para arañar su espalda y que no lo olvide. En uno de los informes el protagonista es Mallick. Bueno, Mallick y Stork. Los otros no eran demasiado interesantes. Tras Mach se esconde Velasco, arrugado como un viejo sin recursos. Mortelli husmea y detecta su olor nauseabundo, acre y penetrante. El olor de la derrota sin dignidad, se dice. ¿Cómo es posible que cada quince días se persone en el almacén para que Vishnu, el encargado color chocolate, le grite que no hay nada para él? ¿Por qué Velasco se deleita en su propia humillación? Claro, que en ocasiones algún idiota le presta algo de ropa o alguna chuchería para sentirse importante durante unos minutos mientras Velasco le cubre de babas.

De pronto Fazerhoff irrumpe en el almacén. El caimán llega corriendo y no se detiene. Cruza el hangar gritando y resoplando.

—¡Venga, hijos de puta! ¡Coged vuestra limosna de una vez y salid a la calle! ¡A trabajar! ¿Qué os creéis, que esto es un asilo? ¡A trabajar, cabrones!

Los ingenieros se arrugan ante la presencia de su jefe, aunque no pueden por menos de sentirse orgullosos de él. Fazerhoff corre con pasos cortos y violentos, haciendo sufrir a las suelas de sus zapatos amarillos. Avanza y mira al frente, salvo cuando descubre la presencia de Mortelli y Mallick. Allí están sus hijos más queridos y despreciables. Pero nada detiene su carrera ni sus voces.

—¡Hoy las comisiones bajan dos centésimas! ¡Mamarrachos! ¡Borrachos! ¡Chalados! ¡Charlatanes! ¡Chivatos! ¡Chaqueteros! ¡Chipriotas! ¡Chochos! ¡Chingados!

En cuanto la calva brillante de Fazerhoff desaparece, los ingenieros vuelven a sus miserables confianzas y discusiones inanes. Eso sí, el responsable del almacén

despacha los artículos con mayor diligencia. Ya no intercambia comentarios hirientes con los ingenieros y los movimientos de sus manos callosas son rápidos y mecánicos.

—Hay días en los que me pregunto si el caimán está en sus cabales. Hoy el muy degenerado ha estado blandito, casi romántico. ¿Habías oído alguna vez «chipriotas»? ¿Qué coño es eso? —pregunta Mortelli. Visto que Mallick no le responde, cambia de tema—: ¿Cerraste lo de Fernández?

—Treinta arriba. Dos a la izquierda. Dieciséis a la derecha. Dos abajo.

—¿En serio? Entonces, ¿cuánto?

—Diez mil, de los cuales me corresponden a mí siete mil.

—¡Serás hijo de puta! ¿Por qué?

—Porque, recuerda, me dijiste: «A este pájaro no lo desplumamos ni en mil años». Y yo apostillé: «Déjame a mí. Treinta setenta». Y tú dijiste: «De acuerdo, Mallick. A mí no me gusta tanto perder el tiempo como a ti. Será que no estoy enamorado». Y yo te dije: «Vete al infierno, Mortelli». Y tú te fuiste raudo al infierno, con Petrov.

—¿Petrov? No me vengas con cuentos, Mallick. No recuerdo esa conversación. Me estás robando.

—¿Acaso recuerdas algo de aquella noche? —se burla Mallick—. ¿Sabes quién es Petrov? Te habías fumado un cigarro dorado. Ya sabes, esos que te sumen en el olvido.

Mortelli mira a Mallick con incontenible admiración. Sí, es cierto, Mallick es un perdido, pero aún retiene aquello que lleva en los genes. Astucia, estilo, avaricia. Esos ojos hundidos, aparentemente opacos, siguen en alerta permanente. El cuerpo, con una tensión muy conseguida, sabe transmitir mensajes engañosos de un modo muy preciso. Las manos, ocultas en los bolsillos con el fin de demostrar un autocontrol inusitado, están prestas a ahogar y desnudar. Treinta setenta. Tiene gracia: le ha birlado dos mil en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Ah, por cierto! —dice Mortelli, fingiendo indiferencia—. Fazerhoff va a proponerte algo: no lo aceptes y huye.

—¿Huir? —se sorprende Mallick—. ¿Salir de la ciudad? ¡Jamás se me ha pasado por la cabeza! ¿Por qué me previenes? No es tu estilo implicarte en los problemas de los otros.

Mortelli cierra los ojos y se tapa la nariz con el hueco del puño, aparentando reflexionar. En él una respuesta parece más cierta cuando es forzada, sin aparente naturalidad.

—Porque estás loco, y los locos son peligrosos. Ya me quisiste matar una vez, ¿recuerdas?, y no quiero repetir la experiencia. Y además, Fazerhoff es un perro. No comprendo por qué se interesa tanto por ti.

Han llegado al mostrador. Vishnu sonrío a Mortelli con el agujero de su boca desdentada. El pelo lacio y grasiento le cae sobre los ojos, y el vestido que lleva resalta la delgadez extrema de su cuerpo.

—Productos de limpieza, colonia Shine, cosméticos, cigarrillos, anticonceptivos —gruñe.

—Quita los anticonceptivos, monstruo. No uso.

—¿Eres impotente, o qué? —dice Vishnu, con ceño fruncido y mueca de desprecio.

—¿Otra vez la misma broma, Vishnu? ¿Es que no te sabes otra?

Vishnu ríe, agradecido porque Mortelli le ha llamado por su nombre, y le entrega la bolsa. Mallick espera la suya, pero Vishnu ni le mira.

—¡Eh, feto! Mis cosas.

Vishnu se hace el sordo. Mallick le agarra del cuello y le atrae hacia sí. El aliento del encargado huele a bosque húmedo y rosas tiernas.

—¡Mis cosas, te he dicho!

Mallick le suelta y Vishnu se acaricia el cuello enrojecido. Mira a un lado y al otro, y para que todos le oigan, chillá.

—¡Para ti hoy no hay nada! ¡No hay nada para los que fracasan! ¡El que no vende, pasea sin maquillaje!

Los gritos del encargado han atraído la atención de los ingenieros que aún esperan su turno. Hay caras de asombro, satisfacción y una —la de Mach— de pesar. También cuchicheos y palmadas en la espalda. Mallick sonríe con desdén a Vishnu, y justo antes de darse la vuelta, le escupe en pleno rostro. Mortelli le toma del brazo y se lo lleva.

—No te sulfures, viejo. Ese retrasado es incapaz de pensar por sí mismo. Alguien de arriba se lo habrá ordenado. Quizá sea un error. O un aviso.

Los dos colegas se encaminan hacia la salida seguidos por veinte pares de ojos. Mallick rompe el espeso silencio que acompaña a su público descrédito en la Corporación, y habla a Mortelli en un susurro.

—Entonces, ¿tienes envidia de mí porque Fazerhoff me va a aniquilar?

—Sí, por supuesto. ¡Qué se le va a hacer! —Mortelli finge resignación—. Soy de los que envidian hasta las desgracias que les ocurren a sus enemigos. No comprendo por qué no me echó la vista a mí si deseaba destrozarse a alguien. ¿No me dice siempre que soy su hijo predilecto?

—No te hagas mala sangre, Mortelli. A mí ese bastardo no me puede hacer nada.

Mortelli le pasa el brazo por encima de los hombros y le besa la oreja. ¡Oh, bendita inocencia!, se dice Mortelli, casi enternecido por las estúpidas palabras de Mallick. ¿A él no le hablaron de los ogros de pequeño? Su característica principal —aquellos que los distingue y hace míticos— es que se alimentan de carne humana. Son enormes, deformes, amorales, noctámbulos, sucios, y desconocen otro lenguaje que el de la fuerza bruta.

Y ahora, esos horripilantes monstruos de la infancia, amigos de las pesadillas y enemigos del sueño, han puesto sus ojos en Mallick.

Mallick respira hondo y el aire fresco hincha sus pulmones. Empapado en sudor, la garganta seca le recuerda el aire sofocante que ha respirado en el exterior. Allí dentro corre una brisa que aviva rápidamente sus sentidos embotados. Poco a poco los ojos se acostumbran a las tinieblas. Al otro lado de la habitación distingue dos puertas correderas translúcidas en las que se dibuja la silueta de un cuerpo echado. También se proyecta la sombra de un pájaro subido a una percha. El ave salta de un brazo a otro de la percha y aletea: su sombra, inmensa, parece como si amenazase a la del cuerpo tendido. Mallick avanza hacia las puertas, las abre lo justo para permitir la entrada y se asoma. El cuarto está iluminado por una lámpara de pie situada en una esquina. Un búho chico emite un sonido gutural al ver a Mallick, y ladea la cabeza para estudiar mejor al intruso. Mallick se fija en su ojo, grande y de color ¿amarillo?, ¿anaranjado? A su lado, en el interior de una pecera de cristal con forma de globo apoyada sobre una peana, el pez Garibaldi rumia su confinamiento mientras nada trazando círculos siempre iguales. Stork yace entre almohadones, envuelta en una sábana blanca, aparentemente dormida. Mallick se descalza, entra y se desnuda. Al colgar la ropa en la percha del búho, lo mira y sonrío con los ojos, a pesar de la repugnancia que le producen las aves en general; según Stork, lo compró porque era igual que él: rapaz, observador, circunspecto, compacto, burlón, noctámbulo y con visión en blanco y negro. Mallick saca de un bolsillo del pantalón una ampolla de Devirol y una jeringuilla. Se agacha sobre Stork, le limpia un hilo de saliva que le cuelga de la boca, toma su antebrazo y se dispone a inyectarle la droga. Pero Stork no está dormida. Abre los ojos y le habla con voz desmayada.

—Hola, ingeniero. No me drogues todavía, por favor.

Mallick deja los utensilios sobre el suelo y se sienta a su lado.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Ya ha pasado todo. Simplemente estoy débil. Pesada. Enciende esa luz.

Stork señala un pequeño interruptor que cuelga de un cable. Mallick lo pulsa y los paneles se iluminan con una luz suave. Las puertas correderas se colorean de un ocre rojizo, las dos paredes opuestas de marrón, y el panel del fondo del cuarto de un gris oscuro.

—Debería cambiarlo todo, ahora que has llegado. De marrón dinámico y gris quieto a todo azul. Azul marino, cian, celeste, índigo, azur, turquesa... Te mereces otros tonos menos lúgubres.

Mallick le alcanza un vaso de agua y Stork bebe. Cuando Mallick lo recoge, Stork aprovecha para pellizcarse los pómulos, que recuperan un color sonrosado. Hay una elegancia natural en Stork que le permite estar atractiva incluso en momentos como éste. El cabello, despeinado, le presta un aspecto indolente y descuidado que se aviene con sus miembros finos y largos. Los ojos miran siempre hacia afuera, a los demás. La sábana, arrugada y sujeta por una mano en el pecho, permite ver unos

hombros erguidos y bien contorneados. Las uñas de los dedos de los pies, pintadas de plata, asoman como gotas del rocío matutino. Mallick la observa y no hay tristeza en su mirada, sino algo semejante a la ternura. Stork trata de incorporarse y Mallick la ayuda. Coloca unos almohadones contra el panel, la levanta por las axilas y la sienta.

—Mallick, tengo algo que decirte.

Mallick coge un cigarro de la cajetilla de Stork y lo enciende.

—¿Qué ocurre? ¿Ahora resulta que fumas?

Mallick no tiene ganas de explicarle a Stork que fuma de vez en cuando desde hace tiempo. Aspira hondo y expulsa el humo por la nariz. Después, le tiende el pitillo.

—He estado dándole vueltas a la cabeza y... quiero tener ese hijo.

Mallick coge otro cigarro. No ha cambiado la expresión de su rostro, pero su mano tiembla ligeramente.

—Es extraño. En el trabajo, mientras entrevistaba a una mujer, me vino a la cabeza la historia del ojo inocente. Cuando vemos un objeto, el inconsciente evoca el color que le corresponde. ¿Comprendes? El follaje es verde, el cielo azul... El cerebro se sirve de una biblioteca de asociaciones que facilita su trabajo y le permite no malgastar energía. Pero el ojo inocente no está educado, sólo mira y ve. No sé por qué, pero al regresar a casa me imaginé que mi hijo tendría un ojo inocente, que yo sería capaz de protegerle al menos durante un tiempo. Que miraría y vería. ¿Me comprendes?

Mallick no entiende nada, pero calla. Stork da una calada y sigue hablando.

—Entonces deseé tener ese hijo, y también que tú fueras el padre. No me hables de razones ni motivos. Los desconozco. Quiero tener ese hijo y ya está. Antes aborrecía la idea, me deprimía y estaba de acuerdo con los que mantienen que no hacen falta padres para tener hijos. Pero hoy ha cambiado todo. Estoy harta de pensar. Lo siento así y con eso me vale.

—Hay un problema —comenta Mallick, con una voz serena que contrasta con el persistente temblor de su mano izquierda—. Si tenemos un hijo, lo más probable es que nazca enfermo. Vivirá un mundo incoloro. Me lo dijo un médico con el que mantuve tratos. Y quién sabe si tu enfermedad también le afectará. ¿Has pensado en eso?

—No. No he pensado en eso, ni me importa —Stork ve cómo el ingeniero levanta la cabeza y la mira fijamente, sorprendido por sus palabras—. ¿Soy una egoísta, Mallick?

—Sí, y yo también —responde el interrogado tras unos segundos—. Supongo que los amantes son siempre egoístas.

—¿Y eso es justo?

—Sí, porque se aman. Los hijos llegan más tarde. Ahora importamos nosotros. Tú y yo.

—Somos repugnantes.

—¿Y qué? Pero me gustaría saber qué probabilidades hay de transmitirle nuestras enfermedades. Y si tienen curación.

—No sigas, déjalo. Es como un juego de azar —argumenta Stork—. Juegas, o no juegas. ¿Juegas?

—Sí.

—Quiero tenerlo lejos de aquí. Así quizá logre que su ojo sea inocente.

Mallick se rasca la sien, incómodo.

—Está bien. Nos iremos pronto. Pero hay que esperar un poco. Estoy a punto de cerrar un negocio muy jugoso.

—Pues ciérralo rápido, Mallick, porque no voy a esperar más. Me importa una mierda el crédito y estoy harta de tu cantinela. A veces me pregunto si lo que ocurre es que estás mal de la cabeza y buscas problemas imaginarios para no enfrentarte a la realidad, que es mucho más sencilla.

Stork se desliza por los almohadones y un hilo de saliva blanca fluye desde sus labios. Mallick apaga el cigarro, coge la jeringa y la ampolla y le inyecta a Stork una dosis de Devirol. Stork cierra los ojos y agarra la mano de Mallick.

—¿Tienes hambre?

—Sí —responde Stork, firme.

Mallick se levanta y sale de la habitación. Camina como un autómatas, sin saber muy bien adónde se dirige. Tampoco le ayuda la disposición del espacio que ha preparado Stork esta noche. Mallick abre y cierra puertas correderas de habitaciones a oscuras, se topa con muebles y objetos sin identificar, pero no encuentra la cocina. Después de unos minutos, se sienta en un cuarto cualquiera. Se da cuenta de que tiene el puño cerrado y lo abre. Allí guarda la colilla del cigarrillo que había fumado junto a Stork. ¿Cómo ha llegado hasta allí? Lo enciende. Un punto naranja brilla en la habitación. Es gracioso, piensa Mallick. Ahora, justo ahora, Stork decide que quiere tener un hijo con él y que deben marcharse. A él le horroriza la idea de abandonar la ciudad —¿qué puede hacer un tipo como él en medio del campo, rodeado de zarrapastrosos e insectos?—, pero ha accedido por razones que ignora Stork. No es una decisión libre. Simplemente, es probable que se vean obligados a huir. En la ciudad, con Stork y enemistado con la Corporación precisamente por estar con ella, y por el asunto de la muerte de Ackerman y los archivos ahora en poder de Ian, carece de futuro. Si no obtiene algo para negociar con ellos, está acabado. Y si se marchan ahora, con las manos vacías, también estará acabado: nunca podrá regresar.

Mallick tira la colilla al suelo, y continúa buscando la cocina. Esta vez, más sereno y concentrado, la encuentra sin dificultad, escondida tras un panel oscuro. Mallick ha observado varias veces a Stork cocinando. Abre el frigorífico, escoge unos productos con decisión —pese a que ignore sus nombres o propiedades—, los corta en trozos, rocía la plancha con aceite y los echa encima. Está haciendo un plato de verdura salteada. No ha olvidado la sal. El olor que despiden las verduras le resulta insoportable, demasiado intenso. Revuelve con una cuchara, selecciona un pedazo de

pimiento y lo prueba con cierta aprensión. Quema. Mallick aguanta y lo parte con los incisivos. Está como dice Stork que debe estar: tierno por fuera y crudo por dentro. Lo escupe sin contemplaciones y sirve un plato. Prepara una bandeja, abre una botella de vino y vuelve a la habitación que abandonó hace ya media hora.

Stork duerme plácidamente. Mallick deja la bandeja a su lado y la besa en la frente. Se sienta en el suelo, la espalda apoyada en la pared, y reposa durante un rato. Cuando se despierta ve que Stork sigue dormida. Mallick no sabe qué hacer: se aburre. Mira al búho y recuerda que en un bolsillo de la gabardina está el libro de C. que compró en la librería Zénit, un ejemplar igual al que adquirió Jo. Leer un libro no le va a hacer daño. Mallick se levanta, lo coge y lee. Pasa el tiempo y Mallick sigue leyendo. Al cabo de un par de horas Stork gime y se revuelve. Mallick recuerda que Stork odia la comida fría —siempre y cuando haya estado caliente, o, como dice ella, se coma caliente—, y deja el libro boca abajo, abierto por la página que estaba leyendo. Coge la bandeja, recalienta las verduras en la cocina y regresa a la habitación. Stork está despierta y tiene el libro de C. entre las manos. Parece entusiasmada.

—¡Qué sorpresa! ¿Has estado leyendo? Deberías saber que a los libros no se les puede tratar mal. Sufren como las personas. Han de dejarse siempre cerrados.

—Lo siento.

—¿Y? ¿Te gusta? —Stork hojea el libro y estudia la edición—. Sé que C. es un autor magnífico, pero no he leído nada suyo.

—Está bien.

—¡Tu primer libro! Nunca imaginé que pudieras llegar a leer uno, y menos aún que lo compraras tú mismo. ¡Y de papel!

—Come, Stork. Tienes que recuperar energías.

Stork huele la comida, descubre la bandeja con la botella de vino y se abalanza sobre los cubiertos.

—Gracias, Mallick —dice Stork, que comienza a comer—. ¡Esto es sólo el principio! Voy a dejarte algunos libros que te van a emocionar. Pero tú sigue leyendo, no lo dejes por mí.

Mallick observa cómo Stork devora las verduras. La boca se abre y cierra rápidamente, las quijadas chocan y las muelas trituran el alimento. Hay algo animal en la escena, algo que produce en Mallick cierta aprensión. Pero, ¿no es eso precisamente lo que buscaba, algo tierno y brutal, aquello que algunos llaman vida? Stork le mira, enarca las cejas y le señala el libro, deseosa de que Mallick continúe la lectura.

—Creo que ya no voy a leer más, Stork. El libro lo compré para ti. Si algún día me apetece, ya te lo pediré. No es lo mío.

Stork insiste hasta que Mallick, harto, le grita.

—¡Déjame en paz! ¡Ya te lo he dicho! No voy a leer ni una página más de ese libro, ¿de acuerdo?

Stork retira la bandeja y le da la espalda al ingeniero, disgustada por su incomprensible arrebatado de mal humor. Mallick, avergonzado, se acerca y la besa en la frente, los carrillos y los pómulos. En la nariz. En la barbilla. La besa en el cuello, a través de la sábana, en las pantorrillas, besa los pies, los acaricia. Es su manera de pedir disculpas, y Stork, cuando le atrae hacia sí, le besa en la boca y busca con una mano ansiosa que baja por el pecho y el vientre del ingeniero, le está diciendo que las acepta.

Mallick camina tras una figura estilizada por un pasillo iluminado por una tenue luz verde que otorga un tinte irreal a la escena. Dos vigilantes les siguen en silencio. Es arriesgado aventurar si la figura que precede a Mallick pertenece a un hombre o a una mujer. En su cabeza rapada y ligeramente ovoide destaca un rostro alucinado de grandes ojos claros, nariz aquilina y labios prominentes. Ahora entran en una habitación vasta y diáfana, decorada con paneles luminosos y blancos, y con grandes almohadones en tonos chillones dispuestos alrededor de una mesa baja lacada en negro, profusamente decorada con escenas amorosas y escoltada por una coqueta a juego. Los dos vigilantes que les acompañaban se han quedado afuera.

—Ignoraba que dispusieras de un espacio tan grande —comenta el ingeniero—. Nunca me habías invitado a este agujero, Sasha.

—Hay una habitación para vender, y otra para comprar —susurra el ser equívoco—. Ponte cómodo. ¿Deseas algo? ¿Un cigarrillo, una bebida, píldoras?

Mallick niega con la cabeza y se sienta frente a Sasha, sobre uno de los cojines. Sasha lo hace de medio lado, en el suelo, las piernas una sobre la otra, flexionadas y perpendiculares al cuerpo, muy erguido, con la cabeza ligeramente ladeada, aparentemente cómodo pese a lo forzado de la postura.

—¿A cuánta información tengo derecho?

Sasha inclina la cabeza hacia un lado y el otro, la mueve en círculo, como si quisiera relajar cuello y hombros, y abre los ojos. En su boca hay una sonrisa cruel.

—Por los datos que me has ofrecido sobre Smolarek, Radja y Bobu, creo que es justo que inquieras sobre tres personajes.

—De acuerdo. Ahí van. Corporación Xen, Ackerman, los doctores Baquerizo y Davids.

—Son más de tres.

Sasha, con un movimiento atlético que contrasta con la finura de sus ademanes, coge una pitillera de uno de los cajones de la coqueta y prende un cigarro. El humo, negro y denso, sube hacia el techo como un trazo de espesa pintura. La luz de los paneles que forran las habitaciones se torna roja y baja de intensidad. El rostro de Sasha, parcialmente cubierto por el humo negro, con los ojos brillantes, parece lamido por una llama. Mallick sonríe ante el espectáculo, pero al instante sus rasgos se crispan: hay algo en ese ser que no invita a tomárselo a broma.

—La Corporación Xen es un entramado de intereses dispares que siempre confluyen en una dirección —comienza Sasha, con voz entrecortada—. Hay varias compañías igual de poderosas en la ciudad: la Lex, Van Breda, Darab, Lazona... Podría parecer que es la obtención de crédito lo que las guía, pero sus integrantes con voz y voto son suficientes como para que las circunstancias varíen constantemente. En el caso de Xen, ayer defendían la expansión hacia afuera, atreverse de nuevo con mercados cero, y hoy en cambio protegen sus fronteras. Mientras obtenga comida, el

elefante no tiene por qué moverse de la sombra de su árbol. Pero la última tendencia que se percibe en los ambientes de las primeras letras del abecedario es la de una lucha sin cuartel entre quienes atacan y quienes defienden la moratoria de inventos. Simplificando, para unos el enfriamiento de la economía se debe a que el gobierno de Ali-san, como si se tratara de un bárbaro cónclave de brujos, ha tratado de detener el tiempo prohibiendo a la ciencia y a las empresas el lanzamiento de productos novedosos, y para los otros los consumidores, gracias a la moratoria, se sienten más cómodos en un escenario menos frenético y su confianza evita el colapso de la economía. Son dos grupos heterogéneos y de peso parejo. Los hay que se mueven por convicciones morales, por oscuras alianzas, por intereses económicos o por la diversión de jugar al juego que está de moda. En el asunto de la moratoria, la Corporación Xen no ha mostrado una postura concluyente, lo que no es extraño, porque al que es paciente, si reacciona rápido, le llueven los regalos. Dicen que Lex y Darab apoyan la moratoria, aunque nunca se sabe. Siempre juegan con dos cartas, y suelen mostrar al final la que corresponde al ganador.

—Pero, gane quien gane, ¿cuál es el pastel?

—El pastel es el futuro, la dirección que llevará esta ciudad marchita. Todavía no hay siquiera contratos. La gracia del juego consiste en el riesgo, en la incertidumbre. Después vendrá la rapiña.

—Y tú, ¿quién crees que ganará?

—Yo sólo sé que detener el tiempo sólo está al alcance de los dioses, que a los dioses sólo se les ocurrió detenerlo mediante la eternidad, y que los dioses, aunque estén presentes, no existen.

—¿Y Ackerman? ¿Qué tiene que ver con la Corporación?

—Ackerman trabajaba con o para Xen. Pensó que era una de las piezas claves del juego y ahora es un simple productor de gusanos. Era un científico, y los científicos no pasan por su mejor momento: ya no son los ojos de nuestra ciudad.

—¿Qué quieres decir? Eres demasiado críptico para vender información.

Sasha ríe de veras, y por su boca asoman unos dientes marfileños, pequeños y bien formados.

—¡Touché! Pero tú deberías saber que soy críptico precisamente porque trafico con información —Sasha parece reflexionar durante unos segundos. Su mirada se pierde en un punto indeterminado, hasta que suspira y sus ojos brillan de nuevo—. Volviendo a Ackerman, él creía que la moratoria de inventos era un completo disparate. Era lo suficientemente inconsciente como para airear sus opiniones en público, y lo suficientemente listo como para darse cuenta de que así lograría convertirse en un personaje, en una voz de la oposición. Estuvo a punto de lograrlo, se quedó, como quien dice, al borde. Enemigos tenía muchos, pero no siempre hay que sospechar de ellos. Sus amigos eran eminentes científicos, pensadores, empresarios... Gente que siempre desea más, capaz de sacrificar a cualquiera por una quimera o una moneda, que al fin y al cabo son lo mismo. Entre ellos se encontraban

Davids y Baquerizo, los padres de Stork. Eran grandes amigos y coincidían en buena parte de sus anhelos e intereses. Incluso compartían una preciosa debilidad de los arrabales llamada Vera; Vera, ojos de miel, mente insondable, humedad. Davids y Baquerizo forman una pareja honesta, moralmente intachable. No son fanáticos de la familia, consumen, crean, opinan lo justo, medran, son fieles a sus mentores y saben mantenerse a la sombra en caso de tormenta. La muerte de Ackerman ha sido un duro golpe para ellos, aunque quizá no lo haya sido tanto para sus intereses.

—¿Por qué? Si les interesa el levantamiento de la moratoria, han perdido un aliado.

—Cierto. Pero una muerte de alguien célebre es siempre una muerte, aun en esta ciudad marchita. A nadie le gustan los muertos ni los enfermos. Son desagradables. ¡Imagínate la cabeza de Ackerman rota, en el suelo, echando sangre, con la lengua fuera y los ojos muy abiertos! No es una buena imagen para los chicos de Ali-san. Además, según dicen Ackerman se estaba exponiendo demasiado, estaba muy nervioso y era peligroso.

—¿Entonces?

—Alguien ha hecho una jugada delicada, y ya veremos cómo le resulta.

—Davids, Baquerizo, Fazerhoff, Berger y Delclaux: todos trabajan para Ari, el presidente de Xen. Quizá sean ellos los que le han matado —aventura Mallick.

—¿Qué te inclina a pensar así?

—Tú lo has sugerido, y yo he investigado, aunque llegado a un punto todo se vuelve oscuro.

—¿Tienes pruebas de lo que dices?

—Dame un cigarro de éstos —Sasha coge la pitillera de un cajón de la coqueta, enciende un cigarro y se lo alarga al ingeniero. Una nube roja sale de la boca de Mallick, que gana tiempo antes de responder a la pregunta del traficante de información—. Esto va a acabar por matarte, Sasha. Es repugnante.

—¿Tienes pruebas, o no?

—No tengo pruebas concluyentes —reconoce Mallick—, pero sí datos acerca de la muerte de Ackerman que les pueden hacer daño. Si tú me ayudas, podríamos ir a medias en caso de obtener algo interesante. Hay mucho crédito en juego.

La sonrisa cruel vuelve a los labios de Sasha y ni siquiera desaparece cuando coge otro cigarro y lo prende entre sus labios.

—Sé que tú y Stork estáis juntos. Aunque lo ignores, Stork, hasta hace no mucho, me visitaba a menudo. Ha crecido a mi lado, yo *leía* en su interior, era su confidente. Después nos distanciamos. Ella estaba loca por ti. Probablemente le fascinaba tu vida falsa y mezquina. Yo le aconsejé que te olvidase, le dije que eras un perdedor sin futuro, una colección de máscaras huecas, y ella no volvió a visitarme.

—No sé qué tiene que ver esto con mi oferta.

—Calla y escucha —dice Sasha, desdeñoso—, tiene mucho que ver. Tú a mí no me engañas, Mallick, ya me han llegado rumores. Estás más metido en el asunto

Ackerman de lo que dices, y no sólo es una cuestión de crédito. Tu situación es crítica y muy complicada. Vayamos por partes. Eres el amante de Stork, y no creo que eso les guste ni a sus padres ni a la Corporación. Tú podrías utilizar tu relación con Stork para obtener información o presionar a Davids y Baquerizo, y por extensión, a Xen. Además, estás investigando sobre la muerte de Ackerman, un asunto que forma parte de la partida que se está jugando. Ignoro cómo has llegado a involucrarte, ni sé cuál es tu relación con todo el asunto. Si lo has hecho sólo por obtener crédito, eres un inconsciente. Sea lo que fuere, tu curiosidad es también peligrosa para los doctores y para la Corporación, y tú eres un obstáculo en su camino. Puede que estar con Stork te haya protegido en el sentido de que hacerte desaparecer podría ser un problema porque ella no lo aceptaría y la historia salpicaría a sus padres y a los demás. Pero las cosas ya han llegado muy lejos —mira dónde está Ackerman— y no comprendo cómo todavía sigues vivo. Puede significar que tu posición no es tan frágil, pero no lo entiendo. Si no te pueden eliminar por alguna razón y no han logrado que te retires presionándote, entonces todo depende de si consideran la posibilidad de asustar e incluso eliminar a Stork para echarte del asunto. Sería una solución drástica, pues deberían tomarla sin contar con sus padres o engañándoles, a no ser que su ambición fuera desmedida y ellos mismo la aprobasen, pero si tú la amas, tu posición volvería a ser débil, porque tendrías algo valioso que perder. En resumen, aunque las variables son casi infinitas y no dispongo de la información suficiente como para desmadejar el ovillo, lo que es seguro es que estás en peligro, y por tu culpa también puede estarlo Stork. Quizá deberías reconsiderar tu posición, puede que aún estés a tiempo. Si vuelves al redil de Xen y abandonas a Stork, el futuro te sonreirá. Nos conocemos desde hace tiempo, y no alcanzo a ver qué pretendes con esta historia.

—No quiero tus consejos, Sasha —dice Mallick, vehemente—. Dime sólo si quieres compartir información y tratar de descubrir qué hay tras la muerte de Ackerman para vendérselo a los competidores de Xen.

El humo, al filtrar la tenue luz de los paneles, se ve marrón oscuro. Las volutas se elevan en un sutil baile de curvas hasta que topan con el techo y se deshacen. Mallick introduce una mano en el bolsillo del pantalón y saca la canica azul, ahora negra, con la superficie brillante. El sudor de su mano resbala sobre la canica caliente. Trata de hacerla rodar sobre los nudillos, pero no lo logra. Demasiado calor, demasiado sudor. Una gota cae por la frente del ingeniero. Mallick trata de que no se le note, pero la mano que sujeta la canica está temblando ligeramente. Sasha apaga el cigarro y recorre con la lengua los dientes y el paladar, disfrutando del regusto amargo y dulce con el que han quedado impregnados. Ahora se permite una postura laxa, con los hombros caídos, echado hacia atrás, y se acaricia la nuca con dulzura.

—Estás completamente loco, Mallick. Todo lo que te he dicho, incluida la información que me has solicitado, ya lo sabías. O al menos rondaba tu cabeza. Has venido aquí porque tienes miedo, te sientes acorralado y no sabes qué hacer. La situación te supera, quizá ignores hasta cómo has llegado a ella. Y es posible que ni

siquiera te sirva marcharte de la ciudad. Has acudido a mí para buscar protección en tu huida hacia adelante. Lo que me ofreces, si no tienes pruebas, no vale nada. Y además, no me interesa complicarme en algo tan peligroso. Lo siento, Mallick. Sigue tú solo.

—¡Sasha! —protesta el ingeniero, fuera de sí—. ¡Sé que estoy cerca de descubrir quién mató a Ackerman y por qué! ¡Eso valdría un montón de crédito!

—Dudo que estés cerca de descubrir nada —la serenidad de Sasha contrasta con la agitación de su interlocutor—. Si así fuera, no te hubieras presentado aquí con las manos vacías; y si no dispones de aquello que te protege, estás perdido. Se acabó, Mallick. Ya he hablado bastante. Y lamento de veras que Stork haya caído en tus redes, aunque haya sido por amor. El amor sólo lo es todo mientras inflama; después, cada objeto refleja su sombra. Si te he contado algunas cosas, ha sido para que pongas en guardia a Stork.

—¿Y si obtengo las pruebas? ¿Te unirás a mí?

—Sigues dando palos de ciego, Mallick. Dudo que la muerte de Ackerman sea la respuesta a tus problemas, porque los que le han asesinado se habrán cubierto bien las espaldas. Busca en otra dirección.

—No sabes una mierda, Sasha. Quizá ya no te mezcles con quien debieras, o puede que te estés haciendo mayor.

Mallick menea la cabeza, apaga el cigarro en el suelo, se levanta y se dispone a marcharse. Sasha, teatral, le tiende la mano para que la bese. Mallick se inclina y la lame groseramente.

—Cuídate, Sasha. Y si cambias de opinión, hazme llamar.

La habitación, amplia y de techos altos, está en penumbra. Unas persianas ajadas con restos de pintura color hueso reducen la entrada de la luz matinal por la doble ventana. De las paredes pintadas de azul celeste, sucias de polvo y ennegrecidas por el hollín, cuelgan grandes fotografías sin enmarcar en tonos sepia con escenas salvajes y degradantes de pueblos y ciudades lejanas. El mobiliario es reducido, barato y de origen variopinto. Una librería sin libros, con los estantes llenos de chucherías de plástico, cubre la pared opuesta a las ventanas. Pegada al fondo hay una cama deshecha, con las sábanas de seda roja, y en el centro de la habitación destacan los tonos chillones de un sofá y un sillón tapizados de skay naranja. Sobre las cabezas de Fali y de Mallick, sentados a una mesa de roble en buen estado que contrasta con el aspecto desastrado del conjunto del despacho, ronronea un ventilador de enormes aspas metálicas. A sus pies, decenas de colillas tiradas por los clientes en el transcurso de las entrevistas forman dos coloridas orlas.

—¿Algún destino en particular? —pregunta Fali, tras encender un cigarro puro y exhalar una bocanada de humo espeso.

—Mis clientes desearían habitar en algún lugar remoto y saludable, con una población de tamaño medio a no más de diez kilómetros y a no menos de cinco. Es fundamental que haya sombra: no buscan un erial. Prefieren que esté situado al norte, quizá en algún valle boscoso, con una primavera corta y un largo invierno. Repito: debe ser un lugar donde sea fácil cobijarse del sol. Habitáculo unifamiliar con los servicios mínimos: nada de lujos. El contrato incluiría el regreso, en un plazo de dos a seis años. Y la salida podría ser precipitada, ya me entiendes.

Mallick entrega a Fali una copia con los detalles pormenorizados de las exigencias de los clientes. Fali, desde que comienza la lectura, no deja de reírse con su boca enorme, roja y blanca, y sus generosas carnes tiemblan, se expanden y contraen al ritmo de las risotadas.

—¿Nada de lujos? Quizá para ti esto no sean lujos, querido amigo, pero lo que sí está claro es que a tus clientes les va a costar un riñón. ¿Has estado alguna vez afuera, Mallick?

—Sí, hace tiempo. Casi nada funciona como es debido, pero tampoco es para tanto. La gente nace, se reproduce y muere, como aquí.

—¡Seguro! —grita Fali—. No se sobrevive más de sesenta años, y eso en los lugares más saludables. ¿Dónde estuviste?

—Al sur vi chozas, ganado, pastos, armas y podredumbre. En el norte, en cambio, vi chozas, ganado, pastos, armas y podredumbre.

Fali se retuerce de risa, aunque estudia a Mallick con sus ojos reventones. ¿Habrá viajado de verdad afuera alguna vez? Es poco probable, pero con ingenieros liberados nunca se sabe.

—Una buena definición del exterior, Mallick, aunque un poco monótona. Lo

único que no comprendo muy bien es lo de los cuatro precios diferentes.

—Te haces viejo, Fali. A la ida pueden ir una o dos personas. Si sólo va una, sólo vuelve una: primer precio. Si van dos, puede que vuelva sólo una, o dos... o tres. Segundo, tercer y cuarto precios.

—¿Qué ocurre? ¿Calculas que a uno de los viajeros lo matarán esos salvajes a machetazos? —bromea Fali, el rostro oscuro contraído en una fingida mueca de terror—. Y en caso de que vayan dos y vuelvan tres, ¿qué ocurre? ¿Que los fugitivos van a empezar a parir como conejos, o a raptar a alguien?

—Algo así, Fali, aunque a ti no debe preocuparte. Tú límitate a hacer tu trabajo.

—Está bien. Veré lo que puedo hacer.

—Y recuerda que me debes no menos de tres favores.

—Te equivocas, Mallick. Ahora te debo dos, a no ser que me permitas airear el contenido de esta entrevista. Sospecho que tú eres una de las dos personas que desean huir de la ciudad, y si es así, has cometido o estás a punto de cometer algún delito, y a más de uno le gustaría saberlo.

—Tienes razón, Fali: dos favores —acepta Mallick, cuyo semblante no expresa emoción alguna—. Pero te recuerdo que cuando se hace un negocio delicado las partes se vuelven ciegas, mudas y sordas. Y el que se salta esa regla, sufre por ello.

—¡Por las ventas, Mallick, no hace falta ponerse tan dramático! Nos conocemos desde hace diez años.

—Mientes, Fali: en realidad sólo nos conocemos desde hace seis. Cuando tengas las cifras, házmelas llegar. Y ten en cuenta que no eres la única sabandija a la que he consultado.

Mallick da por concluida la entrevista y se despide con una leve inclinación de cabeza. Cuando desaparece, Fali lanza un prolongado suspiro de alivio, se levanta y sube las persianas. ¿Por qué le obligará siempre Mallick a cerrarlas, convirtiendo la habitación en un pozo de tristeza? Ni que el ingeniero fuera un vampiro. La luz meridiana entra a raudales por la ventana y una ola agradable de calor desentumece los agarrotados músculos de Fali. ¡Ya era hora de ver la luz del sol! ¿Por qué estos tipos siempre le producen sed? Y hambre, aunque le revuelvan el estómago. Fali acaricia su voluminosa panza y saca un bocadillo grasiento de uno de los cajones del escritorio. Lo devora a grandes bocados, con ansia, y bebe largos tragos de cerveza. Cuando acaba el pequeño festín, ya más relajado, oye que alguien aporrea la puerta. ¿Otra rata?, se pregunta Fali, nervioso. ¿Otro adorador de la ley de los promedios, impermeable al odio y al fracaso? Hay épocas en las que llegan por millares, como las langostas. Y uno nunca sabe si va a engordar la cuenta o va a acabar en un vertedero. Antes de que entre su nuevo visitante, aún tiene tiempo de eructar y recomponer su sonrisa. Una sonrisa enorme, casi mágica, que, como él no deja de repetir a quien le quiera escuchar, viene directa del corazón.

Entre empujones, Me se sirve de una botella de ginebra, deja caer en el interior del vaso la corteza de limón deshidratada que guardaba celosamente en su puño izquierdo, añade tónica y sale de la cocina con la copa protegida por la misma mano que la sujeta, girada hacia dentro y pegada al cuerpo. Hace calor y los cuerpos, calientes y mojados, resbalan al rozarse. Es increíble la desfachatez de Mortelli, se dice Mé. Organiza una fiesta según él selecta y lo que hace es invitar a demasiada gente, comprar bebidas y refrescos de dudosa procedencia, ofrecer sólo vasos de plástico, escatimar el hielo y pedir regalos a todos cuantos se cruza. Cuando Mé se reúne con Mach, ella le recrimina no haberle traído la cerveza que le había pedido.

—Eres un cerdo, Mé. Me muero de sed.

—Pues bebe de mi copa. Ya no quedan cervezas.

—Seguro que ni has mirado —Mach acepta la copa de Mé y señala una zona indeterminada del salón con un movimiento amplio de su mano que casi hace que la ginebra se derrame—. ¿Conoces a esta gente?

Hay equilibrio entre el número de hombres y el de mujeres, pero el aspecto de los invitados, aparte del de los ingenieros en ventas, reconocibles pese a sus esfuerzos, es muy diverso, por no decir estrafalario. También hay unos cuantos hologramas móviles que, proyectados sobre los cuerpos de los invitados, pululan como si fueran fantasmas deformes, sin que se sepa a quién o qué representan al no encontrar nunca entre la gente un hueco que permita verlos con claridad.

—No, no conozco a casi nadie aparte de los nuestros —responde Mé, que no quita ojo de la copa—. Seguro que Mortelli ha alquilado unos cuantos muertos de hambre para que parezca que tiene muchos amigos.

—Pues debería echar a algunos. No se puede ni respirar, el aire está tan cargado que el techo gotea. ¿Te has fijado? —Mach señala una cañería en la que la humedad se ha condensado en un hilillo de agua que la recorre, y Mé asiente, cada vez más preocupado porque su compañera no le devuelve la copa—. Si al menos alguien apagara los hologramas, esto no sería un caos.

—Te estás volviendo vieja, Mach. Una buena fiesta debe ser un caos.

—Es que al quinto codazo se me olvida que soy joven.

—Hablando de dolores, mira quién ha llegado.

Mé se refiere a Mallick, que ha tirado su gabardina sobre el montón de prendas que hay en una cama.

—¿Por qué Mallick te cae tan mal, Mé?

—Porque está acabado.

Mach no está de acuerdo. Mé le arrebató la copa y Mach sigue con la mirada a Mallick, que, sin preocuparse de saludarles, se funde en un abrazo mecánico con Mortelli.

—¡Por fin, viejo! —dice Mortelli, un tanto borracho—. Creí que ya no venías.

—¿Qué era eso tan importante que querías enseñarme?

—Es un regalo. Y tú, ¿me has traído algo?

—¿Yo? ¿Estás loco?

—¡Es mi aniversario! Pero antes de ofrecerte mi presente, quiero que conozcas a dos de mis invitados. Quizá te interese. Están en mi cápsula del amor.

Mallick sigue a su compañero. Los dos ingenieros se abren paso cruzando la abarrotada habitación en dirección hacia un pasillo que da al dormitorio. Mortelli reparte saludos, bromas, cachetes y parabienes, le roba la copa a un invitado ojeroso y se la entrega a Mallick.

—¿Quiénes son esos tipos?

—Él trabaja en la Corporación Lex, y ella en Nolan. Querían conocernos para ofrecernos algo.

—¿El qué? ¿Son captadores?

—Ahora lo oirás.

—Estás borracho.

—¿Y qué? Esto es una fiesta, ¿no?

Mortelli introduce un código en un pequeño panel de la puerta de su dormitorio, entran y el orondo ingeniero cierra la puerta tras de sí. Sentados en la cama cubierta con una piel sintética de leopardo, un hombre y una mujer charlan amigablemente, apoyándose en risas y muecas bien estudiadas. Ella, de unos cincuenta años y gruesa, lleva una larga melena teñida de rojo y su rostro muestra la tirantez de sucesivas operaciones. Él es muy joven, moreno, viste un traje clásico con una flor de cuatro pétalos imposibles y huele intensamente a lluvia. Ambos se levantan y se presentan, comportándose como si fueran ellos los anfitriones.

—Buenas noches —dice él—. Soy Gaviria, Corporación Lex.

—Yo soy Gordon —dice ella—, de Nolan, «sus sueños son nuestros sueños».

—Tomen asiento, caballeros —añade él.

Mallick rechaza la invitación y se apoya en la puerta, de pie. Mortelli, jugueteando, se sienta entre los dos captadores.

—Mi organización es líder en...

—Ahórrese la promoción, querida —le interrumpe Mortelli—. Conocemos Nolan y Lex.

—Venimos en son de paz —bromea Gordon con su voz cantarina—. Hemos oído hablar muy bien de su trabajo y queremos hacerles una propuesta.

—¿No les importará que seamos directos, no? —pregunta Gaviria.

—¡Al contrario! —dice Mortelli, mientras palmetea los muslos de sus invitados, que disimulan su sorpresa—. Si no, mi amigo les va a derramar la copa que lleva sobre sus preciosas cabezas. Suele hacerlo cuando está bebido.

Gordon y Gaviria se retuercen de risa. Mallick sigue con aire grave la conversación, no se sabe si como táctica o por simple desinterés.

—Pues bien —dice Gaviria, ahora en serio—, hemos venido a ofrecerles un

puesto de responsabilidad en nuestras organizaciones. Sabemos que no están satisfechos en la Corporación Xen y deseamos arreglarlo.

—¿Quién les ha dicho que no estamos satisfechos? —interviene Mallick.

—Nadie en particular —responde Gordon—. Si estudiamos las operaciones que ustedes promueven y lo que finalmente obtienen por comisiones, no queda la menor duda de que no pueden estar contentos.

—No creo que sepan una mierda de nuestras operaciones, y menos de lo que facturamos.

Gordon hurga en sus grandes pechos, saca un pequeño computador, teclea una cifra y se lo tiende a Mallick, que no es capaz de represar un gesto de sorpresa. Las cifras no andan tan descaminadas.

—¿Y bien? —dice Gaviria, satisfecho—. No pueden decir que nuestra información sea mala, ¿no?

—Está claro que alguien de Xen se la proporciona —dice Mallick—. Daremos parte inmediatamente.

—¡Oh, no sea tan negativo, querido amigo! —exclama Gaviria—. Ya le he dicho que venimos en son de paz.

—Pues escupa lo que desea ofrecernos —dice Mortelli, cuya mirada vidriosa se pierde en la flor de Gaviria—. Vomítelo. Deféquelos.

Mortelli se deja caer sobre el hombro de Gordon, que no se aparta y aguanta un vaho alcohólico en pleno rostro. Gaviria intercambia una mirada nerviosa con su acompañante, saca dos cápsulas naranjas de un pequeño bolsillo de su chaqueta y se las ofrece a Mallick.

—Aquí tienen todos los detalles de la oferta, incluyendo un nombre acorde con su nueva posición. Reflexionen: es una oportunidad que no deben desaprovechar.

Mallick le da un manotazo a Gaviria y las cápsulas vuelan por los aires.

—Ya hemos reflexionado. Gracias por su interés.

—Y diviértanse: la fiesta continúa —añade Mortelli, risueño.

Mallick agarra por las solapas a Mortelli, lo levanta y salen del cuarto. Mortelli, menos ebrio de lo que aparentaba, deja la puerta cerrada por fuera.

—Así reflexionarán ellos, ¿no?

—¿A qué ha venido esto, Mortelli? Tú sabías quiénes eran.

—¿Yo? ¡Estás loco, amigo! No les había visto en mi vida.

—Les ha enviado Fazerhoff, ¿verdad? Quería tantear mi fidelidad hacia Xen.

—Nuestra fidelidad, querrás decir. Es posible que sea Fazerhoff quien les manda, pero al menos deberías haber cogido las cápsulas para ver qué contenían.

—¿Y así mostrar interés? Eres un perro, Mortelli.

—Está bien, no nos pongamos trágicos. Hemos rechazado su proposición y ya está. Informamos a Fazerhoff y fin de la historia.

—Espero que tú no estés detrás de esto. No deseo enemistarme contigo.

—¿Enemistarte conmigo? ¿Cómo podrías, Mallick? ¡Yo soy tu viejo enemigo, el

mismo Mortelli de siempre!

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

Mortelli ríe y le besa sonoramente en ambas mejillas.

—Te digo la verdad, Mallick. Esto no tiene nada que ver conmigo, y de Fazerhoff no puedo responder. Si fuera cierto que anda detrás de ti, será por algo. Deberías pensar cuál es el motivo y solucionar el problema. Yo no puedo hacer nada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asiente Mallick.

—Entonces, todavía queda la segunda sorpresa de la fiesta. Esta vez te va a gustar, te lo juro. Es el regalo del que te hablé cuando llegaste. ¿Recuerdas el día que visitamos a Hering? ¿Y el de la fiesta de la Corporación?

Mortelli se agacha con agilidad, coge una copa que alguien ha dejado a medio beber en el pasillo, da un largo trago que casi la vacía y se la alcanza a Mallick, que no sabe a qué se refiere su compañero con Hering y la fiesta de la Corporación.

—¡Maldita Hering! —continúa Mortelli, que alarga las sílabas al hablar—. No te lo comenté, pero mientras nos mezclábamos se comportó de un modo extraño o, mejor dicho, ni siquiera se comportó. Simuló que se desvanecía y no movió ni un músculo. Seguro que la muy perra quiso humillarme.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Nada. No tiene nada que ver contigo. ¡Faltaría más! —responde Mortelli, sorprendido por la pregunta de Mallick.

—Y, entonces, ¿qué quieres que recuerde?

—¡Ah! ¡Por supuesto! —grita Mortelli, que ahora baja la voz—. Me fijé en cómo observabas embobado el holograma de aquella mujer, y también en cómo la mirabas ya de cuerpo presente cuando salió al escenario haciendo el papel de científica invitada en la fiesta de la Corporación. ¿Recuerdas?

Mallick se echa un poco hacia atrás y fulmina con la mirada a Mortelli.

—No sé de qué me hablas.

—Pues ella es mi regalo. La he invitado, sigue llamándose Jo y le he hablado maravillas de ti. Le dije que eras el segundo mejor ingeniero en ventas de la ciudad, que eras avaricioso, ambicioso, precavido y ahorrador, que se rumoreaba que pronto ibas a dar un salto a la letra G. Mentí como si fuera tu abuela, para que nos entendamos. Vamos, te la presento.

Mortelli tira de su compañero, pero Mallick se resiste.

—¡Venga, hombre! ¡No me vengas con idioteces! A mi ojo —Mortelli lo señala con el dedo índice— no se le escapa nada. Vi cómo la deseabas. ¿Quieres conocerla, o no?

Mallick parece dudar, pero luego agarra el brazo de Mortelli y le pregunta:

—¿De qué color tiene los ojos?

Mortelli se ríe por el carácter intempestivo de la pregunta.

—¿Y tú eras el que me decías que yo estaba loco? No lo sé, creo que los tiene

verde rojizos.

—Eso es imposible. Ese color no existe.

Mortelli ríe.

—¿Y cómo lo sabes? ¡Pues entonces son azul amarillentos! —se burla—. Está bien: los tiene claros y rasgados.

—Rasgados no es un color, y claros es una categoría. ¿No podrías ser más preciso?

Mortelli se muerde el puño, signo inequívoco de que está reflexionando.

—Color miel.

—¿Y cómo es el color miel?

—¿Me tomas el pelo? ¡Ya los verás! —Y tras encontrarse con la mirada seria de Mallick—: Pues es un color naranja, dulce, cálido, suave. Qué sé yo. Ahora que lo pienso creo que jamás había visto unos ojos de ese color. ¿Es suficiente?

—Debe de ser un color agradable.

—Estupendo. Yo te la presento y sigo mi camino, que tengo mucho que hacer. Esta fiesta que he organizado rezuma diversión —dice Mortelli, con sorna—. Vamos allá.

Jo está apoyada en la pared, bebiendo una cerveza directamente de la botella y sin hacer caso a una mujer teñida de rubio que le está bombardeando con sus aburridas desventuras. Para desgracias, con las propias ya es suficiente, se dice Jo. Jo perdió la virginidad con once años, se enamoró con doce, comenzó a trabajar con trece, ha vendido productos de limpieza puerta a puerta, programas informáticos y un revolucionario artilugio para la depilación, ha sido modelo, dependienta, recepcionista, bailarina, amante mantenida de varios hombres y una mujer, adicta a los cigarrillos dorados, ha vivido afuera, ha logrado regresar a la ciudad, desea sentar la cabeza y ahora está en la fiesta de un tipo divertido y poco fiable —Mortelli— dudando entre irse a casa o pedirle a la rubia un cigarrillo dorado. Pero cuando ve que Mortelli, y otro tipo —debe de ser ese Mallick del que le han hablado— van a abordarla, sonrío aliviada. Ahora se arrepiente de haber bebido demasiado, aunque éste ha sido un pensamiento fugaz, que olvida instantáneamente.

—Jo, éste es el gran, el inconmensurable Mallick —dice Mortelli a modo de presentación, socarrón.

—Hola, Mallick. Yo soy simplemente Jo.

Jo y Mallick se estrechan las manos y Mortelli se escabulle. Acostumbrada a diagnosticar con precisión cómo es su interlocutor a partir de la apariencia, Jo echa a Mallick un vistazo rápido y clava sus ojos en los del ingeniero. Ha concluido que es un hombre esquivo, quizá inteligente. Y preocupado o nervioso, aunque trate de ocultarlo. Además, cree haberle visto en otra parte.

—Creo que te vi en la librería Zénit —dice Mallick.

—¡Es posible! Ya decía yo que me sonabas de algo.

—También te vi en la fiesta de la Corporación. Entonces eras Fedora.

—Ya, pero ése era un asunto de trabajo: me dieron el guión y allí aparecía mi nombre: Fedora. ¿Bonito, no? He tenido toda clase de nombres, de la A a la Z, algunos horribles. Y la mayoría falsos.

—¿Y Vera?

Jo hace una mueca de disgusto y su rostro, antes amigable, se torna agrio.

—¿Me estás interrogando? No sé a qué viene lo de Vera. Pareces saber mucho sobre mí.

—Lo siento, simple curiosidad. Alguien me dijo que habías sido amiga de dos científicos a los que conozco.

—Mortelli tiene la lengua muy larga. He sido amiga de varios, y te aseguro que son todos unos hijos de puta. ¿A cuáles de ellos te refieres?

—A Davids y a Ackerman.

—Para Davids sólo fui un juguete muy versátil. Creo que su mujer sabía lo nuestro, puede que incluso fuera ella la que le propuso que fuera a buscarme. Yo era una vía de escape y pronto vi que con él no había futuro. Eso sí, pagaba muy bien. Pero estoy hablando demasiado.

—¿Por qué?

—Porque me ha dicho un pajarito que tú estás con su hija, y teniendo en cuenta tu profesión, podría resultar peligroso.

Mallick hace un gesto de disculpa con la mano.

—No, no te preocupes. No estoy de servicio —bromea—. Mi desconfianza es más bien un defecto congénito. Me gusta saber con quién hablo.

—Pues relájate, no vaya a ser que con quien hablas deje de hablar contigo.

Mallick sonríe y bebe un trago. Quedan en silencio y el sonido de la música les envuelve. Jo lleva el pelo corto, de punta y plateado. Sus facciones, marcadas, casi animales, le permiten transmitir una mezcla de dulzura y agresividad sin apoyarse, como casi todos, en un barroco catálogo gestual. Ella prefiere la contención o la aparente indiferencia, igual que Mallick. Por eso ahora, quizá por inseguridad, se despeina con un movimiento rápido y preciso de la mano, que vuela después hacia el vestido, lo alisa, y se esconde tras la espalda. Como no desea que Mallick piense que sus preguntas le han ofendido, sonríe levemente y retoma la conversación.

—Eres un tipo peculiar: o preguntas, o callas, sin término medio. Casi te prefiero cuando preguntas.

—Entonces, allá va otra. ¿Cuál es la primera palabra que dijiste?

—¿Cómo? —pregunta Jo, sorprendida—. No te comprendo.

—Es muy sencillo. Te estoy preguntando cuál es la primera palabra que pronunciaste en tu vida.

Jo reflexiona un instante y sonríe antes de responder.

—Creo que dije... «pato».

—¿Pato? Lo suponía —Mallick se ríe—. Igual que yo. «Pato» fue también mi primera palabra. Creo que nos engañaron a los dos.

—¿Qué dices? Sigo sin comprender.

—Los dos nos educamos en el Centro Ungar, y allí por lo visto trucaban las pruebas. Alguien debía de estar obsesionado con los patos, y todos los niños decían la misma primera palabra. Era una especie de marca de la casa. ¿A que no recuerdas haber jugado allí con ningún pato de verdad?

—No —reconoce Jo después de hacer memoria—. Pero hace tiempo recibí una grabación con motivo del cincuenta aniversario del centro. Y en la grabación yo estaba con un pato.

—Yo también la recibí. Cuando vi las imágenes me extrañó no acordarme del pato, y sospeché que todo era falso. La grabación estaba trucada. Nos enviaron a todos lo mismo. Tiene gracia, ¿no?

—Sí, vaya truquito más infantil —dice Jo, que finge no sentirse afectada por la información que le ha proporcionado Mallick—. Así que somos compañeros del Ungar. ¡Brindemos! ¡Por los uniformes grises y los castigos severos!

Mallick y Jo chocan sus bebidas.

—La verdad es que no es algo de lo que apetezca demasiado hablar, ¿no?

—No —dice Mallick, a quien en realidad tampoco le hace gracia recordar el Centro Ungar—. Cambiemos de tema. ¿Cómo conociste a Mortelli?

Jo ríe dando por imposible al ingeniero.

—Tu curiosidad es insaciable, Mallick. Le conocí por ahí —dice Jo, entornando los ojos, haciéndose la interesante—. Yo también culebreo, como vosotros. Ya sabes, hay que pagar las facturas.

—Y, entonces, ¿cómo le conociste? —insiste Mallick.

—Eres incansable, ¿no? ¿Me querías conocer sólo para interrogarme?

—Tal vez.

—Al menos eres directo. Le conocí en la fiesta de la Corporación, cuando el escenario se convirtió en una pista de baile. Mortelli es un buen bailarín, aunque nadie lo diría viendo la grasa que recubre su carne. Sabe cómo divertirse, pero cualquiera se fía de él.

—¿Y a Ackerman?

—¿El doctor Ackerman? —Jo escruta con sus ojos naranjas los de Mallick y se pregunta si puede ser sincera con él—. No sé por qué, pero te lo voy a contar. Fue mi amante, me perseguía a todas horas por todos sitios. Era un tipo extraño, un neurótico, quizá un perverso. Su círculo de amigos incluía personas poderosas y no le faltaba crédito. Yo me hice valer, le daba largas, mantenía la llama. Cuando dejó de buscarme me di cuenta de que había perdido otra oportunidad de colocarme.

—¿Fue mucho antes de su muerte?

—Un par de meses. Él siempre estaba nervioso, aunque en la cama se relajaba bastante. Le gustaba recibir órdenes, ya me entiendes. El último día que le vi estaba histérico y tuve que azotarle a base de bien. Le hice una herida en el costado, pero no pareció molestarle. Me juró que en breve nos iríamos juntos muy lejos —Jo ríe con

una risa salvaje y se tapa la boca con una mano. La risa se extingue, la mano regresa a la cadera y Jo continúa—: Más tarde me enteré de lo de su muerte, y no me apenó demasiado. Le sigo viendo como una oportunidad perdida. Así que vete preparando, Mallick: sigo buscando cómo colocarme.

—¿Quieres que te presente a alguien?

—¡No, qué va! —ríe Jo—. Me refería a ti.

—Me temo que yo no estoy al nivel de Ackerman.

—¡Oh, ya lo sé! Por mucho que tu amigo Mortelli trate de venderte, sólo eres una rata que ha engordado un poco. Pero yo cada día me conformo con menos. Lo malo es que tú ya estás colocado, ¿no?

—Es una manera de describirlo —dice Mallick, prudente.

—A ella me la han pintado como una mujer amable, educada, presumida y rica. El envoltorio perfecto para un corazoncito adorable, ¿no? Nada que ver con nosotros. Ella no se ha arrastrado por el fango ni ha rebuscado en la basura. Ella nunca ha tenido que humillarse y lamer carne hasta quedarse sin saliva —Jo sonrío con malicia al ver que Mallick sigue escuchándola imperturbable, como si sus palabras no le importasen—. Yo suelo acudir al vuelo de un pájaro para describir mi vida. Vuelas bajo, el aire te eleva, vuelas alto, caes, vuelas bajo, te recuperas, vuelas a media altura, te desconcentras, vuelves a volar bajo, vuelas aún más bajo, tocas el suelo, no vuelas... Es como un trabalenguas que siempre acaba mal. Por eso he decidido volar a una altura estable durante una temporada. ¿Y tú? Parece como si sufrieras el mal de altura.

Efectivamente, Mallick no tiene buen aspecto. Ha palidecido y la mano que sujeta la botella tiembla ligeramente.

—No es nada. En esta fiesta hay demasiado humo. Debo irme.

Pero Mallick no hace amago de moverse. El cuerpo de Jo se ha puesto alerta. Los codos se convierten en una barricada para los invitados que bailan junto a ellos, las líneas de su rostro se dibujan nítidamente, los ojos brillan y el labio inferior se hace más pronunciado. Jo endereza la figura e inclina el cuerpo hacia el ingeniero. Las respiraciones de Jo y Mallick se han sincronizado y ahora se asemejan a jadeos contenidos. Jo le quita la cerveza, demorándose en el contacto entre las manos, y la deja lentamente en el suelo. Después, se pone de puntillas y le besa. Durante unos segundos sólo los labios y las lenguas se encuentran, devorándose. Luego Jo se echa en los brazos del ingeniero, las manos agarran su espalda, y sus pechos y el pubis se aplastan contra él. Pero Mallick se separa violentamente y se marcha abriéndose paso a empellones, sin acordarse siquiera de recoger la gabardina. Jo, confundida, sonrío con melancolía, coge la cerveza del suelo y la bebe de un solo trago. Se relame y advierte que sus labios todavía arden. En su boca siente aún la presencia de la lengua del ingeniero. Desea olvidar esa inquietante comezón, pide un cigarro, lo enciende, aspira con fuerza y expulsa el humo por la nariz, como si fuera un enfurecido dragón oriental. Al cabo, Mortelli, que ha visto cómo Mallick se marchaba a toda prisa, se

acerca.

—¿Qué ha ocurrido? Parece como si mi amigo hubiera visto un fantasma.

—¿Y a ti qué te importa? —le espeta Jo—. ¿Acaso cobras de alcahuete, o qué?

—Tranquila, mujer. Era simple curiosidad.

Mortelli le ofrece un trago de su copa. Jo bebe y se la devuelve.

—Tu amigo me tiene miedo —dice Jo, ya más relajada, el rostro impasible.

—Él se lo pierde. ¡Mira que desaprovechar el favor que le he hecho!

—No te preocupes: ya vendrá a mí.

—Pareces muy segura —dice Mortelli, con sorna—. No serías la primera en estrellarte con Mallick.

—Apenas me conoces: yo no soy como las otras. He visto deseo en sus cazadores de luz. Ya te lo he dicho: vendrá a mí.

Mallick y Stork doblan la esquina y toman una calle estrecha donde comienza una de las zonas bajas de la ciudad. Jarrea. Hay contenedores repletos de basura, que también invade la acera. Los edificios son de hormigón, funcionales, con los huecos de las ventanas ordenados sin gracia y las fachadas sucias. Hace años albergaban oficinas poco atractivas: ahora son viviendas baratas y un par de hoteles frecuentados por clientes del exterior, prostitutas o indigentes que buscan un refugio por unas horas. No hay nadie a la vista.

—¿Es en aquél? —pregunta Mallick.

—Sí, el del neón verde.

La pareja aprieta el paso y se dirige hacia la entrada del Hotel Monky, cuyo luminoso presenta varias bombillas fundidas. En el vestíbulo, tras un mostrador con el frente formado por placas de vidrio iluminadas, una anciana de aspecto desastrado conversa con tres prostitutas maduras. Huele a café recién hecho. Stork toma la delantera y habla con la recepcionista.

—Buenas tardes. Queremos la habitación número 33.

—¿Cuántas horas? —pregunta la anciana con aspereza.

—Las menos.

Antes de responder, la mujer les echa un vistazo con sus ojos de bitoque.

—Dos horas. Y se paga por adelantado.

—Una, bruja —gruñe Mallick—. Aquí tiene.

La mujer se encoge de hombros y le cobra.

—Cuarto piso —aclara la mujer—. Sin ascensor.

Una de las mujeres sentadas en los sillones cloquea complacida al oír el comentario de la recepcionista. Stork y Mallick suben por la escalera. Hay varios cuadros de pésimo gusto en las paredes, obscenidades en tonos pastel. En la puerta de la habitación 33 se puede leer una frase en letras rojas: «Bebo para olvidar que fumo». Al entrar, las luces se encienden, Stork tropieza con un frasco y se lo muestra a Mallick.

—Aquí está —dice ella.

—Veinte cápsulas de Devirol. ¿Estás segura de que es Devirol?

Stork saca un bote con un líquido e introduce en él una de las pastillas. La pastilla roja se torna marrón.

—Sí, es Devirol. Ya podemos irnos.

—¿Cuánto te ha costado?

Stork le muestra cuatro dedos de la mano.

—Es muy caro. Sabes que yo te lo consigo más barato.

—Lo sé, pero no se trata de eso, ya te lo dije. Quería que supieras algo de mi vida anterior a que nos conociéramos, aunque fuera sórdido. ¿Nos vamos?

—¿Sórdido? —pregunta Mallick, irónico—. Sigue lloviendo: será mejor que

esperemos a que escampe.

Mallick apaga las luces y trata infructuosamente de cubrir la ventana. Como es normal, resulta imposible que la habitación permanezca totalmente a oscuras. La iluminación impersonal de las farolas de la calle penetra por el ventanal y baña la estancia, cuyos enseres reflejan una luz azulada, fluorescente y tibia, como la de aquellas figuritas de personajes célebres, habituales en los dormitorios de la ciudad, que atrapan la luz para después consumirla poco a poco, siempre a punto de apagarse.

—¿Por qué nos quedamos? —pregunta Stork, todavía junto a la puerta de la habitación—. Tú ya has cumplido: te pedí que me acompañases a comprar unas dosis y lo has hecho. No tenemos nada más que hacer en este antro.

Mallick se separa de la ventana, coge las sábanas y hace la cama.

—Te repito que afuera llueve a mares, y además hemos pagado una hora. Que se joda la bizca. Seguro que está conchabada con tu proveedor y ahora se estará preguntando por qué tardamos tanto en irnos.

—¿Y a mí qué me importa lo que piense ese adefesio?

—Túmbate, anda. Y disfruta de una habitación en un hotel de ensueño. ¿No querías mostrarme una parte de tu vida que ignoraba por completo? Ahora estamos aquí, y tienes la oportunidad de conocer un aspecto nuevo de la mía —Mallick, que ya ha acabado de hacer la cama, se tumba vestido sobre ella—. He pasado muchas horas en hoteles como éste. Es curioso: si estaba libre y existía, siempre pedía la 33. O la 333. O la 3. Venía con clientes o solo. Con clientes no hará falta que te explique lo que hacía. Y solo... Días lluviosos en los que estaba chorreando, otros en los que no sabía cómo rellenar las horas muertas y utilizaba la habitación como oficina. A veces me tumbaba así, como ahora, fumaba un cigarrillo y trataba de poner la mente en blanco, no pensar. Porque dormir era imposible. Entonces, me fijaba en cada detalle de la habitación o trataba de encontrar algún bicho que me entretuviese. Las chinches eran mis preferidas, quizá porque las veía a menudo.

—¿Y hablabas con ellas? —pregunta Stork, ahora interesada.

—No. Me di cuenta de que nunca contestaban.

Stork sonríe, deja caer su gabardina sobre el suelo, se tumba junto a Mallick, impresa en su rostro la aprensión que le producen las sábanas gastadas por el uso, y apoya la cabeza en su hombro.

—¿Ni siquiera contigo?

—Ni siquiera conmigo. Las chinches son bastante independientes, salvo cuando tienen hambre. La mayor parte del tiempo estaban quietas en un rincón, o sobre la pared. Un punto oscuro, brillante cuando recibía la luz de lleno. Si se aventuraban hasta la cama yo las esperaba sin mover un solo músculo. Creía oír el impacto de los minúsculos pies contra la tela. Al principio, despacio: tic-tic-tic-tic... Después, más rápido: tictictictic. Sabía que corrían sobre mi ropa. Al llegar a contactar con mi piel, se detenían. Entonces, me picaban y succionaban mi sangre.

—¡Qué horror!

—No. Era curioso. A la tercera picadura, comenzaba otro juego: buscarlas y matarlas. Parecerá fácil, pero a veces me costaba un buen rato. Tienen un cuerpo precioso, aplastado, casi elíptico, que refleja la luz y emite pequeños destellos. La cabecilla está hacia abajo, para introducirse en la piel.

—¿Y las picaduras? ¿Duelen?

—No. Son molestas. Es el precio que pagas por alimentarlas.

—No te comprendo. ¿Y ellas qué te dan a cambio?

—Nada, por supuesto. Son parásitos.

—Muy bien. Perfecto. ¿Y por qué las matabas? ¿No les tenías cariño?

—No. Algo de aprecio, sí; me hacían compañía. Y las mataba porque son parásitos. Ellas también sabían que yo podía cazarlas; es ley de vida. Deben saber escapar cuando las cosas se ponen feas.

—Ya. Supongo que estarías desesperado. Hay lugares mucho más agradables que un hotelucho para pasar el rato. Por ejemplo, los parques. O algunas plazas.

—Te recuerdo que venía en días de lluvia o cuando necesitaba un lugar tranquilo donde poder concentrarme a salvo de las miradas de los otros. No estaba desesperado, te equivocas. Estos hoteles baratos formaban parte de mi modo de vida. Antes yo sufría más bien poco.

—Y entonces llegué yo y lo estropeé todo...

—En cierto modo, sí —Stork se vuelve y mira a Mallick, confundida. Al descubrir una sonrisa en sus ojos cierra los suyos, aliviada—. Ahora mi vida es mucho más complicada, aunque tiene sus compensaciones.

Mallick calla. Al cabo de un rato, Stork duerme. Mallick aparta con cuidado la cabeza y un brazo de Stork, se levanta, coge la silla y se sienta junto a la ventana. La lluvia repiquetea contra el vidrio, sobre el que aparecen y desaparecen delgadas culebras de agua. Dos figuras encorvadas cruzan la calle bajo el ventanal y se encuentran con una mujer protegida por un paraguas. Se diría que discuten. Un gesto airado de la mujer permite que la luz de una farola alumbre su rostro durante un instante. ¿Tchi-huan? Mallick pega la cara al vidrio y fuerza la vista. El paraguas ha vuelto a cubrir la mitad superior del cuerpo de la mujer. Los zapatos, rojos y planos, podrían ser de Tchi-huan. ¿Qué puede hacer a esas horas en la calle 107? Pero ahora la mujer da la espalda a Mallick y es imposible distinguir si se trata de la camarera del *U*. Por fin, las tres manchas oscuras se ponen en marcha calle abajo. Mallick salta de la silla, sale de la habitación, corre escaleras abajo, cruza el vestíbulo del hotel en tres zancadas y llega a la calle. Nadie a la vista. Mallick se asoma a cada una de las bocacalles. Nadie. La lluvia se cuela por el cuello de su camisa y resbala por la espalda, tibia y espesa. Mallick prueba a meterse por una de las calles al azar. Hay un bar iluminado. Mallick mira por el ventanal. Sentada a una mesa y acompañada por dos mujeres negras de ojos claros, Tchi-huan fuma con su boquilla dorada. La negra más voluminosa comenta algo y Tchi-huan ríe con toda la boca, echándose hacia delante y cerrando los ojos. Al abrirlos, ve a Mallick. Se levanta con calma, se excusa

con una leve reverencia y desaparece de la vista de Mallick, que la espera afuera, bajo la lluvia. La puerta del bar se abre y la figura leve de Tchi-huan se inclina para abrir el paraguas. Mallick se acerca y Tchi-huan protege al ingeniero de la lluvia.

—Hola, Mallick.

—Hola, Tchi-huan.

—Creí que no ibas a salir nunca de ese maldito hotel.

—Sentí claustrofobia y me apeteció dar un paseo bajo la lluvia.

Tchi-huan ríe y le ofrece un cigarro a Mallick, que lo acepta. Están muy juntos: hasta Mallick llega el olor ácido y dulzón de la mujer, mezclado con el de la lluvia.

—¿Quiénes son esas dos? —pregunta el ingeniero.

—Clientes. ¿Y la morenita paliducha que se pegaba a ti como una lapa?

—Una compañera de trabajo.

—Así que ella es Stork. Es muy bella. ¿Me has seguido?

—Sí. ¿Y tú a mí?

—También. Si no, ¿cómo iba a saber que estabas en el Monky?

—Dame una buena excusa.

—Tenía ganas de verte —le susurra Tchi-huan con voz juguetona—. Me lo ordenó Berger. Deseaba mezclarme con alguien —Tchi-huan se arrima a Mallick y sus pechos se aplastan contra él—. Me siento muy sola y me acordé de mi hermano el ingeniero. Te vi por casualidad del brazo de la morena y sentí curiosidad por saber qué hacen los enamorados para divertirse. Mis clientes me solicitaron una entrevista con una rata y pensé en ti. Necesitaba redactar un informe para cumplir mi cupo mensual y aproveché la ocasión que se me presentaba. ¿Con cuál te quedas?

Mallick la aparta.

—Todas me valen porque ninguna es totalmente cierta. Debo irme. Cuídate y ten cuidado: no soporto que me espíen.

Mallick se da la vuelta y se encamina hacia el hotel.

—¡Eh, Mallick! ¡Eres idiota! —le grita Tchi-huan—. ¡Ni siquiera tienes agallas para pegarme! ¡Te he seguido porque me pagan por ello! ¿Qué te crees? ¡Lo que no entiendo es cómo alguien se gasta el crédito en una basura como tú!

La lluvia ha amainado y los charcos reflejan la luz blanca de las farolas. Mallick se siente cansado. Antes de regresar al hotel se fuma un cigarrillo mirando la luna. Hoy, al llegar a su habitáculo, se ha dado cuenta de que alguien había entrado en su ausencia. En realidad el intruso no había querido ocultarlo. Todo estaba en su sitio menos los archivadores de su escritorio, abiertos y con el contenido tirado por el suelo. El registro no era más que un aviso, un modo de decirle que seguían vigilándole. Ahora Mallick no duda que lo que buscan son los archivos que le robó a Ackerman, y que ésa es la razón principal por la que le están pinchando desde la Corporación. Y el cerco se va cerrando. Cuando sube a la habitación, Stork está despierta, sentada en la silla metálica. En el suelo hay una jeringuilla tirada. Al verle, Stork se levanta y le besa en la boca. Mallick la besa en la frente y la aparta

suavemente.

—¿Dónde estabas? Me has asustado.

—Necesitaba un poco de aire.

—Estás empapado. ¿Qué hora es?

—No lo sé. Pero debemos irnos.

Ya en la calle Stork toma del brazo al ingeniero y echan a caminar en silencio. Stork lanza miradas furtivas al rostro apagado de Mallick; hay algo oscuro en su mirada, un destello ausente que le preocupa.

—Mallick, ¿ocurre algo?

—No. Sólo estoy un poco cansado. Cuéntame algo.

Stork comienza una historia. Mallick no la escucha, aunque las modulaciones de la voz de Stork, la cadencia de sus palabras y el tono amable y persuasivo que utiliza van envolviéndole poco a poco, adormeciéndole. Stork le lleva por calles poco iluminadas y sus ojos también descansan. Por un instante, Mallick duda si está despierto o soñando. Stork se detiene y le interroga con la mirada. Mallick la besa despacio y Stork siente una punzada en la boca del estómago. Se abrazan.

—Anda, vámonos a casa —dice Mallick—. ¿Has visto? Ha salido la luna.

Stork mira hacia el cielo y ve la luna. Hay noches en las que la luna es bella y extraña. Para Stork, ésta es una de esas noches. Stork se pregunta qué guardará en sus cavidades. Nada espectacular, seguro. Polvo y roca. Quizá agua. Porque, ¿había agua en la luna? Stork no lo recuerda. Una nube tapa la luna y Stork maldice la nube. También maldice su enfermedad, y la muerte. Mallick echa a caminar y tira de ella. Stork se resiste un poco, lo justo para que Mallick deba hacer algo de fuerza para moverla. Avanza un paso, después otro, se vuelve, levanta la cabeza y se despide de la luna. Maldiciéndola, por ser tan lejana y bonita.

Y por sobrevivirla.

—Estoy inquieto, Ivanov —asegura Mallick.

—Pues no lo parece —replica el doctor tras dar un trago a su gintonic aguado—. No me gustan las visitas sorpresa, y menos aún a horas intempestivas.

Están en la terraza de la pequeña mansión del doctor, ubicada al pie de una colina, sobre una roca, en una exclusiva zona de viviendas al oeste de la ciudad. Desde allí se distinguen varios anillos residenciales, industriales y comerciales, con sus complejos signos cromáticos que no todos los ciudadanos saben leer. Ivanov y Mallick descansan en sendas tumbonas de madera. En una esquina de la terraza, semiescondidos tras una maceta de la que emerge una planta de exuberantes hojas carnosas, Rubén —el frágil enfermero del doctor— y otros dos jóvenes ríen quedamente mientras juegan a chocar y entrelazar sus manos.

—¿Cuánto pagaría por una lista de degenerados con la descripción exhaustiva de sus vicios y contactos? ¿Cuánto pagaría por una lista que de hacerse pública acabaría con la reputación de algunos personajes intachables de la ciudad?

—No te comprendo, Mallick. No pagaría nada. Yo soy doctor y sólo trato con pacientes. Además, creía que tú no practicabas el chantaje, que te limitabas a desplumar a la gente vendiéndoles productos innecesarios. Deberías saber que el chantaje requiere un conocimiento profundo de la víctima y de sus circunstancias, porque si es más poderosa que tú, puede aplastarte.

—Veo que no se entera, Ivanov. La lista le interesa porque usted aparece en ella.

Ivanov se levanta de la tumbona, pasea por la terraza con los puños cerrados presionando las sienes, ingiere una píldora semejante a un zafiro, se acerca al bar y sirve dos copas.

—¡Rubén! —aúlla—. ¡Llévate a los niños a dormir!

Rubén coge de la mano con desgana a sus dos compañeros y se dirige a Ivanov desde el salón.

—Doctor, ¿podemos usar los nuevos hologramas que ha comprado?

—Sí, Rubén, ¡mierda! —responde Ivanov, fuera de sí—. ¡Podéis coger lo que os salga del coño!

Ivanov bebe media copa de un trago, le alcanza el otro vaso a Mallick y regresa a la tumbona. Algunas luces de la ciudad se apagan y encienden sin orden aparente, pero siguiendo en realidad una secuencia creada por Waltershunt, uno de los artistas de moda. El rojo del edificio de oficinas pasa a negro, el amarillo de las tiendas de la calle 34 se transforma en verde, el hospital recupera su azul... Ivanov observa la muda sinfonía y sonríe. La avaricia de Mallick, sumada a una osadía antes desconocida, puede ser su perdición; la oportunidad que esperaba el doctor de agarrar al ingeniero por los ojos. Ahora la ginebra le resulta más aromática que nunca.

—¿Me estás amenazando, Mallick? ¿Quieres estrujarme, hijo de puta? ¿Acaso crees que a alguien le interesan mis vicios? Un doctor drogadicto que disfruta con la

piel tersa de los adolescentes no es motivo de escándalo, sino de aburrimiento.

—Sigue confundido, Ivanov. Yo no soy su enemigo. Mi problema consiste en que yo también aparezco en esa lista. Si usted cae, yo caigo, aunque los motivos sean diferentes. Y no se trata de escarceos con niños que a nadie importan. Se trata de la muerte de Ackerman y de unas comprometedoras conversaciones que mantuvo en una fiesta sobre sus inversiones en inventos. Una fiesta en casa de Hering.

Ahora a Ivanov no le resulta tan sabrosa la ginebra. ¿Adónde quiere llegar esa rata?

—No sé de qué me hablas, Mallick.

—Sí lo sabe, doctor —le contradice el ingeniero—. Como le he dicho, el informe es exhaustivo, y ése es mi problema. A usted le destrozarán por conspiración comercial y a mí para dar ejemplo, por proveerle de drogas ilegales. Estamos en el mismo barco.

Mallick saca del bolsillo su agenda y le muestra a Ivanov un extracto del informe en el que les citan.

—¿Y lo demás? Quiero verlo.

—Imposible. Sólo me han dado esto para que hablara con usted.

—¿Y quién tiene la lista?

—Alguien lo suficientemente avisado como para no mostrarse. Si le pagamos no la entrega a los limpiadores.

—¿Y cómo sabemos que la destruye?

—No la destruiría, pero una vez reciba el crédito, dará la cara y nos la enseñará. Si tratara de engañarnos, podríamos eliminarle. No perderíamos nada. En cambio, si mantiene la palabra no nos conviene tocarle, porque sigue con la lista en su poder. Quedaríamos tan amigos.

—¿Y si nos sigue chantajeando?

—Yo le comuniqué que habría un único pago, y que si volvía a oír hablar de él, lo pasaría mal. Tranquilo, él sabe que soy una rata y que conozco a gente.

Ivanov apura la ginebra y sonríe sin ganas.

—¿Cuánto pide?

Mallick escribe una cifra en la agenda y se la enseña al doctor, que chasquea la lengua.

—No dispongo de esa cantidad, Mallick, y tú lo sabes.

—Esa cifra es el total. Usted abonaría el setenta y cinco por ciento y yo el veinticinco restante. Me parece lo justo.

—¿Y por qué no a medias?

—Porque yo sólo soy un roedor despreciable y usted, en cambio, un afamado doctor.

—Bien. ¡Es ridículo! ¿Por qué querrían chantajearte a ti? —Ivanov reflexiona. Trata de descubrir cuál es el engaño, pero está demasiado nervioso como para pensar con claridad. Ya habrá tiempo para despejar las incógnitas, se dice—. ¿Y qué

propones? ¿Serás tú quien maneje el asunto?

—No. Propongo reunir el crédito y que usted lo entregue y se guarde la lista. No me importa que la conserve: sé que no le conviene usarla contra mí, y yo sólo soy una pieza secundaria. Eso sí, le vigilaré para que cumpla su parte.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—De una semana.

Ivanov coge la copa y parece sorprenderse de que esté vacía. Se levanta trabajosamente y se sirve otra, esta vez muy cargada. Sus ojillos rasgados brillan tras los cristales de sus gafas de diseño. Mallick se da cuenta de que son de la misma marca que las de Fazerhoff. Ivanov bebe un trago largo de ginebra, hace tintinear los hielos con una satisfacción un tanto idiota y se apoya en la barandilla, de cara a la ciudad. Está lo suficientemente ebrio como para reflexionar en voz alta sin fingir, con sinceridad, arrastrando las palabras.

—¡Esta ciudad es maravillosa! ¿No crees, Mallick? —El ingeniero también se ha levantado y está sentado sobre la barandilla, con su copa intacta y ese aire alerta que le acompaña día y noche—. ¡Mírala! Pintada de colores, iluminada a todas horas, produciendo sueños sin cesar. No podría irme de aquí, me aniquila sólo pensarlo. ¿Has estado alguna vez afuera? Apenas hay tonalidades, todo es marrón, gris y negro. Siniestro, verdaderamente siniestro —Ivanov ríe, y la copa resbala de su mano y se hace añicos contra la roca. Mallick le tiende la suya—. ¡Mierda! Claro, que para ti es diferente. No ves más que diferentes tonalidades de un gris neural, indefinible. Porque eres acromatópsico, ¿no es cierto? —Mallick no responde, aunque un destello de intranquilidad ha cruzado su mirada—. Por mucho que disimules no puedes ocultarlo. Eres un enfermo crónico que vive en un mundo aburrido e incoloro. Vives temeroso, te escondes de todo lo que brilla. Por eso eres tan hijo de puta. No eres capaz de disfrutar de todo lo que nos ofrece esta ciudad, no deseas nada aparte de amasar crédito. No sabes lo que es tener el estómago encogido por culpa de alguien, pasar las noches en vela, suspirar por la muerte sin atreverte a llamarla tú mismo. Ahora, allí dentro, Rubén y mis chicos duermen plácidamente, felices porque se creen muy zorros. Piensan que soy un viejo infeliz que pago demasiado por su amor, pero no saben que mis regalos no valen nada en comparación con lo que ellos me entregan. ¿Te doy asco? ¿Te dan ellos asco? Ése es tu problema. Todos te damos náuseas, como si tú fueras mejor. Detrás de tu crueldad descubro a un idealista, y eso sí que me repugna. Los idealistas odian a la gente y al universo, no saben apreciar lo que hay, quieren algo mejor y eso les convierte en fanáticos. No saben saborear el horror. Tampoco aceptarlo como la otra cara de la belleza.

Ivanov se queda en silencio, agotado por su propia perorata, o quizá pensativo. Mallick trata de sonreír, pero en su rostro asoma una mueca desagradable.

—Entonces, doctor, ¿cómo piensa pagar a ese tipo? No creo que se contente con los discursos de un marica borracho.

Ivanov se vuelve hacia Mallick lentamente y le escupe en pleno rostro. El

ingeniero se limpia la saliva con el dorso de la mano y después la restriega por los mofletes de su interlocutor. Ivanov, amedrentado, chasquea la lengua, bebe un trago y recupera el control.

—La liquidez no es mi fuerte, aunque ingresos no me faltan. Se me ocurre una idea. Puedo pagarle a usted en especie, con medicamentos o material, a cambio de que me proporcione el crédito.

—No —responde Mallick, que ahora sí parece sonreír—. Cada uno que cargue con lo suyo.

—Mejor aún. ¿Qué me dice de aquella pareja tan agradable de enfermos o delincuentes que deseaba un hijo? ¿Recuerda el trato al que llegamos? Un veinte por ciento del precio era suyo, y el resto mío y de mis contactos. Pongamos que yo soy yo y mis contactos y que corro con todos los gastos. Usted se quedaría con todo el pastel. Cubre con creces lo del informe, y lo que sobre para su bolsillo.

—Prefiero no mezclar asuntos dispares y, además, ese negocio ya no me interesa.

—Piénselo, Mallick. Es mi última oferta. Ya le dije que yo no podía satisfacer esa cantidad, y menos aún en una semana.

—Está bien, lo pensaré. Y usted vaya preparándose para el polvo, las enfermedades y los colores apagados. Porque si no pagamos a ese tipo, se acabó la vida regalada.

Mallick se dirige a la puerta cruzando el salón, repleto de hologramas jóvenes en animada reunión. Entre ellos están Rubén y los otros dos chicos, flirteando cada uno por su lado. Así que no duermen plácidamente, se dice Mallick, divertido. Cuando está saliendo al exterior oye la voz grave de Ivanov:

—Reflexione, Mallick, no vaya a ser que por engordar le explote la barriga.

Mallick sale a la calle, saca la canica del bolsillo, la hace rodar sobre el asfalto y camina tras ella. Ivanov sigue en la terraza, sirviéndose otra ginebra. ¿Y si Mallick fuera tan idiota como para tratar de embaucarle? Quizá el informe fuera suyo, o pudiera estar compinchado con otro sujeto. También es posible que en el momento de la entrega del crédito el que apareciera fuese el propio Mallick. Eso sería gracioso, se dice el doctor. Un timo burdo y efectivo, aunque peligroso. Por eso Ivanov ha lanzado el anzuelo de la parejita feliz. Porque si Mallick forma parte de la pareja, como sospecha, y acepta su oferta: ¡bingo! Sería la prueba de que todo es un apaño para exprimirle y entonces el doctor sacaría sus garras. Ivanov se mira las manos. A base de cremas, masajes, manicuras y cuidados no parecen las de un tipo que ronda los setenta. Todavía pueden acariciar o desgarrar. Ahora, se dice, hay que realizar algunas llamadas y esperar. Al primero, a Fazerhoff. ¿No fue él quien le comentó que tenían problemas precisamente con Mallick? Ya va siendo hora de ir a verle y ponerse al día.

La persiana ha quedado con las lamas levemente inclinadas, en la posición que permite la entrada de una cantidad mínima de luz exterior. Mallick está sentado a su escritorio, frente a la ventana, dictando con voz monocorde el informe que está grabando.

—Mortelli, yo mismo. Partida de veinte mil cajas defectuosas de Varitón, antibiótico. Negociamos contra Tiung y Zuntor, intermediarios con el exterior. Nos ofrecen analgésicos y dos contenedores de vendas de calidad AA. Hay demanda en clínicas altas. Acuerdo de pago al contado, transferencia 45654-VB34XF. Descontada comisión. Entrega del material inmediata en hangar zona F. Fin del informe.

Mallick alcanza el vaso de agua que hay sobre el pequeño escritorio de madera, bebe y continúa.

—Sujeto: Stork. Habla de una cena con sus padres hace alrededor de un mes, antes de su viaje al exterior. El doctor y la doctora aseguraban que deseaban apartarse de la vida pública por propia decisión (improbable). Investigan fármacos contra la soledad en sus ratos libres (improbable). La doctora: preocupada por su hija —y tras una pausa, añade—: (improbable). Los demás asistentes a la cena: Trenton, Bellini, Kirchenko, Ferguson. Fin del informe.

Mallick se levanta, entra en la cocina, busca un tranquilizante en un cajón que contiene medicinas de Stork, y se lo toma. Es la primera vez en su vida que ingiere un sedante. Llena la bañera, echa una buena cantidad de sales aromáticas de una elegante botella azul —sales Gi, regalo de Stork—, y se desnuda. El vapor comienza a condensarse. Enciende un fuego de la cocina, echa un chorro de aceite en la cazuela, vacía en ella el contenido de una bolsa de bolas de pescado, añade una pizca de pimienta, lo revuelve con aire distraído mientras se calienta y al cabo de cinco minutos exactos vierte la comida en un plato. Abre la nevera, saca una botella empezada de vino blanco, sirve un vaso y oye que alguien está entrando.

—¿Mallick?

—¿Tienes hambre? —grita el ingeniero desde la cocina.

—No, ya he cenado. ¿Se puede saber dónde estás?

—¿Te apetece un baño? —pregunta mientras tira las bolas de pescado a la basura.

—¡Sí! ¿Estás en la cocina?

Stork abre la puerta de la cocina y choca con una ola de calor húmedo.

—Cierra la puerta, ¿quieres? ¿Un vaso de vino blanco?

—No, gracias —responde Stork, sonriente—. Casi no te veo.

—¡Casi! Ésa es la diferencia entre una sauna en condiciones y la mía —Mallick bebe de un trago el vaso de vino y ayuda a Stork a quitarse la ropa.

—Huele raro, como a pescado.

—Ésa es la otra diferencia entre mi sauna y una convencional. Ten cuidado: quema.

—¡Uf! ¡Sí que quema! ¡He tenido un día horrible!

—Yo no. Déjame sitio: sólo hay una bañera.

—¡Eres idiota!

Stork se apoya en el reposacabezas de cuero sujeto con varillas de hierro al extremo de la bañera. Mallick se recuesta sobre ella. La acción relajante del baño de agua caliente no tarda en producir efectos visibles: ambos cierran los ojos, y ella, con cierta languidez, moja rítmicamente la cabeza rapada del ingeniero. Stork, como en esos minutos que preceden al sueño, se despide de una jornada especialmente desagradable. El problema no ha sido el trabajo, sino ella. Por primera vez se ha sentido en la necesidad de inyectarse una dosis suplementaria de Devirol y, como el ataque la ha cogido en el transcurso de una reunión y los servicios estaban ocupados, ha tenido que drogarse en el almacén de limpieza, a toda prisa y con los nervios de punta por si alguien la descubría. Como si fuera una degenerada. La palabra «degenerada» vuela de un lado a otro de su mente, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, en diagonal, hasta perder por completo su significado. Stork salta de un pensamiento inconexo a otro, incansable, gastando energía, en un frenesí de imágenes y rumores que quieren ser palabras que forman frases sin lograrlo. Trata conscientemente de detener esa carrera estúpida y agotadora, pero no puede. Hay que pasar por ella para dormirse, se dice. Es el precio del sueño. Le duelen los ojos, la cuenca, el hueco en el que están encastrados. Cada vez más, se dice, él no lo sabe y yo necesito cada vez más droga, todos los días todas las veces, dentro de poco tendré que pincharme en los tobillos, y en el cuello, no puedo seguir así. No me gusta vivir, piensa —sin pensarlo ella, pensado por otra que también es ella y que está lejos—, pero tampoco deseo morir. ¿En qué quedamos? Busca la sencillez, se dice, todo ha de ser sencillo. Pero no, las ideas bullen en la cabeza, el cerebro hierve, no la deja en paz, mueve una pierna y siente la calidez del agua en el muslo, en la rodilla que ahora toca la de Mallick, sigue despierta, mierda. Vuelta a empezar: llegan imágenes irreales y Stork se ve de niña, con sus ojos grandes y algo tristes, su cuello largo y sus miembros delgados pero no frágiles. Ahora es vieja, la carne se deshilacha, cuelgan los pellejos. Y esa anciana que es Stork se pregunta cómo es posible que exista si es improbable que ella llegue a vieja. La vieja trata de morderse un dedo pero no hay dientes. Entonces, lo chupa, chupa el pulgar, y ahora es una jovencita claramente idiota, una niña mimada que produce vergüenza ajena —a ella, a Stork—, y en su boca grande y alegre resuenan las risas y su rostro se rompe en innumerables muecas. De repente, no sabe cómo —¿está dormida?— nota que los músculos de Mallick han recuperado la violenta tensión de quien vive al acecho. Stork siente el agua y vuelve a la bañera. El cuerpo de Mallick, antes blando, en caída, está ahora duro. No lo puede ver, pero intuye que el ingeniero ha abierto los ojos.

—Mallick, ¿ocurre algo?

—¡Ssssht! ¿No oyes?

Stork, ahora sí despierta, con cierta desgana y un repentino abatimiento, se

concentra en los distintos sonidos que llegan hasta sus oídos. Ruidos indeterminados provenientes del habitáculo vecino; el goteo del grifo; el zumbido de la bombilla; voces en la calle; un grito —¿desde dónde?—; su propio corazón, que late con fuerza. Siguen siendo ruidos ajenos hasta que Mallick se levanta como un resorte, el agua se derrama por los bordes de la bañera y el ingeniero corre desnudo hacia la puerta y desaparece. Suena un portazo, una carrera por la galería exterior. Stork, enfadada, sale del baño, alcanza un albornoz de Mallick y se viste con él. Entra en el salón en penumbra, coge un cigarro de una cajetilla tirada en el suelo y lo prende. Echa el humo por la nariz, se siente dragón y la idea está a punto de hacerle sonreír y olvidar el enfado.

—Hoy no estoy para tonterías —dice para sí en voz alta, y su frase le suena hueca y estúpida. Ahora oye unos pasos que se acercan por la galería y llega Mallick con el rostro demudado. Stork le interroga con la mirada.

—Me acaban de enviar un mensaje muy claro, Stork —dice Mallick con voz ronca—. Debes marcharte, y no sé si por un tiempo o para siempre, no volveremos a vernos.

Stork se tapa el rostro con las manos y decide no llorar. Todavía está tratando de formar parte de esa escena incomprensible, ajena.

—Es por tu bien, Stork —añade Mallick—. Márchate.

Stork se acerca a Mallick y le pega una bofetada. Después, se sienta y trata de ordenar sus ideas. Pero no puede. El ingeniero la está mirando impertérrito, como si sus palabras no tuvieran ninguna consecuencia.

—Eres un hijo de puta, Mallick —dice Stork, a punto de echarse a llorar—. No pienso marcharme, ¿me oyes?, no pienso irme a ningún sitio. ¿Se puede saber qué ocurre?

—Si te lo cuento quizá te ponga en un peligro mayor aún del que ya estás.

—¿Y bien? ¿Acaso crees que prefiero lo otro, que me echés de tu vida para siempre?

Mallick coge dos vasos y una botella de ginebra. Al servir una de las copas derrama algo de líquido. Así que no está tan tranquilo como aparenta, piensa Stork. Mallick le alcanza una copa y se sienta frente a ella.

—No pienso largarme —repite Stork, firme—. Tú verás.

—De acuerdo —acepta Mallick—. Entonces, escúchame. Es una historia larga. Si te he dicho que te marches, es porque me he visto obligado a ello.

—Explícate. Tengo toda la noche —dice Stork, a quien le tiemblan las manos.

—Ahora creo comprenderlo casi todo —comienza Mallick—. La clave está en el asunto Ackerman. Desde hace tiempo me han estado presionando y he recibido numerosas amenazas. En un principio, pensé que todo se debía a nuestra relación y a que había descuidado mi trabajo y le sisaba comisiones a la Corporación, y no me preocupé. Pero hubo otra novedad: Fazerhoff me exigió que te abandonara.

—¿Fazerhoff? —se sorprende Stork—. ¿Quién es él para...?

—No me interrumpas, Stork, por favor. Me lo pidió como deferencia a tus padres —Stork va a interrumpirle de nuevo, pero Mallick la detiene con un gesto de la mano—. Yo le dije que aceptaba dejarte, pero que necesitaba tiempo. Como seguían pinchándome, creí que al ser Ackerman uno de mis clientes, trataban de asustarme para que no indagara sobre su muerte. Yo pensaba que si lograba descubrir algo jugoso, obtendría crédito para nuestra huida, ya que en la ciudad no me iban a permitir que siguiera contigo, y que esa información nos protegería al mismo tiempo. Investigué y descubrí que no había muerto en un accidente, sino que había sido asesinado, pero me topé con una vía muerta. Tengo documentos, grabaciones, pero nada definitivo. Ahora sé que hay algo más importante que todo eso y que hace mi situación insostenible. La última vez que me encontré con Ackerman en su laboratorio ilegal, hace ya tiempo, él estaba muy nervioso y asustado, hablaba de un proyecto farmacéutico decisivo, ilegal porque quebrantaba la moratoria de inventos, y muy rentable, pero yo pensé que era un paranoico. No sospeché que estaba metido realmente en algo tan importante. Robé archivos de su ordenador por pura rutina al advertir que, en un descuido, lo había dejado encendido. Ellos saben que el doctor era cliente mío, y también que entré en su ordenador. Los archivos deben de contener información muy peligrosa para ellos. Suponen que la tengo en mi poder, y, aparte de vigilarme y presionarme, me han lanzado varios avisos para que negocie con ellos. Los archivos son la razón de que anden detrás de mí. Y hasta ahora no me han matado porque preferían que me pusiera de su lado a que me vendiera a algún competidor.

—¿Y si los tienes en tu poder, por qué no negocias? —pregunta Stork, incapaz de seguir en silencio.

—Porque en realidad sigo sin saber qué contienen. Se los he entregado a un experto y todavía no ha sido capaz de abrirlos. Si ellos lo sospecharan —y creo que ya lo sospechan—, me eliminarían de inmediato. También irían a por mí si los archivos que he grabado no son interesantes.

—¿Y qué tiene que ver nuestra relación con todo ese lío?

—Tiene que ver con tus padres. Son socios de Fazerhoff, de la Corporación y de otros personajes de la ciudad en el proyecto de Ackerman. A Ackerman probablemente le mataron porque hablaba demasiado. Quizá tus padres estén implicados en su desaparición.

—¿Mis padres? ¿Qué insinúas? —se revuelve Stork—. ¿Tienes pruebas de que mis padres hayan cometido un delito? Habla claro, Mallick. Según dices, se trata de un asesinato. Es una acusación muy grave.

Mallick se arrepiente de haber acusado a los padres de Stork, pero ya no merece la pena callarse.

—No tengo pruebas, pero las pruebas no tienen la menor importancia. No todas las verdades dejan pruebas a su paso. Da igual. Dejémoslo. Tú ignoras demasiadas cosas. ¿Sabes acaso que todos realizan informes sobre ti y sobre mí? ¿Sabes que se

redactan informes continuamente, sin descanso, sobre muchos habitantes de la ciudad?

—¿Y? ¿Qué me estás contando? ¿Crees que soy idiota? Siempre se han redactado informes. ¿Y tú? También los redactas, ¿no? ¿Escribes sobre mí?

—Sí —confiesa Mallick—. Hoy mismo he dictado uno sobre aquella cena de hace un mes en casa de tus padres de la que me hablaste. Los falseo para protegerte, para que no te hagan daño.

Stork se muerde el labio. Unas lágrimas resbalan por sus mejillas. Recoge su ropa y se viste en silencio, con dificultad. La camiseta se le cae al suelo. No logra atarse un zapato. Está temblando. Mallick trata de ayudarla, pero Stork no se lo permite. Sin despedirse, Stork se marcha. Mallick le grita desde la cocina.

—¿En qué mundo vives, Stork? ¡Claro que escribo informes! ¿Qué pensabas? ¿Que mi trabajo era un juego? ¿No querías saber qué estaba ocurriendo? ¡Pues ya lo sabes!

Todo queda en silencio. Mallick recupera el autocontrol, recoge la cocina y mientras está vaciando la bañera oye cómo la puerta de la calle se abre y alguien entra en el habitáculo. Es Stork. Se abalanza sobre él y le abraza. Mallick la besa en las mejillas. Stork le agarra la mandíbula con una mano, se separa un poco y le mira fijamente a los ojos. Después, le atrae hacia sí y hacen el amor sobre el suelo, al principio violentamente, después de un modo tierno, despacio, acariciándose.

—Lo siento —dice Stork, ahora que ya han acabado de hacer el amor—. Nunca me cuentas nada, y de pronto... Lo de mis padres... Acaba de contarme lo de mis padres, por favor.

—Al enterarse de que yo había robado los archivos, tus padres trataron de que nos separáramos, para que no te vieses implicada en el asunto Ackerman —explica Mallick—. Por un lado enviaron a Fazerhoff de mensajero, y por el otro te pidieron a ti que me dejases. Tenían razón. Por eso hoy te he pedido que te marches. Si te vas y no hablas con nadie de lo que sabes, no corres peligro. A la Corporación y sus socios sólo les interesan los archivos.

—Pues huyamos ahora mismo.

—¿Crees que no lo he pensado? Pero si huimos juntos y nos cogen, nos matarán a los dos, porque no se pueden arriesgar a que pongamos en peligro su negocio. Aunque no tengamos realmente los archivos.

—Pero mis padres no lo permitirían.

Mallick se permite un bufido de incredulidad.

—Son sólo negocios, Stork. Crédito. Y ya ni siquiera tus padres pueden pararle, ya has visto lo que ha ocurrido con Ackerman, que era amigo suyo. El único modo de que te salves es marcharte.

Mallick coge la mano de Stork, que está fría.

—Ni hablar, Mallick. No me voy.

—¿Es tu respuesta definitiva?

—Sí.

A Mallick se le cierran los ojos. Se frota los párpados con los puños, pero la sensación de abotargamiento persiste.

—Mi única posibilidad es ganar un poco de tiempo para que mi contacto descifre los archivos antes de que me maten. Es también lo único que puede permitirnos seguir juntos.

—¿Y cuál ha sido el aviso definitivo que has recibido hace un rato?

—Nada, simplemente me han dicho que se me ha acabado el tiempo —contesta Mallick evasivamente—. Me he tomado una píldora y me cuesta pensar. Mañana seguiremos hablando.

Mallick se levanta con dificultad. Parece a punto de desvanecerse. Stork le ayuda a llegar hasta la cama, le acuesta, coge la botella de ginebra y se sirve otro vaso. Oye que Mallick la llama y regresa al dormitorio.

—¿Quieres algo?

—Sí. Ten todo preparado por si nos marchamos de improviso.

Mallick está aniquilado, pero no se duerme. Se levanta, cierra la puerta de su dormitorio con llave, abre la ventana y salta sigilosamente al corredor exterior. Busca detrás de una planta, y coge un saco que contiene algún objeto pesado. Con el rostro contraído por la repugnancia que le produce, lo abre. Sí, la cabeza de Sasha, el traficante de información al que visitó en busca de ayuda, sigue allí. No tiene tiempo que perder. Debe comprobar si Velasco anda cerca, y después desembarazarse de ella. Antes, cuando salió de su habitáculo y tropezó con el saco, creyó reconocer el hedor inconfundible que exhala el exingeniero de los pies deformes, al que ya ha descubierto en otras ocasiones siguiéndole. La noche es fresca y la brisa le hace olvidar temporalmente el agotamiento. Mallick se acuclilla y vigila, a la espera de oír otro ruido. Pasa un minuto. Dos. Mallick se frota los ojos. No piensa dormirse.

Sabe que Velasco anda cerca, y esta vez va a cazarle.

El camarero bate la coctelera con una expresión ausente que contrasta con los movimientos enérgicos y precisos de los brazos y del cuerpo. Es un hombre mayor, delgado, con bolsas bajo los ojos, una nariz prominente y una piel arrugada color negro azulado. Sirve dos cócteles en sendas copas de cristal y coloca una de ellas frente a una mujer de ojos rasgados que fuma con boquilla y está sentada a la barra.

—Martini para la señorita peinada a la china.

Después, coge el otro cóctel, bebe un sorbo y gruñe satisfecho. Tchi-huan prueba el suyo y sonrío.

—Eres único, Óscar. ¿Siempre te tomas uno cuando los preparas? Debes de acabar fatal.

—Sólo los pruebo, aunque si se lo sirvo a una mujer como usted, me permito disfrutarlo hasta el final.

—Gracias, Óscar —dice Tchi-huan, halagada por el piropo del viejo camarero—. ¿Y te emborrachas?

—Naturalmente. A partir del quinto, la nariz pasa del color negro al negro brillante. Pero no se preocupe, señorita: mi cuerpo tiene un setenta por ciento de agua, como el suyo, pero en mi caso el resto es alcohol. ¿Por qué cree que me mantengo tan bien?

Tchi-huan ríe. Los dos beben.

—¿Y desde cuándo trabajas para Berger?

—Desde que me rompió las dos piernas, hace un siglo. Como no servía para nada, me metieron detrás de la barra. Es un espacio reducido, pero con un poco de imaginación, resulta inabarcable. Ahora, si me disculpa, tengo que hacer.

El camarero mata la copa, se relame y se aleja por la alargada barra dando unos pasitos cortos e inseguros. Tchi-huan introduce el dedo en la copa medio llena, saca la aceituna, se la come y tira el hueso en un cenicero. Está triste. La conversación con Óscar no ha sido precisamente alegre —cuando alguien entra a trabajar para Berger ya no hay otra opción en la vida—, y no le apetece estar sola otra vez. Pero no hay nadie más. Afuera cae la noche, el bar está vacío, y las mesas preparadas para la llegada de los clientes. Tchi-huan bosteza y siente una pereza inmensa porque sabe que el *U* no tardará en comenzar a llenarse. Eres incorregible, Tchi-huan, se dice la mujer menuda. Deseas compañía, pero no quieres que llegue nadie. Tchi-huan da una bocanada a su cigarrillo, exhala el humo de golpe, por la nariz, y se mira en el espejo redondo situado tras la barra, entre las estanterías llenas de botellas. Ve a una oriental de veintipocos años que podría tener igual quince que treinta. La indeterminación de su edad, que antes sentía como un defecto, comienza a apreciarla como una ventaja. Tiene el cabello lacio recogido en un moño, la cara ovalada, las pestañas largas y postizas, la frente despejada, la nariz chata, los labios finos y un hoyuelo en la barbilla. La piel es lampiña y luminosa, pero en las zonas en sombra se oscurece más

de la cuenta. Es una mujer bella, y Tchi-huan endurece la mirada porque quiere verse en el espejo menos insegura, más decidida. La baja y recorre el cuello, se detiene en el leve pecho, salta a los brazos y vuelve a detenerse en una mano pequeña que sostiene entre los dedos una larga boquilla de marfil que sujeta un cigarrillo rojo. A Tchi-huan le gustan sus miembros breves, bien delineados. Una mujer le espetó una vez que era una mujer minúscula, y a ella, en lugar de ofenderla, le pareció una alabanza. Una vez pasada la prueba del azogue, Tchi-huan se zambulle de nuevo en pensamientos oscuros. Pero alguien se ha acercado por detrás sin que ella se percate. Tchi-huan nota que le quitan las largas agujas lacadas de color manzana que sostienen su peinado; la melena cae hasta cubrir los hombros y se da media vuelta.

—¡Mallick! ¡Maldito cerdo! ¿Se puede saber qué haces aquí?

Mallick le devuelve las agujas y Tchi-huan rehace su moño mientras decide si mostrarse ofendida o alegre.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí. Un ginfizz.

—¡Qué distinguido! Te invito, pero va a ser de garrafa —bromea Tchi-huan, que no ha podido evitar alegrarse con la visita del ingeniero—. ¡Oscar! ¡Ponme un ginfizz, por favor!

Mallick tamborilea con los dedos sobre la barra. Parece excitado.

—Siento de veras lo que te dije la otra tarde —se disculpa Tchi-huan—. Fui una imbécil. Quise buscarte pero no tuve el valor suficiente.

—No te preocupes, hermana. Un mal día lo tiene cualquiera.

Tchi-huan sonríe.

—¡Hermana! Por fin lo reconoces, Mallick. ¡Brindemos!

—Yo todavía no tengo la copa.

—Es igual. Entonces brindaré yo sola. ¿Sabes? No esperaba volver a verte.

Tchi-huan brinda y mata el martini bajo la mirada socarrona de Mallick.

—¿A qué has venido?

—A hablar con Berger. Quiero entrevistarme con él.

—¿Sobre?

—Un asunto privado.

—¿Y secreto?

—Así es.

Tchi-huan arruga el ceño y su carita se encoge.

—Comprendo que no me lo cuentes. Como te dije, aquella tarde te estaba siguiendo. Y le paso informes a Berger sobre todas nuestras conversaciones, sobre los recuerdos que vendemos... Berger parece muy interesado en ti. Una noche, hace unos diez días, se reunió con la *emperatriz dorada*, un tal Fazerhoff y otros. Hablaron sobre ti, aunque apenas me enteré de nada.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque somos hermanos —responde Tchi-huan, orgullosa de su sinceridad.

—Pues no me cuentes nada más, no quiero ponerte en peligro.

—El que está en peligro eres tú.

—Ya lo sé. Pero con uno ya es bastante.

—Si te marchas y pretendes montar algo afuera, cuenta conmigo. No quiero envejecer viendo esta moqueta roja.

—Lo haré, Tchi-huan. Gracias. Y ahora, ¿sabes dónde está Berger?

—¿No te tomas la copa? Acompáñame.

Justo cuando Mallick y Tchi-huan se van en busca de Berger, Óscar sirve el ginfizz que ya nadie beberá. Mallick sigue a la camarera cruzando salas y pasillos hasta que llegan a una puerta guardada por un hombre robusto. Tchi-huan le saluda con una leve inclinación de cabeza y habla por un micrófono disimulado en la pared. Berger invita a pasar a Mallick, la puerta se abre, y el ingeniero accede a la residencia del dueño del *U*. Mallick camina por un pasillo con el suelo de madera de ébano. En ambas paredes de hormigón, a la altura de los ojos, hay una vitrina corrida de vidrio con pequeñas esculturas y otras obras de arte. Mallick ni siquiera les echa un vistazo. Llega a un recibidor donde un silencioso oriental recoge su abrigo y le acompaña a un salón en el que le espera Berger sentado en una silla nido de acero. Frente a Berger se levanta una inmensa chimenea en la que crepita el fuego. En el salón, donde predominan los tonos apagados, no hay muchos muebles, pero Mallick sabe que con los que hay se podrían pagar varios habitáculos. Su mirada se detiene sobre un cuadro de gran formato, colgado en la pared, que muestra una masa rectangular de color naranja fundida sobre varios tonos de rojo. Aunque Mallick sólo vea un juego de grises, la fuerza expresiva del lienzo y los sutiles cambios de iluminación le atrapan. Berger levanta la vista del libro que está leyendo, lo deja en el suelo y saluda al ingeniero.

—Bienvenido, Mallick. Tome asiento —Berger le señala otra silla nido que está a su lado—. Si le molesta el calor, póngase lejos de la chimenea. Yo casi no lo noto, y mirar el fuego es una de mis aficiones favoritas. ¿Café?

Mallick asiente y Berger sirve dos tazas, cada una con dos terrones de azúcar.

—Gracias, Berger. Ha adivinado cómo me gusta —comenta Mallick, irónico.

—Ya que lo toma por educación, mejor que sea como a mí me plazca, ¿no?

—He venido a hacerle una proposición —dice Mallick, sin preámbulos.

Berger le observa mientras disuelve el azúcar con la cucharilla.

—¿Recibió la bolsa que le enviamos?

—Sí. Tengo en mi poder lo que ustedes desean, y quiero negociar —añade el ingeniero.

—¿A qué se refiere?

—A los archivos del doctor Ackerman que robé.

Berger, pese al temblor de su mano, levanta la taza ayudándose tan sólo de dos dedos.

—Disculpe si insisto, pero me gustaría saber qué contienen esos archivos de los

que habla.

—No pienso decírselo. Si usted lo ignora, tanto peor para usted. Quiero entrevistarme con Fazerhoff para llegar a un acuerdo.

—¿Por qué Fazerhoff? ¿No le valgo yo mismo? —pregunta el anciano, sorprendido de que prefiera verse con alguien inferior.

—Fazerhoff sigue siendo mi superior directo, y no deseo romper la tradición. Concertaré una cita con él dentro de una semana.

Berger bebe a pequeños sorbos, saboreando el café.

—¿Y por qué demorarse tanto? ¿No será que está vendiéndonos humo?

—Dentro de una semana, con Fazerhoff, a solas. Tengo mis razones.

—Si los archivos ya estaban en su poder, ¿por qué no ha venido antes a negociar?

—Porque hasta hace no mucho ignoraba su valor real —responde fríamente el ingeniero—. Ustedes y yo hemos estado dando palos de ciego durante un tiempo. Ustedes tardaron en descubrir que era yo quien había entrado en el ordenador de Ackerman, y después no me mataron porque confiaban en que acabaría negociando con ustedes, y temían que si me eliminaban, los archivos llegarían a manos de la competencia.

—Cierto, aunque no olvide que también le ha beneficiado su relación con Stork, que lo ha complicado todo.

Berger reflexiona todavía un rato, sin que la expresión de su rostro cambie un ápice. Tampoco llega a ser un silencio tenso, ya que Mallick no lo alimenta con su ansiedad.

—Está bien —acepta Berger—. Una semana más no va a cambiar nada. Pero le ruego que lleve a la entrevista una lista con los archivos que nos ha robado, y con lo que contienen. Además del nombre del informático que le ha ayudado. Si no nos proporciona esa información, morirá.

Mallick está sorprendido: ha sido más fácil de lo previsto convencer al viejo para retrasar la entrega de los archivos. Si no fuese ridículo, se diría que Berger siente debilidad por él. Mallick bebe su café. Está helado. Probablemente, el de Berger también. Nadie lo sospecharía por cómo parece disfrutarlo. Ahora Berger observa el fuego, que se refleja en sus ojillos vivarachos. Su mirada es la de alguien que, a pesar de haberse asomado al abismo muchas veces, continúa mirando con curiosidad, dosificando el cinismo que ha acumulado en casi un siglo de vida. Mallick posa la taza en la mesilla de té y el sonido cantarín del golpeo de la cucharilla contra la loza saca a Berger de sus ensoñaciones.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dice Berger.

—Adelante.

—Cuando nos venda los archivos, ¿va a marcharse con Stork, aunque eso suponga acabar con su incipiente carrera en la Corporación?

—Sí.

—Entonces la ama de veras. ¿Y por qué no han huido antes?

—Porque hubieran ido tras de nosotros.

—Eso no es cierto, Mallick, y usted lo sabe mejor que yo —Berger sonríe y Mallick se mantiene quieto como una esfinge—. Si hubieran huido juntos, les habríamos dejado en paz porque nuestro problema habría dejado de existir. En todo caso, serían los padres de Stork, y sólo ellos, los que tratarían de hacerla regresar. Usted ha preferido arriesgarse para obtener un buen montón de crédito, y así dejar una puerta abierta por si desea volver, una puerta que para usted, sin los archivos, permanecería cerrada para siempre, ¿no es así?

Mallick no responde y Berger se levanta.

—Deseo enseñarle algo. Sé que le interesa todo lo relacionado con la visión. Venga conmigo.

Berger lleva a Mallick al otro lado del salón. Contra la pared, apoyados en ella, hay varios cuadros de distintos tamaños. Berger se agacha y va dándoles la vuelta. El primero se puede ver como una bandada de pájaros blancos que sobrevuela de oeste a este unos campos de cultivo con un brazo de río y un pueblo a cada extremo, o como una bandada de pájaros negros que sobrevuela de este a oeste un paisaje similar. En el segundo, una figura central con cuerpo de ave y cabeza humanoide, apoyada en una estructura de geometría imposible, se recorta contra un paisaje onírico; y esa misma figura, vista desde otros puntos de vista, hace que las distancias y las direcciones de aquello que se mira se confundan. Las líneas blancas y negras del último, onduladas, producen la sensación en el observador de que el lienzo está en continuo movimiento. Mallick mira los cuadros con gran atención, se acerca, se aleja, va de uno a otro con aire grave, entorna los ojos, y, al cabo de un buen rato, estalla en una carcajada que Berger acompaña con una risa silenciosa.

—Veo que le gustan —dice Berger—. Usted, si no estuviera enfermo, apreciaría los colores mejor que yo. A mi edad, se reduce sobremanera la cantidad de luz que llega a los fotorreceptores.

A Mallick ya no le sorprende que Berger conozca su enfermedad.

—¿Fue usted el que me dejó como recuerdo las láminas de Ackerman en su laboratorio?

—¿Como recuerdo? Puede ser.

Mallick sonríe.

—Quizá aceptaría uno de los cuadros como parte del pago que va a exigir dentro de una semana —bromea el anciano.

—No. Ignoro su precio, y usted me engañaría.

—Quizá, pero un cuadro, cuando es valioso, es el modo más sencillo de transportar crédito. Las cuentas, en cambio, desaparecen sin que te enteres.

Berger vuelve a su silla nido y Mallick les echa un último vistazo, los coloca con cuidado cara a la pared y regresa junto a su anfitrión. Berger le ofrece un cigarrillo de la pitillera lacada que el propio Mallick le regaló, y el ingeniero lo acepta.

—Esta noche no me apetece salir a conversar con los clientes. ¿Desea quedarse a

cenar?

—¿Por qué no?

—Tengo ganas de mantener una charla privada con usted —a Mallick le sorprende el tono inusualmente cálido del anciano—. No tiene nada que ver con nuestros negocios, es por simple curiosidad. Dentro de una semana quizá no pueda satisfacerla.

—¿Por qué le intereso tanto, Berger? Ya se lo pregunté una vez.

Berger hace un gesto de disculpa con la mano y sonríe tímidamente, algo muy poco habitual en él.

—Por frivolidad, por su extraña enfermedad, por el amor que le une a Stork... A mi edad, en contra de lo que se piensa, también actuamos por impulsos. Yo hace tiempo me enamoré de una mujer y tuve que elegir entre ella o mi carrera. Salta a la vista que sucumbí a la tentación del crédito y del poder. Todavía hoy, cuando me acuerdo de ella, sufro. Desde que comenzó todo el asunto, sentí curiosidad por ver qué iba a hacer usted en una situación semejante. Y creo que no voy a tardar en saberlo.

El silencioso secretario oriental, vestido con un traje gris que le hace aún más fantasmal, se asoma al salón presto a recibir órdenes. Berger le dice que prepare la cena —recuperado su tono autoritario— y, de nuevo con Mallick, se explaya sobre las delicias culinarias que van a tener el honor de degustar. Mallick fuerza una sonrisa y, una vez logrado aquello que le trajo a los dominios de Berger, se prepara para aguantar los caprichos de su extraño anfitrión y con ello dar por concluida la jornada. Y al pensar en las texturas repugnantes y los sabores insoportables de la comida que va a ingerir no puede reprimir una mueca de disgusto.

Mallick se sirve otra ginebra corta. Introduce un somnífero en su boca, da un trago que le quema la garganta y fija la vista en la tarjeta de plástico rosa que está sobre la mesa, el único objeto brillante que hay a la vista en la sala de estar. En ocasiones se produce una inconstante fascinación hacia aquello ligeramente molesto, y la luz que refleja la tarjeta ejerce una atracción incómoda para los cansados ojos de Mallick. Hace unas horas se ha entrevistado con el doctor Ivanov, que se ha comportado de un modo extraño. Mallick casi se había olvidado de él —¿pérdida de reflejos?—, pero el doctor le ha llamado para cerrar aquel asunto de la lista de degenerados en la que aparecían ambos, ideado por Mallick para obtener una autorización para engendrar y sacar dinero al propio doctor. Nada más saludarle, el doctor le ha entregado la tarjeta, explicándole que incluye un permiso para concebir un hijo, y que los datos de los progenitores están en blanco para que el propio Mallick los cumplimente a su gusto. Ivanov le ha dicho que le cedía el negocio, que a partir de ese momento era exclusivamente suyo. Además, Ivanov ha añadido una cantidad determinada de crédito en metálico y le ha preguntado al ingeniero si podría ocuparse personalmente de comprar y destruir la lista. Ni siquiera le ha exigido verla con sus propios ojos. Mallick, como en un sueño —lleva tres noches sin dormir y apenas ha comido nada durante la última semana—, ha sonreído a Ivanov y ha aceptado el trato. Se podría decir que el doctor y el ingeniero se han despedido como dos buenos amigos. Ha sido una transacción suave, limpia. Naturalmente Mallick sabe que Ivanov ha recibido la orden de actuar de ese modo, pero aun así el recuerdo de la entrevista ha quedado impreso en su memoria como un juego etéreo de luces y sombras, como si el doctor y el ingeniero hubieran protagonizado, en lugar del encuentro propiamente dicho, un anuncio publicitario del encuentro.

Ahora Mallick mira la tarjeta y sonríe al pensar que ha logrado obtenerla cuando ya no la necesita. ¿Para qué la quiere, si lo más probable es que Berger y los otros le eliminen, o que, en caso de entregarles los archivos, él y Stork huyan al exterior? Y en el exterior no se necesitan autorizaciones para procrear. Alguien llama a la puerta pero Mallick no se mueve. Imagina que el ruido no proviene de su propia puerta, sino que llega desde algún punto muy lejano, pero los golpes persisten y Mallick se ve obligado a aceptar la realidad: alguien llama a su puerta. El ingeniero se levanta y abre. Es Jo.

—Hola —saluda Jo—, ¿puedo pasar?

Mallick se hace a un lado y Jo entra. Mallick le ofrece con un movimiento torpe una silla y Jo toma asiento. Cuando Mallick pasa a su lado, Jo le agarra la muñeca, le atrae hacia sí, inclina su cuerpo y trata de besarle, pero el ingeniero la aparta.

—¿Qué ocurre, ingeniero? —dice Jo, burlona—. ¿Me huyes? El otro día quedamos en vernos hoy. ¿Ya no me necesitas? ¿Es eso?

Mallick se sienta, llena el vaso de ginebra y se lo alcanza a Jo. A Mallick le

desorienta la presencia de Jo en su habitáculo. O quizá «desorientar» sea un término demasiado suave. Le aterra. Le aniquila. Bastante tiene con tratar de librarse de su imagen, que le persigue a todas horas, sin que comprenda el motivo. ¿Cómo es que es incapaz de controlar su deseo? Ahora le gustaría dormirse, recuperar fuerzas y levantarse con un día nublado y preñado de buenos augurios. Pero nuevamente se ve obligado a aceptar que la realidad es Jo, su minifalda de cuero verde y sus uñas pintadas de azul.

—¿A qué has venido, Jo? —pregunta Mallick, que no espera respuesta alguna—. Es inútil. Dentro de poco me marcharé, ya te lo dije.

Jo mira el vaso de ginebra con desprecio y lo deja sobre la mesa.

—Me repugna beber cuando no hay nada que celebrar. ¿Qué ocurre, Mallick? No me digas que es cierto que sólo te has visto conmigo para sonsacarme sobre Ackerman y los padres de Stork. ¿Y las noches que hemos pasado juntos? ¿Y los besos, las caricias? —y añade tras una pausa—: ¿No te has dado cuenta de que aquí huele a muerto?

Jo se pone en pie y abre la ventana. Una brisa fresca penetra en el habitáculo. Mallick mira a Jo asomada a la ventana, en escorzo, y una punzada de deseo recorre su espina dorsal. Con la imagen de los hombros desnudos de Jo incrustada en su cerebro, Mallick se dirige hacia el baño y se mete en la ducha. El agua fría cae sobre su coronilla rapada, resbala por el cuello, y cae en regueros por el vientre y las piernas hasta morir por el desagüe. Mallick cierra los ojos y espera. Ya no le pesa tanto el cuerpo. Tampoco nota el latido de las sienas. Percibe una presencia junto a él y en su cerebro se forma la imagen de los dos ojos de Jo, como dos cortes transversales en un rostro impreciso. Una mano recorre su espalda presionándola con fuerza. Es Jo. Es real. Mallick se deja hacer, siempre con los ojos cerrados, y con los de Jo mirándole desde dentro, en su propia mente, fijos en los suyos. Jo le besa, le lame, le muerde, le araña. El agua se tiñe levemente de rojo. Mallick no protesta. Jo le agarra la cabeza y le besa. Mallick reacciona. Coge a Jo por las caderas, ella se monta a horcajadas y hacen el amor.

Ahora Mallick y Jo están tumbados sobre el plato de la ducha; el agua sigue cayendo. Mallick se sorprende al darse cuenta de que tiene en su mano un zapato de Jo con el tacón roto. Levanta la cabeza y ve que el otro sigue en el pie derecho de ella. Es un pie delgado, con los dedos muy largos. El tobillo doblado luce un tatuaje de una estrella mínima verde azulada. Jo se incorpora apoyándose en la pared, sin dejar de mirarle, con una expresión de cansancio o de extrañeza, y sale de la ducha cojeando. Mallick se queda mirando el zapato. Es un escaarpín del que cuelga inerte el tacón de carrete. Mallick acaricia la suela, coloca el tacón y trata de ponérselo. Después lo deja en el suelo, cierra el grifo de la ducha, coge una toalla y se seca. En la toalla han quedado restos de sangre. Mallick se mira en el espejo y ve que tiene el labio un poco hinchado, un ligero corte en el cuello y marcas en los brazos y en la espalda. Mallick bosteza y se reúne con Jo en el salón.

—Tu otro zapato está en la ducha —dice Mallick.

—Vete a la mierda.

Mallick la mira. Jo, sentada en una silla, junta las piernas, estira la camiseta que lleva puesta y las cubre con ella. Mallick recoge del suelo la ropa de Jo y se la lanza.

—¿Y? —pregunta Jo, que la ha cogido al vuelo—. Entonces, ¿qué? ¿Vas a huir?

—Sí. No creo que me vuelvas a ver.

Jo hace una mueca grosera. Luego, sonrío con tristeza y se muerde el pulgar.

—¿Con ella? Sabes que te amo. No me digas cómo ha podido ocurrir, pero el caso es que te amo. Y tú me amas a mí. Eso sí que lo sabes.

Mallick busca en un paquete arrugado y saca un cigarrillo en forma de ele. Lo estira y lo enciende. Dos columnas de humo salen por su nariz y luego se dispersan en el aire.

—Todo ha ido muy rápido —sigue Jo—, y estoy asustada. También sé que tienes algo valioso en tu poder, y que si nos uniéramos y volvieras con Xen, llevaríamos una vida regalada. Tú y yo, sin problemas. Yo también trabajaría para ellos y si no te fías de mí, firmaré un contrato. Seré tuya de por vida. Y seré leal.

Mallick da una calada y cierra los ojos.

—Te amo y somos iguales —continúa Jo, con voz firme—. Pero haz lo que te venga en gana. No se me da bien humillarme contigo.

—Desaparece de mi vista, hija de puta. Esfúmate.

Jo se viste y Mallick prefiere no mirar. Pero no puede impedir entreabrir un párpado y ver la imagen borrosa de Jo inclinada poniéndose una media. Antes de marcharse, Jo le besa. Mallick la agarra por el cuello todavía mojado y el beso se hace interminable. A Mallick le duele el labio, pero es un dolor agradable. Cuando se queda solo vuelve el silencio. Se tira sobre la cama y duerme. Sueña con el zapato roto de Jo, que sigue en la ducha, y con su cabello plateado y con el pie descalzo. Duerme y sus miembros recuperan fuerzas. Al despertarse mira por la ventana.

Es de día, el cielo está cubierto y todo lo que ocurrió ayer, si no fuera por las marcas que luce su piel, parecería una pesadilla.

El edificio Trieste de Negocios y Conocimiento es espectacular, sobre todo de noche. Dicen que su mole más bien informe recuerda un cerebro, con sus circunvoluciones incluidas, que las ventanas, rectangulares y livianas, ordenadas con apariencia de aleatoriedad, son —por la categoría de los congresos científicos y los laboratorios que iluminan y ventilan— las verdaderas ventanas del alma humana. Desde la terraza se domina el parque, al que se accede por una escalinata que salva un terreno en pendiente, aterrizado. En los taludes de las terrazas, cubiertas de gravilla, se han excavado unos invernaderos con escaso fondo y puertas de cristal que cobijan flores blancas y negras —los colores de la ciudad— de diversas especies. Al pie de la escalera comienzan varios paseos de tierra rojiza que recorren el parque, un laberinto de cactus, algunos de los cuales se elevan hasta siete metros de altura.

Fazerhoff y Mallick se encuentran en la última terraza, bebiendo una copa a la luz de la luna y de las grandes antorchas que la rodean como un tímido ejército de dragones. Fazerhoff viste traje de gala y luce las numerosas medallas que ha ganado como leal impulsor de la economía de la ciudad. Entre la hojalatería que cuelga del pecho, un poco apartado, lleva el broche que le acredita como socio de tercer grado del club. Mallick lleva un brazalete amarillo en el brazo, aquel que distingue a los visitantes de menor rango. Además de ellos hay unas doscientas personas en la terraza del club, en grupos reducidos o parejas, que conversan en voz baja y se lanzan miradas de reojo mientras degustan aperitivos y fuman. Los de broche argénteo —primer grado— se divierten a solas o se reúnen en grupos amplios, rodeados de aduladores.

—No lo entiendo, Mallick —ruge el caimán—. ¡Ni siquiera has probado las ostras! ¡Y te has permitido rechazar la carne de atún! Sinceramente, no sé para qué te he traído.

—Ya le dije que a mí la comida no me interesa. No puedo comprender cómo se puede invertir tres horas en alimentarse. Debería estar prohibido.

—En eso no puedo por menos de darte la razón. Por cierto —le susurra Fazerhoff, inquieto, mirando hacia los lados y bajando la cabeza cada vez que se cruza con un superior—, trate de no parecer un pobre, no quiero que nos observen. Aquí hay que ir con pies de plomo. Hay tanto poder en este lugar que el aire es embriagador, pero peligroso. Bajemos, quiero enseñarte nuestro parque.

Mallick y Fazerhoff bajan las escaleras. Corre una brisa refrescante que evapora el sudor que exudan los cuerpos del ingeniero y su jefe. Al bajar el último escalón, Fazerhoff duda qué camino tomar entre los tres que se le ofrecen.

—¿Qué prefiere, Mallick? Norte, este u oeste. Según dicen, los acuerdos que se toman en el transcurso de la caminata varían dependiendo del rumbo que uno ha seguido al entrar en el laberinto. Y aseguran que nadie ha salido de él sin llegar a un pacto con su contrincante.

Mallick mira al caimán con socarronería, se adelanta y se encamina por el paseo del norte. Fazerhoff le sigue. Nada más entrar en el parque la brisa desaparece y el aire se espesa. Ya no se ve la escalinata, ni el edificio del club. Hasta la luna parece haberse retirado, cohibida por las espinas y la gran altura de los tallos carnosos de los cactus.

—Bonita noche, ¿no? —dice el caimán, soñador—. Es una pena que Velasco no pueda disfrutarla. ¿Sabías que le encontraron con el cuello partido, en un oscuro callejón? ¡Pobre diablo! Estaba a punto de volver a ser ingeniero.

—Lo siento mucho por Velasco, y también por Sasha, otro que no va a disfrutar de esta noche. Pero no nos hemos citado para hablar de ellos.

—Por supuesto que no. ¿Sabes, Mallick? Hemos puesto nuestros ojos en ti: serás uno de los nuestros —dice Fazerhoff, con exagerada gravedad—. ¿Llevas la lista?

Mallick saca un papel de un bolsillo de la americana y se lo entrega a Fazerhoff, que lo acerca al cristal de sus gafas.

—¡Esta lista es incompleta, Mallick! ¿Me toma el pelo? Y también le ordenaron que nos facilitase el nombre del informático, ¿recuerda?

—Sí, tiene razón. Pero no me fío de ustedes. Les entregaré la lista completa y el nombre cuando el acuerdo con respecto al precio de mi silencio esté cerrado.

Fazerhoff se detiene junto a un cactus plagado de espinas largas y curvas. El caimán presiona con el dedo índice la punta de una de las espinas, y una gota de sangre aparece en la yema.

—Usted está desnudo, ¿no? Es un farol. Juega con nosotros al ratón y al gato, pero resulta que usted, el ratón, es paralítico.

—Limítese a maullar su oferta, Fazerhoff, no vaya a ser que busque otro comprador. Si no me cree, lárguese y déjeme tranquilo con mis negocios.

Fazerhoff le echa un vistazo de reojo con sus ojillos vivarachos. Saca un pañuelo naranja y se limpia el sudor del rostro. Disimuladamente, tira el pañuelo empapado detrás del cactus y echa a andar de nuevo.

—Vivimos tiempos fatigados en los que, en lugar de innovar o crear, se copia sin pudor. Nosotros le ofrecemos unirse a nuestro equipo y combatir la fantasía mediante la ciencia y la cultura. Dentro de poco, gracias a nosotros, la moratoria de inventos caerá y la ciudad se inundará de millones de colores.

—Sea más concreto, Fazerhoff.

—Le ofrecemos una cantidad desmesurada de crédito —Fazerhoff dibuja una cifra en el aire con sus manos regordetas—, un nombre real de la letra H, y lo que es más importante, tomar parte en un proyecto ambicioso y revolucionario en el que usted será uno de los protagonistas. Seguirá trabajando para la Corporación, pero ahora recibirá órdenes de un grupo de élite dentro de ella. Naturalmente, yo formo parte de él. ¿Qué le parece mi oferta?

—Poco generosa, Fazerhoff.

Fazerhoff carraspea, lame sus labios con parsimonia, se acaricia el cráneo y habla

aparentemente emocionado.

—Está bien. Añadiré algo que no podrá rechazar. Además, le pondremos en manos de los mejores médicos de la ciudad, y haremos que curen su pequeña enfermedad de la visión, aquella que le obliga a vivir en una cárcel gris.

—Prefiero más crédito, Fazerhoff.

—De acuerdo. Le curaremos aunque usted sea tan tozudo. No importa. Eso sí, como es natural, todo ha de llevarse en secreto. Esto también incluye a Stork, naturalmente. ¿Le ha dado ella ese mordisquito en el labio? ¡Bendita juventud! ¿Qué me dice? —pregunta Fazerhoff en un graznido.

Mallick no responde. Ahora le parece caminar por un bosque encantado, rodeado de gigantes armados hasta los dientes. ¿Y si Fazerhoff es un duendecillo de aquellos que protagonizaban los cuentos de su infancia? Pero no, Fazerhoff es real. Tan real como los cactus que parecen abalanzarse sobre él para herirle con sus hojas terminadas en púas y luego besarle con esas flores de grandes y carnosos pétalos. Mallick trata de masticar la oferta del caimán, y gana tiempo con su silencio. Fazerhoff, impaciente y seguro de que Mallick aceptará su oferta, le va contando detalles de sus nuevas atribuciones. La voz del caimán de las ventas envuelve al ingeniero, le zarandea, le mece y luego le suelta.

—Con usted todo parece fantástico, Fazerhoff —dice Mallick—. Pero diga a sus amigos que quiero diez veces la cifra que usted ha dibujado en el aire. Así de simple. Lo demás puede esperar.

—¡No me hagas esto, Mallick! —le ruega el caimán—. Tú eres mi responsabilidad y sabes que en nuestro trabajo no se nos permite fracasar. El crédito no lo es todo, reduce tus pretensiones. Y acepta tu nuevo puesto: te conviene seguir con Xen.

—Lo sé, Fazerhoff. Pero por ahora sólo quiero crédito. Una transferencia a la entrega de los archivos. Después, ya hablaremos. ¿Qué me dice?

—Está bien, aunque debo consultarlo con Berger. A nadie le va a gustar que nos abandone —y añade, rebosando inocencia—: ¡Ah, se me olvidaba una última cuestión! Debes abandonar a Stork. Lo lamento, pero esto es innegociable. Eso sí, puedes arramplar con lo que desees. ¿Estamos?

—No hay problema, Fazerhoff. Stork era cada vez menos rentable.

—Gracias, hijo —balbucea el caimán—. ¿Tienes un pañuelo?

Mallick le da uno, Fazerhoff se seca y después lo tira con un gesto enérgico: vuelve a ser el de siempre.

—¡Estupendo! De hecho, no tenías otra alternativa. Si te hubieras negado a cooperar, te habría echado a las fieras: hubiera sido el modo más fácil de cumplir mi promesa de curar para siempre tu enfermedad de la vista, ¿no crees? ¡Mira!

Mallick levanta la cabeza y dirige la vista hacia el lugar que señala el caimán.

—¡Ya hemos llegado! ¿No te lo dije? En cuanto hay acuerdo, se sale del laberinto.

Efectivamente, están frente a la escalinata. Fazerhoff, de repente, saca una pequeña navaja del bolsillo y hiere a Mallick por sorpresa en el costado.

—¡Y esto, para que no olvides entregarnos lo acordado!

Fazerhoff echa a correr y sube los escalones de tres en tres, saltando como una pulga. Mallick se acaricia el costado ensangrentado y palpa la herida: es superficial. Saca un pañuelo y lo coloca bajo la camisa, presionando el corte. Cuando llega arriba no ve al caimán. Ahora que Fazerhoff se ha esfumado la historia de su curación le parece una quimera, la recuerda entre sueños. ¿Qué querrá en realidad hacer Fazerhoff con él? ¿Eliminarle en la mesa de operaciones? Da igual, al menos ha ganado otra vez algo de tiempo. La herida le duele y se siente agotado. Mallick se acerca a un solitario anciano de porte distinguido y melena azulada que lleva un broche argénteo de socio de primer grado y le pregunta si tiene algún analgésico. El anciano, que lleva una copa de cóctel en cada mano, parece ensimismado. Pero un chispazo aviva sus ojos verdes al distinguir el brazalete amarillo de Mallick y la sangre que moja la camisa. El anciano le da una de las copas y saca una pitillera de plata que se abre automáticamente. Hay cigarrillos de diez colores, todos diferentes.

—¿Cuál me aconseja?

—Le aconsejo el negro. Aparte de combatir el dolor, es el del olvido, aunque un tanto especial. Durante un par de horas sólo se evaporan los recuerdos tristes, la angustia. El cerebro queda prácticamente vacío, pero se disfruta mucho. ¿Está herido?

—Sí. Me pinché con un cactus.

Mallick coge un cigarrillo negro y el anciano lo enciende. Da una calada e inicia una conversación fluida. Poco a poco su memoria se vacía, es una sensación tan agradable como torturadora. Los recuerdos aciagos se van deshilachando. Un fognazo cruza la mente del ingeniero: debe visitar a Ian de inmediato, es probable que ya disponga de los contenidos de los archivos. El rostro de Ian se difumina hasta que parece una máscara hueca. Al cabo, Mallick ya no recuerda nada. Sólo habla y habla con un viejo que le escucha sonriente y que ha olvidado que es él quien ha invitado al ingeniero a un cigarro negro y a unos martinis, quizá porque no es un hombre generoso y el recuerdo de la invitación no le resulta del todo agradable. Los segundos y los minutos pasan sin dejar huella, entre humos, risas, el líquido frío que baja por la garganta y la desgarran y alguna palmada en la espalda carente de significado.

Los paneles están apagados. Las únicas fuentes lumínicas son la percha que sostiene al búho chico, la pecera en la que nada el pez Garibaldi y cuatro velas diminutas situadas a ras de suelo en las esquinas de la cama en la que descansa Stork.

Stork deseaba divagar y para ello ha preferido alumbrar objetos, lugares a los que dirigir la mirada cuando estuviera cansada de sus propios pensamientos. Pese a su enfermedad, pese a la proximidad cierta de la muerte, o quizá precisamente por eso, no es habitual que Stork indague sobre cuestiones ontológicas sin que medie la desesperación. Hace un rato, después de reflexionar sobre la existencia o no de un futuro, Stork decidió cortar la disquisición dejándose seducir por los movimientos aparentemente ilógicos del pez Garibaldi. Nadaba en círculos, contoneándose suavemente, mostrando con orgullo sus escamas de un naranja cada vez menos intenso para después arremeter contra el cristal y escapar rápidamente hasta situarse de espaldas al lugar del ataque, como si disimulara; o se mantenía estable en una posición, de perfil, boqueando, con ese ojo de loco permanentemente abierto, que le confería una expresión de eterna perplejidad bastante cómica.

Al cabo, la observación del pez le trajo otras preguntas. ¿Qué tiene que ver ese pequeño monstruo conmigo? Allí, en su celda de cristal, tan lleno de vida, tan perfecto, tan ajeno a todo lo que no es él mismo, ¿es horrible o maravilloso? Entonces, Stork se atrevió otra vez a pensar, y dirigió sus ojos pardos hacia la negrura. Ahora piensa que lo maravilloso de ese pez, o de un paisaje otoñal, o de la escena de un niño jugando con su madre, es que no percibimos el despiadado proceso que ha debido producirse en el universo hasta llegar a ese pez, a ese paisaje o a ese niño y a esa madre. Sólo advertimos el resultado. Soñamos con no formar parte del horror de la competencia y el azar que han dirigido el proceso de la vida, que lo han modelado. Y cuando caemos en ese vacío que nos aterra, cuando vislumbramos que nosotros formamos parte de ese proceso aunque no lo deseemos, cuando vemos escenas que nos repugnan, como la del pez ahogándose con el exceso de oxígeno del aire, el bosque otoñal incendiándose o el niño y la madre famélicos, nos preguntamos cómo es posible tanta indefensión, tanto sufrimiento sin aparente sentido. ¿Quién tiene la culpa? Probablemente, se dice Stork, la culpa es nuestra y sólo nuestra, por haber creado el concepto de culpa, por inventar un nexo con el universo que nos rodea, por nuestra mirada única. Somos culpables de echar un vistazo a la vida y analizarla y juzgarla, incapaces de aceptar que la única relación entre nosotros y la vida es que la vivimos, del mismo modo que la única relación entre nosotros y la esencia del movimiento es que nos movemos. El proceso de la vida es completamente indiferente a la conciencia del ser humano. Por eso, se dice Stork, por eso es un lujo vivir con la muerte. Por eso es bueno morir, se dice Stork, como mueren todos los hombres, liberarse de un proceso que ni tiene juez ni nos dirige la mirada, huir.

Por un instante Stork cree aceptar la idea de la muerte y se relaja, sus músculos se

distienden, los párpados caen, la boca se entreabre. No es tan espantoso morir tan joven. Es bueno, se dice Stork. Vale la pena. Y para que no se volatilice pronto esa sensación placentera, para no tener que repasar el camino probablemente ilógico que le ha llevado a una conclusión que ya casi no comprende, Stork gira la cabeza y mira hacia una de las paredes oscuras. Entonces, da un respingo. ¡Hay un rostro en la pared! Por un momento no lo reconoce, es una mancha de luz trémula y azul a menos de un metro de altura. Su corazón se acelera. Es una cara, y es la de alguien a quien conoce. Los rasgos suaves de un rostro redondo, la frente despejada, los ojos tiernos, la nariz algo aplastada, la boca insolente. Parece una máscara. ¿Qué significa aquello? ¿Quién es? ¿Cuánto tiempo lleva allí? Stork trata de calmarse, pero su corazón late desbocado. Mira al suelo, ve la caja con ampollas de Devirol y recuerda que se ha pinchado hace unas horas, por lo que no está delirando. Busca desesperadamente en su catálogo de rostros hasta que por fin lo encuentra: es Mortelli, el ambiguo rival de Mallick. Stork controla su ansiedad, enciende los paneles y se hace la luz en la habitación. Mortelli, en cuclillas, sostiene una diminuta linterna dirigida hacia su rostro. Aunque sea de un modo grotesco, la realidad ha regresado a la habitación.

—¿Se puede saber qué haces en mi habitáculo, Mortelli? ¿Cómo has entrado? ¿Es una broma o es que eres idiota?

Mortelli apaga la linterna como toda respuesta.

—Sí, debes de ser idiota —le insulta Stork, que ha encendido la luz.

Mortelli se yergue y sonríe como un niño viejo. Parece exultante.

—Quería darte una sorpresa, Stork, que me vieras como la última adquisición de tu pequeño y extraño parque zoológico. El búho, el pez que te regaló Mallick y yo. Porque el pez ese zarrapastroso te lo regaló Mallick, ¿no? ¡Ah, el amor! ¡Quién lo sintiera! ¿A que te he sorprendido? —y añade en tono grave, tras una pausa—: He venido porque tengo algo importante que decirle a Mallick, y supuse que estaría aquí. Habíamos quedado en vernos.

—Me has asustado, Mortelli. Y ya puedes irte. Mallick no está ni creo que venga.

—¡Mejor aún! ¡Aquí estamos, tú y yo solos, como en los viejos tiempos!

—Lárgate, Mortelli. Tú y yo no hemos estado jamás aquí solos, ni en los viejos ni en los nuevos tiempos. ¿Cómo has entrado?

—Por la puerta. Dices que aquí no hemos estado solos, pero en otros lugares sí, Stork. Recuerda aquella noche en la que la calle estaba infestada de langostas. ¿No decías tú eso? ¡Veo langostas por todos lados!, gritabas. El hotelito era una monada. Lo pasamos bien, ¿no?

Stork está nerviosa, y Mortelli parece disfrutar con su miedo.

—Bien. Esperaremos a nuestro común amigo. Necesito un trago —dice Mortelli—. ¿Tú qué tomas? ¿Ginebra? ¿Vodka?

Stork no responde y el ingeniero sale del dormitorio. Stork piensa en huir, pero desecha la idea. Desprecia la histeria, las escenas. Se levanta y comienza a vestirse

lentamente, extrañada de la calma que ahora la invade. Es como si fuera la protagonista de un sacrificio ritual. Se sonríe y vuelve a sorprenderle su propia sonrisa. Se pregunta si Mortelli habrá venido a matarla, si serán ciertas las amenazas de las que le habló Mallick. Recuerda que ayer mismo habló con sus padres y que ellos le aseguraron que el ingeniero era demasiado fantasioso, que ellos no tuvieron nada que ver con la desaparición de Ackerman, ni con las amenazas a Mallick para que la abandonase, ni con ningún otro asunto turbio. Pero Stork, por mucho que trate de aliviar la tensión, no se engaña. Lo más probable es que Mallick esté en lo cierto y que sean sus padres quienes mienten. Esa reflexión asusta a Stork porque antes había tratado de evitarla. También se acuerda de que su madre la amenazó otra vez con cortar las relaciones si continuaba viéndose con Mallick, y en esta ocasión las palabras de Baquerizo sonaron por vez primera como una posibilidad cierta. Stork, ya vestida, sale de la habitación. Mortelli está junto al mueble bar, de espaldas, quieto. La oye llegar, pero no se vuelve. Hay algo animal en Mortelli; cuando está inmóvil siempre transmite la sensación de que su quietud podría ser la antesala de una acción violenta, brutal. Stork se acerca y le toca el hombro. Mortelli tiembla.

—Quiero un vodka, Mortelli.

El ingeniero se agita violentamente y mira a Stork. Tiene una sonrisa bonita que pasaría por inocente. Sirve dos vodkas en sendos vasos de cristal, los entrechoca y le da uno a ella.

—¿A qué has venido? ¿A matarme?

Mortelli la mira muy serio. Sorbe un trago de vodka ruidosamente, y a Stork le resulta zafio, pero también tierno, aunque resulte un tanto ridículo pensar eso en una situación así.

—No lo sé... todavía.

A Stork se le congela la sonrisa.

—¡Es una broma, mujer! —exclama Mortelli, recuperada su proverbial jovialidad—. Sé que estoy siendo un poco grosero contigo, pero no tengo más remedio. Nuestro común amigo Mallick se está comportando de un modo muy extraño y debo entrevistarme sin falta con él. Eso es todo. ¿Nos sentamos?

Stork sonríe mecánicamente y, una vez sentados cómodamente en dos butacas, ambos se esfuerzan por mantener una conversación fluida y normal. Hablan de los viejos tiempos, Mortelli le cuenta los últimos rumores que ha oído sobre los que fueron durante un corto periodo de tiempo también compañeros de Stork, comentan las campañas publicitarias de moda, intercambian ácidos chismorreos sobre los políticos, ríen, se lanzan algún que otro cumplido, beben y permiten que los minutos se deslicen aparentemente con la facilidad y la elegancia que muestra una patinadora profesional sobre la pista de hielo. Del miedo de Stork, de la amenaza que encierran las grandes manos de Mortelli, sólo parece apercibirse el búho chico, que ha escondido su cabeza bajo un ala, como si ya no quisiera saber nada del mundo.

El tranvía se desliza suavemente por los raíles, y sus potentes faros delanteros, como ojos invertidos, iluminan la calzada, los árboles y los edificios bajos situados al pie de la colina. En la siguiente parada, Mallick salta a la calle. Sigue lloviendo. Es siempre la misma lluvia, cálida, abundante y que en raras ocasiones dura más de un par de horas. Mallick comprueba que nadie le sigue, se pone la capucha del chubasquero, inclina la cabeza y echa a correr. Luce unas profundas ojeras en su rostro sin afeitar, pero sus ojos brillan y los pies parecen volar sobre el asfalto mientras sube la pronunciada cuesta en dirección al habitáculo de Stork. Cuando comienzan a estallarle los pulmones, aminora la marcha, mete las manos en los bolsillos y acaricia con la izquierda su preciada canica de cristal. La mano derecha, en cambio, aprisiona la copia de la cápsula que le ha dado Ian hace poco más de una hora. El original ya está a buen recaudo, y si le ocurre algo, las autoridades lo recibirán. Sí, Mallick ya tiene en su poder todos los archivos descriptados que incluyen la descripción del denominado proyecto Future, cuyo objetivo es el de lanzar al mercado una serie de originales productos farmacéuticos inspirados en la sinestesia.

La sinestesia es un fenómeno por el que ciertas personas, por lo demás normales, experimentan la mezcla de dos o más sentidos a la vez. Hay personas sinestésicas que ven sonidos, sienten colores o saborean formas. Los hay que, al escuchar las notas musicales de un piano, evocan colores: *do* es rojo y *fa*, azul; o quienes, al pensar en una secuencia temporal, como la de los días de la semana o los meses del año, ven tonos diferentes para cada día o mes: el lunes es negro, el sábado, naranja, y diciembre, marrón; o algunos para quienes las letras, los números, los sonidos y los dolores evocan olores: las «aes» huelen a ozono, los cinco a madreSelva, y al romperse una pierna huele a mar.

La sinestesia es una afección que se produce cuando dos áreas del cerebro, normalmente separadas entre sí, se estimulan mutuamente. Los neurólogos saben que con sustancias químicas se podían inducir dichas conexiones, y el equipo del doctor Ackerman ha logrado sintetizar una serie de fármacos —que ha denominado «sinestésicos» y cuyo proceso de fabricación completo está ya detalladamente descrito— que controlan la fusión de dos o más sentidos en determinadas situaciones y que se comercializarán bajo la marca Total-Sense. El proyecto Future supone, pues, una revolución sensorial de proporciones incalculables e infinitas aplicaciones. Los ciudadanos, previa ingestión de una píldora, podrán sentir sabores al visitar un museo y ver un bodegón, ver colores al mirar paneles numéricos, oler fragancias al ver un anuncio, describir al médico los dolores que sienten mediante colores o sentir que les acarician mientras escuchan un concierto de violín. Y todo a voluntad.

Pero a Mallick, que ahora toma una curva y se acerca a la calle donde vive Stork, no le importa demasiado la función de los productos del proyecto Future, ni sus

aplicaciones ni consecuencias. Sencillamente se ha confirmado que las proyecciones de las cifras de negocio indican que Future puede ser extraordinariamente rentable, que el doctor Ackerman y sus colegas están violando varias leyes cívicas y comerciales, y que la cápsula que lleva en el bolsillo podría venderse a un precio magnífico tanto a las autoridades como a la competencia de Xen.

Mallick llega al habitáculo de Stork, abre la cancela y entra en el pequeño jardín que da a la calle. Algunos ventanales están iluminados. El intenso olor a jazmín aturde por un instante a Mallick, que en lugar de dirigirse directamente hacia la entrada, rodea la casa por un lado, agachándose cuando pasa junto a una ventana. Al llegar a un muro ciego, toma asiento sobre la grava, pegando la espalda a la pared. Mallick saca un cigarro, lo enciende y mira la luna, una herida de luz que preside un cielo negro en el que titilan las primeras estrellas. La rapidez y la fuerza con la que Mallick exhala el humo indican su estado de agitación. Cuando acaba el cigarrillo se queda sin saber muy bien qué hacer. Una y otra vez vuelve a su cerebro la imagen de Stork muerta, y una y otra vez es sustituida por la de Jo, lozana y sonriente. Mallick parpadea, como si así pudiera borrar las imágenes que no le permiten descansar, y una vez tomada una resolución, recupera la compostura, se levanta de un salto y se asoma a uno de los ventanales que se abren al jardín trasero. El espacio está en penumbra. Al fondo, un hueco comunica con un corredor iluminado. Cuando Mallick se está dando la vuelta, una figura cruza el pasillo: es Mortelli. Mallick echa a correr ahora hacia la puerta de entrada. En el camino recoge al vuelo una pequeña pala tirada sobre el césped. Entra en el habitáculo con sigilo, oye la modulosa voz de Mortelli y después la de Stork, aparentemente serena y confiada. Se diría que conversan animadamente, aunque a Mallick no le resulta inteligible lo que dicen. El ingeniero llega sin ser oído hasta el lugar de donde provienen las voces y se asoma con cuidado.

Mortelli y Stork están sentados en sendas butacas, el uno frente al otro, en medio de un espacio amplio. Mallick se esconde y, apoyado en la pared, espera hasta que oye cómo Mortelli le propone a Stork tomar otra copa, que ella acepta. Mortelli se levanta y canturrea una canción infantil a la que ha cambiado la letra mientras prepara en el mueble bar los combinados con mimo, pelando un limón con un pequeño cuchillo y pasando la corteza por el borde de los vasos. Mallick entra blandiendo la pala. Mortelli, que ahora echa cuatro hielos en cada vaso, no le puede ver, a sus espaldas. Stork ahoga un grito de sorpresa al ver al ingeniero, que se acerca por detrás a su compañero, quien se vuelve rápidamente —quizá el instinto— sin poder evitar recibir un golpe en el cráneo. El sonido del pesado cuerpo de Mortelli al chocar contra el suelo se confunde con el de los cristales haciéndose añicos y el grito de Stork.

—¡Mallick! —grita Stork—. ¡Creí que no vendrías jamás!

—¿Te ha hecho daño? —gruñe el ingeniero.

—No, pero he pasado miedo. ¿Qué le has hecho?

Mortelli yace en el suelo. Tiene una herida cerca de la coronilla y sangra abundantemente. Mallick coge unas servilletas del mueble bar y le limpia sin demasiados miramientos.

—No te preocupes, está perfectamente. No es tan fácil romper una cabezota como ésta.

Efectivamente, Mortelli ya está despierto. Gimotea, y su rostro se contrae en una mueca de dolor. Abre los ojos y mira a su compañero primero con infinita sorpresa, después con profunda indignación, y por último sonríe malévolamente.

—¿Qué ocurre, Mallick? ¿Me vas a matar, o qué? ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Mallick le ayuda a incorporarse y le ofrece un vaso de vodka.

—¡Mierda, Mallick! ¡Yo sólo quería hablar contigo! Stork y yo lo pasábamos en grande, charlando como dos viejas cluecas, y llegas tú y lo estropeas todo.

—No te esfuerces, Mortelli: tengo los archivos.

Mortelli prueba a levantarse apoyándose en su compañero y sujetando con la otra mano una servilleta con la que presiona la herida. Stork, sin saber muy bien qué hacer, les observa con una mezcla de curiosidad y aprensión. Mortelli se desploma sobre una silla, bebe el vodka de un trago, carraspea y mira a Mallick con los ojos vidriosos y enrojecidos. Está muy pálido.

—Me alegro de que todo se resuelva, Mallick. Yo no opinaba lo mismo que Fazerhoff y sus amigos, que se inclinaban por creerte. Pensaba que tu oferta era un farol. Y te digo sinceramente que hubiera sido incapaz de eliminarte.

—¡Deliras, Mortelli! —dice Mallick, sonriente—. No creo que te hubiese temblado la mano conmigo, ni con Stork. Al menos eso es lo que me dijo la cabeza de Sasha...

—Te equivocas, ingeniero. Yo siempre he querido ayudarte. En caso de que no dispusieras de los archivos, te habría dejado huir.

Mallick le mira perplejo, sin saber cómo interpretar las palabras de su compañero.

—Y, según dices, ¿por qué deseabas ayudarme?

Mortelli se inclina hacia delante y le pide a Mallick que le rellene el vaso de vodka. Mallick se sirve también uno para él, y Stork, al verles allí sentados, con las copas en la mano, el uno satisfecho, el otro sanguinolento, piensa que cualquiera diría que han estado a punto de matarse. Mallick, mientras tanto, está pendiente de los labios de su colega.

—¿Cuál es aquella palabreja —dice Mortelli— que se refiere al afecto recíproco, puro y desinteresado, a la confianza plena que sienten dos personas que se tratan o han tratado con cierta frecuencia?

—No lo sé, Mortelli. ¿Amor?

—¡No, hombre! —Mortelli simula esforzarse en encontrar la palabra cuyo significado ha definido. Al cabo de unos segundos, exclama—: ¡Amistad! ¡Qué mal suena, qué horrible! Amistad, amistad —repite Mortelli, mofándose—. Todo lo que

pretende ser eterno me repugna.

—Entonces me has hecho un favor no matándome. ¿Debo darte las gracias?

—Vete a la mierda, Mallick. Además, en algunas ocasiones hay más de un motivo para hacer algo. Puede que mi primer motivo para no eliminarte no fuese la amistad. ¡Oh, cómo odio esa palabreja! —se interrumpe el propio Mortelli, teatral, con el rostro sonrosado y ya casi totalmente recuperado—. O quizá haya sido mi inclinación natural hacia la compasión.

—Te has apeado por las orejas, Mortelli —dice Mallick, más sonriente de lo habitual—. Estamos empatados a favores, porque yo también podría haberte matado. Y recuerda que tú no lo has hecho porque tengo lo que has venido a buscar. Pero dejémonos de palabrería. Quiero una transferencia inmediata de la cantidad acordada. ¿Puedo negociar directamente contigo?

—Sí, puedes tratar conmigo —responde Mortelli—. Informo directamente a Berger. ¿Es cierto que nos abandonas?

—Sí.

—Te voy a echar de menos, Mallick. Por cierto, todavía nos debes un nombre.

—Sí, ahora te lo doy —Mallick mira a Stork indicándole que sobra en la reunión, y después cambia de tema—. La primera vez que fui al *U*, ¿eras tú el que salía de allí?

—Sí. Y tú, ¿hiciste desaparecer a Velasco?

Stork sale de la habitación, apaga las velas del dormitorio, da de comer al búho y al pez Garibaldi, y se encamina hacia el baño. Abre el grifo de la bañera, saca una jeringuilla del cajón de un armario y se inyecta otra dosis de Deviol. Las facciones de su rostro se aflojan, pierden carácter, ahora Stork es menos bella que Stork antes del Deviol. Se sienta en un taburete, apoya la cabeza en una mano y parece dormir. La bañera se va llenando, el ruido del agua al caer va disminuyendo y Stork se va inclinando poco a poco hacia la derecha hasta que la cabeza cae a un lado y se despierta. Stork mira la bañera con expresión de sorpresa, o idiotez, y reacciona poco a poco. Se desnuda, tira la ropa al suelo y se mira en el espejo del lavabo. Frunce el ceño porque no se gusta y se mete en la bañera poco a poco, disfrutando del contacto del agua caliente con la piel. Una vez tumbada, envuelta en calor, se duerme. Cuando despierta, la casa está en completo silencio. Al moverse nota que el agua se ha enfriado, y sale rápidamente de la bañera. Mientras se seca, aguza el oído. ¿No se oye una respiración al otro lado del panel?

—¿Mallick? ¿Eres tú? ¿Se ha ido ya Mortelli?

Como nadie contesta, Stork repite la pregunta, un tanto alarmada. Mallick está sentado en el suelo, con expresión ausente, jugando con la canica. Antes de hablar con voz monocorde, la guarda en el bolsillo.

—Prepara tus cosas. Nos vamos al amanecer.

Otra vez silencio. Ahora Mallick oye cómo Stork vacía la bañera y, después, ningún sonido. Hasta que se abre el panel y aparece desnuda. Ve a Mallick sentado y

una ola de ternura le recorre el cuerpo. Se abalanza sobre él y le besa. Mallick la aparta, enfurruñado. Ella sonríe. Le gusta que Mallick a veces la rechace, que no sea dócil. Stork tira de él y le lleva de la mano hasta la ducha. Mallick no hace gesto de desvestirse, y ella abre el grifo. El agua empapa la ropa de Mallick, que se mantiene quieto, mirándola fijamente con esos ojos oscuros que parecen taladrarla. Stork le besa y comienza a desvestirlo. La ropa caída se interpone entre ellos. Stork descubre la herida en el costado y algunos moratones, y pregunta con la mirada al ingeniero, que baja la suya. Stork aparta la ropa empujándola con un pie y abraza a Mallick, plantado en medio del plato de la ducha como si fuera un buitre desvalido y chorreante al que ha sorprendido la tormenta. El agua caliente sigue cayendo y Stork piensa que podría quedarse así, abrazada a Mallick bajo la ducha, durante toda la eternidad.

Hay parches marrones rojizos y amarillos y pardos que conforman un vestido ondulado sobre el que se ha posado una neblina blanca y espesa que suaviza los tonos. Stork mira por la ventana y por sus ojos desfila un paisaje que esconde la belleza en la aparente monotonía. Pero es en las pequeñas diferencias, en el cambio sutil de los matices; en las formas irregulares o dibujadas a escuadra y cartabón de las parcelas, donde Stork se demora. También es bella esa desnudez, esa tristeza hecha tierra. Aparece un árbol aislado, sin hojas, con el tronco nudoso y torturado y el árbol recorre a gran velocidad la pantalla de vidrio y desaparece dejando en la mente de Stork el recuerdo de un punto veloz y solitario, de una especie de superviviente. Y también está el silencio del propio tren devorando kilómetros sin estridencias. Se podría decir que Stork es feliz mirando el paisaje, encerrada en un compartimento con Mallick, abrazado a ella. Es feliz a pesar de la jeringuilla usada que hay sobre la mesita, y de que cuelgue de su brazo la goma que le ayudó a encontrar la vena. Es feliz, también, porque da por hecho que Mallick duerme y es tan dichoso como ella. Pero Mallick no duerme. Tiene la cabeza vuelta hacia la puerta del compartimento, escondiendo una mirada abismada. Stork, abstraída, le acaricia la cabeza como si fuera un niño, dulcemente, disfrutando del tacto suave de la palma de su mano contra el cabello rapado al uno, y hay algo patético o inquietante en el contraste entre el gesto soñador de Stork y la expresión ausente del ingeniero.

Cruzaron la frontera el día anterior, a pie, por una de las trochas de los contrabandistas, acompañados por Fali, zalamero y obsequioso, siempre dispuesto a ofrecer a Stork un pañuelo húmedo y arrugado. Hacía calor, el sol estaba a medio camino de su recorrido hacia el cenit, y Mallick guiñaba los ojos para escapar de su brillo hiriente. No hubo consejos, ni preguntas, ni apenas conversación. Cuando Fali trató de otorgarle cierto empaque al inicio de la huida y su voz gutural rasgó el aire, Mallick le cortó con un silbido ronco, y el zumbido de los insectos les envolvió de nuevo. Después, ya solos, cargados con un equipaje ligero, caminaron hasta un lugar donde les esperaba una mujer enjuta de piel cobriza que les guió hasta otro punto, y así hasta que cogieron el tren y pudieron por fin comer algo caliente y descansar. Mallick le ha contado a Stork que ese tren relativamente moderno es el último vehículo decente en el que van a desplazarse, y ahora un escalofrío un tanto frívolo de mujer civilizada a punto de introducirse en territorio salvaje recorre la espalda de la mujer enferma y satisfecha. También le ha explicado Mallick que el resto del equipaje les espera en Greenyard, a dos días de viaje, una pequeña ciudad situada en una hondonada que cuenta con un prestigioso mercado de alimentos perecederos. Stork, con una mezcla de ansiedad y aprensión, está deseando ver los puestos de carne roja colgada de ganchos, los ejércitos de pimientos en abigarradas formaciones, las liebres muertas con el ojo derecho abierto —símbolo de abundancia—, los huevos de cáscara blanca, los pescados vivos deslizándose en el agua sucia de los barreños de

plástico y todo lo que le describió Fali en susurros, incluidas las nubes de golosas moscas.

Tras Greenyard, ya provistos de porteadores, comienza el verdadero viaje, a caballo y en carro —¿podrá ser cierto?—, por senderos y caminos, entre valles y montañas, de al menos una semana de duración. Stork ha montado a caballo de pequeña, y ahora, mientras acaricia por enésima vez el cráneo rapado de Mallick, se sonríe al imaginar cómo montará el ingeniero, que sólo ha visto animales en el zoo. Todo viaje que se inicia no es más que un sueño, y Stork echa un último vistazo a los sembrados que grisean al atardecer y cierra los ojos para reunirse con otro sueño. Mallick, en cambio, cuando siente que los miembros de Stork se relajan, se aparta con cuidado, la tapa con una manta y sale al pasillo. Los ojos febriles con los que mira por el ventanal podrían ser los de alguien que se enfrenta a su primer gran viaje, pero Mallick ya ha viajado antes. Saca del bolsillo una pitillera lacada igual a la que regaló a Berger y enciende un cigarrillo. El humo sube hasta el techo y se pierde en la oscuridad del pasillo, en la que sólo brillan, cuando el ingeniero da una profunda calada, la brasa del pitillo y sus ojos. El tren silba y Mallick, impertérrito, ajeno al prolongado pitido, apoyado en la repisa, se estaría comportando como el viajero que disfruta de la primera noche lejos de su ciudad, alejándose de ella, robándole una hora al sueño, cuando la promesa de libertad todavía es cierta, si no fuera porque lo que le mantiene despierto son las preocupaciones que ha traído consigo.

Afuera una luz dorada precede al último resplandor que tiñe de rosa y violeta las nubes, y el terreno se convierte en una mancha negra. Cae la noche y Mallick sigue en el pasillo, a solas consigo mismo. Cuando una mujer madura de nariz ganchuda sale al pasillo a fumar y trata de entablar una conversación, Mallick, sin responder a ninguna de sus frases inofensivas, se mete en el compartimento. Stork duerme de lado y encogida sobre sí misma, con las manos juntas agarrando la manta. Mallick se toma un somnífero y se tumba vestido en su cama, también de lado. Clava la vista en Stork, sumida en la oscuridad. Mallick imagina su muerte una y otra vez, obsesivamente. Es siempre la misma muerte, y cada vez que la ve morir, sonríe aliviado. Hasta que, vencido del sueño, cierra los párpados y duerme vuelto hacia Stork.

La mujer que él juró que nadie le arrebataría.

Stork se asoma al trastero, confirma que las cajas de libros siguen amontonadas y sin abrir —algo que ya sabía, pero a veces le gusta creer que los milagros pueden producirse—, y cuando va a marcharse advierte que hay un ejemplar encuadernado en piel encima de uno de los embalajes. Stork lo coge y acaricia la cubierta granate y rugosa: es el libro de C. Stork recuerda cómo sorprendió a Mallick leyéndolo, y también que al ingeniero le irritó ser descubierto, quizá porque se sintió ignorante o inferior a ella. Stork se sienta en una de las cajas y hojea el volumen. No está firmado, no hay anotaciones ni subrayados, pero el canto exterior grisea, signo de que alguien lo ha leído. ¿Mallick? ¿Y por qué lo habrá vuelto a coger, sobre todo después de su reacción aquella noche? Stork está intrigada. Desde que llegaron a la cabaña, Mallick ha sufrido de insomnio, y cuando Stork le preguntó qué hacía durante las horas de vigilia, él respondió que salía a tomar el aire y disfrutar de la claridad del cielo nocturno, libre de la contaminación lumínica a la que estaban acostumbrados en la ciudad. Pero ahora Stork sospecha que el ingeniero, aparte de contemplar las estrellas, se encerraba a leer en el trastero, a escondidas. ¡Qué tontería! ¿Por qué ocultarse para realizar una actividad que precisamente ella había tratado sin éxito de incentivar? ¿Y si la respuesta se encontrara en ese libro en particular? Stork abre el libro por la introducción y comienza a leer, como si así pudiera desentrañar el misterio.

Afuera cae una lluvia constante y el bosque forma una muralla imponente alrededor de la casa, una masa en la que se mezclan el color verde oscuro de los abetos y los tonos marrones, rojos y amarillos de las hayas, cuyas hojas forman en el suelo un manto multicolor. La finca está situada en la ladera de un monte, en la media montaña, y desde allí se domina el valle y la población de Sagredo, un batiburrillo de construcciones humildes y chozas en el que destacan por su altura los escasos edificios de ladrillo y piedra, y en la que espejea el río que la atraviesa. La casa en la que viven es la típica de estilo colonial, con un amplio porche sobre el valle y habitaciones espaciosas. Stork lee en una de ellas.

Ahora un golpe de viento impulsa la lluvia contra la ventana y Stork da un respingo y levanta la vista del libro. Sin percatarse, embrujada por el ritmo frenético de los versos, había olvidado el motivo original que le había inducido a leerlo. Stork llega a la conclusión de que no hay nada en el texto que pueda relacionar con el estado de Mallick, y, decepcionada e impulsada por una curiosidad no satisfecha, abre la única caja que se ha traído el ingeniero. Contiene algunos aparatos; un bote lleno de canicas; un muestrario de colores en plástico, roto y manoseado; algunos libros sobre óptica y la visión del color; varias cajas metálicas selladas; un tigre descolorido de plástico y otro muñequito metálico de un león; un cristal mitad transparente, mitad de espejo; un buscador de enfermedades sin estrenar; y láminas de cartón restauradas con diferentes dibujos y juegos visuales impresos en ellas. Stork se arrepiente de

haber violado la intimidad del ingeniero, pero no por Mallick, sino por ella misma. Esa caja de los tesoros cuenta una historia mínima, incompleta y triste. Juguetes, secretos, ilusiones ópticas, taras, soledad. Ni siquiera Mallick ha podido evitar que alguien realice una radiografía sentimental de él a partir de unos objetos seleccionados como recuerdos, de unas «muletas de la memoria», como las llama él despectivamente.

Stork coge las láminas y las mira distraída. Se detiene en el dibujo en el que se ven, según su orientación, una dama elegante o una anciana triste. En la esquina inferior derecha del cartón hay un sello tachado. La primera letra es una «D», después un borrón, luego una «A» o una «E», y más adelante se distingue una «K» y lo que podría ser una «M» o una «N». Stork dispone las láminas formando un rectángulo: todas tienen un sello emborronado en alguna de sus esquinas. Con paciencia, como si se tratara de un juego, Stork estudia y compara cada trazo, cada mancha, hasta que obtiene el nombre estampado: Dr. Ackerman. Parece obvio que las ilustraciones pertenecieron al desaparecido doctor. ¿Y por qué las tiene Mallick en su poder? Mallick le contó que Ackerman fue cliente suyo hasta que desapareció sin dejar rastro, después de que el ingeniero hubiera sustraído unos archivos de su laboratorio. ¿Le robó Mallick también las láminas? ¿Por qué? ¿Tienen algún valor? ¿Y si fue Mallick quien hizo desaparecer al doctor, y toda aquella conspiración urdida por algunos gerifaltes de Xen en la que también tomaban parte los padres de Stork fuera pura fantasía? Stork guarda «los tesoros» en la caja y la cierra. No desea poner la vista en cada uno de los misterios que conforman al ingeniero Mallick, al hombre de los mil rostros, pero intuye que hay algo extraño en marcha, algo que se le escapa. Quizá no esté buscando donde debe. Stork siente un minúsculo hueco en el estómago, un vacío casi imperceptible que va creciendo e impide que su felicidad sea completa. Ha dejado de llover, y en la cocina la criada prepara la cena entre vapores y cazuelas. Stork, aguantando la respiración y sin atreverse a mirar los desechos sanguinolentos del pollo, le pregunta si sabe algo del señor.

—Está afuera, señorita. Con el negro y los cerdos. Llegaron hará una hora.

Stork sale, coge un sendero embarrado que serpentea a la orilla del bosque y cuando divisa a Mallick y a Reinaldo se detiene. Reinaldo, viejo y desdentado, la piel negra, clavetea unas planchas metálicas en el cerco de la porqueriza mientras el ingeniero, embutido en un capote de plástico y encapuchado, limpia el piso y sustituye la paja húmeda por otra seca. A Stork todavía le sorprende que los hombres de la región no se maquillen, y sus rasgos, rudos, con la tez áspera y castigada por el sol y las enfermedades, le resultan menos desagradables de lo que se esperaba. A un grito de Mallick, el anciano abandona el martillo y entra en la porqueriza. Parece excitado. Stork avanza unos metros, trepa y se sienta en lo alto de una piedra para ver mejor. Los dos hombres están en un extremo de la pocilga, a horcajadas sobre una cerda negra y bien gorda tumbada de lado en el suelo. A una distancia prudente, el resto de la piara —unas veinte cerdas y, apartados, un par de sementales— se muestra

indiferente a la invasión de su territorio. Mallick coge un balde con agua y lava a la cerda postrada, que, sin poder casi moverse, bascula de un lado al otro, inquieta. Al cabo de unos minutos Reinaldo, inclinado sobre ella, parece forcejear hurgando con las manos bajo el vientre hinchado. La cerda chilla y Stork, horrorizada, se tapa los oídos. Son unos gritos agudos que parecen humanos. Reinaldo exclama algo en su lengua, que suena como un chasquido, y sus manos cuarteadas tiran de unas patas que asoman. Aparece una cabeza viscosa e informe, y después, tras un tirón, sale por fin el lechón completo, rosáceo y húmedo. Reinaldo corta el cordón umbilical, lo amarra corto y le pasa el lechón a Mallick, que lo coge con cierta prevención. Reinaldo le da algunas indicaciones y el ingeniero coge un trapo y le limpia los morros. Después, con una herramienta, le corta los colmillos. Stork sigue la escena como hipnotizada, sin pestañear. Cuando nace el segundo lechón, Reinaldo le ordena a Mallick que los separe de la madre, y el ingeniero los lleva a una caseta apartada.

Al cabo de una hora ya han nacido cinco lechones. Una vez cortados los colmillos del último, entre Mallick y Reinaldo separan a la cerda de los restos de la placenta y limpian el piso. Después, tras alimentar a la piara, dan por concluida la tarea. Al cerrar la puerta de la porqueriza, Mallick distingue a Stork sentada sobre la piedra, en alto, su figura recortada contra un talud lleno de helechos y brezo; y, sobre ella, un cielo plomizo, presto a descargar otra vez esa lluvia mansa y persistente tan diferente a la de la ciudad. Mallick va a su encuentro. Al besarla se baja la capucha, y Stork advierte que, a diferencia de ella, sigue maquillándose. Lleva una fina capa blanca, agrietada en las arrugas.

—Hola, ingeniero.

—Hola, Stork. ¿Qué tal has pasado el día?

—Bien. Ni siquiera he tomado Devirol. ¿Tú crees que me estaré curando?

—¿Has visto el espectáculo? —inquire Mallick, sordo a la pregunta de Stork.

—Sí, impresionante. Esos chillidos, esa sangre... Ha sido muy... revelador.

—Pues a mí me parece repugnante, como todo este lugar —replica el ingeniero con aspereza.

Stork, molesta y confundida por el tono de Mallick, se queda en silencio hasta que éste le acaricia levemente la mejilla con la mano enguantada.

—No sabía que estuvieras aquí a disgusto. Para lo poco que llevamos, pareces haberte integrado bien. Tienes el mercado, los cerdos, incluso visitas de vez en cuando esas oscuras tabernas que huelen a alcohol a veinte metros de distancia... —bromea Stork, tratando de no dar crédito a su desilusión—. ¿Qué tal te fue en el valle?

—Vendí mi primer cochino y creo que no me timaron. Dentro de poco seré yo quien marque los precios a esos desharrapados.

A Stork tampoco le ha gustado el desprecio del ingeniero por los habitantes de Sagredo. ¿Acaso no era él un esclavo en la ciudad?

—¿Y por qué los habéis separado de la madre? —pregunta, para cambiar de tema.

—Para que no se los coma.

—¿A sus propios hijos? —pregunta Stork, sonriendo estúpidamente, como si el ingeniero bromeara.

—Sí, a sus propios hijos —responde Mallick con rotundidad, satisfecho de la brutalidad del acto que está describiendo—. Si se lo hubiéramos permitido, la madre no habría dejado uno vivo. Y también se hubiera comido su propia placenta. ¡La muy cerda! —bromea Mallick.

—¿Y los colmillos? ¿Por qué se los cortabas?

—Para que no muerdan las tetas de su madre.

Stork se lleva la mano a la boca y una arcada precede a la vomitona. Mallick enciende un cigarrillo, y cuando Stork ha acabado, le ofrece una calada que ella acepta. Rompe a llover suavemente. Mallick se pone la capucha, y la pareja regresa a la cabaña caminando en silencio.

Están en el exterior, envueltos en mantas de lana hasta el cuello, sentados sobre la misma piedra en la que Stork contempló el parto. Es de noche, el aire es limpio, seco y cortante y en el cielo, tan amplio e inmóvil, navegan miles de estrellas como minúsculas luciérnagas.

—¿Te has fijado en que el pez Garibaldi está perdiendo color? Sus manchas azul cobalto ahora son azul acero, y las naranja chillón, pálidas. Dentro de poco será un pez gris, sin más.

Mallick responde apretando a Stork contra sí. La luna, suspendida en lo alto, es una tira de algodón con zonas deshilachadas, y en la negrura del valle las escasas luces de Sagredo parecen una continuación del cielo o el reflejo concentrado de las estrellas.

—¿Cuánto llevamos aquí? —pregunta Mallick.

—Casi dos meses.

—¿Sólo?

Hablan en voz baja, como si temieran ser oídos desde el bosque, a sus espaldas, por donde llegan el canto de algún ave nocturna y los ladridos de un perro. Aparte de esos ruidos y de los que proceden de la porqueriza, el silencio de la noche es total, y hay algo imponente en él, casi sagrado, como si fuera la voz del universo cuando descansa. Al menos eso es lo que está pensando Stork mientras disfruta del suave centelleo de las estrellas.

—No sabía que te gustaran tanto las ilusiones ópticas —afirma Stork—. Muéstrame alguna.

—¿Aquí? —dice Mallick, un tanto sorprendido—. No conozco ninguna al aire libre, y, además, necesitaría algún utensilio. ¿Quién te lo ha contado?

—Un pajarito.

—Me interesa todo lo que tenga que ver con el aparato visual humano, y especialmente sus errores. Pero ahora no te puedo enseñar ninguno.

—Da igual. Cuéntame algo.

—Está bien. Conozco un truco para ver estrellas que a primera vista no se ven. Consiste en mirarlas por fuera de la fovea, cerca de los extremos del campo de visión, puesto que allí los bastones, pese a ser más primitivos, son más sensibles a la luz. Prueba con una porción de cielo.

—¿Y qué hago?

—Mirarla por el centro y luego por un lado, y comparar.

Stork lo hace. Efectivamente, ve más luces cuando mira por el extremo del campo de visión.

—Tienes razón, han aparecido algunas. ¿Y tú, cómo lo ves?

—Igual, supongo. Mis bastones funcionan.

—Más cosas.

Mallick le cuenta que más allá, en el límite del campo visual, aunque no se identifique un objeto, se puede percibir que se está moviendo. Mallick habla con pasión, como un torrente, y Stork le oye sin escucharle, mecida por su voz, contenta de verle alegre, algo que se ha convertido en una excepción en los últimos tiempos. Durante más de dos horas, mientras Mallick habla de fotones, actividad neuronal, longitudes de onda, la zona V4 del cerebro —la del color—, la retina, los pigmentos, los colores primarios o la luz blanca, Stork se olvida de su cuerpo y del tiempo, como cuando, hace no tanto, paseaban por el Parque 17, sintiéndose como si fuera una partícula de luz viajando por el espacio que tiene frente a sus ojos pardos. Cuando la voz de Mallick se extingue vuelven los ladridos del perro y el cielo es otra vez el cielo estrellado de una noche fría y otoñal. Han vuelto al presente, a ese tiempo que se interpone como una cortina entre ellos.

—Continúa, por favor —le pide ella.

—¿Cómo supiste lo de las ilusiones ópticas? ¿Abriste mi caja azul?

—Sí —confiesa Stork, tras dudar unos segundos—. Lo siento.

—No me importa —asegura Mallick—. Pensaba enseñarte su contenido algún día. De todos modos, deberías saber que a veces no es bueno mirar en el interior de otro.

—Daría mi vida por poder mirar en el tuyo ahora mismo —dice Stork, sin pensárselo.

Mallick calla y el silencio se le hace incómodo a Stork. Intuye que el ingeniero está otra vez nervioso, casi puede oír cómo crepita su mente, inflamada por oscuras preocupaciones.

—¿Y no eras tú —dice Stork, armándose de valor para romper el silencio— el que decías que abominabas de los objetos de recuerdo? La caja estaba llena.

Mallick tarda en responder.

—No, no son simples objetos. Hay libros, aparatos... Son ciencia, instruyen y divierten. Valen por sí mismos, aunque no se asocien a ningún recuerdo.

—¿Y las canicas? ¿Y el muñeco del tigre?

—No sabía qué hacer con ellos. En lugar de tirarlos, los metí en la caja. No significan nada.

—Había cajas cerradas —insiste Stork.

—Sí —asiente Mallick, lacónico.

—Y aquellas láminas son muy curiosas. La que más me gustó es la de la anciana o la dama del sombrero. ¿Quién te las dio?

—Nadie. Las robé.

—¿A quién?

—A Ackerman.

Stork suspira aliviada al comprobar que Mallick le ha dicho la verdad.

—Lo suponía. Por un momento pensé que quizá tú le habías hecho desaparecer.

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacerlo? Era un buen cliente, y lo pasábamos bien. Su

muerte no me ha beneficiado en absoluto. Con ella comenzaron todos los problemas.

—Mortelli te pidió un nombre. ¿Se refería al informático que descriptó los archivos? —pregunta Stork, que continúa interrogando a Mallick sobre aquellas cuestiones que le angustian—. ¿Lo quería para eliminarle? ¿Y Velasco? Oí cómo Mortelli te preguntaba si lo habías matado tú.

—¿Qué te ocurre? ¿Desconfías de mí? Este interrogatorio es ridículo.

—Lo siento —se disculpa Stork—. Pensé que Ackerman, el informático y Velasco eran las razones por las que estás tan preocupado. Porque ahora no tenemos problemas de crédito, ¿no?

Mallick calla. Al cabo de un rato, aparta suavemente a Stork, se quita la manta y se pone en pie. Está lívido.

—Vámonos a casa. Es tarde y hace frío.

Mallick observa al semental. Es un puerco enorme, de más de ciento cincuenta kilos de peso. Hoza la paja buscando comida, y, como no la encuentra, parece contrariado. A Mallick le atrae la cabeza desproporcionada, el hocico cilíndrico y brillante, la desenvoltura con la que mueve el sólido corpachón, y, sobre todo, la expresión de estolidez de sus pequeños ojos. Le atrae su fealdad, el modo ansioso y brutal con el que come los desperdicios, el sonido optimista de los gruñidos, el olor nauseabundo que exhala, la legión de ácaros, piojos y garrapatas que alimenta. Mallick se agacha, coge una manzana podrida de un saco y se la lanza. La manzana cae cerca del morro del cochino, pero éste no hace ademán de atraparla. Reinaldo cloquea regocijado ante el rechazo del puerco, y le ofrece al ingeniero el cigarro que acaba de liar. Mallick lo fuma sin dejar de mirar al cochino, que pese a moverse de un lado al otro de la caseta, todavía no ha descubierto la manzana. El tabaco es fuerte, rasca la garganta e inunda los pulmones de un humo espeso, y Mallick tira el cigarro a medias y se marcha sin esperar a que el puerco aproveche de una vez su regalo.

Mallick camina hacia la casa. En un gesto mecánico, se huele la mano. Huele a sexo de mujer, es un olor familiar, reconocible, y la grata sensación que recorre su cuerpo, fruto del cansancio satisfecho, queda abortada inmediatamente por la certeza de la decisión que acaba de tomar. Al llegar a la cabaña se cerciora de que Stork ya se ha ido, y pregunta a la criada si sabe cuándo regresará. Al caer la noche, le responde la mujer. Mallick se asoma al exterior y, guiñando los ojos para protegerse, observa la posición del sol. Quedan unas tres horas para el anochecer. Mallick le pide a la sirvienta que le prepare unos bocadillos, coge una mochila y mete en ella una cantimplora, crema protectora, unas latas de comida, una muda, calzado de repuesto y otros objetos.

Entra en el despacho de Stork y se sienta en el escritorio. Sobre la mesa de madera hay unas cuartillas de papel rugoso color hueso con el membrete de Stork — la cabeza de una cigüeña de perfil— en el extremo inferior, una pluma estilográfica de resina azul con la capucha de plata y unos sobres del mismo papel. Mallick coge la pluma con cierta desconfianza —no está acostumbrado a escribir a mano—, tacha el membrete de Stork y anota su nombre y profesión: «Mallick, ingeniero en ventas». Después, reflexiona durante un buen rato mirando fijamente la hoja en blanco que tiene delante. Por más que la mira, no es capaz de enfrentarse a ella. No sabe cómo empezar, el blanco del papel ha invadido su cerebro hasta el punto de que ya casi no es consciente de lo que deseaba decir. Pero agarra la pluma y escribe la primera frase: «Querida Stork». La tacha y escribe debajo: «Stork». Vuelve a emborronarla, coge otra hoja y comienza: «Mi querida Stork». Suelta la pluma y rompe el papel. Se levanta y recorre la habitación a grandes zancadas, en diagonal, ida y vuelta, una y otra vez, sin descanso. Al verse reflejado en el espejo colgado en la pared, se detiene y acerca su rostro. No reconoce como suyos esos ojos hundidos e inyectados en

sangre, esas pupilas negras y brillantes. Tampoco le resulta familiar esa nariz aguileña, ni esas orejas pegadas a la sien, ni esa boca algo huidiza. No es el retrato del hombre que ha tomado una decisión, sino el de un fugitivo. Mallick se aparta del espejo y vuelve a sentarse en el escritorio. Toma la pluma, pero no escribe. La golpea contra el escritorio y prueba enrabiado: «Stork, mi amor, mi único amor». Mira el papel, lee las palabras que acaba de escribir, las frases bailan en el cerebro, saltan y ruedan, Mallick bufa, coge la hoja, la arruga, hace una pelota y la lanza contra la pared. Otra cuartilla en blanco delante de sí. Mallick enciende un pitillo y fuma aparentemente tranquilo. Sin darse cuenta, va tirando la ceniza sobre el escritorio. «No es más que un informe», dice, «un puto informe». Esa idea parece calmarle. Apaga el cigarrillo sobre la madera y comienza a escribir. La pluma se desliza sobre el papel dejando un rastro de tinta morada. Son frases cortas, directas, sin ornamento alguno, que nacen y mueren mecánicamente. La letra es algo infantil, las oes tienen rabo, las uves son como tazas de café, las eses parecen cobras a punto de atacar, las eles están llenas de aire, las des son cabezas de simpáticos conejitos. Mallick tacha, corrige y avanza, no se detiene. Ahora sí parece un hombre decidido, los ojos hundidos miran la cuartilla sin pestañear, la boca está contraída, no mueve un músculo de la cara.

Cuando levanta la pluma del papel, todo el cuerpo se distiende. Mallick saca otro cigarrillo. Le queda la despedida, las últimas frases. El ingeniero en ventas contempla la hoja blanca manchada de morado, con palabras que son como jirones y tachaduras como agujeros. Repasa cada línea, cada párrafo, y llega a la conclusión de que no ha sido él quien los ha escrito. O quizá sí. Quizá haya sido una de sus máscaras, un Mallick tan mentiroso como los otros. Ese Mallick, el escritor de la carta, no está satisfecho. Sencillamente se ha quitado un peso de encima, aunque haya sido a costa de ponerse otro quizá aún mayor. Coge la pluma con la mano libre, escribe: «Adiós, Stork. Mi amor. Cuídate»; y firma con una M rabiosa, de trazo afilado. Después, advierte que no ha escrito su nombre en el encabezamiento, y escribe en mayúsculas: «MALLICK, INGENIERO EN VENTAS». Ya sólo queda tachar el membrete de Stork, ocultar al ave de pico afilado y cuello interminable. Pero ni siquiera ese Mallick, el de la carta, es capaz de hacerlo. La pluma sobrevuela la cigüeña, describe un círculo, después dibuja una cruz en el aire, pero no se decide a herirla. Mallick se rinde, saca una tarjeta de plástico rosa del bolsillo, la mete junto a la carta en un sobre, lo cierra y lo firma. Entra en el dormitorio y lo deja sobre la almohada. Después coge la mochila, sale al exterior y echa a andar. El bosque se ha tragado el sol y Mallick entorna los ojos y aprieta el paso al mirar hacia el resplandor. Se ha hecho tarde.

Debe darse prisa.

Stork está terminando de limpiar una lechuga infestada de pequeños insectos alados. Levanta la vista y entorna los párpados. Frente a la ventana, el sol es una bola de luz semioculta tras una capa de nubes deshechas. Corre el viento y hace una tarde agradable. Stork busca entre las hojas de la lechuga y encuentra un último bicho. Lo mata. Le duele la cabeza. Va al dormitorio y se prepara una inyección de Deviol. El sobre sigue sobre la cama, sin abrir. Lleva allí dos días. Stork ha dormido en otra habitación, sobre un jergón, sin atender las protestas de la criada. Stork se sienta en una silla, ata la goma en el brazo y la sujeta con los dientes. La vena, azul verdosa, palpita. Stork se queda mirando el antebrazo, tan blanco, con la piel fina y delicada. Tal vez ya vaya siendo hora de leer la carta.

No la leyó aquella noche, cuando se encontró el sobre con la firma de Mallick, porque no quiso hacer una escena con los sirvientes en la casa. Y también porque era mejor hacerlo de día, cuando parece que casi todo problema tiene solución. Y por miedo, claro. Porque sabía que Mallick se había ido para no volver. Durmió bien, aunque no pudo impedir que en un par de ocasiones, al despertarse por la noche, el brazo se extendiera sobre el colchón buscando al ingeniero. El día siguiente lo dedicó a sacar los libros, a quitarles el polvo y a ordenarlos. Y también a guardar la ropa y demás objetos de Mallick en el trastero. No se había llevado nada, ni siquiera alguno de los recuerdos de la caja azul. Al caer la noche, Stork le dijo a Reinaldo que necesitaba pintura para darle un aire nuevo a la casa, y le pidió que trajese todas las muestras de colores que encontrara en Sagredo. Por entonces, Stork ya tenía más cosas claras sobre la huida de Mallick. Sí, huida. Supo que Mallick no había sido capaz de transformarse, de cambiar. Él seguía siendo el ingeniero en ventas Mallick, un esclavo educado en el ansia de ascender, en la obsesión por la obtención de crédito, en el complejo de inferioridad. El problema no había sido ella, sino él, que no pudo seguir creciendo y acabó por destruir la relación. Y ya sin amarla, o amándola con menos fuerza, entre volver a la ciudad con las alforjas llenas de crédito y con la ridícula esperanza de que le curaran la acromatopsia o quedarse con ella en un lugar apartado de todo, había elegido la primera opción. También llegó a la conclusión de que lo que encontrara en la carta no tenía mayor importancia. Esas palabras no valdrían nada, fueran o no ciertas. Tampoco merecía la pena esconderse tras la falsa esperanza de que todo podría volver a ser como antes, de que Mallick y ella volverían juntos. Stork no pensaba regresar a la ciudad jamás. Ella misma se sorprendió de la fuerza con la que esa idea había entrado en su cabeza. Su lugar era aquella cabaña, viviendo hasta que la enfermedad se la llevase. Sin Mallick.

Pero Stork era también capaz de reconocer que su amor por Mallick, como si se tratara de un animal parásito, vivía dentro de ella, tardaría en dormirse y quizá no fuera a desaparecer nunca. Sentía sus dientes rasgándola, cortando sus músculos y llenando el cuerpo de sangre. Tendría que aprender a dominarlo. Esa noche apenas

durmió. El parásito tenía hambre y la devoraba por dentro. Stork gritó, pero el animal no dejó de comer hasta que despuntó el alba. A Stork le había dado tiempo a pensar. Coligió que ella, en realidad, sabía de antemano lo que iba a suceder. La actitud de Mallick, la distancia con la que miraban sus ojos oscuros, el regreso del tiempo, de los segundos, minutos y horas cuando estaban juntos, los secretos. Hace apenas cuatro días, la noche que pasaron encerrados en el dormitorio haciendo el amor, con Mallick enseñándole trucos con la brasa de un cigarrillo, él le confesó que en su cerebro se estaba librando la batalla definitiva, la más importante. Le dijo que chillaba y aullaba, que era un hombre aniquilado. Y, claro, Stork no quiso darse cuenta. Ni siquiera se atrevió a preguntar quiénes eran los contendientes. ¿Y las razones, los motivos de su marcha? Además de la incapacidad de Mallick para liberarse, para dejar atrás su vida anterior, ¿habría otra mujer? Porque casi siempre hay otra mujer. Ella sería joven y vulgar, una rata ambiciosa y competitiva. Y si existe, seguro que Mallick no la ama ni la amaré jamás como a ella. Esa mujer sería sólo un espejismo, un detalle dentro de la elección de Mallick, de su vuelta al pasado. Pero esa idea no alivia a Stork. Porque, ¿qué más daban los motivos? O no existen, o los hay a millares. Lo que cuenta es el cambio drástico del modo de mirar. Y eso era precisamente lo que debería hacer Stork, aunque fuera por otras razones. Cazar la luz de una manera diferente, transformar sus ojos pardos. Por lo pronto, no debía ver la cabaña como el destino de un exilio. Ni a los cerdos como monstruos. Ni el Devirolo como la antesala de la muerte. Ni a las nubes de insectos como amenazas. Ni el fango como almacén de enfermedades. Ni Sagredo como un poblacho. Ni el bosque como un peligro. Ni los olores de la comida como señales de podredumbre. Ni el dolor de la separación, de la soledad, del horror, ni la histeria, ni la primera arruga, ni las ojeras, ni la incipiente flaccidez de la carne, ni esa lluvia mansa y desesperante. Nada, y a partir de la nada, construir algo, lo que fuera.

Stork se inyecta la dosis de Devirolo —es la última vez, se dice, ya no lo necesito—, echa la cabeza hacia atrás, los pensamientos se ralentizan, frenan y después flotan. Caen la goma y la jeringuilla y Stork se levanta. Como en un sueño coge el sobre, lo rasga, se tumba en la cama y lee.

*«Me he visto obligado a marcharme. No quiero ponerte en peligro. Cuando negocié con Fazerhoff, me volvieron a exigir que te abandonase. La Corporación y tus padres no se van a contentar con nuestra desaparición. Mientras sigamos juntos, el acuerdo que cerré con ellos no es válido. Irán tras de nosotros y nos encontrarán. Ya me lo avisaron. Ignoro qué harán, pero no quiero arriesgarme a que te ocurra algo. Además, una vez hayan lanzado al mercado los fármacos sinestésicos para atacar la moratoria de inventos, los archivos perderán casi todo su valor —quizá los procesos de síntesis sigan siendo valiosos, no lo sé—, y ya no tendremos arma alguna que nos proteja. En cambio, si regreso con ellos, todo se arreglará. Cumpliré con su exigencia de abandonarte, me darán un nuevo nombre, tratarán de curar mi enfermedad y compartiré sus objetivos.*

*Al final los archivos han sido un regalo envenenado.*

*He ido al banco y he dejado todo arreglado. Allí está la mitad del crédito que teníamos. Suma la cantidad indicada junto al número de cuenta al dorso de esta carta. El interventor no creo que se atreva a engañarte, porque sabe quién eres.*

*Para cualquier problema de seguridad, trata con Olzang. Cuenta con varios limpiadores, un tanto toscos, pero fiables. Me debe algo que no se puede pagar. Fija tú el precio, y no seas generosa. Aquí, en este valle, no seas desprendida ni siquiera contigo misma.*

*Mantén la finca en perfecto estado. Eso infunde más respeto que el crédito.*

*Un doctor me dijo que los consumidores de Deviol aguantan de cinco a diez años. No sé si será cierto.*

*Si deseas volver a la ciudad en los próximos seis años, envía un mensaje a Fali. Él se ocupará de todo, y no debes abonar nada.*

*Te he dejado una tarjeta de plástico que incluye un permiso para procrear. Te servirá si vuelves a la ciudad. Yo no lo necesito.*

*Quema todas mis pertenencias.*

*No dejes de pensar en mí cada vez que veas a un puerco hozar entre inmundicias.*

*No confíes jamás en el amor.*

*No existe un amor razonable.*

*No es la verdad, sino una mentira que vale la pena creerse al menos una vez.*

*No voy a volver. No me busques. Murió Mallick. Te recordaré siempre y sé que tú has sido lo más importante y mejor de mi vida.*

*Quizá los demás tenían razón. No valgo lo suficiente como para estar contigo. Yo soy mi mayor enemigo. Adiós, Stork. Mi amor. Cuídate».*

Stork mira en el sobre, saca la tarjeta de plástico rosa, la guarda junto a la carta en el cajón de la cómoda y cierra con llave. ¿Qué son las palabras?, se dice. ¿Qué son en comparación con la cabaña vacía del ingeniero, el olor a pollo crudo, la cama huérfana, las cajas llenas de ropa de hombre? Nada. Stork, como sonámbula, abre la ventana, coge la pecera y la tira. El globo de cristal se hace añicos, el agua salpica las manos de Stork y el pez Garibaldi cae al suelo. Comienza a dar unos saltos espasmódicos y sus ojos parecen reflejar una angustia infinita. Brinca, se da la vuelta, colea, y muere. Ahora, bajo la luz diurna, se ve que ya es completamente gris, ha perdido todo su colorido. Stork cierra la ventana y se desnuda. El espejo le devuelve la imagen de una mujer de treinta años, pelo negro y lacio, miembros largos, piel alabastrina, ojos pardos, labios color de cereza, uñas de los pies pintadas de negro. Y también ojeras, y quizá demasiada delgadez. Stork se acaricia el vientre, se mira de perfil, abre el armario y coge un vestido de noche ligero y azul. La tela cae sobre los hombros, se amolda a las caderas, roza los muslos, cuelga sobre las rodillas. Stork se alisa el vestido frente al espejo y acerca el rostro al cristal. Ahí está la primera arruga, casi invisible si no fuera porque es precisamente la primera arruga. Stork se echa hacia atrás, se acaricia de nuevo el vientre y sonrío levemente. Ya no está sola. Ya

nunca lo estará. Stork se calza unas zapatillas, se pone una chaqueta y sale de la casa.

Stork echa a andar por el bosque de abetos y hayas, ahora en penumbra. Se levanta una brisa fresca y suave que parece jugar con el vuelo de su vestido. Los rayos de sol del atardecer se cuelan entre las ramas de los árboles, coloreando de amarillo, naranja, marrón y rojo las manchas formadas por hojas caídas. Stork no se detiene a disfrutar del espectáculo, pero tampoco deja de mirar los colores de reojo, al pasar. Al cabo, casi sin darse cuenta, Stork comienza a tararear una canción infantil y su voz transparente se pierde en el corazón del bosque.

En el salón del habitáculo de Davids y Baquerizo se respira un ambiente de tensa alegría. Es la víspera del día que se ha fijado para filtrar a la prensa la noticia del éxito del proyecto Future y de los fármacos Total-Sense, primera fase de la estrategia para acabar con la moratoria de inventos, y unas cincuenta personas pertenecientes a la Corporación y relacionadas con el proyecto se han reunido para recibir las últimas directrices con la excusa de una fiesta ofrecida por los anfitriones para celebrar la reciente obtención de un importante premio científico.

Es cerca de la medianoche, las tareas ya han sido repartidas, la música no está alta y los invitados departen en grupo y beben con moderación los cócteles preparados por Berger y sus expertos camareros. La melena roja de Ari, el espigado presidente de la Corporación, es el epicentro de la amigable reunión. Una docena de adoradores, entre los que se encuentran Fazerhoff, Delclaux y el propio Mortelli, escuchan entre risas sus chistes de humor blanco. De repente Mortelli suelta un exabrupto y cuando Fazerhoff, indignado, se dispone a recriminarle su mala educación, un grito agudo de mujer se eleva sobre la música. Ha sido Baquerizo, quien, fuera de sí y seguida por Davids, se dirige hacia las personas que acaban de irrumpir en la fiesta. Son Mallick y Jo, escoltados por dos vigilantes. El ingeniero en ventas va sin afeitado y su piel está quemada por el sol. Jo, vestida con un burbujeante traje dorado, se mantiene detrás de él. Cuando Baquerizo se planta delante de Mallick se levanta un murmullo de expectación.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué ha hecho con mi hija? ¿Dónde está Stork?

—Tranquílese, por favor —dice Mallick, sin inmutarse por los gritos de Baquerizo—. Su hija se ha quedado en el exterior, está bien establecida y me ha rogado que le transmita su deseo de que la dejen en paz.

Ya no suena la música y se produce un silencio acerado. Baquerizo abofetea a Mallick, que no se defiende. Cuando se va a abalanzar contra él, su marido la sujeta y Fazerhoff y otros invitados se la llevan aparte para tranquilizarla. A una señal de Berger los dos vigilantes que acompañaban a Mallick y Jo desaparecen, vuelve a sonar la música, y la fiesta aparenta recuperar su tono distendido. Mortelli se acerca a Mallick y le ofrece un cigarrillo.

—Bienvenido, viejo. No sabía nada de tu afición a destrozarse fiestas ajenas...

—Gracias, Mortelli —dice Mallick mientras enciende el cigarro—. Acabo de llegar de viaje y no me gusta perder el tiempo.

—¿Te vas a unir a nosotros?

—¿Quién dice que os abandoné?

Mortelli ríe, y Jo, que se mantiene en un segundo plano, se permite una sonrisa. En previsión de que surja algún problema, varios invitados están abandonando la fiesta. Ari lo hace del brazo de un hombre alto, delgado, con la nariz chata y los labios gruesos, en quien se clavan los ojos oscuros de Mallick. Ya no hay rastro de

Baquerizo, Davids y Fazerhoff, y Berger aborda a Mallick.

—¿Y bien? —pregunta el anciano con aspereza.

—¿Usted tampoco se alegra de verme, Berger? —bromea Mallick—. Ahora, con mi regreso, cumplo todos los requisitos del compromiso que acordamos. He venido a confirmar mi ascenso en la Corporación, y a que me otorguen un nombre con H y curen mi enfermedad.

—Ese acuerdo tiene una antigüedad de más de dos meses, Mallick. Usted ya recibió su crédito. Váyase y le haremos llegar nuestra decisión sobre el resto.

—¿Sabe una cosa, Berger? Acabo de ver salir de la fiesta a un hombre muy feo en compañía de Ari. Y sus orejas deformes y asimétricas me han recordado a las del fallecido doctor Ackerman. ¡Fui tonto al creer que le habían eliminado! Su vuelta al mundo de los vivos puede ser una noticia interesante para la prensa, ¿no es así?

Berger no puede reprimir un gesto de disgusto.

—Está bien. Así tendrá la oportunidad de disculparse con Baquerizo y Davids por su desagradable aparición en su habitáculo. Acompañeme, están en una habitación con Fazerhoff. Estarán encantados de que cumpla su compromiso de no volver a ver a su hija.

Mallick y Berger se marchan y Mortelli, entre alegre y confundido, se queda en compañía de Jo. Mientras esperan el regreso de Mallick, se toman unos cócteles y charlan.

—Enhorabuena, Jo. Vas a conseguir todo lo que te proponías.

—Ya te dije una vez que Mallick volvería a mí, Mortelli. De todos modos, no pienso engañarle. Hemos firmado un acuerdo de lealtad.

—¡Qué bonito es el amor! —bromea Mortelli—. Espero que tu sueldo esté en consonancia con tus virtudes —Mortelli le pone una mano en la cadera ajo, que la aparta—. Veo que ya sólo atiendes a un único cliente...

—Yo le quiero y él dice que me quiere. Compartimos un pasado común, y ahora nos hemos ganado un futuro. ¿Hay algo malo en ello?

—No, nada. Lo que me molesta es que Mallick me haya adelantado con sus sucios manejos. Creí que había desaparecido del mapa con Stork, y ahora tendré que hacer malabarismos para volver a ponerme a su altura. ¡Un nombre con H! ¡Será perro!

Jo ríe y los dos siguen conversando hasta que reaparece Mallick acompañado de Berger. En el rostro de Mallick no se lee satisfacción o decepción por el acuerdo al que han llegado, y Jo le pregunta con la mirada.

—Todo está bien, Jo. Nos vamos.

Los cuatro se dirigen hacia la salida observados con curiosidad por los invitados que todavía no se han marchado, cruzan el recibidor y toman el camino de gravilla que recorre la parte delantera del jardín. Berger se sitúa a la altura de Mallick.

—Por fin veo colmada mi curiosidad con respecto a usted, Mallick. Ahora sé que usted ha repetido mi historia. La decepción que me llevo se compensa con la alegría

que me produce la certeza de que la imagen de Stork le perseguirá siempre.

—Déjese de idioteces, Berger —dice Mallick, irritado—. Stork ya sólo es pasado.

—¿Sí? Entonces no tengo reparo alguno en revelarle lo que supimos hace poco por medio de un informante del exterior.

Berger se inclina sobre el oído de Mallick y le susurra unas palabras. El rostro del ingeniero se contrae y un grito desgarrador sale de sus labios. Sus ojos negros, como dos socavones, se clavan en los de Berger, quien, asustado, se echa hacia atrás. En ese momento Mallick no está viendo realmente a Berger, sólo ve una mancha negra. Presa de la ira, es como si sufriera un escotoma, una isla de ceguera localizada. Mallick se abalanza sobre Berger y le empuja violentamente, derribándole. Mortelli interviene y se interpone entre los dos. Jo se lleva a Mallick, que sigue fuera de sí. El exingeniero y la antigua bailarina salen por la cancela y desaparecen por la calle. Mortelli ayuda a levantarse a Berger, que se sacude el traje y comprueba que no se ha roto ningún hueso.

—¿Qué le dijo a Mallick para que se pusiera así, Berger?

—Nada que debiera afectarle —ironiza el dueño del *U*—, por eso no se lo contamos en la reunión. Stork está embarazada.

Berger se agarra del brazo de Mortelli y salen a la calle. Desde allí se disfruta de una amplia vista de la zona de la ciudad situada a los pies de la colina, profusamente iluminada. Mortelli y Berger admiran el paisaje en silencio, sumidos en sus propios pensamientos, hasta que el anciano toma la palabra.

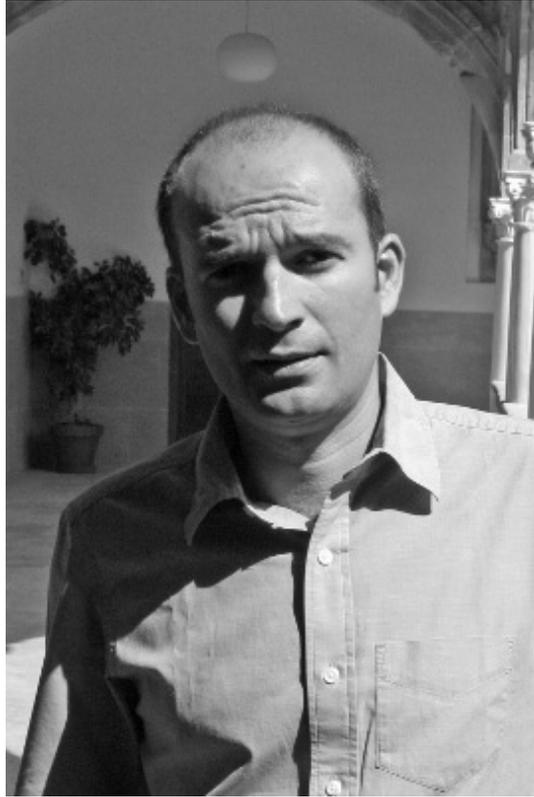
—Dentro de no mucho seremos sus dueños.

—Y la ciudad se inundará de millones de colores —apostilla Mortelli, sonriendo de medio lado.

—Hastings —dice Berger, ensimismado—. Ahora Mallick es Hastings.

FIN

Nicolás Casariego  
2004



NICOLÁS CASARIEGO CÓRDOBA (Madrid, España, 1970). Es licenciado en Negocios Internacionales por la European Business School. Publicó por primera vez en 1998. Colaborador en diversas revistas y periódicos como *El País* o *El Mundo*. Es también guionista cinematográfico.

Es hermano de los también escritores Pedro Casariego y Martín Casariego.